Olivia Atwater





Luenga Sombra



DUERMEVELA


Luenga Sombra

Olivia Atwater

Luengasombra

Traducción de
Rebeca Cardeñoso

Corrección de
Almudena Mtnz Viña



Título original: *Longshadow*

LONGSHADOW © Olivia Atwater, 2021

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Rebeca Cardeñoso, 2026
© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2026

Calle Acebal y Rato, 3, 33205 Gijón

www.duermevelaediciones.es

Primera edición: junio de 2026

Ilustración de la cubierta e interiores: ©Cinthya Álvarez
Maquetación: Almudena Mtnz Viña

ISBN: 979-13-991902-4-3
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Contenidos

Dramatis Personae

Luengasombra

Prólogo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Epílogo

Nota de la autora

Dramatis Personae



Srta. Abigail Wilder: hija de acogida de Dora y Elias Wilder; aprendiz de hechicera

Hugh Wilder: espectral hermano adoptivo de Abigail, muy aficionado a los pasteles

Lady Theodora Eloisa Charity Wilder: madre adoptiva de Abigail; media naranja del sorcier real; solo posee media alma

Lord Elias Wilder: el zafio sorcier real y hechicero de la corte de Inglaterra; todos los días realiza tres cosas imposibles antes del desayuno

Sra. Vanessa Lowe: tía de Abigail; dama de la alta sociedad y persona caritativa

Lady Mulgrew: dama del té y cotilla incorregible

Srta. Esther Fernside: hija de lord Breckart; una incorporación reciente a las damas del té

Srta. Langley: antigua institutriz de Abigail que continúa trabajando en casa del sorcier real

Sr. Heno: espantapájaros mágico y pesadilla de los sluagh

Lady Pinckney: afligida madre de Ludy Kendall

Sr. Swinton: mayordomo de lady Pinckney

Mercy: lavandera con dotes mágicas que suele hablar con fantasmas

Srta. Lucy Kendall: fantasma de una joven debutante recién fallecida

Srta. Bridget Gillingham y Srta. Phoebe Haddington: jóvenes debutantes; con anterioridad amigas íntimas de la señorita Lucy Kendall

Sr. James Ruell: un soltero cotizado; también conocido como «señor Rojo» a causa de su pañuelo rojo favorito

Lady Vallebaldío: marquesa feérica de Vallebaldío; la otra madre de Abigail y Hugh; poseedora de media alma inglesa

Lord Luengasombra: señor de los sluagh con dominio sobre los muertos; sometido a tres vetos por el sorcier real

Sra. Euphemia Jubilee: esposa del señor Juniper Jubilee; poseedora de un sentido común excelente y un saludable exceso de ira

Sr. Juniper Jubilee: anteriormente lord Negraespina; hado y marido de Euphemia Reeves; entusiasta de lo inglés y aya temporal

Luna Sinfulgor y Catástrofe Oscura: dos sluagh

Luengasombra



Prólogo



La señorita Abigail Wilder no debía hacer magia delante de las damas del té. Las instrucciones de su padre habían sido claras: «Nada de magia en sociedad. En cuanto lo haces una vez, ya no te dejan en paz, y te ves abocado a realizar trucos de magia inútiles hasta que eres un anciano de pelo gris».

A sus dieciocho años, Abigail sospechaba que las damas del té eran exactamente el tipo de sociedad sobre la que le había advertido su padre. Una vez al mes, se reunían en el salón de su tía Vanessa para tomar el té. Oficialmente, las damas acudían a la invitación de la tía Vanessa para hablar sobre la organización benéfica que esta quería poner en marcha; en la práctica, poco más hacían que tomar el té y cotillear sobre el resto de la alta sociedad. De hecho, con frecuencia la conversación se desviaba hacia el padre de Abigail, lord Elias Wilder, el hechicero de la corte inglesa, a veces conocido como el sorcier real.

—¿No puede darnos al menos una pequeña pista de a qué se dedica su marido estos días, lady sorcière? —preguntó lady Mulgrew.

Era una mujer delgada y enjuta de voz aguda y chillona que a Abigail en ocasiones le recordaba a un caballo. Lady Mulgrew llevaba meses formando parte de las damas del té, desde que la tía Vanessa había dado comienzo a las reuniones. Como era una de las pocas damas que había realizado una donación cuantiosa por el momento, lady Mulgrew se daba una cierta importancia y

disfrutaba de las atenciones de la anfitriona. Siempre ocupaba un sitio de honor, junto a la propia Vanessa.

La madre de Abigail, lady Theodora Wilder, no respondió a su pregunta de inmediato. De hecho, siguió tomando sorbitos de té un buen rato, como si no la hubiera oído en absoluto. Abigail sabía que, a pesar de su falta de reacción, sí lo había hecho; solo estaba valorando todas las posibles implicaciones e intentando formular una respuesta adecuada. Lady Theodora Wilder solo poseía media alma, y esto distorsionaba un tanto sus habilidades sociales. Los largos silencios nunca molestaban a Dora, al contrario que a la mayoría de las otras personas, y como el primer impulso de Dora siempre era ser absolutamente sincera y directa, con frecuencia requería de esos largos silencios para poder fabricar una respuesta más adecuada y diplomática.

Lady Mulgrew parpadeó con la taza de té en alto.

—No estoy segura que me haya escuchado, lady sorcière —observó muy despacio, como si hablara con una persona sorda—. Le decía…

—Oh, sí, la he oído —la tranquilizó Dora.

Posó la taza de té en la mesa para ganar un poco más de tiempo y centró su mirada verde y gris en lady Mulgrew, estudiándola con seriedad.

—Conozco muchos detalles de las ocupaciones de mi marido —respondió al fin—, pero trato de no compartirlos en la medida de lo posible. Es su obligación proteger Inglaterra de la magia negra… y de cosas peores en otras ocasiones. Nunca se sabe cuándo una palabra de más podría tener consecuencias desafortunadas.

Desde luego, no era eso lo que lady Mulgrew deseaba escuchar. Se inclinó hacia delante en su puesto de honor.

—Pero seguro que nada terrible podría ocurrir —insistió— por compartir alguna noticia insignificante con nosotras. ¡No somos la clase de personas de las que el sorcier real debe proteger a Inglaterra!

Abigail resopló tras su taza de té. Dora la miró de reojo, y aunque el rostro de su madre rara vez mostraba las emociones como los de los demás, Abigail supo que compartían el mismo pensamiento: Lord Elias Wilder afirmaba con frecuencia que los aristócratas eran peores que ningún practicante de magia negra.

Con toda probabilidad, la tía Vanessa había tenido la mejor de las intenciones cuando invitó a Abigail y a su madre a tomar el té. La propia Abigail era el resultado de una Buena Causa, como saltaba a la vista. Aunque lord Elias Wilder la llamaba hija, y aunque le había prestado su apellido, en realidad tan solo la acogía como su protegida. Y aunque lady Theodora Wilder le había puesto un vestido de muselina color crema y le había recogido el pelo con un lazo de tafetán verde, la piel de Abigail seguía cubierta por viejas marcas de viruela, y su pelo rubio pajizo seguía igual de lacio. Abigail había hecho un esfuerzo moderado por mejorar su dicción, sobre todo para complacer a su antigua institutriz, pero tenía que hablar muy despacio y estar muy concentrada para mantener el acento adecuado.

La tía Vanessa había pensado que las damas del té estarían más dispuestas a ayudar a otros niños si veían cuánto se había beneficiado ella de un acto caritativo similar, aunque la propia Abigail albergaba sus dudas. Pero le había resultado difícil negarse cuando la tía Vanessa se lo había pedido con una sinceridad tan ingenua y encantadora.

Lo que explicaba en gran medida por qué Abigail Wilder se encontraba en esos momentos en el salón de su tía, esquivando preguntas indiscretas, en lugar de practicando magia con su padre, como habría preferido.

Dora volvió a coger su taza de té, y Abigail comprendió que su madre no tenía intención de responder al comentario de lady Mulgrew. La joven le dio un sorbo a su propia bebida mientras buscaba una respuesta. La estrategia de Dora de darle sorbitos al té le resultaba muy conveniente, de esta manera era capaz de ahogar el impulso que sentía de realizar afirmaciones demasiado sinceras para contemplar las reacciones de los demás.

Lo que Abigail pensó fue: «Esparcirías cualquier pequeño cotilleo por todo Londres sin importar las consecuencias, como toda mi familia sabe muy bien».

Pero se tragó las palabras junto al té y dijo en voz alta, en cambio:

—Los magos pueden observar a la gente y sus conversaciones desde cierta distancia por medio de una bola de cristal. Como es natural, todas aquí somos dignas de confianza… pero no me parece que tía Vanessa haya protegido mágicamente su salón.

Abigail se esforzó para que las vocales sonaran nítidas, pero supo por la forma en que las demás se movieron en sus asientos que su dicción seguía siendo ligeramente errada.

—No cuento con esas protecciones, por supuesto —dijo la tía Vanessa con una sonrisa—. Nunca he sentido la necesidad de ocultar mis reuniones sociales de la vista de magos desconocidos.

Vanessa, cohibida, se tiró de un tirabuzón rubio, y Abigail supuso que el tema de conversación le resultaba algo incómodo. Era una dama muy pudorosa, y le desagradaba la idea de fisgar en los asuntos de los demás. Por otra parte, de momento lady Mulgrew era la única dama del té que había mostrado verdadero interés en sus esfuerzos caritativos, así que los intentos de Vanessa de acallar los chismorreos de lady Mulgrew solían ser poco entusiastas.

—Debe saber mucho de magia ¿no es así, señorita Wilder? —intervino la señorita Esther Fernside.

Con diecisiete años, era la dama más joven de entre las presentes. Se trataba de una incorporación reciente; se había unido a ellas en la reunión del mes anterior, e incluso entonces Abigail no recordaba que hubiera dicho ni una palabra. Era una muchacha apocada de apariencia tranquila y ojos grandes y oscuros; su pelo castaño y rizado había escapado en su mayoría del moño después de solo una hora de té, y su sonrisa era apagada y vacilante.

—Sería extraño que no supiera nada de magia ¿verdad? —contestó Abigail con precaución. Lo último que necesitaba era que la señorita Fernside descubriera que podía hacer magia… la conversación subsiguiente haría descarrilar por completo la reunión.

—Ah, sí, supongo que sería raro —admitió la señorita Fernside avergonzada. Parecía tan abochornada por su propia pregunta que a Abigail le dio pena.

—He leído muchos de los libros de mi padre —explicó Abigail—, y hablamos con frecuencia de magia. Existen dos tipos: la magia humana y la magia feérica. Casi toda la magia que se practica en Inglaterra es magia humana, pero las hadas son las que realizan los hechizos más extraños.

Esta distinción era una de las primeras cosas que aprendía cualquier mago, pero solía impresionar a la gente que no sabía nada sobre el tema. La señorita Fernside se animó con la explicación, y se enderezó en su asiento de nuevo.

—¡Eso lo sabía! —le aseguró a Abigail—. Mi madre solía leerme cuentos de hadas. Decía que las hadas son salvajes, peligrosas y maravillosas. Decía que podían hacer prácticamente de todo a cambio del pago adecuado.

Un escalofrío de inquietud atravesó a Abigail. La señorita Fernside no podía saber que un hada la había secuestrado, no era un dato de dominio público, pero aquel recordatorio redujo todavía más el escaso entusiasmo de la joven por aquella reunión.

—Las hadas son peligrosas —dijo Dora con voz queda—. Y sí, también salvajes y maravillosas. Por eso debes desear no captar nunca su atención.

También a Dora la había secuestrado un hada. Abigail se acordaba del día en que se habían conocido, en los horribles pasillos de la casa de la Caridad de Vallebaldío. En aquel momento, Abigail había estado convencida de que jamás podrían escapar, fue Dora quien le prometió que saldrían de allí, y contra todo pronóstico había terminado matado a su cruel secuestrador feérico.

Ninguna de las presentes —incluida la tía Vanessa— podría imaginar que la dulce Dora era capaz de asesinar a un hada. En cambio, Abigail sí que lo sabía y, de hecho, era una de las cosas que más amaba de su madre. Ninguna de las demás, pensó Abigail, se habría atrevido a hacer lo necesario para rescatarla de la casa de Caridad.

—Las hadas son terriblemente peligrosas —intervino lady Mulgrew en un intento por recuperar el control de la conversación—. Es más, he escuchado a otras damas y caballeros de nuestro círculo especular sobre la relación de las recientes muertes ocurridas en Londres con un hada, a lo que yo les aseguré que el sorcier real se estaría ocupando del asunto… pero, por supuesto, nadie aquí podría confirmar tal cosa.

Lady Mulgrew dirigió a Dora su sonrisa, que solo dejaba traslucir el más leve indicio de irritación.

—¿A qué muertes recientes se refiere? —preguntó preocupada Abigail, concentrándose en lady Mulgrew y desestimando sus otros pensamientos.

La dama enarcó las cejas.

—Supuse que lo sabría, señorita Wilder —dijo—. Un asunto espantoso. Hemos perdido a varias damas en las últimas semanas. Fallecen durante la noche, mientras duermen… con la ventana que da al oeste abierta.

Daba la impresión de que aquella última frase debería haber significado algo para ella, pero Abigail no se atrevió a admitir que no le sugería nada en absoluto. Le echó un vistazo a su madre y comprobó que la expresión de Dora era, como siempre, serena y vacía.

—¿Es posible que el sorcier real no esté investigando estas tragedias? —le preguntó con astucia lady Mulgrew a Dora.

Esta bajó la vista hacia su taza vacía con un gesto levemente sorprendido.

—Oh —exclamó—. Me he acabado el té.

Y después, sin el menor preámbulo, se incorporó y se alisó el vestido. Abigail se apresuró a seguir su ejemplo cuando su madre ya se giraba para abandonar la estancia.

—Tenemos un compromiso —mintió la joven. A duras penas constituía una excusa, pero por lo menos era algo.

La tía Vanessa le dedicó una sonrisa arrepentida a Abigail. Ella sabía mejor que nadie lo diferentes que eran las percepciones sociales de Dora.

—Ha sido un placer que hayáis venido —le aseguró a Abigail—. Lo aprecio mucho.

Sus palabras tenían un significado más profundo de lo que la mayoría de las presentes apreciaban, la tía Vanessa habría notado la incomodidad de Abigail.

Abigail le dedicó una torpe reverencia y salió detrás de Dora.

Capítulo uno



Abigail corrió tras su madre, subiéndose la falda y dejando al descubierto los botines. Los sirvientes de la tía Vanessa apartaron la vista, abochornados, mientras atravesaba a la carrera el vestíbulo de Crescent Hill, sin duda avergonzados ante la visión de las pantorrillas de la joven.

—¡Mamá! —exclamó Abigail sin aliento—. ¡Tenemos que esperar a Hugh!

Dora se detuvo en el umbral y miró a su hija con expresión despistada.

—Ah, sí, Hugh —murmuró Dora—. Empiezo a sospechar que se me da fatal lo de ser madre. Estoy convencida de que ninguna de las otras damas se olvidarían de su propio hijo.

Abigail le sonrió con tristeza.

—Es que no puedes verlo, mamá —dijo—. Sé que intentas acordarte cuando está con nosotras, pero tiene sentido que a veces se te olvide. No importa, seguro que está otra vez en las cocinas. ¿Voy a por él y me esperas en el carruaje?

Dora le dedicó una sonrisa distante. Era muy probable que las otras madres les dedicaran sonrisas más amplias a sus hijos, pero Abigail no cambiaría a su madre, con todas sus rarezas, ni por todas las sonrisas deslumbrantes del mundo.

—Gracias, Abigail —dijo Dora con voz queda—. Os esperaré.

Abigail se dirigió a la puerta acolchada verde que llevaba a las cocinas. Los sirvientes se apartaron sobresaltados de su camino mientras bajaba… pero no

le quedaba otra opción. La mayoría de la gente no percibía a Hugh Wilder, así que este podía ir a donde le apeteciera. Abigail no contaba con esa ventaja… aunque, en teoría, conocía hechizos que la volverían muy poco interesante de mirar, no se le daba demasiado bien lanzarlos. La joven llegó a las cocinas, donde la señora Montgomery preparaba más sándwiches. La cocinera de la tía Vanessa era una mujer de baja estatura con el pelo castaño, hombros anchos y una cierta presencia militar. A la señora Montgomery no le hacía demasiada gracia que las damas entraran en su cocina sin haber sido invitadas, pero en las ocasiones en que Abigail la había visitado, siempre se obligaba a tratarla con amabilidad.

—Buenas tardes, señora Montgomery —dijo Abigail con delicadeza mientras se colaba por la puerta—. Siento molestarla de nuevo.

La señora Montgomery le echó una mirada cortante, pero utilizó un tono cordial.

—Usted no es ninguna molestia, señorita Wilder —le aseguró al cocinera.

—Hay muchas personas que opinan diferente —respondió ella con un resoplido—, pero aprecio su amabilidad. Madre y yo ya nos íbamos, y tenía la esperanza de que pudiéramos llevarnos uno de sus deliciosos…

—Pastelillos de manzana —apuntó una voz infantil a toda prisa.

—… sus deliciosos pastelillos de manzana —finalizó obediente Abigail.

La joven miró de reojo a la esquina de la estancia, de donde procedía la voz, y allí descubrió a Hugh, su hermano pequeño, mirando con devoción un plato de pastelillos de manzana colocado en la encimera.

Hugh se había vestido para la ocasión, aunque Abigail era la única persona que podía verlo. Llevaba pantalones y chaleco azules hechos a medida, y los zapatos relucientes. Un pañuelo de seda negra ocultaba el ojo que le faltaba; Abigail solía decirle que el pañuelo lo hacía parecer un pirata. Hugh parecía un educado niño de ocho años… pero lo cierto es que llevaba teniendo ocho años una eternidad, desde el día en que había muerto.

—Por supuesto, señorita Wilder —respondió la señora Montgomery—. Sírvase todos los pastelillos que quiera, y por favor dele recuerdos a su madre.

—Tienen tan buena pinta… —suspiró Hugh—. Podrías coger dos y darle uno a mamá.

Abigail respondió con una torpe reverencia.

—Muchas gracias, señora Montgomery.

Envolvió dos pastelillos en el pañuelo y valoró embutírselos en un bolsillo… pero aquel día iba vestida como una dama y carecía de bolsillos, así que tuvo que conformarse con sujetar el pañuelo contra el pecho al abandonar las cocinas.

Hugh la siguió por la escalera de servicio.

—No había visto esos sándwiches antes —comentó Hugh—. ¿Están buenos?

Abigail ocultó una pequeña sonrisa.

—Creo que son de pepino —comentó—. A mamá le gustan, pero a mí me parecen muy blanduchos.

Al hablar con Hugh, Abigail siempre recuperaba su acento habitual, menos refinado. Como estaba muerto, Hugh no había tenido que mejorar su pronunciación.

—La otra mamá nos deja comer todo lo que queremos —murmuró Hugh —, pero la comida de las hadas no sabe igual. Ojalá pudiera comerme un solo pastelillo de manzana… solo para conocer el sabor.

La otra mitad del alma de lady Theodora Wilder vivía en la actualidad en el Mundo de las Hadas con todos los niños que no habían salido de Vallebaldío con vida. Hugh y Abigail llamaban a la otra mitad del alma de Dora la otra mamá cuando estaban en Inglaterra, pero casi todos los que la conocían se referían a ella como lady Vallebaldío.

—Lo siento, Hugh —dijo Abigail con un suspiro—. Aún no he encontrado la manera de que puedas comer, pero seguiré buscando, te lo prometo.

Hugh aceleró el paso… el efecto era un poco inquietante, sus zapatos no hacían ningún ruido en las escaleras.

—Encontraste la forma de sacarme de Vallebaldío, eso ya es más de lo que debías hacer. Me conformo con mirar mientras te comes los pastelillos, si no te importa, y me puedes contar qué tal están.

Abigail cruzó la puerta verde de nuevo, y la sostuvo abierta para Hugh. Su hermano soltó una risita al pasar a su lado.

—Puedo atravesar las puertas, ya lo sabes. Y las paredes.

—Es de buena educación sujetar la puerta —dijo Abigail poniendo los ojos en blanco—. Sé de sobra que puedes ir a donde te dé la gana. Bien rápido que te aburriste de las damas del té, no habían pasado ni cinco minutos y ya te habías esfumado.

—Es que estaban otra vez con las mismas historias y venga a hablar de gente que no les cae bien —respondió Hugh con un bostezo—. La señora Montgomery es más interesante, me gusta verla cocinar. Y estaba hablando con el señor Notley de chicas muertas y de hadas.

Abigail se quedó paralizada al escuchar su comentario, agarrada a la puerta de entrada mientras Hugh salía.

—¿Chicas muertas y hadas? —repitió despacio.

Hugh se enderezó el pañuelo del cuello y cruzó la puerta muy digno dando grandes zancadas.

—¡Tres jóvenes damas en la flor de la vida han fallecido esta temporada! —proclamó, imitando un tono de voz adulto—. ¡Hay rumores de que se las encontró en su dormitorio a la mañana siguiente, con la ventana que daba al oeste abierta!

Abigail lo siguió frunciendo el ceño.

—¿Por qué menciona todo el mundo las ventanas que miran al oeste?

Hugh le echó una miradita mientras la esperaba al pie del carruaje.

—¿No lo sabes? —preguntó—. Oh… Supongo que tiene sentido, pasas menos tiempo con la otra mamá que los demás. —Enlazó las manos detrás de la espalda—. Los sluagh utilizan la ventana del oeste. Son, ya sabes… las hadas siniestras. Casi todo el tiempo parecen cuervos. Si dejas la ventana del oeste abierta de noche, pueden entrar volando y matarte mientras duermes.

Abigail se estremeció. Como era lógico, dado su actual estado, Hugh hablaba de la muerte con despreocupación, pero su propio corazón seguía latiendo, y a ella la materia le resultaba mucho más incómoda. Y todavía más la sugerencia de que unas hadas malignas hubiesen decidido entrometerse en los asuntos londinenses una vez más. La idea la horrorizaba; y el descubrimiento vino acompañado de una oleada de ira, miedo y justa indignación.

Abigail se tragó el batiburrillo de emociones con gran dificultad. Sabía que Hugh, en concreto, no se merecía que descargase su ira contra él.

—¿Alguna vez has conocido a un sluagh? —preguntó precavida—. No recuerdo que ninguno haya visitado Vallebaldío, pero tú vas por allí más que yo.

Hugh sacudió la cabeza.

—La otra mamá no permitiría que los sluagh entraran en Vallebaldío. No le gusta demasiado hablar de ello.

El cochero de la tía Vanessa saltó de su puesto para bajar la escalinata y abrirle la puerta a Abigail. A ella le producía una sensación extraña que la sirvieran con tanta insistencia, todavía se acordaba de cuando dormía con otros dos niños en una cama en la casa de Caridad de la calle Cleveland y usaba la misma ropa sucia todos los días.

—Gracias —murmuró.

Hugh subió al carruaje delante de ella y Abigail se acomodó junto a su madre. Hugh se había sentado muy pegado a Dora y lucía una gran sonrisa

—¡… y Abigail te trae un pastelillo de manzana! —decía—. ¡Tienes que comerlo por mí, mamá, son las normas!

Hugh tenía la costumbre de hablar con los vivos como si pudieran oírle. A Abigail siempre le daba un poco de pena, pero él le había asegurado que le hacía sentir mejor con todo el asunto de estar muerto. Dora, igual que los demás, no podía oírlo, aunque su discreta habilidad de adivinación le permitía ver su reflejo en los espejos si se esforzaba.

—¿Así que has encontrado a Hugh? —preguntó Dora con calma.

Abigail le echó un vistazo al niño, que seguía apoyado en el costado de su madre.

—Sí. Estaba en las cocinas, como suponía. Está justo a tu lado diciéndote que tienes que comerte el pastelillo que voy a darte.

Dora le dedicó una sonrisa distante al espacio vacío a su lado.

—Oh, mis disculpas, Hugh. No te había visto. Se te da muy bien esconderte. Gracias por pensar en mí. Me encantan los pastelillos.

Hugh miró a Dora pletórico.

—Estuve observando cómo los hacía la señora Montgomery. Si algún día Abby descubre una manera de que pueda cocinar ¡te haré unos!

Abigail le pasó uno de los pastelillos a Dora, que lo aceptó amablemente.

—Hugh dice que le gustaría poder cocinar pastelillos —repitió Abigail.

Hugh miró a su hermana indignado mientras Dora mordisqueaba el pastel con fruición.

—¡No dije eso! —exclamó con un puchero—. Dije que…

Abigail repitió sus palabras con más precisión esta segunda vez, y la expresión irritada se esfumó del rostro de Hugh. A veces era difícil seguirle el ritmo a su parloteo incansable, y solía ser comprensivo cuando Abigail acortaba sus frases. Pero, aunque Dora no veía a Hugh, sí que había hecho todo lo posible por hacerlo sentirse querido e incluido, y ese esfuerzo lo había conmovido profundamente. Como consecuencia, Hugh anhelaba cualquier mínima conexión que pudiera establecer con su madre.

—Está riquísimo —alabó Dora muy seria, mirando hacia el sitio de Hugh. De alguna forma conseguía que la conversación resultara natural—. Me parece que lleva canela.

—¡Eso me pareció a mí! —dijo Hugh entusiasmado—. Estuve fijándome en todos los ingredientes…

—No quiero interrumpir —intervino Abigail mientras le dabas mordiscos a su propio pastel—, pero Hugh escuchó algo en las cocinas y quería preguntarte al respecto, mamá.

Hugh frunció el ceño.

—¿Te refieres a lo de las chicas muertas y los sluagh?

Abigail asintió.

—¿Puedes repetir lo que escuchaste? —le pidió—. Lo repetiré palabra por palabra, lo prometo.

Durante los siguientes minutos, Hugh y Abigail relataron la conversación que este había escuchado. Dora no dejó entrever sus sentimientos al respecto, como era de esperar.

—Yo no soy lady Mulgrew —finalizó Abigail—. Si papá está estudiando a los sluagh, tendría que habérmelo dicho. Conoce mis sentimientos hacia las hadas que hacen daño a la gente. Me dijo que me enseñaría a practicar magia

para que pudiera ayudarlo con cosas como esta… ¡pero no puedo ayudarlo si nunca me cuenta nada!

Dora guardó silencio un rato largo. A veces, a Abigail le costaba trabajo recordar que su madre estaba pensando con intensidad en lugar de ignorándola, pero la experiencia le había enseñado a ser paciente.

Por fin, Dora dijo:

—¿Sabes? A pesar de lo mal que se me da entender a la gente, creo que soy lo más parecido a una experta en entender a Elias. Sospecho que tiene miedo de ponerte en peligro, Abigail. Ya sé que eso no mejora mucho las cosas, pero es un comienzo.

—¿Qué sentido tiene eso? —quiso saber Abigail molesta—. ¿De verdad piensa que guardando secretos me protege?

Dora suspiró.

—No le veo sentido —admitió—, pero seguro que si le pido que me lo explique, lo hará. Te prometo que hablaré con él sobre este asunto.

El carruaje se detuvo poco después, y el cochero les abrió la puerta para que bajaran los tres.

El hechicero de la corte de Inglaterra tenía asignado un estipendio generoso en el que se incluían unos apartamentos cerca de Hyde Park. Sin embargo, el temperamento obstinado del actual hechicero de la corte había provocado que su asignación se redujera en las ocasiones en que el príncipe regente se enojaba con él. En esos momentos, lord Elias Wilder ocupaba unos apartamentos más pequeños y menos opulentos de lo que correspondería a un hombre de su talento y logros… una circunstancia que no incomodaba a su familia en lo más mínimo. Elias, que había pasado parte de su infancia en asilos y su juventud en la guerra al otro lado del canal de la Mancha, había comentado en múltiples ocasiones que cualquier cama era mejor que el barro frío.

Dado que Elias no le tenía mucho cariño a los títulos nobiliarios, todos se referían al edificio alto y estrecho como «la casa». La casa anterior olía siempre a flores, pues tenía justo debajo una perfumería. La casa nueva, que se encontraba encima de una carnicería, no tenía un olor tan maravilloso, pero el

carnicero era muy amable y siempre les reservaba los mejores cortes de carne para la cena.

La casa venía con varios sirvientes, lo que a todos les parecía un desperdicio dado el poco tiempo que Elias pasaba en ella. Sin embargo, llegó el momento en que el interés de Abigail por la magia requirió que ocupara una habitación en la casa en lugar de residir en el orfanato privado que su familia seguía financiando. En ese momento, Dora decidió contratar a una institutriz. Y, como una institutriz para una sola niña se le antojaba un derroche absurdo, se habían trasladado más niños a la casa, hasta que llegó el punto en que resultaba difícil distinguir aquel lugar del orfanato.

Desde entonces, a los sirvientes no les había faltado trabajo.

Al subir las escaleras hasta la planta principal, situada justo encima de la carnicería, Abigail percibió que un ambiente extraño envolvía la casa aquel día. Varios de los niños estaban reunidos en el comedor. Esto no era extraño en sí mismo, pero sí lo callados y formales que estaban. La institutriz, la señorita Langley, acomodada al final de la mesa, se acercó a Dora a toda prisa cuando entraron.

—¡Gracias al cielo que está aquí! —suspiró la señorita Langley—. ¡Estoy segura de que ha ocurrido una desgracia!

La señorita Langley le sacaba media cabeza y varios años a Dora. Su cabello castaño empezaba a mostrar trazos de gris, y le habían salido las primeras arrugas alrededor de los ojos. Solía ser bastante tranquila y templada, pero incluso su apariencia estoica se resquebrajaba ante la tensión que emanaba de ella en oleadas.

Dora frunció ligeramente el ceño. Menos mal, pensó Abigail, que su madre era incapaz de dejarse llevar por el pánico.

—Explíquese, señorita Langley —dijo Dora—. ¿Qué ha ocurrido, y cómo puedo ayudar?

La señorita Langley miró de reojo a los niños, que fingían con todas sus fuerzas y escaso éxito no estar escuchando la conversación. Bajó la voz todo lo que se atrevió.

—El señor subió al tercer piso hace más de una hora. Dijo que tenía que mantener a todos los niños aquí abajo, y ninguno de nosotros debía molestarlo

bajo ningún concepto. Hice lo que me ordenó y, bueno, se escuchó un ruido espantoso, nunca había oído nada igual. Ahora está todo silencioso y estoy empezando a temer lo peor.

—Ya veo —respondió Dora—. Iré a ver qué ha ocurrido, por supuesto. Muchas gracias por mantener tranquilos a los niños, señorita Langley.

Abigail pensó para sí misma que eran más bien los niños los que mantenían tranquila a la señorita Langley, y no al revés. La mayoría de ellos estaban acostumbrados a lidiar con emergencias, dada la gran cantidad de enfermedades que asolaban las casas de Caridad y asilos. Mientras Abigail observaba, Roger, con tan solo catorce años, se acercó cojeando para ofrecerle una silla a la señorita Langley, que se desplomó en ella agradecida.

Dora enfiló las escaleras y Abigail le echó una mirada de refilón a Hugh.

—Vamos arriba, por supuesto —murmuró la joven—. ¿Qué te apuestas a que tiene algo que ver con el trabajo de papá?

—Apostaría un pastel —dijo Hugh—, pero tendría que dártelo a ti para que te lo comieras por mí de todas formas. —Le dedicó una media sonrisa—. Te echo una carrera.

—Puede que no sea seguro… —empezó Abigail.

Pero Hugh ya se había esfumado escaleras arriba.

Abigail volvió a levantarse las faldas para salir tras él. Era un indicio de la angustia de la señorita Langley el que su antigua institutriz no la regañara por ello. Para cuando llegó a la puerta del tercer piso, Dora ya la había cruzado.

Se suponía que la tercera planta de la casa debía ser un salón de baile, pero desde que se había convertido en la residencia del sorcier real, nunca se había utilizado para ese propósito. De hecho, Elias había convertido el lugar en su espacio de trabajo, así que Abigail estaba acostumbrada a encontrarlo todo revuelto… pero aquel día, al parecer, Elias se había superado a sí mismo.

La enorme lámpara de araña plateada que colgaba del techo del antiguo salón de baile se había hecho añicos contra el suelo, astillando las tablas de madera. Las estanterías se habían venido abajo, y su precioso contenido se había desparramado. Las paredes estaban llenas de marcas de fuego y extrañas ranuras.

Había varias plumas negras de gran tamaño esparcidas por la habitación.

Abigail localizó a su madre cerca de la ventana que daba al oeste, abierta, y le dio un vuelco el corazón. Elias estaba hecho un guiñapo debajo de la ventana, apoyado contra la pared. Su pelo rubio platino parecía alborotado por el viento y tenía los ojos cerrados. Llevaba el chaleco marrón medio desabrochado y el pañuelo del cuello casi suelto, aunque, para ser justos, eso era habitual siempre que no tenía que acudir a algún evento formal. Tenía el rostro tan pálido y estaba tan quieto que Abigail casi lo tomó por muerto.

Pero, mientras observaba, Elias le murmuró algo a Dora, y Abigail sintió que el nudo en su estómago se relajaba.

—¡Abby! —la llamó Hugh—. ¡Ven a ver esto!

Hugh estaba en el centro de la habitación, con la vista fija en unas marcas de tiza circulares en el suelo. Abigail le dedicó una última mirada a su padre antes de acercarse a Hugh para observar las marcas. Las formas y la caligrafía le resultaban familiares, aunque eran mucho más complejas que nada de lo que ella hubiese intentado.

—Un círculo de invocación —murmuró Abigail—. Uno muy poderoso. ¿Qué es lo que ha invocado?

La concentración de plumas negras era especialmente alta alrededor del círculo, y una sospecha terrible empezó a crecer en su mente.

Abigail se giró como un torbellino hacia su padre. Dora lo había ayudado a levantarse; Elias apoyaba casi todo su peso en ella y parecía agotado. A pesar de todo, seguía imbuido por una extraña dignidad que parecía no perder nunca del todo. En ese momento, dicha dignidad enfurecía a Abigail por motivos que no sabía explicar.

—¡Invocaste a un sluagh! —lo acusó Abigail—. ¡Tú solo! Ya sé que estás acostumbrado a hacer cosas peligrosas, pero ¡yo te habría ayudado si me lo hubieses pedido!

Elias se enderezó. Sus ojos dorados como brasas se centraron en Abigail, pero cuando habló se dirigió a Dora.

—¿Le has hablado a Abigail del sluagh? —preguntó.

—No lo hice —respondió Dora con un parpadeo—. Pero creo que a lo mejor deberías haberlo hecho tú.

Abigail entrecerró los ojos.

—Habría preferido oírlo de ti en lugar de saberlo por Hugh, que a su vez se lo escuchó a la señora Montgomery —dijo rencorosa.

Elias cogió aliento para serenarse y se enderezó con lentitud.

—¿Está Hugh aquí? —preguntó—. Pensé que había vuelto a Vallebaldío durante una temporada.

Abigail respondió a la pregunta dándole un tirón a la cadena que llevaba al cuello. Al hacerlo, quedó al descubierto el medallón de plata en forma de corazón que anclaba a Hugh al mundo de los mortales y le permitía alejarse de Vallebaldío. Abigail y su otra madre habían necesitado meses de trabajo para crear el medallón, que contenía un rizo del pelo verdadero de Hugh.

Elias se frotó el rostro. El medallón pareció angustiarlo.

—Tendréis que volver los dos a Vallebaldío —le dijo a Abigail—. Hugh y tú. Londres no es seguro para vosotros ahora mismo, y ya no tengo plena confianza en poder protegeros.

Abigail resopló, frustrada.

—¡No necesito protección! Llevo años y años aprendiendo magia para poder protegerme a mí misma.

Elias cerró los ojos, y Abigail supo que estaba intentando contener su famoso mal genio.

—Sigues siendo una hechicera aficionada, Abigail. Tengo muchos años de experiencia bélica, e incluso yo a duras penas he podido manejar la situación. Si estás aquí, seguiré preocupándome por tu seguridad, y ninguno de los dos puede permitírselo.

Abigail bufó y se cruzó de brazos.

—Mira todo este desastre. ¿De verdad crees que voy a volver a Vallebaldío a esconderme tras las faldas de la otra mamá dejándote en ese estado? No tengo la menor intención de moverme hasta que me expliques qué es lo que tengo delante.

Elias gimió. Abrió los ojos para mirar a Dora en busca de ayuda, pero la expresión expectante de su mujer le hizo comprender que se encontraba en minoría. Se pasó los dedos por el pelo.

—No invoqué a un sluagh —dijo Elias con rigidez—. Invoqué al primero de los sluagh. Llamé a lord Luengasombra, y él respondió a mi llamada. Tenía la

esperanza de que pudiéramos mantener una conversación razonable… pero no fue el caso.

Abigail miró con pesimismo las plumas negras que cubrían la estancia.

—No cabe duda —farfulló.

Descubrió que no sabía demasiado sobre lord Luengasombra, casi todo su conocimiento sobre hadas provenía o bien de su padre o bien de su otra madre, y ninguno de los dos lo había mencionado antes, lo que le resultó extraño.

—Le pregunté a lord Luengasombra si uno de sus sluagh había asesinado a las chicas —continuó Elias—, pero no quiso responderme por mucho que lo presioné. Como sabéis, las hadas no pueden mentir. En cambio, me dijo que no reconocía mi autoridad en absoluto, que él, Lord Luengasombra, haría lo que quisiera en Londres, y que la única manera de detenerlo sería por la fuerza. —La expresión de Elias se ensombreció, y las plumas negras de pronto adquirieron un nuevo significado—. Acepté el reto. Fue un enfrentamiento temible, pero creo que fui el que salió mejor parado de los dos.

Dora frunció el ceño.

—¿Has matado a lord Luengasombra?

Elias negó con la cabeza.

—No lo he hecho. Es mucho más oscuro y poderoso de lo que nunca lo fue lord Vallebaldío. Si conociera el verdadero nombre de lord Luengasombra, podría haber acabado con él, o bien someterlo a mi voluntad, pero al no poseer su nombre, utilicé sus propias plumas en su contra para vincularlo con mi magia. —Al decirlo, Elias levantó una mano y Abigail vio que sujetaba con fuerza tres plumas negras especialmente grandes. Bajo la luz de la ventana abierta hacia el oeste resplandecían con un brillo iridiscente y aceitoso—. Le he impuesto tres vetos. Hasta que no se destruyan las plumas, no podrá dañar a nadie con su magia, no podrá secuestrar a ningún ser en contra de su voluntad, y no podrá hablar con sus sluagh.

—Son vetos muy poderosos —comentó Dora con cuidado—. Supongo que habrás vinculado tu propia magia a ellos.

Dora no poseía magia propia, más allá de su habilidad para la adivinación, pero había aprendido mucho de ella desde que se había casado con el sorcier

real.

La mueca de Elias sugirió que había supuesto correctamente.

—Ahora tengo una ventaja sobre el hada —Fue su respuesta—. Antes o después comprenderá lo poco divertido que es estar atado así, y estoy seguro de que regresará para negociar y recuperar sus plumas. La vida será muy aburrida para él mientras tanto.

Abigail se enderezó.

—Si estás intentando convencerme de que me escape a Vallebaldío, lo estás haciendo fatal. No tengo la menor intención de irme y dejar que te enfrentes al señor de los sluagh solo e indefenso, por mucho que pesen sobre él los tres vetos. Después de eso apenas te quedará una pizca de magia.

Elias entrecerró los ojos.

—No es debatible. Es mi trabajo y mi responsabilidad proteger a Inglaterra de la magia negra, no el tuyo. Rara vez te pido nada, Abigail, pero ahora exijo que te lleves a Hugh a Vallebaldío y permanezcas allí con él hasta que resuelva esta situación.

Abigail abrió la boca para protestar, pero Dora enarcó las cejas por detrás del hombro de Elias y sacudió discretamente la cabeza.

Despacio, Abigail volvió a cerrar la boca.

—Está bien —cedió—. Llevaré a Hugh a Vallebaldío.

Elias relajó los hombros y se tambaleó de nuevo. Dora lo cogió del brazo.

—Gracias, Abigail —dijo. Su voz sonó cansada y aliviada—. Os llamaré en cuanto esté todo solucionado. Espero que pronto.

Abigail tensó la mandíbula, pero consiguió asentir.

—Mamá ¿podemos hablar fuera un momento?

Dora asintió.

—¿Le traes una silla a tu padre primero? Me parece que será mejor que descanse un poco más.

Abigail se dirigió hacia el escritorio y la silla, que se encontraban en la pared más alejada. Hugh la siguió pisándole los talones

—No quiero volver a Vallebaldío —dijo enfurruñado—, y sé que tú tampoco. ¿Por qué dijiste que sí?

—No vamos a volver de verdad —murmuró Abigail—, pero no vale de nada discutir con papá cuando se pone así.

Hugh parpadeó.

—¿Entonces mentiste?

Abigail sonrió con frialdad.

—Él fue quien empezó guardando secretos, yo solo sigo su ejemplo.

Había varias notas sobre la mesa, Abigail les echó un vistazo e identificó la caligrafía enmarañada de su padre. Se fijó en el nombre de la señorita Lucy Kendall y parpadeó sorprendida, archivando el dato en su mente para analizarlo más tarde.

La silla era demasiado grande y pesada para que pudiera arrastrarla ella sola, pero junto a una de las estanterías volcadas había un taburete, que fue lo que llevó hacia la ventana. Dora ayudó a Elias a sentarse y asintió mirando a Abigail.

—Hablemos antes de que te vayas —dijo su madre—. Enseguida vuelvo, Elias.

Se quedaron en las escaleras, justo a la entrada del salón del baile. Cuando la puerta se cerró tras ellas, Dora se volvió hacia Abigail.

—¿Tú también quieres que me vaya a Vallebaldío? —preguntó Abigail con amargura.

—Te prometí que hablaría con tu padre —respondió Dora con un suspiro —, y eso es justo lo que haré. Creo que puedo averiguar por qué está actuando de esta manera. Pero, mientras tanto, no es la peor idea del mundo que hagas una visita a Vallebaldío. Se me ha ocurrido que lady Vallebaldío seguramente sepa mucho más sobre lord Luengasombra que ninguno de nosotros. A lo mejor podrías preguntarle si tiene alguna información útil mientras estás allí.

Abigail frunció los labios.

—Podríamos simplemente llamarla —propuso—. Vendría si la llamamos alguno de nosotros.

—Lady Vallebaldío solo sale de sus dominios en las circunstancias más extremas —respondió Dora—, es muy protectora con los niños de allí. No me parece que el asunto sea tan urgente todavía. —Le dirigió una sonrisa distante

a Abigail—. Convenceré a tu padre, te lo prometo. Creo que le serías de gran ayuda, si lograra aceptarlo. Pasarás muy poco tiempo en Vallebaldío.

Abigail dejó escapar un suspiro teatral. Engañar a su madre la hacía sentir peor, Dora era siempre sincera hasta el extremo, y Abigail sabía lo fácil que era mentirle dado que le costaba gran trabajo entender las motivaciones del resto de la gente.

A pesar de todo, cuando abrió la boca lo que salió de sus labios fue una mentira.

—Será mejor que me vaya yendo a Vallebaldío.

Capítulo dos



A Abigail nunca le había caído especialmente bien la señorita Lucy Kendall, y le resultaba un poco extraño investigar su muerte.

—¿Debería sentirme mal porque Lucy haya muerto? —le preguntó Abigail a Hugh cuando se bajaban de un carruaje de alquiler—. ¿Se me permite sentir alivio al saber que no asistirá al próximo estúpido baile?

Hugh meditó su respuesta mientras caminaba tras ella.

—¿No era Lucy la que se burlaba de tus marcas de viruela y te llamaba leprosa?

—La misma —corroboró Abigail sombría—. Imposible olvidarlo.

La señorita Lucy Kendall era (había sido) una auténtica belleza, y no permitía que nadie lo olvidara ni por un momento. La madre de Lucy, lady Pinckney, era una mujer de lengua afilada que ocupaba una posición social prominente, y Lucy había hecho todo lo que estaba en su mano para emularla. Técnicamente, Lucy había sido presentada en sociedad hacía varios años, cuando era bastante joven, pero todo el mundo suponía que esta sería la temporada en la que elegiría marido por fin, pues había alcanzado la mayoría de edad.

No es que Abigail hubiera esperado un gran recibimiento cuando la presentaron en sociedad, después de todo, no tenía relación sanguínea con su madre ni con su padre, y muy pocos en sociedad querían a una mocosa huérfana en sus bailes, por muy bien que vistiera o hablara. Pero la tía Vanessa

había decidido que Abigail debía disfrutar por lo menos de una temporada de bailes y vestidos, y resultaba muy difícil decirle que no a la tía Vanessa.

Por algún motivo, su entusiasmo había convencido a Abigail de que la idea no sería un fracaso absoluto. Pero, por supuesto, lo había sido. Por muy dura que tuviera la piel, Lucy Kendall la había mandado a casa llorando por lo menos una vez, y en ocasiones los adultos habían sido hasta peores que ella.

Solo la posibilidad de que pudieran culpar a Elias había evitado que maldijera a la horrible Lucy Kendall con una plétora de verrugas. Pero había estado muy cerca.

Y ahí estaba Abigail, enfrente de la casa de lord Pinckney con un lazo negro de luto en la capota y decidida a averiguar más sobre el asesinato de su hija.

—Creo que tienes permiso para sentirte aliviada —dictaminó muy serio Hugh—. Si Lucy hubiera querido que la echaras de menos, podría haberte tratado mejor —hizo una pausa—. Y tampoco es como si la hubieras matado tú.

—Nadie me habría echado de menos si hubiera muerto en el asilo —dijo Abigail con un suspiro—. Bueno… mamá y papá sí, incluso entonces. Me gustaría echar de menos a cualquiera que muera, por principios, pero en este caso es más difícil de lo que debería.

—Hay gente de sobra que echa de menos a Lucy —intervino Hugh—, pero ninguno de ellos tiene ni idea de por qué los sluagh la mataron ni puede impedir que lo hagan de nuevo… puedes hacer eso en vez de echarla de menos.

Abigail puso una mueca.

—Tendrás que hablar con Lucy por mí si su fantasma sigue por aquí —lo advirtió—. A ti solo puedo verte porque tengo el medallón.

Hugh torció la boca como si acabara de comerse un limón.

—Si no queda más remedio… Supongo que es mejor eso que volver a Vallebaldío.

Un aleteo negro en el borde de su visión distrajo a Abigail, que al girarse vio a dos grandes cuervos posarse en la cornisa del edificio de enfrente. Las aves la observaban con demasiada atención, y Abigail les devolvió la mirada entrecerrando los ojos.

—¡Si sois pájaros normales —les gritó—, más os vale desaparecer! ¡Y si no sois pájaros normales… pues lo mismo!

Los dos cuervos permanecieron mirándola fijamente sin parpadear.

—¿Crees que son sluagh? —preguntó Hugh preocupado.

—Me parece que si no fueran sluagh la coincidencia sería tremenda —respondió Abigail en tono sombrío—. O están vigilando la escena del crimen o…

Guardó silencio cuando un pensamiento desagradable la asaltó.

—¿O? —preguntó Hugh.

—O me están siguiendo —concluyó Abigail—. Lord Luengasombra no puede hablar con sus sluagh, pero a lo mejor estos han deducido que fue papá el que lo vetó. A lo mejor piensan que los conduciré hasta las plumas de lord Luengasombra.

Hugh pasó su peso de un pie a otro.

—¿Crees que podrías con una pareja de sluagh? —dudó cauteloso.

Abigail se enderezó.

—Vamos a averiguarlo.

En teoría, Abigail había aprendido magia humana de su padre y magia feérica de su otra madre. La mayoría de las personas normales no eran capaces de utilizar la magia feérica en absoluto, pero desde que Abigail regresara de Vallebaldío por primera vez, había demostrado tener talento para ambos tipos de magia.

De los dos, la magia humana debería haber sido más difícil, pues requería utensilios extraños, estudio minucioso y a veces encantamientos muy específicos. Pero a Abigail siempre le había resultado mucho más compleja la magia feérica. Su otra madre le había explicado que esta solo necesitaba que creyeras con decisión que lo que intentabas conseguir ocurriría. Las hadas, le había dicho, eran expertas en creer en las cosas más ridículas.

A Abigail no se le daba nada bien creer en cosas ridículas. Durante gran parte de sus primeros años de vida, había sido incapaz de cambiar el mundo que la rodeaba por mucho que lo hubiera intentado. Cuando la primera madre de Abigail había enfermado, esta había intentado con todas sus fuerzas cuidarla para que se recuperara… pero, como era evidente, no le había salido

demasiado bien, y su madre había muerto. En el asilo de la calle Cleveland, el patrón había controlado todos los aspectos de su vida, desde el momento en que debía despertarse y comer su mísero desayuno hasta cuando podía terminar de recoger estopa y se le permitía caer rendida en la cama.

La primera ocasión en la que consiguió cambiar algo de verdad había sido esa vez en Vallebaldío, cuando mintió al hado que la había secuestrado y ayudó a Dora a esconderse. No había esperado que aquello produjera ningún cambio importante pero, por suerte, sí lo había hecho.

A Abigail le resultaba indignante que se le diera tan mal imaginarse cosas, así que con bastante frecuencia intentaba utilizar magia feérica para practicar a pesar de que no fuera lo más aconsejable.

Abigail buscó en su alma la semilla fría de poder que Vallebaldío había plantado en ella. El poder de Vallebaldío le entumecía los dedos y le hacía cosquillas por dentro en su afán por encontrar una salida. La joven se concentró mucho, esforzándose por proporcionarle esa salida.

Miró fijamente a los dos cuervos e intentó imaginar que un fuerte viento se los llevaba. Era verosímil, pensó, así que le resultaba más fácil creerlo.

El poder de Vallebaldío dio tumbos en su interior, torpe e inestable. La magia intentó tomar forma en su imaginación, pero su creencia en el fuerte viento era casi tan blanda como los sándwiches de pepino de aquella mañana. Abigail frunció el ceño y se tambaleó, y volvió a empujar la magia feérica a su interior.

El silencio se asentó en la calle. Uno de los dos cuervos ladeó la cabeza con curiosidad. Por un segundo, Abigail creyó notar una ligera brisa, aunque a lo mejor era solo la forma en que la naturaleza intentaba hacerla sentir mejor.

—Está bien —saltó Abigail frustrada—. Lo haremos de la otra manera.

Seguía llevando su vestido de muselina, tan formal y falto de bolsillos, pero había cogido el bolso más grande que había encontrado y lo había llenado de sus artilugios mágicos más importantes. Sacó del bolsito un pequeño manojo de paja y un ovillo de cuerda y ató unas pajitas con la cuerda hasta construir una burda figura humana.

Hugh la observaba con interés.

—¿Se supone que es una muñeca? Es un poco rara.

—Calla —musitó Abigail—. Para esto servirá.

Al decirlo, escupió en el muñeco de paja y lo colocó en el suelo delante de sus pies. Lo observó un momento.

—¡Maldita sea! Ahora tengo que ponerle nombre. Cualquier cosa que se mueva por sí misma tiene que tener un nombre.

Hugh sonrió.

—Podrías llamarlo señor Heno.

Abigail gimió ante la broma, pero como su cerebro no le ofreció ninguna alternativa, agitó la cabeza con resignación.

—¡Muñeco, tu nombre es señor Heno! ¡Vete a asustar a esos pájaros, cumple con el cometido para el que has sido creado!

Esa vez, utilizó la magia que la rodeaba en lugar de la de su interior. Esta brillaba sobre su piel como gotas de rocío sobre la hierba, se colaba en su consciencia y tomaba la forma de lo que durante siglos los granjeros ingleses habían considerado natural. Por fin, cuando se convenció de que había reunido suficiente poder, impuso la imagen del espantapájaros en el muñeco que tenía delante.

Al principio le preocupó que incluso esa pizca de magia humana hubiera fallado, pero un segundo después el muñequito de paja se incorporó tambaleándose. Su única cabeza era un tocón de heno, pero aun así tuvo la impresión de que la miraba.

El señor Heno levantó un brazo de paja y la saludó.

El muñequito se dio la vuelta y marchó al otro lado de la calle, hacia los cuervos que lo observaban con curiosidad.

El señor Heno no era ni de lejos una de las criaturas más aterradoras en el mundo… pero eso no importaba. Muchos miles de personas creían que los espantapájaros asustaban a los pájaros, y los cuervos eran pájaros al fin y al cabo. A medida que el muñeco se acercaba más y más al edificio en el que estaban posados, los cuervos empezaron a revolverse asustados.

El señor Heno se detuvo bajo la cornisa en la que se encontraban y los miró fijamente con su cabeza de paja. Entonces, empezó a bailar con gran seriedad, apoyándose en un pie y luego en otro en lo que se suponía que debía ser un movimiento amenazante.

Los cuervos graznaron de terror. Uno de ellos alzó el vuelo de inmediato, y el otro se echó hacia atrás, alejándose del muñeco.

—¡Buen trabajo, señor Heno! —lo arengó Hugh, aunque no era probable que el muñeco pudiera escucharlo—. ¡A por los sluagh!

El muñeco continuó con su extraña danza, y empezó a agitar los brazos como si fueran ramas. El cuervo que quedaba graznó lastimosamente y huyó.

El señor Heno observó irse a los dos cuervos con satisfacción muda. Un poco después, regresó a su encuentro y permaneció frente a Abigail como si esperara órdenes.

—Quédate aquí montando guardia —le ordenó ella—. Podrían intentar regresar.

El señor Heno repitió su saludo militar, y Abigail se volvió hacia la casa de lord Pinckney.

La joven subió despacio los escalones de la entrada, deteniéndose ante una puerta roja brillante. Observó el picaporte de hierro con aversión, aunque su tiempo en Vallebaldío le había proporcionado cierta cantidad de magia feérica, también había provocado que el hierro le quemara igual que a las hadas. Golpeó la puerta de madera con los nudillos, evitando por completo el picaporte.

El mayordomo no tardó en abrir la puerta. Iba vestido con elegancia y pulcritud, pero a Abigail no le sorprendieron las ojeras bajo su ojos.

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó con cortesía.

—¿Podría informar a lady Pinckney de que la señorita Abigail Wilder ha venido de visita? —preguntó Abigail—. He venido, entre otras cosas, a ofrecer mis condolencias.

Buscó una tarjeta de visita y se la entregó. Abigail no esperaba necesitar jamás sus propias tarjetas de visita, pero por fortuna la tía Vanessa había insistido en que se las hicieran cuando cumplió dieciocho años. A veces, pensó, su tía era un poco más previsora de lo que le gustaría admitir.

El mayordomo asintió y cogió la tarjeta.

—Informaré a lady Pinckney de su visita. ¿Tendría la amabilidad de esperar aquí, por favor?

Lo formuló como una pregunta, pero, por supuesto, Abigail no tenía ningún interés en esperar en el umbral de la puerta, así que asintió y lo siguió al vestíbulo, donde se sentó en un taburete a esperar.

Solo pasaron cinco minutos hasta que Hugh empezó a inquietarse.

—¿Cuánto crees que vamos a tener que esperar? —preguntó ansioso.

—Supongo que bastante —murmuró Abigail—. Por lo que he oído, lady Pinckney odia a toda nuestra familia. De algún sitio lo sacó Lucy.

Hugh puso los ojos en blanco.

—Seguro que ni conoce a toda nuestra familia —replicó—. Si papá y mamá nunca van a ningún evento.

—Ya —dijo Abigail con mordacidad—, pero somos un material excelente sobre el que cotillear.

—Estoy aburrido de esperar —gimió Hugh—. Voy a echar un vistazo a ver si encuentro algún fantasma.

Abigail se mordió el labio. La habilidad de Hugh de colarse en todas partes era muy útil, y estaba empezando a preocuparle que lady Pinckney no le permitiera investigar nada en absoluto.

—Como quieras. Avísame si descubres algo.

Hugh sonrió.

—Si encuentro al fantasma de Lucy no va a haber quién me calle, te lo prometo.

Mientras hablaba, se alejó bailando por el vestíbulo y desapareció en el interior de la casa. Tras media hora más de espera en el vestíbulo, Abigail supo con certeza que no era bienvenida, pero era demasiado obstinada para irse, y en algún momento la señora de la casa debió sentir un poco de curiosidad, porque el mayordomo acabó por regresar.

—La señora está terminando sus meditaciones matinales —anunció—, pero ha aceptado verla.

En su voz había un leve retazo de superioridad, de lo que Abigail dedujo que lady Pinckney le había informado de su antipatía personal hacia su familia. De todas maneras, se puso en pie y lo siguió al salón de las visitas.

Lady Pinckney era a todos los efectos una versión más mayor de su malograda hija: su piel de porcelana solo mostraba unas pocas arrugas, y

llevaba el fino pelo rubio recogido en un moño alto perfecto. Vestía de luto, cubriéndose con un chal y, al igual que el mayordomo, tenía grandes ojeras que no se había molestado en disimular.

En ese momento estaba sentada a la mesa leyendo la Biblia. No levantó la vista cuando Abigail entró en la habitación, aunque por lo menos había una tetera y dos tazas sobre la mesa. La única silla disponible era una de madera con el respaldo duro que miraba a la pared en lugar de a las ventanas. A un lado, una sirvienta esperaba de pie, justo detrás de la señora.

Abigail inclinó la cabeza.

—Gracias por recibirme, lady Pinckney, le ofrezco mis condolencias por los acontecimientos recientes.

Habló muy despacio, esforzándose por hacerlo con nitidez y elegancia.

Lady Pinckney no apartó la biblia ni la miró directamente.

—Gracias por sus buenos deseos. —Su tono era frío y seco—. ¿Es eso todo, señorita Wilder?

Abigail se sentó en la silla de madera por respuesta.

—No le robaré mucho tiempo —contestó—. Me han informado de que las circunstancias fueron extrañas y, con su permiso, me gustaría buscar cualquier pista que pudiera ayudar a que algo así no vuelva a suceder.

Lady Pinckney hizo una mueca de desagrado.

—¿Acaso no ha sido suficiente que el sorcier real haya husmeado por toda mi casa lanzando conjuros? —preguntó—. Ya ha venido y se ha ido, con permiso o sin él. Lord Pinckney dijo que era un asunto de la Corona y que no podíamos impedirle el paso. —Entrecerró los ojos mirando su biblia—. Tú no eres el sorcier real, y no permitiré que juegues a ser hechicera de la corte en mi casa. Puedes retirarte.

Abigail apretó los dientes, tentada a arremeter contra ella. Esa áspera superioridad en el tono de la dama la ponía de los nervios. Sin embargo, en vez de responder de inmediato, cogió la taza de té y bebió un largo sorbo; ya había supuesto que la conversación no sería precisamente fácil. El reconfortante té de flor de tilo difuminó las aristas más afiladas de sus emociones.

«No estoy aquí por mí», se recordó a sí misma.

«Las hadas están atacando a los humanos de nuevo, y fui yo quien decidió intentar detenerlas», rumió después.

«Lady Pinckney nunca es agradable conmigo —concluyó—, pero debo ser mejor que ella, ahora está sufriendo».

Abigail posó la taza en la mesa.

—Mi padre es brusco con frecuencia, siento que le haya causado más dolor. Pero yo no estoy aquí para jugar a ser hechicera de la corte, lady Pinckney. Quiero ayudar a que esto no vuelva a suceder, le prometo que esa es mi única intención.

—Odiabas a Lucy —respondió la dama con franqueza—. No quiero que andes hurgando en sus cosas.

Abigail apretó con fuerza la taza de té. Le hubiera encantado poder responder: «Lucy me odió a mí primero sin ningún motivo».

En su lugar, bebió otro sorbo de té.

—No fingiré que Lucy y yo fuéramos buenas amigas, pero no se merecía esto —cogió aliento antes de continuar—. Seguramente crea que somos muy diferentes, y que es imposible que entienda cómo se siente, pero yo perdí a mi primera madre, lady Pinckney, y por mucho que adore a mi segunda madre, ese amor es irremplazable. Seguiré teniendo un horrible vacío en el pecho, en el lugar que ella ocupaba, hasta el día en que me muera. Eso es lo que me impulsa a hacer cualquier cosa, por pequeña que sea, para tratar de evitar que otros compartan ese sentimiento, y estoy convencida de que usted hará lo mismo.

Lady Pinckney seguía con la vista fija en la biblia, pero su expresión fría y dura se resquebrajó y, por un instante, Abigail atisbó el dolor indescriptible que ocultaba. Las lágrimas asomaban a los ojos de la mujer, que ocultó más el rostro tras el libro.

—No eres hechicera —dijo lady Pinckney con voz ronca—. ¿Qué ibas a encontrar que no haya visto el sorcier real?

Abigail se mordió el labio. Las advertencias de su padre sobre la magia resonaron en sus oídos, pero no podía ignorar la pregunta habiéndole pedido tanto a la dama.

«Al fin y al cabo, antes o después tendrá que saberse que soy hechicera» pensó.

Le dio un nuevo sorbo al té y dejó que la flor de tilo descansara sobre su lengua.

Era bien sabido que la tila ayudaba a calmar los nervios, resultaba natural que lady Pinckney hubiese elegido esa infusión.

Abigail recolectó despacio la magia que la rodeaba, concentrándose en el olor y el sabor dulce de la flor de tilo. Después se levantó y posó la mano sobre la tetera, permitiendo que la magia fluyera por sus dedos como el agua. Un suave brillo dorado iluminó la tetera desde dentro, creando ondas de sol sobre la mesa.

—Beba otra taza de té —dijo Abigail con seriedad—. No hará desaparecer su dolor, pero lo suavizará una pizca durante un rato, y con un poco de suerte le permitirá descansar.

Lady Pinckney dejó caer la Biblia sobre la mesa y se quedó observando la tetera un buen rato. Muy despacio, mirando de reojo a Abigail, alargó la mano y la colocó sobre la tetera.

Un poco de tensión se liberó de su cuerpo y la dama cerró los ojos, soltando un suspiro de alivio y agotamiento.

Abigail sintió una punzada en el corazón al verla. Había suavizado aquel dolor espantoso aunque fuera un poco y, aunque no le tuviera ningún cariño a lady Pinckney ni a su hija, pensó que aquello era algo que merecía la pena por mucho que a su padre jamás se le hubiese ocurrido utilizar esa clase de magia.

Lady Pinckney abrió los ojos y se sirvió otra taza con cautela. La infusión emanaba una luz suave y reconfortante. El brillo iluminaba los rasgos de lady Pinckney mientras daba sorbitos y suavizaba su dura expresión.

Pasaron otro minuto sentadas en silencio, aunque en ese momento se trataba de un silencio contemplativo y extrañamente cómodo.

—El señor Swinton te conducirá a la habitación de Lucy —dijo lady Pinckney. Dudó un momento, incómoda—. No… no tocarás nada ¿verdad?

Abigail sacudió la cabeza.

—Es posible que necesite abrir la ventana —respondió—, pero haré todo lo posible por dejarlo todo tal y como lo encontré.

Lady Pinckney miró hacia la criada que se encontraba detrás de Abigail.

—Ve a buscar al señor Swinton y pídele que venga, por favor. Asegúrate de que traiga las llaves.

Capítulo tres



Un sorprendido y receloso señor Swinton condujo a Abigail hasta la habitación de Lucy, aunque el mayordomo era demasiado disciplinado como para expresar en voz alta sus preocupaciones. El dormitorio era amplio y estaba ordenado; resultaba evidente que el servicio lo había seguido limpiando a pesar de la ausencia de su dueña. La ventana del oeste estaba bien cerrada, pero el señor Swinton se acercó a abrirla para que entrara más luz.

Hugh la miró nada más entró, la estaba esperando sentado en la cama.

—No hay fantasma —dijo—. Es muy raro, Abby. Es como si Lucy debiera seguir aquí, pero no está, y no sé por qué.

Abigail miró de reojo al mayordomo. Le daba la impresión de que no sería demasiado comprensivo si se ponía a hablar sola.

—Gracias por la ayuda —dijo amablemente—. Le haré saber si tengo alguna pregunta.

El señor Swinton frunció el ceño. Abigail sabía que estaba valorando si podía oponerse a que lo hicieran retirarse… pero optó por ser precavido, asintió con rigidez y salió de la estancia.

—¿Qué quiere decir eso de que Lucy debería estar aquí? —preguntó en voz baja.

Hugh saltó de la cama con expresión pensativa.

—No lo sé —admitió—. Es como si… Como si hubiera dejado mucho de sí misma atrás. Estaba lo bastante apegada como para quedarse, pero no la veo

por ninguna parte.

Abigail sacudió la cabeza.

—Eso no me gusta nada —dijo preocupada—. Hay pocas cosas que afecten a los fantasmas —la asaltó una oleada de miedo—. A lo mejor papá tenía razón y deberías volver a Vallebaldío una temporada, Hugh.

—No voy a volver a Vallebaldío —declaró él entrecerrando los ojos—. Si tú te quedas en Londres, yo también.

Abigail dudó, y al verlo Hugh añadió:

—No seas como papá, Abby. Quiero quedarme, igual que tú.

Abigail suspiró, empatizando durante un segundo con su padre. De pronto, la idea de permitir que Hugh se pusiera en peligro le resultó espeluznante. Aunque a Hugh no solo lo había secuestrado un hado… lord Vallebaldío lo había asesinado. Lógicamente querría impedir que el sluagh le hiciera lo mismo a otros.

—Tienes razón —murmuró la joven—. Tienes derecho a quedarte y ayudar. Pero… ¿Me prometes que tendrás más cuidado a partir de ahora? Si hay algo por ahí que puede hacer daño a los fantasmas, tenemos que mantenernos juntos.

—Me quedaré cerca —prometió Hugh con un asentimiento reticente. Paseó la mirada por el resto de la habitación—. Aquí hay algo que no está bien. ¿Puedes rebuscar un poco?

—No tengo claro qué buscar —admitió Abigail observando a su alrededor —, supongo que empezaré por lo evidente, revisar si la habitación está ocultando algo.

Hugh dio saltitos de emoción al escucharla.

—¡Ese lo conozco! He visto a papá hacerlo antes. Necesitarás humo de tabaco ¿no?

Abigail frunció el ceño.

—Papá domina el fuego —explicó—. Yo no tengo manera de prender un cigarro ni aunque llevara alguno encima. Hay otras maneras de ver lo que está oculto ¿sabes? tengo un poco de té alumbrador que funciona igual de bien.

Abigail volvió a rebuscar en su bolsito, y sacó una pequeña petaca plateada. Desenroscó el tapón con un poco de reticencia. El té alumbrador

solía ser suave y dulce, pero había preparado uno particularmente potente para asegurarse de que la magia funcionara, y tenía un amargor extraordinario. Aun así, arrugó la nariz y le dio un buen sorbo a la petaca.

Poco a poco, la habitación se volvió brillante y nítida, como si el sol brillase desde todas las esquinas a la vez. Abigail paseó la mirada por el dormitorio, buscando algo fuera de sitio.

Y sí que había algo.

Una forma negra escapó de su vista, precipitándose bajo la gran cama con dosel. Lo primero que pensó fue que debía tratarse de un cuervo, pero era demasiado grande, comprendió un instante después.

—Hugh —dijo con voz suave—, ponte detrás de mí ¿quieres?

Su hermano frunció el ceño, pero se colocó detrás de ella sin dejar de observarlo todo a su alrededor con curiosidad.

Abigail cerró la petaca plateada cautelosamente y la volvió a meter en su bolsito, que apoyó en una mesa auxiliar. Siguió mirando al frente mientras rebuscaba a tientas en el bolso hasta que encontró un saquito de sal, uno de los mejores remedios que tenía contra los malos espíritus.

—Sé que estás ahí —dijo Abigail dirigiéndose a la cama—. Será mejor que salgas.

La cama guardó silencio.

—Puedo obligarte a salir —añadió—, aunque creo que a ninguno de los dos nos gustaría si lo hiciera.

Pasó otro segundo hasta que se oyó una voz bajo la cama:

—Podrías irte y fingir que no me has visto.

Abigail enarcó las cejas. La voz era la de una mujer joven. Fuera quien fuera, su acento se parecía mucho al de Abigail, lo que parecía indicar que no pintaba nada en el dormitorio de una joven noble fallecida.

—¿Puedes salir, por favor? —repitió Abigail. Su tono era un poco menos hostil y un poco más curioso.

La cama suspiró.

Despacio, una mujer salió arrastrándose de debajo. La melena negra se le había soltado de la sencilla cofia blanca. Tenía la cara pálida y demacrada, y cuando se puso en pie, Abigail constató su constitución menuda, que sugería

que había tenido que saltarse varias comidas a lo largo de su vida. Llevaba un viejo delantal remendado sobre un vestido verde desgastado.

Desde luego, no era ningún fantasma, estaba muy viva, y era exactamente el tipo de jovencita que no debía encontrarse bajo la cama con dosel de una dama.

—¿Se puede saber quién eres, y qué haces debajo de la cama de la señorita Kendall? —preguntó Abigail. Su intención había sido utilizar un tono severo, propio de un mago profesional, pero su voz sonó más perpleja que seria. Fuera cual fuese la magia que había ocultado a la mujer, parecía haberse evaporado, aunque Abigail aun notaba el sabor acre del alumbrador en la lengua.

La joven hizo un mohín mientras se limpiaba las manos en el delantal. Abigail identificó un olorcillo a sosa cáustica mezclada con algo más dulce que no reconoció. Lo más seguro es que se encontrase ante una lavandera, pero eso no resultaba nada esclarecedor, sino más bien todo lo contrario.

—No sé si debería darte mi nombre —dijo la mujer con recelo—. Antes te oí… eres una hechicera, una nigromante.

Al hablar, miró a Hugh con los ojos entrecerrados ante la sorpresa de Abigail.

—¿Puedes verme? —exclamó él emocionado—. ¡Nadie más que Abby me había visto antes!

La mujer menuda lo estudió con expresión suspicaz.

—¿Te han atrapado aquí? —preguntó muy seria—. Si me dices cómo lo ha hecho, puedo intentar ayudarte.

—¡Oye, que estoy aquí delante! —intervino Abigail indignada—. ¡Y no soy ninguna nigromante! —se detuvo a sopesarlo un momento—. Bueno, supongo que técnicamente sí que hice un poco de nigromancia, pero eso no es como estar haciéndolo todo el rato ¿no? No es que sea mi profesión ni nada.

Hugh sonrió de oreja a oreja.

—Le pedí a Abby que me trajera a Inglaterra —explicó—. Llevaba encerrado en Vallebaldío una eternidad. No está mal, pero después de una temporada se vuelve muy aburrido…

Abigail alzó los brazos al cielo.

—¡Venga, no te guardes nada! —dijo enfadada—. ¡Cómo no fiarnos de lavanderas desconocidas que se esconden debajo de camas ajenas!

La mujer de pelo oscuro estudió a Hugh con un parpadeo.

—¿Querías que te anclara? —preguntó—. Pero ¿no quieres solucionar tus asuntos y seguir adelante?

Hugh frunció el ceño.

—No sé qué asuntos tendría que solucionar, pero si quisiera seguir adelante ya lo habría hecho. —Dio un paso al frente y le ofreció la mano—. Soy Hugh, por cierto, y esta es Abby. Puedes decirme tu nombre… yo no soy mago.

Para gran sorpresa de Abigail, la joven aceptó la mano de Hugh y le dio un apretón.

—Oh, está bien. Me llamo Mercy. Creo que los magos todavía pueden usar un nombre solo con oírlo, pero si es solo mi nombre de pila no será grave.

Hugh observó obnubilado la mano que asía la suya y abrió los ojos de par en par.

—También puedes tocarme —susurró—. Nadie ha podido hacerlo nunca fuera de Vallebaldío. ¿Cómo lo haces? ¿Puedes enseñar a Abby?

Mercy ladeó la cabeza.

—Bueno, supongo que siempre lo he hecho. Siempre he tenido afinidad con los fantasmas.

—Apártate de ella, Hugh —refunfuñó Abigail—. Aquí debería haber un fantasma ¿recuerdas? Qué oportuno que ella esté aquí y sin embargo el fantasma de Lucy haya desaparecido.

Mercy giró la cabeza hacia ella con rapidez, y Abigail notó que los irises oscuros de la joven tenían matices cambiantes rosas y azules, como ventanas abiertas al cielo del atardecer. La visión la capturó tanto que por un momento casi se olvidó de que estaban en mitad de una discusión.

—Qué oportuno que haya una nigromante y ningún fantasma —la retó Mercy—. Estaba segura de haber percibido a un fantasma anclado a esta casa, y en cambio te encuentro a ti.

Hugh soltó la mano de Mercy y paseó la mirada entre las dos.

—No hay necesidad de pelearse. Te prometo que Abby nunca anclaría a un fantasma contra su voluntad. Y, Abby, quien se haya deshecho del fantasma de Lucy tuvo que actuar hace tiempo, o papá habría descubierto a Lucy y habría hablado con ella.

Abigail adoptó una expresión avinagrada.

—Supongo que sí —admitió de mala gana—. Pero eso no significa que debamos fiarnos de ella.

Seguía disgustada porque la hubieran llamado nigromante.

—Nadie te ha pedido que confíes en mí —resopló Mercy cruzándose de brazos—. Puedo encontrar a un fantasma desaparecido perfectamente yo sola, muchas gracias.

—Pero ¿qué haces buscando un fantasma desaparecido? —la interrogó Abigail.

—Yo también tengo una pregunta —replicó Mercy—. ¿Por qué eres tan metomentodo?

—¿Y por qué ibas a buscar al fantasma desaparecido tú sola? —preguntó Hugh en tono lastimero. Miró entonces a Abigail con gesto de súplica—. Nos vendría bien la ayuda, ¿no, Abby?

—Solo quieres que se quede porque puede tocarte —gruñó Abigail. Miró a Mercy con desconfianza—. Bueno, creo que deberías venir con nosotros. Prefiero verte que andar preguntándome si me estás siguiendo. Te colaste en esta casa con magia, si no fuera así te habría visto sin el alumbrador.

Mercy levantó el mentón.

—A lo mejor soy yo la que no quiere ir contigo —respondió con aire pendenciero—. No me gusta que me anden dando órdenes magos estirados que se creen mejores que yo.

Abigail se quedó boquiabierta. Ya era bastante malo que la llamaran nigromante… pero que la acusaran de estirada le escoció mucho más.

—¡No soy ninguna maga estirada! —se indignó—. ¡Es que me pareces sospechosa!

Mercy puso los ojos en blanco.

—Porque eres tú la que dicta quién es sospechoso y quién no —respondió —. Tú también me pareces sospechosa, pero no te he ordenado que me sigas.

—Se quitó las últimas motas de polvo del delantal—. Y ahora, si me disculpas, señorita hechicera, tengo un fantasma que encontrar.

En ese momento, ante la mirada perpleja de Abigail, las sombras de la esquina del dormitorio envolvieron a Mercy como una boca enorme que se cierra, y desapareció.

Hugh miró a Abigail con los ojos como platos.

—¿Has visto eso? —preguntó en un tono reverencial—. Tuvo que ser magia feérica, Abby. ¡No puede ser otra cosa! ¡Y la usó muy rápido! Tú nunca serías capaz de hacer algo así…

—¡Oh, cállate, Hugh! —se revolvió Abigail.

No era su intención ser brusca, pero una parte de ella se sentía terriblemente herida y traicionada. No bastaba que Hugh hubiera encontrado a una desconocida a la que admirar; al parecer, también tenía que restregarle por la cara su falta de imaginación.

Por un segundo, Hugh pareció angustiado, pero pronto su expresión se endureció.

—¿Es una orden, señorita hechicera? —dijo con resentimiento—. Puedes usar el medallón para hacerme callar si quieres.

Abigail se estrujó las manos.

—¡No seas impertinente! Nunca te he obligado a hacer nada que no quisieras, y lo sabes. Siento no poder cogerte de la mano ni desaparecer entre las sombras. Solo me pasé varios meses intentando conseguir que pudieras salir de Vallebaldío, supongo que eso no es lo bastante impresionante.

Hugh abrió la boca para responder, pero entonces puso una cara rara y volvió a cerrarla.

Pasaron varios segundos. Al final, Hugh dijo:

—Estamos siendo muy tontos ¿no?

Abigail, incómoda, se removió en su sitio.

—Desde luego tú estás siendo tonto —gruñó. Pero el comentario había rebajado su enfado, y suspiró—. Siento haber sido una mandona. Ya sabes cuánto me esfuerzo por aprender a usar magia feérica. No me resulta fácil ver a otra persona imaginarse lo imposible con tanta facilidad.

Hugh se miró los zapatos.

—No quería hacerte sentir mal. Sé lo duro que trabajaste para sacarme de Vallebaldío. Lo que quería decir era que como a ti se te da bien la magia humana y a Mercy la magia feérica, entre las dos conseguiríais mucho.

Abigail hizo una mueca.

—Creo que Mercy oculta algo —declaró en tono siniestro—. Aparece justo cuando estamos persiguiendo hadas y usa magia feérica. Decía en serio lo de tenerla cerca, si pensara que puedo pillarla la perseguiría… pero no estoy nada segura de conseguirlo ahora mismo.

Hugh se enderezó.

—Seguro que puedo convencerla de quedarse con nosotros si nos la volvemos a encontrar.

—Eso te lo dejo a ti, si es que volvemos a encontrárnosla. —Abigail se centró de nuevo en la habitación—. Pero no creo que lady Pinckney vuelva a dejarnos entrar, así que más nos vale aprovechar la oportunidad.



Abigail pasó la siguiente media hora lanzando hechizos y registrando el dormitorio con unos sorbos más de té alumbrador. Por desgracia, apenas encontró nada digno de mención, pero cuando estaba a punto de rendirse, descubrió algo muy peculiar bajo la cómoda de Lucy, justo al lado de la ventana del oeste.

—Es una florecita —dijo Abigail cuando se ponía de pie—. Anda… ¡creo que es una adelfa! Solo las he visto en Negraespina, en el Mundo de las Hadas. Es muy venenosa, la última vez que toqué una me salió un sarpullido.

Abigail le tendió la mano enguantada a Hugh con la florecilla en la palma, y su hermano la observó.

—Estoy bastante seguro de que lord Negraespina no envenenaría a nadie. Y tampoco suele trepar por las ventanas.

—No creo que esta flor venga del Mundo de las Hadas —razonó Abigail pensativa—. Las cosas feéricas siempre tienen un tufillo raro, como los pasteles de Vallebaldío. Es una adelfa de verdad.

Hugh cruzó los brazos.

—¿Y eso qué quiere decir?

A él le interesaban mucho más los pasteles que las flores.

—Ninguno de los pretendientes de Lucy le regalaría una flor venenosa —respondió Abigail poniendo los ojos blanco—. Y ella tampoco se adornaría con una. Creo que se le debió caer al sluagh cuando entró por la ventana.

Hugh inclinó la cabeza, meditabundo.

—Pero acabas de decir que nunca habías visto una adelfa fuera del Mundo de las Hadas. ¿Dónde iba a haber una flor así en Londres?

—Una flor así solo podría encontrarse en algún invernadero —dijo Abigail con una sonrisa de triunfo—. Apuesto a que sé de qué invernadero ha salido.

Capítulo cuatro



Abigail estuvo a punto de llamar un coche de inmediato —se estaba haciendo tarde—, pero, por suerte, Hugh le recordó al señor Heno.

Encontraron al pequeño espantapájaros bailando furiosamente en la acera de enfrente.

—¡Míralo! —se maravilló Hugh—. ¡Es un trabajador incansable!

Abigail apretó los labios.

—Supongo que debería romper el hechizo —comentó en tono de duda.

Hugh la miró ofendido.

—¡No puedes hacer eso! ¡Si le has puesto nombre y todo!

Abigail suspiró.

—Técnicamente el nombre se lo pusiste tú —murmuró. Pero también ella sentía un extraño sentido de la responsabilidad. Se agachó para recoger el muñeco de paja—. Quédate quieto un ratito —ordenó al señor Heno—. Seguro que aparecen más sluagh a los que perseguir después.

Mientras lo sujetaba en las manos, el señor Heno fue reduciendo sus contoneos, y cuando la joven se aseguró de que se había relajado lo suficiente, volvió a meterlo en su bolsito.

—Bien —dijo Abigail—. Los Jardines de Kensington no están tan lejos. Debería darnos tiempo a llegar antes de que cierren.

Hugh hizo un mohín.

—Pero dijiste que no íbamos a volver a Vallebaldío… —empezó.

—Y no vamos a volver —lo interrumpió Abigail—. Los sluagh están usando los mismos caminos que nosotros en los Jardines de Kensington para entrar y salir del Mundo de las Hadas. Creo que el que entró por la ventana de Lucy debió utilizar uno de los senderos del invernadero. Se supone que no está abierto pero… ¿qué les importan a las hadas los horarios?

Hugh valoró con seriedad el plan.

—¿Crees que encontraremos algo útil ahí?

—Creo que encontraremos testigos —dijo Abigail, y llamó un coche con un silbido.

Abigail visitaba a menudo los Jardines de Kensington con sus padres. La mayor parte de las damas y caballeros disfrutaban paseando por los jardines los domingos durante el día, cuando estaban abiertos al público, pero para la familia de Abigail los jardines eran tan hermosos como útiles. Después de la hora de cierre, cuando el sol se esfumaba, aparecían docenas de caminos que llevaban al Mundo de las Hadas. Ese era el verdadero motivo de que los jardines estuvieran cerrados a partir de las nueve de la noche, toda clase de hadas paseaba por ellos a aquellas horas por mucho que Elias intentase disuadirlos.

Hugh y Abigail llegaron unas horas antes del cierre. Abigail tendría que haber ido un poco mejor vestida para la ocasión, pero el lazo negro de su sombrero debió granjearle ciertas simpatías, pues nadie la retuvo para hacerle notar lo vulgar de su atuendo.

Resultó agradable pasear un rato por la avenida principal junto a Hugh, por mucho que las elegantes damas y los caballeros que los rodeaban vieran a Abigail sola. A ambos lados del camino, los árboles verdes y altísimos desplegaban su sombra, y varios grupitos de paseantes deambulaban entre risas, aprovechando las últimas horas de la tarde.

—Resulta ridículo ¿no? —comentó Hugh mientras observaba a los demás, todos con su atuendo de paseo más elegante—. ¿Que la gente venga hasta aquí solo a pasear?

—Vienen a pasear juntos —lo corrigió Abigail. Un indicio de melancolía se coló en su voz. —Las parejas en particular.

Hugh le echó una mirada cortante a Abigail, él no le veía la gracia al asunto. No había crecido lo suficiente para imaginarse cómo sería pasar el resto de su vida con otra persona. Abigail había pensado en esas cosas… por poco tiempo, antes de que su desastrosa temporada londinense le quitara la idea de la cabeza por completo. Fue entonces cuando comprendió que a ella nadie iba a invitarla a ir de paseo. Los paseos largos eran para charlar y hablar con otras personas, y requerían tener algo en común con esas personas.

Abigail apenas tenía nada en común con ningún integrante de la alta sociedad. Las mujeres como Lucy hablaban de vestidos franceses y solteros en busca de esposa. Los hombres hablaban de temas como Oxford y el continente. Abigail podría hablar de cómo estirar una comida para que durase varios días, o de cómo romper maldiciones feéricas. A lo largo de aquella única temporada, había visto con claridad la profunda brecha que la separaba de la nobleza londinense. No era un abismo que pudiera salvarse con muselina, lazos y acentos elegantes.

—Me aburro —declaró Hugh—. Voy a escalar un árbol.

Abigail puso los ojos en blanco.

—Oh, pues vete. De todas formas ya me duelen los pies.

Hugh pasó un rato eligiendo el árbol perfecto para escalar y finalmente Abigail se sentó debajo del castaño elegido, observando el mundo oscurecerse a su alrededor. Pronto, mientras el sol se hundía más y más en el horizonte, hasta los aristócratas más atrevidos emprendieron el camino de regreso a casa.

Un hombre mayor salió del sendero principal al ver a Abigail sentada debajo del árbol. Vestía con mucha más elegancia que ella, con un chaleco azul de puntos y un severo pañuelo blanco al cuello.

—Jovencita —le dijo—, es mejor que se vaya. Este no es lugar para las personas civilizadas cuando se pone el sol.

Abigail levantó la vista hacia él.

—Soy plenamente consciente de lo que ocurre cuando se pone el sol —le aseguró—. Puede quedarse tranquilo, señor.

El hombre puso cara de preocupación. Tenía una barba gris bien recortada, y su bigote se agitaba con disgusto.

—Las hadas del camino central están a punto de llegar —insistió, como si ella no lo hubiera oído.

Abigail suspiró profundamente y cambió de táctica.

—Señor, en este momento estamos casi solos, y no tengo carabina. Debo insistir en que se vaya de inmediato.

Esta afirmación le granjeó una respuesta muy diferente. El señor parpadeó y se sonrojó, avergonzado de pronto.

—Sí, eh…

Justo cuando Abigail empezaba a valorar si el señor Heno ahuyentaría a los caballeros entrometidos igual que a los pájaros, el hombre le dedicó un torpe asentimiento y regresó al camino a toda prisa.

Pronto, su figura desapareció en la distancia y Abigail se quedó sola de nuevo.

Durante una media hora, el camino central estuvo totalmente desierto, pero al poco tiempo, Hugh se inclinó en la rama del árbol y gritó:

—¡Aquí vienen!

Al principio parecían lejanas linternas oscilantes. Cada una brillaba con un color diferente del arco iris, y emitía su propia luz.

Aquella noche, todas las hadas del camino central iban ataviadas de flores. La primera pareja que apareció en el horizonte consistía en una mujer élfica de piel violeta que llevaba un largo vestido de campanillas y una dama que vestía como un jacinto rosa pálido, a la que la primera parecía escoltar. Abigail se levantó y cuadró los hombros, acercándose al camino para encontrarse con ellas.

—¡Disculpe! —le dijo al hada campanilla—. Hace una noche encantadora ¿verdad?

Las dos hadas ignoraron a Abigail con decisión, sorteándola como si no existiera.

—Es que me resulta inconcebible —le comentó la dama jacinto a la campanilla—. ¡Vestirse de tulipán! Qué ordinariez.

Al principio, Abigail se preguntó si hablaría sobre ella, pero entonces vio que la siguiente pareja de hadas iba vestida de tulipán naranja y tulipán amarillo.

Abigail dejó pasar a la primera pareja y se acercó a los tulipanes.

—¡Buenas noches! —dijo muy alto—. ¿Por casualidad no habrán visto el fantasma de una dama inglesa cruzar por aquí hace unas pocas noches?

Los tulipanes también la ignoraron por completo.

Abigail empezaba a estar muy irritada, pero antes de que pudiera abrir la boca para comentar lo maleducadas que eran las hadas, alguien entrelazó el brazo con el suyo y posó en él una mano delgada y pálida.

—Discúlpenos —dijo Mercy—, ¿han visto el fantasma de una dama inglesa merodeando por aquí?

Abigail miró de reojo a Mercy, que había salido de las sombras y paseaba junto a ella. Seguía llevando el mismo vestido verde gastado y el mismo delantal, pero, tan cerca, Abigail percibió el aroma dulce que se camuflaba bajo el olor a sosa cáustica que impregnaba la ropa de Mercy, y esa vez supo con certeza que olía a lirios.

«¿Y ahora quién es la entrometida?» pensó Abigail indignada. No podía tratarse de una coincidencia que Mercy hubiera aparecido en los Jardines de Kensington a la misma hora exacta que ellos. De hecho, Abigail se habría preguntado si los habría estado siguiendo si no fuera porque había estado vigilando durante toda la tarde.

Las hadas tulipán se giraron hacia Mercy y Abigail. Una de ellas llevaba un vestido naranja chillón, y la otra camisa y pantalones verdes con un chaleco amarillo estridente a juego con el pañuelo en el cuello.

—¿El fantasma de una dama inglesa? —musitó el tulipán amarillo.

—Estoy segura de no haber visto nada por el estilo —dijo entre risitas el tulipán naranja, que después estudió a Mercy y Abigail con la cabeza ladeada—. ¿Qué flores se supone que sois? Todos tenemos que parecer flores, ya lo sabéis. Así los humanos no nos verán si entran en los jardines.

Abigail enarcó las cejas.

—No creo que nadie vaya a confundiros con…

—Vamos vestidas de humanas, no de flores —dijo Mercy—. Yo voy de lavandera y ella de hechicera.

Mercy le lanzó una mirada tensa a Abigail que se traducía en «no empecemos».

—Estoy bastante segura de que habíamos acordado vestirnos de flores —murmuró el tulipán naranja.

—¡Yo habría preferido venir de lavandera! —declaró el tulipán amarillo indignado—. Si hubiera sabido que estaba permitido…

—Entonces ¿no habéis visto a una dama inglesa muerta por ninguna parte? —insistió Abigail—. ¿Ni ningún sluagh?

—Oh, no, ninguno —le aseguró el tulipán naranja—, pero tampoco paseamos por aquí todas las noches. Deberías preguntarles a las flores de azafrán, son a las que más les gustan los jardines. Seguro que las encuentras bailando cerca del lago.

Los tulipanes les hicieron una reverencia y continuaron con su paseo, momento en el que Abigail se giró hacia Mercy.

—Pensaba que no querías andar conmigo —dijo. Quería que sonara como un desafío, pero su tono fue extrañamente apagado. El comentario de «hechicera estirada» seguía molestándola por mucho que no quisiera admitirlo.

—Las hadas no hablan con nadie que pasee sin compañero —gruñó Mercy —, son las normas de esta semana.

Abigail estuvo a punto de decir: «a lo mejor no quiero ser tu compañera». Pero, incluso sin una taza de té, consiguió contenerse.

«Mercy es sospechosa, nos conviene tenerla cerca», pensó.

Y luego tuvo otro segundo pensamiento muy bajito. «Me gustaría pasear con alguien que no sea de mi familia, aunque sea durante un rato».

—Entonces supongo que tendremos que ir juntas —dijo por fin. Giró la cabeza hacia el árbol de Hugh y vio que este ya había saltado al suelo.

—¡Hola, Mercy! —exclamó el niño sin aliento mientras se acercaba a toda prisa—. Sé por qué vinimos nosotros a los Jardines de Kensington pero ¿cómo es que te nos has unido?

Mercy recolocó su mano en el brazo de Abigail. Tenía dedos largos y delicados pero llevaba las manos desnudas, no se había puesto ni unos guantes sencillos. Sus manos eran mucho más suaves de lo que Abigail había esperado de una lavandera.

—Tengo mis propios medios de enterarme de las cosas —dijo Mercy, y Abigail recordó tarde que se suponía que debía estar pensando en lo sospechosa que resultaba su actitud en lugar de lo bonitas que tenía las manos.

—Posees magia feérica —comentó secamente— y no parece que te asusten todas esas flores raras. Como mínimo, algún hada te habrá enseñado a hacer magia.

Los tres recorrieron el camino, inclinando la cabeza de tanto en tanto ante las coloridas parejas de hadas con las que se cruzaban.

Mercy frunció el ceño.

—Nadie me enseñó a hacer magia —corrigió a Abigail—. Ya os lo dije, siempre la he tenido. Y no sé qué quieres decir con eso de magia feérica. Tengo magia interna y externa. —Le echó una mirada de refilón a Abigail por debajo de la melena negra enredada—. No me gusta mucho la magia externa. Es aburrida.

Abigail no pudo contener el fogonazo de curiosidad que despertó la frase en ella.

—¿Qué… eh… a qué llamas magia interna y magia externa? —preguntó.

—Bueno, la magia interna sale de tu interior y le dices qué hacer. Tienes que creer de verdad en lo que haces, o si no sale mal —explicó Mercy tras pensarlo un momento—. La magia externa se sirve de las creencias mundanas de todo el mundo. Como cuando tomas prestado lo que imaginan los demás, así que es difícil que salga mal.

Abigail parpadeó.

—Bueno, acabas de describir la magia feérica y la magia humana. Según esa definición, la magia feérica es magia interna y la magia humana es magia externa. Pero nunca había escuchado que las describieran así. Y pensaba que para hacer magia feérica había que ser un hada.

Mercy se encogió de hombros.

—Tú no eres un hada, pero ese medallón que llevas es magia interna ¿no?

Abigail se tocó el medallón, sintiéndose cohibida de pronto.

—Un hada me secuestró por un tiempo —murmuró—. Cuando volví, al parecer lo hice con una pieza del mundo feérico en mi interior. Pero no creo

que eso me convierta en un hada. Y supongo que… Bueno, puedo hacer magia interna, pero no se me da nada bien.

Mercy asintió como si la explicación fuera de lo más razonable.

—Pues ahí lo tienes —dijo—. No eres un hada, y aun así puedes hacer magia interna.

Miró hacia arriba y entonces, sin ningún preámbulo, exclamó:

—¡Qué cielo! ¿Os imagináis si cayéramos en él, como si fuera un lago?

Abigail levantó la vista hacia el cielo. En medio de los Jardines de Kensington estaba muy oscuro, solo acertaba a ver unas pocas estrellas distantes.

—Sería una caída muy larga —comentó secamente.

Mercy suspiró exasperada.

—¿Lo ves? Ese es tu problema. Tienes que ejercitar tu imaginación si quieres usar magia interna. Si te digo que el cielo parece un lago, no me digas que no ¡dime qué son las estrellas!

Abigail entrecerró los ojos, dudosa.

—Eh… ¿supongo que podrían ser peces?

—¡Claro que sí! —corroboró Mercy con cordialidad—. Pero ¿cómo han llegado hasta el lago? Alguien llena los estanques de peces ¿no? ¿Quién metió las estrellas peces en el cielo?

—¡Un guardabosques! —intervino Hugh—. ¡Su casa debe estar en la luna!

—Podría ser una mujer —dio Abigail de pronto—, ya puestos a imaginar.

—A lo mejor deberías presentarte al puesto —le dijo Mercy con una sonrisa lenta y traviesa.

Una pareja de acianos pasó junto a ellos; emitían una vibrante luz morada y el color iluminó de forma extraña la pálida tez de Mercy, que por un momento pareció más etérea que cansada.

Abigail decidió que el efecto resultaba tan magnético como inquietante. El mundo casi parecía curvarse alrededor de Mercy, como si se lanzara a sus pies constantemente. Una parte de ella quería lanzarse a sus pies también, aunque, por suerte, era una parte muy pequeña, y fue fácil dominarla con el resto de su mente racional.

Abigail estaba acostumbrada a tener sentimientos extraños de ese tipo cuando estaba con hadas y sus asociados. Su otra madre a veces podía ser realmente aterradora. Pero, por alguna razón, la sonrisa traviesa de Mercy también hacía que le fallaran un poco las rodillas y eso no le había pasado nunca antes.

«Lo más prudente será que no ejercite la imaginación mucho más», pensó.

Por suerte, el lago pronto apareció ante ellos en todo su esplendor. Unas velitas azules flotaban sobre el agua y reflejaban cisnes blancos y bailarines vestidos de flores. Los visitantes feéricos de los Jardines de Kensington bailaban el vals en el sentido de las agujas del reloj sobre el agua y daban vueltas al ritmo de una flauta fantasmal.

Abigail los estudió con atención.

—Creo que veo unas flores de azafrán. Esas blancas de allí. Será mejor que esperemos a que acaben de bailar.

Una chispa peligrosa apareció en los ojos de Mercy.

—¿Por qué esperar? —preguntó—. Mira eso. No me digas que no te apetece bailar.

Abigail dudó.

—No sé si podré imaginar que mis pies bailan sobre el agua, y además llevo el bolso…

Mercy agitó la mano, restándole importancia.

—Quiero bailar. Parece divertido. Me lo imaginaré por las dos.

Fuera cual fuese la opinión que Mercy tenía de Abigail, el atractivo de la música y la tentación del lago habían provocado un cambio radical en su comportamiento, tan abrupto como una tormenta de verano.

—Yo te cuido las cosas —añadió Hugh solícito—. Tienes que hablar con los azafranes de alguna forma, Abby.

Abigail estudió a Mercy con atención. Las sombras a su alrededor se habían oscurecido, y contrastaban con el extraño ocaso que brillaba en sus ojos; la fría luz azul de las velas que salía del lago resplandecía sobre su piel pálida y su vestido verde y la hacía parecer una mujer a la que habían lavado demasiadas veces. Resultaba evidente que la lavandera era interesante… y Abigail no podía negar que su entusiasmo resultaba contagioso. Por otro lado,

había muchas cosas en ella que no encajaban, y Abigail seguía sin tener motivos para confiar en ella.

Aunque las hadas parecían compartir el estado de ánimo alegre y caprichoso de la lavandera. En circunstancias normales, Abigail dudaba de que aceptaran someterse al aburrido interrogatorio de una hechicera entrometida, y razonó que la estrategia de Mercy parecía la adecuada.

Así que, a regañadientes, dejó su abultado bolso debajo de un árbol cercano. Mercy le ofreció el brazo a la manera de los caballeros, y ella lo aceptó con cautela. Se acercaron juntas hasta el borde del lago como si pertenecieran allí. La joven dio un respingo cuando su bota rozó la superficie del agua, pero Mercy se limitó a seguir caminando y la llevó consigo con confianza. Abigail sintió la frialdad sutil de la magia de Mercy en la piel, oscura y extrañamente vigorizante. El agua soportaba su bota, aunque era casi tan resbaladiza como el cristal. Con cada paso que daba, se formaban pequeñas ondas como gotas de lluvia sobre el lago. Sin embargo, los pasos de Mercy no dejaban ningún rastro.

—No sé bailar el vals —recordó Abigail de pronto—. ¿Y tú?

Mercy le dedicó su sonrisa traviesa.

—Eso no importa. Solo tenemos que girar lo bastante rápido como para no chocar con nadie.

Cogió a Abigail de la cintura, como para mostrárselo, y de repente estaban moviéndose por el agua con el resto de los bailarines, entrelazándose con los cisnes y las hadas con una precisión dudosa.

Resultaba evidente que Mercy tampoco sabía bailar el vals, pero el baile inventado que se había sacado de la manga tenía una elegancia extraña. No era, ni mucho menos, la primera vez que Abigail bailaba con otra mujer; las debutantes solían bailar juntas antes de que diera comienzo el baile propiamente dicho, e incluso entonces a veces era difícil encontrar una pareja masculina. Pero bailar con ella era completamente distinto. Además, Mercy no se había conformado con bailar con Abigail, sino que quería bailar con ella. Dirigía con firmeza aunque los pasos fueran extraños, y la sujetaba por la cintura de forma reconfortante.

—Apuesto a que se te daba mejor imaginarte cosas cuando eras más pequeña —dijo Mercy con suavidad. El resplandor azul fantasmal de las velas se unió al ocaso de sus ojos oscuros, y por un momento ella misma pareció una aparición.

Abigail suspiró.

—No estoy tan segura —admitió—. A lo mejor nací con la imaginación rota.

Por algún motivo, al bailar en el lago se sentía cómoda diciendo cosas así, allí donde nadie más podría oírla.

Mercy estudió a Abigail. Aunque era un poco más baja que ella, la oscuridad magnética que la rodeaba hacía que pareciera que había que mirar siempre hacia arriba para verla. La luz que bailaba en sus ojos se había vuelto triste.

—Lo dices como si fuera culpa tuya —murmuró Mercy.

—A lo mejor sí que lo es. No he ejercitado mi imaginación como tú.

Mercy sacudió la cabeza.

—No quería insinuar que hubieras hecho algo mal —dijo, y en su tono se escuchaba verdadera simpatía—. No creo que nadie elija perder la imaginación. A lo mejor la usaste toda en algo importante.

—Supongo que en sobrevivir —dijo Abigail en voz baja—. Tampoco parece que haya sido fácil para ti, y aun así tienes más imaginación que nadie que conozca.

Mercy frunció los labios.

—Oh, no te compares conmigo. He tenido mucha suerte. Pero ¿no es maravilloso estar aquí? — añadió con una sonrisa—. ¿Por qué no te imaginas algo ahora? Es el sitio perfecto para intentarlo.

Abigail paseó la mirada por el lago, absorbiendo su belleza. Las hadas giraban como flores en la superficie del agua, riendo y esquivando a los cisnes adormecidos que intentaban morderles los dobladillos. La mayoría de la gente se habría sentido sobrecogida por esa visión, comprendió Abigail, en vez de concentrarse en cómo acercarse a un par de flores de azafrán que bailaban al otro lado del lago.

Por un instante, Abigail se despojó de ese objetivo. Se concentró en cambio en la sonrisa furtiva en los labios de Mercy, y en la forma en que la luz de las velas dibujaba largas sombras sobre el agua.

Casi antes de pensar en preguntar, la fría esquirla de Vallebaldío de su interior le ofreció su magia. Ese poder glacial goteó hasta su corazón, y tomó forma en sus pensamientos. Al contrario de la magia humana que Abigail utilizaba con frecuencia, sentía la magia de Vallebaldío ajena, foránea e inhumana. Pero, en ese momento, su rareza le pareció totalmente adecuada, y la mente de Abigail pareció aceptarla como si fuera normal. Suspiró como en un sueño, y al hacerlo, una suave pluma de niebla salió de sus labios y quedó colgando en el aire.

De repente, las sombras azul oscuro del agua cambiaron de dirección, dejando a sus dueños atrás. Los bailarines de sombras empezaron a bailar en el sentido contrario de las agujas del reloj, un contrapunto perfecto a los bailarines sobre el agua.

Una de las hadas margarita dejó escapar una risa de placer. Abigail sintió otra magia que respondía a la suya como la cálida y suave luz del sol. Los bailarines de sombras se elevaron entonces por encima del agua, y se unieron a sus originales sobre el lago. Un hada peonía hizo un gesto grandilocuente con la mano, y unos murmullos suaves se desplazaron sobre la magia de Abigail. Los bailarines de sombras hicieron educadas reverencias a sus parejas y después se giraron para ofrecerles las manos a las hadas reales sobre el lago.

Ocurrió todo con tanta naturalidad, y tan rápido —cada hechizo construido sobre el anterior con una alegría salvaje y caprichosa— que Abigail casi se olvidó de lo que había estado pensando. Una sonrisa asomó a su rostro, y Mercy se la devolvió, haciéndola girar hasta caer en brazos de la Mercy de sombra, que continuó con su baile de inmediato.

Los brazos de la Mercy de sombra eran un poco más fríos, pero dirigió a Abigail con la misma gracilidad y confianza que la verdadera. Abigail deseó por un momento que su sombra no estuviera intentando llevar a alguien, no se le daba demasiado bien ser la que llevaba. Y entonces se dio cuenta de lo absurda que era esa preocupación y sacudió la cabeza con una sonrisa.

La Mercy de sombra lanzó dando vueltas a Abigail hacia una nueva pareja, y esta se encontró frente a una dama alta y elegante vestida de azafrán.

—¡Qué velada tan maravillosa! —dijo el azafrán—. ¡Hace semanas que no me lo paso tan bien en el lago!

—¿Suele venir por aquí? —preguntó Abigail con rapidez, recordando su objetivo original.

—¡Oh, casi todas las noches! —le aseguró el hada azafrán—. Los cisnes fingen que nos odian, pero tengo buena relación con ellos y en realidad disfrutan de la compañía.

En ese momento adelantaron a uno de los cisnes gruñones, que intentó morder el vestido del hada de azafrán como para rebatirla.

—¿Por casualidad no habrá visto el fantasma de una señorita inglesa cruzar los Jardines de Kensington? —preguntó Abigail—. Puede que estuviera con un sluagh.

El hada azafrán se quedó pensativa.

—Ah, sí. Ya me acuerdo. La pobre parecía muy angustiada… pero bueno, los fantasmas siempre están así. La acompañaba un sluagh. Creo que fueron al invernadero, pero no he vuelto a ver a ninguno de los dos.

«Acompañar» pensó Abigail, que palabra tan inocua. Las hadas rara vez percibían los secuestros igual que los mortales.

—Disculpe la pregunta —continuó Abigail despacio—, ¿sabe si hay un camino que lleve al Mundo de las Hadas en el invernadero?

—Sí que lo hay, lo usé una vez. Lleva hasta las zonas salvajes, entre reinos. Es el único camino de Londres que conduce cerca de Luengasombra, supongo que los sluagh tienen que usarlo para entrar y salir de allí.

Abigail quería hacer más preguntas, pero cuando se disponía a abrir la boca, el hada azafrán la empujó dando vueltas de nuevo, y se encontró bailando con la sombra de un hada margarita.

El baile se alargó bastante hasta que Abigail consiguió reunirse con la verdadera Mercy, que parecía estar pasando el mejor día de su vida. Se le había salido toda la melena negra de la cofia, e iba añadiendo nuevos pasos a su propio baile inventado mientras guiaba a Abigail sobre el lago.

—¡El fantasma de Lucy fue al invernadero con un sluagh! —exclamó Abigail—. ¡Tenemos que coger nuestras sombras e ir tras ella!

Mercy no pareció en absoluto sorprendida por la revelación, pero apretó los labios y asintió.

—Me parece que mi sombra no quiere irse —comentó—. La dejaré quedarse un rato más, seguro que nos alcanzará después.

Salieron las dos del lago y se dirigieron hacia el árbol donde las esperaban Hugh y el bolso de Abigail. Este miró a su hermana con expectación cuando se acercaron.

—¿Y bien? —preguntó Hugh.

—Es seguro que el sluagh secuestró al fantasma de Lucy —dijo Abigail.

—¿Fue eso lo que dijo el hada azafrán? —preguntó Mercy—. Me refiero a lo del secuestro.

Abigail estudió a Mercy con atención.

—Bueno… es casi seguro que el sluagh estuviera arrastrando a Lucy hasta Luengasombra, así que dudo que se lo pidiera por favor.

Mercy frunció el ceño, pero no dijo nada más.

Hugh parecía especialmente preocupado por la información.

—Oh. Eh… Pero nosotros no vamos a Luengasombra ¿no?

Abigail lo miró sorprendida. Había algo especialmente furtivo en su comportamiento que no acababa de entender.

—Por supuesto que no. Solo me gustaría comprobar si hay algo de interés en el camino. —Abigail estudió a su hermano con recelo—. ¿Hay algo que deba saber sobre Luengasombra, Hugh?

Él carraspeó y miró con intención a Mercy.

—No lo sé. A lo mejor.

Bajo sus palabras había una pregunta: «¿Podemos hablar con honestidad delante de Mercy?».

—Lo hablaremos después —rectificó Abigail frunciendo el ceño.

Mercy le dedicó una mirada curiosa a Hugh, pero este se encogió de hombros y asintió.

Dejaron atrás a las flores bailarinas y se dirigieron al invernadero, seguidos por la sombra de Abigail que correteaba para darle alcance.

Capítulo cinco



El invernadero no estaba abierto al público, pero eso no significaba que se encontrara vacío. La luz de la luna iluminaba las plantas a través de los altos ventanales y varios naranjos, repartidos por la estancia larga y estrecha, cubrían el suelo con la sombra de sus ramas. Abigail, Hugh y Mercy caminaron en silencio, asediados por un estante tras otro de plantas y flores exóticas cuyos aromas se mezclaban para componer un olor dulzón y casi empalagoso. Era un sitio acogedor, lo bastante pequeño para alcanzar a ver el fondo del edificio a pesar de la relativa oscuridad.

En condiciones normales, Abigail se habría sentido nerviosa por colarse en un edificio real cuyo acceso debería haber estado prohibido, pero la familia real era muy consciente de la frecuencia con la que las hadas paseaban por los jardines de noche, y habían decidido prudentemente que todo el mundo debía evitar la zona durante esas horas para impedir que las hadas secuestraran a sus empleados.

—Tiene que haber adelfas por alguna parte —comentó Abigail en voz baja —. Apuesto a que hay una entrada al Mundo de las Hadas justo al lado. —Miró de reojo a Mercy y añadió—: Lo normal es tener que hacer algo especial para abrir un camino al Mundo de las Hadas, pero todos los senderos de los Jardines de Kensington se abren siempre que la luna los ilumina. Podríamos entrar en el Mundo de las Hadas en cualquier momento. ¿Supongo que eso no te preocupa?

—¿Debería? —preguntó Mercy—. Tú no pareces preocupada.

Abigail entrecerró los ojos.

—Podrían secuestrarte —añadió—. Podrías quedarte atrapada en el Mundo de las Hadas durante una eternidad, trabajando el cáñamo hasta que te sangren los dedos.

Mercy levantó una ceja.

—Eso parece muy específico.

Abigail cerró la boca con fuerza.

—¿Sabes lo que creo? —dijo—. Creo que ya has estado en el Mundo de las Hadas. Creo que te has traído un pedazo de él, igual que yo tengo una pieza de Vallebaldío en mi interior.

Abigail esperaba que Mercy apartara la vista para ocultar su expresión, pero, en cambio, esta sonrió.

—Bueno, es evidente que he estado en el Mundo de las Hadas. Ya conocía los caminos que hay en los jardines. No tienes por qué ser tan recelosa, no voy a quedarme con vosotros para siempre. Es solo que de momento vamos en la misma dirección.

—Pero sí que podrías quedarte con nosotros —intervino Hugh—. Querías hablar más sobre seguir adelante ¿no?

Mercy redujo el paso y miró de reojo a Hugh.

—Dijiste que no querías seguir adelante —mencionó con cautela.

Aquella sugerencia alarmó a Abigail, pero la expresión astuta de Hugh bajo la luz de la luna le indicó que se trataba de una treta para retener a Mercy.

—No quiero seguir adelante ahora mismo —explicó Hugh—, pero pareces convencida de que conseguirás hacerme entrar en razón. Me parece bien hablarlo un poco.

Por primera vez desde que la conocían, Mercy parecía insegura. Se cruzó de brazos mientras caminaban.

—Se supone que deberías seguir adelante. Estoy segura de que ya lo habrías hecho si no te hubieran retenido con magia.

Hugh asintió con buen humor, caminaba tras ellas con las manos en los bolsillos.

—¿Y qué tiene de bueno seguir adelante? ¿Qué saco yo de ahí?

Un gesto de compasión iluminó el rostro de Mercy cuando miró a Hugh.

—Bueno, estás atrapado a medio camino ¿no? No creo que sea divertido estar siempre viendo a los demás hacer cosas que tú no puedes hacer. Al otro lado hay paz, y sentirás que perteneces a un lugar por completo.

Estaba claro que Mercy creía en cada una de sus palabras. Había una tristeza amable en sus ojos idéntica a la tristeza que pesaba en el corazón de Abigail. Cada vez que Hugh hablaba con su madre, o suspiraba por unos pasteles, la tristeza había ido creciendo, hasta el punto de que Abigail había empezado a reflexionar sobre cómo encontrar un hechizo que le permitiera hablar con otras personas o tocar las cosas que anhelaba.

—¿Y cómo sabes que hay paz al otro lado? —preguntó Hugh—. ¿Has estado allí?

—No —admitió Mercy con gesto serio—. Nadie puede volver una vez cruza la frontera. Pero sí que parece muy tranquilo. Se puede ver desde algunos puntos del Mundo de las Hadas.

Hugh asintió fingiendo sabiduría.

—Es todo muy interesante. Meditaré en profundidad sobre ello.

Abigail, que lo conocía bien, sabía que aquello se traducía en que ya había olvidado por completo todo lo que le habían dicho, pero Mercy debía haberle creído, al menos en parte, porque le dedicó una sonrisa cargada de melancolía.

Abigail se había distraído tanto con la conversación que habría pasado de largo ante las adelfas blancas de no ser por Mercy, que se detuvo unos pocos pasos tras ellos, volviéndose hacia uno de los altos ventanales que ocupaban la pared del suelo al techo.

Aquella noche, en realidad, la ventana no era exactamente una ventana. El cristal brillaba de forma extraña, y al mirarlo de perfil el mundo al otro lado cambiaba de apariencia. Más allá de la ventana, había un camino bordeado de grandes árboles plateados. Al principio, a Abigail le pareció que era la luz de la luna lo que transformaba los árboles en plateados, pero cuando los observó con más atención, comprendió que brillaban como el metal bajo la corteza desgastada. Cada árbol estaba cargado de una fruta diferente: naranjas plateadas, ciruelas plateadas e incluso cerezas plateadas colgaban de sus ramas.

Mercy no dudó ni un momento delante de la ventana. Se arremangó la falda y echó a andar sobre el camino con la seguridad de quien ya lo ha

recorrido varias veces antes.

Abigail suspiró. Era muy consciente de que estaba siguiendo a una desconocida ligeramente sospechosa al Mundo de las Hadas ataviada tan solo con su fino vestido de muselina y un bolso abultado. Si hubiera podido, habría hecho una parada estratégica en su casa para ponerse unos pantalones, la gente sensata seguro que no se dedicaba a pasearse por el reino feérico con un vestido, a no ser que quisieran pincharse en lugares innombrables.

Claro que la gente sensata tampoco se adentraba en el Mundo de las Hadas tras los pasos de mujeres desconocidas.

Pero ya era demasiado tarde para volver a casa a por unos pantalones, y su investigación la había conducido al mundo feérico, así que se arremangó las faldas una vez más para seguir a Mercy.

La ventana ondeó a su alrededor como si fuera agua, fría contra su piel, y al pisar el camino, las hojas metálicas crujieron de forma extraña bajo sus pies. Allí también centelleaba la luz de la luna, pero no parecía venir de ningún sitio en particular; aunque el sendero que tenían por delante estaba bañado en plata, en el cielo oscuro no había luna ni estrellas.

Hugh iba detrás de Abigail, inspeccionando la escena con fascinación. A pesar de estar en el mundo feérico, las hojas no crujían bajo sus pies; solo el poder de su otra madre era lo bastante fuerte como para dotar a Hugh de algo parecido a un cuerpo de verdad, y la pizca de Vallebaldío en el interior de Abigail le indicaba que aquel reino estaba a gran distancia. El poder de Vallebaldío solía crecer o disminuir en su interior según la cercanía o lejanía del reino, lo que le permitía adivinar su posición. A pesar de la seguridad con la que Mercy había avanzado, no había llegado mucho más lejos que ellos. De hecho, estaba clavada en un punto del camino observando los árboles frutales a su alrededor con el ceño fruncido.

—Qué fastidio —dijo en tono tranquilo.

Abigail siguió su mirada, preocupada.

A su derecha, alguien había clavado una herradura de caballo de hierro en un árbol.

—Estoy segura de que eso no debería estar ahí —comentó Abigail sorprendida.

—Allí hay otro —dijo Hugh.

Al girarse, Abigail lo encontró observando un peral deslustrado en el que habían clavado una segunda herradura que apuntaba hacia ellos en forma de «c».

—Hay un círculo entero rodeándonos —explicó Mercy—. Allí donde las herraduras señalen hacia nosotros no podremos cruzar.

Abigail desestimó el comentario.

—No somos hadas. No me gusta tocar hierro, por supuesto, pero ese no es motivo para que pueda atraparme…

Sin embargo, en cuanto empezó a moverse, Abigail descubrió que sus pies se resistían a obedecer. Cada paso le costaba tanto como si se moviera dentro de un tarro de melaza. Llegó a un punto en que la resistencia era tan fuerte que no pudo dar un paso más.

—Dijiste que tenías un pedazo de Vallebaldío en tu interior —explicó Mercy—. Es esa pieza la que no puede atravesar el hierro.

Tenía una expresión extraña mientras estudiaba las herraduras que los tenía atrapados. Puede que Mercy comprendiera el problema de forma teórica, pero se sentía completamente desconcertada ante la realidad de estar atrapada. No dejaba de dar pasitos hacia atrás mientras hablaba y de probar varios ángulos para dejar atrás las herraduras, fallando una y otra vez.

—¿Sabías que esto estaba aquí? —preguntó Abigail enfadada.

Mercy frunció el ceño mientras seguía mirando a su alrededor.

—Por supuesto que no lo sabía. ¿Por qué iba a entrar aquí si no? No debería haber herraduras aquí.

Abigail dejó escapar un bufido de frustración.

—Pues entonces volveremos a Inglaterra. Podemos coger un camino distinto desde los Jardines de Kensington…

Pero, cuando se giró hacia la ventana que conducía al invernadero, descubrió el fallo en su plan. Quienquiera que les hubiese tendido la trampa lo había hecho a conciencia; al entrar, habían pisado la última herradura, que estaba clavada en el suelo y señalaba a la ventana.

—Bueno —dijo Hugh siguiendo la mirada de Abigail—. Supongo que eso tampoco vamos a hacerlo.

Abigail hizo una mueca y caviló un momento. Escudriñó el follaje que los rodeaba en busca de un palo, desde donde se encontraban era imposible alcanzar la herradura.

Mercy posó la mirada en la herradura, cada vez más confusa y angustiada, tratando de acceder a su magia interior, y unas sombras comenzaron a reunirse a su alrededor.

Abigail se giró hacia ella.

—¡No! —exclamó con rapidez.

Pero Mercy ya había atacado la herradura situada frente a la ventana del invernadero. Frías y hostiles, las sombras silbaron hacia ella; y en un instante se transformaron en formas humanas envueltas en mortajas que trataban de arrancar la herradura del suelo.

Un chasquido estruendoso partió el aire, y una luz blanca cegadora rasgó las sombras como si fueran de papel. Mercy se tambaleó hacia atrás con un grito de dolor, y pronto el espantoso olor de algo que se quemaba se extendió a su alrededor.

Abigail se acercó corriendo cuando Mercy se desplomaba con las manos presionadas contra el pecho.

—¿Estás bien? —preguntó Abigail con urgencia—. Déjame ver.

La cogió con cuidado de las muñecas, estirándole las manos, y vio que tenían un color rojo vivo, pero por suerte las quemaduras parecían leves. A Abigail no le sorprendían las lágrimas que resbalaban por el rostro de Mercy con lo dolorosa que resultaba cualquier quemadura.

—¿Por qué hiciste eso? ¡Tenías que saber lo que pasaría!

Mercy temblaba, derrotada.

—Yo… No lo sé. Estoy tan acostumbrada a que la magia interna haga lo que quiero que pensé que funcionaría de todas maneras.

Hugh había corrido junto a Abigail e hizo una mueca de dolor al ver las manos de Mercy.

—Algunas cosas siguen siendo imposibles por mucho que te las imagines —comentó.

Abigail suspiró con fuerza.

—Me parece que tu imaginación es un poco demasiado creativa. Llevas tanto tiempo saliéndote con la tuya que se te ha olvidado lo que pasa cuando no es así. La magia feérica está muy bien, pero no lo arregla todo.

Mercy se miró las manos, le temblaban los labios.

—Me duele mucho —musitó—. Creo que odio las herraduras, Abby.

Abigail enarcó una ceja. El mote sonaba raro en boca de Mercy.

—Me llamo Abigail —dijo de mala gana—. Y ya me imagino que odiarás las herraduras. A mí tampoco me gustan demasiado ahora mismo. —Le colocó las manos a Mercy con cuidado en el regazo y se incorporó—. Bueno, quien quiera que hiciese esto nos ha atrapado bien. Hasta la magia humana odia el hierro. No estoy segura de que tengamos ninguna manera de escapar de aquí.

Las palabras les golpearon con dureza cuando sus implicaciones fueron calando en ellos. Quien quiera que los hubiese atrapado seguro que vendría a revisar su trampa, y no tenían forma de protegerse cuando eso ocurriera.

—Bueno, vosotras no podéis iros —le dijo Hugh a Abigail—, pero no creo que yo tenga ningún problema en pasar por delante de las herraduras. La pena es que no pueda moverlas por vosotras.

—No puedes moverlas —respondió ella pensativa—, pero a lo mejor podrías encontrar a otra persona que sí pudiera hacerlo.

Hugh se cruzó de brazos mientras cavilaba. Entonces, un pensamiento repentino iluminó su rostro.

—¡Mamá! ¡No la otra mamá, nuestra mamá normal! ¡A lo mejor puedo llamar su atención en un espejo y traerla hasta aquí!

Abigail lo miró recelosa.

—Tu medallón está en el Mundo de las Hadas, conmigo. Puede que no funcione tan bien si vuelves a Inglaterra. ¿Qué pasa si te alejas demasiado de él y te desintegras?

Hugh frunció el ceño, decidido.

—Nadie más puede pasar por delante del hierro. Necesitas mi ayuda, Abby, y además, no me da miedo desintegrarme.

—¿Ah, no? —respondió Abigail sorprendida—. Pero si dijiste que no querías seguir adelante.

Hugh se encogió de hombros.

—No quiero seguir adelante —dijo, dándole la razón—. Me parece una tontería abandonar todo lo que aprecio para meterme en un sitio nuevo. Pero lo que aprecio eres tú, así que caer peleando por ti no tiene nada de malo.

Abigail se quedó sin palabras mirando a su hermano, y comprendió que siempre evitaba hablar con él sobre aquello de no seguir adelante… en gran parte porque ella tampoco quería que cambiaran las cosas, y también porque le daba miedo que sacar el tema le hiciera planteárselo.

—No quiero que caigas luchando por mí, Hugh —dijo Abigail con suavidad. Tenía un nudo en la garganta. De repente, la idea parecía muy posible y absolutamente estremecedora.

—Eso es problema tuyo, no mío —contestó Hugh poniendo los ojos en blanco—. Además, tendrías que usar el medallón para detenerme. Me voy ya, Abby. Si espero demasiado, no seré capaz de encontrar a mamá antes de que salga el sol y se cierren todos los caminos de los Jardines.

Abigail se clavó las uñas en las palmas de las manos. Por un momento, se sintió tentada de usar el medallón para obligar a Hugh a quedarse, pero sabía que eso sería terrible. Si hacía algo así, pensó, entonces sí que sería una nigromante.

—No quiero que te vayas —dijo Abigail en voz baja—, pero no usaré el medallón.

Hugh le sonrió.

—Sé por qué sigo aquí. No creo que desaparezca mientras necesites ayuda, no te preocupes demasiado. Ojalá pudiera darte un abrazo de despedida —suspiró—, pero ya sabes que te quiero mucho, Abby.

Abigail parpadeó para limpiarse las lágrimas, de repente era muy difícil mantener la voz firme.

—Yo también te quiero mucho, Hugh.

Mercy observó a Abigail desde el suelo. Su rostro seguía reflejando dolor, pero por debajo se apreciaba una nueva y extraña incertidumbre.

—Yo… podría fortalecer tu hechizo en el medallón —ofreció—, siempre se me han dado bien los fantasmas.

Abigail la estudió con atención.

—Pero no crees que los fantasmas deban quedarse más allá de su tiempo —dijo despacio—, y me llamaste nigromante por el conjuro.

—No me gusta demasiado —admitió Mercy incómoda—, pero no quiero quedarme aquí atrapada para siempre con las herraduras. Y… —su voz se apagó y le lanzó una mirada fugaz a Hugh que reflejaba su consternación—. No sé —añadió con suavidad—. Parece que es lo más adecuado en este momento. Nunca pensé que diría algo así.

—Es tu medallón —le dijo Abigail a Hugh—. ¿Te arriesgas a que lo toque?

Hugh estudió a Mercy con su único ojo entornado.

—¿Me prometes que no le harás nada raro? ¿Que solo fortalecerás el hechizo?

Mercy asintió a regañadientes.

—Lo prometo.

Hugh asintió.

—Adelante —le dijo a Abigail—. Creo que quiere escapar tanto como tú.

Abigail se sacó el medallón de debajo del vestido de mala gana. Le desagradaba en exceso entregárselo a otra persona, y todavía más a Mercy, a la luz de las sospechas que habían ido creciendo en su mente. Pero Hugh había tomado su decisión, así que colocó el medallón con cuidado en una de las manos enrojecidas de Mercy, provocándole un respingo de dolor. Aun así, cerró los dedos alrededor del medallón. Con una última mirada preocupada a la herradura frente a la ventana, Mercy cogió aliento y los jirones de sus sombras se arremolinaron a su alrededor una vez más.

Esta vez la magia no explotó, ya que Mercy no intentaba atacar el hierro, pero las sombras seguían pareciendo lentas e indolentes. En Inglaterra, la magia de Mercy había acudido rauda a su llamada en todo momento, pero allí, rodeada de hierro, parecía resentida por verse obligada a comparecer.

Despacio, las sombras de Mercy se arremolinaron alrededor del medallón de plata y se acomodaron en los grabados. El medallón adquirió un aspecto desgastado, similar al de los árboles que los rodeaban.

Quizás era producto de su imaginación, pero a Abigail le pareció que la silueta de Hugh se fortalecía un poco. Como mínimo, parecía más erguido.

Mercy dejó escapar un suspiro largo y tembloroso, y Abigail la sujetó antes de que cayera hacia delante. El aroma a lirios se volvió de repente apabullante, fresco, nítido y dulce, como el de las flores después de una llovizna de primavera.

Era más fácil considerar a Mercy una presencia extraña y molesta cuando estaba más lejos y le llevaba la contraria. Cuando, agotada, apoyó la frente en el hombro de Abigail, se volvió muy difícil ignorar lo suave y frágil que podía ser. Abigail comprendió entonces que gran parte de la fuerza de Mercy era una ilusión nacida de su terquedad y confianza en sí misma, y se debía en no poca medida a su creencia de que su magia interior siempre la salvaría.

En esos momentos, Mercy temblaba en sus brazos, dolorida e insegura. Aunque no se fiaba de la joven, Abigail no pudo evitar sentir una potente oleada de simpatía hacia ella. Por primera vez en mucho tiempo, al parecer, Mercy dependía por completo de la ayuda de otra persona.

Aunque estaba cansada y herida, Mercy se obligó a enderezar la columna y le entregó el medallón de vuelta con delicadeza.

—Creo que ayudará —dijo en voz baja—. Lo hice lo mejor que pude.

Abigail siguió sujetando a la otra mujer mientras se recolocaba el medallón al cuello. Algo en él parecía sutilmente distinto… esperaba que más fuerte.

—Me voy ya —dijo Hugh, pero Mercy negó con la cabeza y se puso en pie con gran esfuerzo.

—A lo mejor Abigail no puede darte un abrazo, pero yo puedo darte uno de su parte.

Un indicio de su anterior obstinación se había colado en su voz, y Hugh volvió a sonreír, aliviado. Se lanzó hacia ella, rodeándola con los brazos, y Abigail recordó que hacía muchísimos años que no podía abrazar a nadie.

Mercy trastabilló un poco, pero le devolvió el abrazo con fuerza.

A Abigail se le retorció el corazón al verlo. Tantas emociones contrapuestas y agridulces la asaltaron que no era capaz ni de identificarlas todas. La vieja tristeza que sentía por Hugh había regresado con fuerza, pero también estaba muy orgullosa de él, y asustada, y feliz de que alguien pudiera abrazarlo aunque ese alguien no fuera ella.

También había otra emoción que no tenía que ver con Hugh, sino con Mercy. Por mucho que esta estuviera en contra de la decisión de su hermano de quedarse en Inglaterra, resultaba evidente que le preocupaba su felicidad. Solo alguien que se hubiera preocupado por los sentimientos de Hugh se complicaría la vida para ofrecerle consuelo. Además, Abigail sabía que Mercy estaba haciendo un verdadero esfuerzo por mantenerse en pie mientras Hugh la abrazaba, estaba claro que no se encontraba nada bien.

Abigail no quería que Mercy le gustara. De hecho, le parecía una idea espantosa. Pero empezaba a sospechar que, a pesar de todo, sí que le gustaba. Sintió que su corazón se calentaba al admirar la dulce sonrisa en su rostro. Era una sonrisa encantadora, no porque Mercy fuera encantadora, sino porque su sonrisa mostraba sus nobles sentimientos.

Lentamente, Mercy se separó de Hugh.

—Bueno —farfulló—, supongo que ahora sí que puedes irte. —Volvió a sonreír, y a Abigail le dio un vuelco el corazón—. Gracias por tu ayuda, Hugh. Ya sé que lo haces sobre todo por Abigail, pero lo aprecio de todas maneras.

Hugh clavó la vista en el suelo, tímido de pronto.

—También es un poco por ti —le aseguró—. Nunca te dejaría aquí atrapada, ni aunque fueras la mayor villana del mundo. —Levantó la vista hacia Abigail—. Cuidaos las dos. Que no os pille el sluagh.

Mercy frunció el ceño ante el comentario pero no dijo nada.

—Todavía tengo al señor Heno conmigo, tú preocúpate por ti —respondió Abigail con una sacudida de cabeza.

El recuerdo del muñeco hizo sonreír a Hugh, que les dedicó una caballeresca reverencia a ambas.

Emprendió así su camino hacia la ventana del invernadero, de vuelta a Inglaterra.

Capítulo seis



Siempre resultaba imposible medir el paso del tiempo en el Mundo de las Hadas, donde incluso las cosas más sencillas se diluían y volvían irreales. El día y la noche no respetaban las leyes naturales, era como si los segundos se fueran de paseo en lugar de sucederse uno tras otro.

Mercy se acomodó junto a Abigail contra el tronco de un árbol, contemplando el bosque. Ahora que Hugh se había ido, la arboleda desvaída parecía menos sustanciosa que antes, pero las manos de Mercy mantenían un doloroso color rojo muy real.

—Ojalá tuviera algo para tus manos —suspiró Abigail—. Solo llevo artilugios de magia.

Mercy se apoyó en ella.

—Está bien —murmuró distraída—. Se curarán. Qué vista tan increíble ¿no? No me importaría nada quedarme aquí si no fuera por el hierro.

Aunque Abigail estaba muy preocupada por Hugh, trató de poner atención en lo que las rodeaba e intentó verlo desde la perspectiva de Mercy. Mirase a donde mirase, los árboles emitían un resplandor plateado bajo una luna invisible, y arrojaban sombras suaves sobre el manto del bosque. A la mayoría de los mortales les habría resultado una visión cautivadora, pensó. Por un instante, al menos, a ella también se lo pareció.

El momento se esfumó al recordar su situación y las sospechas que le generaba su compañera.

—Seguro que has recorrido todo el mundo feérico. Tú también tienes una pieza de él en tu interior, y pertenece a Luengasombra ¿verdad?

Mercy no dijo nada, pero su silencio habló por ella.

—Eso pensaba —murmuró Abigail. Se agachó para coger una de las hojas plateadas del suelo—. Conocías el camino más cercano hasta Luengasombra de noche… no necesitabas ninguna adelfa que te indicara el camino. De alguna manera, estás metida en todo esto. —Abigail descartó la hoja con un suspiro—. No soy capaz de entender lo que hacías en la habitación de Lucy. Si trabajas con el sluagh, ya deberías saber lo que le ocurrió a Lucy y por qué.

Mercy se abrazó las rodillas y apoyó la barbilla en ellas.

—Había oído que se estaba culpando a los sluagh de asesinar a Lucy y a las otras chicas —dijo con aire sombrío—, pero a mí no me encaja. Los sluagh no suelen hacer esas cosas.

Abigail la miró de reojo. Su expresión era de total consternación, como si todo en su mundo hubiera dejado de tener sentido.

—Pero los sluagh matan a la gente —razonó Abigail—. Entran por la ventana del oeste en plena noche, y todo el que esté dentro aparece muerto por la mañana.

Mercy sacudió la cabeza, alterada.

—Los sluagh no… —se detuvo con una mueca de dolor, y corrigió sus palabras—. Los sluagh sí matan —admitió—, pero solo lo hacen si alguien está muy enfermo y agonizando, para aliviar ese sufrimiento. Nunca acaban con una vida a la que aún le queda tiempo. Nunca lo harían.

Abigail frunció el ceño.

—No lo entiendo —dijo despacio—. ¿Quieres decir que los sluagh solo aparecen cuando la muerte está próxima? ¿Por qué? ¿Para acelerar el proceso?

Mercy suspiró.

—Se supone que los sluagh no son asesinos, sino pastores. Se supone que ayudan a los fantasmas a cruzar al otro lado. Pueden percibir a los muertos y a los moribundos, así que aparecen cuando alguien está a punto de necesitar su ayuda.

Abigail la observaba perpleja.

Podía estar engañándola, desde luego… pero las palabras de Mercy encajaban a la perfección con su forma de actuar y con la manera en la que funcionaba su magia. Por supuesto que a Mercy no le gustaba el medallón de Hugh: la pieza de Luengasombra en su interior tenía como misión enviar a los fantasmas al otro lado, no retenerlos en el mundo.

—Tú también has ayudado a fantasmas a cruzar al otro lado ¿verdad?

Hasta ese momento, Mercy había hablado con reticencia, pero entonces sus ademanes se suavizaron y sonrió con melancolía.

—A la mayoría les da miedo lo que vendrá después, aunque no se den cuenta. Solo necesitan a alguien que hable con ellos, que les dé la mano y les acompañe en el camino.

Abigail arrugó la frente, nuevas ideas la asaltaron.

—¿De verdad acompañas a los fantasmas todo el camino a través del Mundo de las Hadas hasta el otro lado? ¿A través de Luengasombra? —Abigail se detuvo y entrecerró los ojos—. Si yo fuera un sluagh en Londres, por ejemplo, seguramente llevaría a un fantasma por este camino.

Mercy parpadeó.

—Bueno, sí. Estaba casi segura de que Lucy y el sluagh habrían venido por este camino, y según lo que dijeron las otras hadas, tenía razón.

—Pero aquí estamos —dijo Abigail—, y lo único que hay aquí es un montón de hierro, y ni rastro del sluagh ni del fantasma. —Volvió a recorrer con la mirada las herraduras que las rodeaban—. Al principio pensé que mi padre podría haberle tendido una trampa al próximo sluagh que pasara por aquí, pero él tampoco puede tocar el hierro. Si la trampa fuera suya, habría usado un círculo como el de nuestra casa. Y, por supuesto, los sluagh tampoco pueden tocar el hierro, así que no pueden haber sido ellos tampoco.

—¿Tu padre? —la interrumpió Mercy—. ¿Él también es un protegido del reino feérico?

—¿Qué es un protegido del reino feérico? —preguntó Abigail confundida.

—Es lo que eres tú —respondió Mercy encogiéndose de hombros—. A Vallebaldío le gustó algo en ti, y decidió acogerte.

Abigail parpadeó despacio.

—Pero… Entonces… ¿Quieres decir que mi guardián no es mi otra madre, sino el reino mismo?

Mercy le dedicó una débil sonrisa.

—¿Y por qué no los dos? —respondió—. Supongo que en ese caso tienes más de un guardián.

Abigail le dio vueltas a la idea en su cabeza. A una parte de ella no le gustaba demasiado; el antiguo señor de Vallebaldío había sido cruel y caprichoso, y había generado muchísimo dolor. Los señores del mundo feérico pertenecían a sus tierras en lugar de al contrario, por lo que Vallebaldío lo había ayudado a hacer cosas espantosas.

Pero Vallebaldío también había aceptado a su otra madre como su nueva señora, y con gran entusiasmo a juzgar por sus considerables poderes. Desde entonces, el reino feérico había ayudado a cuidar y proteger a los otros niños muertos que allí residían. A lo mejor, pensó Abigail, incluso había algún tipo de afecto en sus actos.

—Me pregunto si los reinos de las hadas pueden cambiar —murmuró Abigail.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Mercy ladeando la cabeza.

Abigail se cruzó de brazos, pensativa.

—Lord Vallebaldío creía que estaba siendo virtuoso cuando secuestró a todos los niños. En realidad estaba siendo horrible, y me alegro de que esté muerto. Pero no puedo evitar pensar que mi otra madre le echó una buena reprimenda a Vallebaldío cuando heredó el puesto. A lo mejor le está enseñando cómo cuidar de verdad a las personas.

—Oh —respondió Mercy perpleja—. No sabía que eso fuera posible.

—A lo mejor no lo es. Puede que me equivoque.

Aunque deseaba no estar equivocada. La idea de que Vallebaldío la estuviera protegiendo como una especie de disculpa le parecía mejor que la posibilidad de que se hubiera apoderado de algo que deseaba sin imaginar cómo aquello podría afectar a nadie más.

Abigail apartó aquel pensamiento de momento, y decidió preguntarle a su otra madre al respecto más adelante.

—Pero eso no es relevante —rectificó Abigail—. Quien haya tendido esta trampa conocía el camino que usan los sluagh para volver a Luengasombra, y no es ni un hada ni un protegido de las hadas. Por desgracia, eso solo nos deja lo obvio.

Mercy la observó con recelo.

—¿Lo obvio?

—Creo que nos enfrentamos a un mago humano —concluyó Abigail con gravedad—. A lo mejor es otro hechicero que intenta detener a los sluagh, o a lo mejor no.

Mientras hablaba, Abigail percibió que Mercy había dejado de escucharla. Sus ojos oscuros estaban fijos en el hombro de Abigail, en algo que se encontraba más allá de los árboles.

—¿Mercy? —preguntó Abigail con suavidad.

—¿Sabes qué aspecto tiene la señorita Lucy Kendall? —preguntó a su vez Mercy en voz baja.

—Sí —dijo frunciendo el ceño—. Era más o menos de mi altura… rubia y muy guapa.

Mercy se incorporó tambaleante.

—¡Señorita Kendall! —gritó—. ¡Estamos aquí! ¡Hemos venido a buscarla, pero tiene que acercarse a nosotras!

Abigail abrió mucho los ojos y se apresuró a levantarse.

—¿Está aquí? ¿Dónde?

Mercy la hizo callar con un gesto.

—No puedes verla ni oírla —explicó—. Está en peligro. Se está desintegrando sin nada que la ancle aquí.

Abigail miró a su alrededor, aunque sabía que no serviría de nada. Ni siquiera el té alumbrador le mostraría a un fantasma. En condiciones normales, era Hugh quien la informaba si había alguno cerca.

—Puedes decirle a Lucy que estoy aquí —propuso Abigail—, aunque igual eso la empuja a huir. Nunca le gusté demasiado.

Mercy se encogió de hombros.

—Díselo tú. Aunque no puedas oír a Lucy, ella sí que te escucha a ti. Intenta convencerla de que se acerque a nosotras.

Abigail hizo una mueca. No había disfrutado nada de hablar con Lucy cuando ambas estaban vivas, y le atraía todavía menos la idea de tener una conversación unilateral con el fantasma de Lucy. Pero tenía sentido que lo intentara, Lucy no sabía nada de Mercy.

Abigail respiró profundamente e intentó afinar su acento todo lo posible.

—¡Lucy! —la llamó a regañadientes—. ¡Soy Abigail! No puedo verte, pero sé que estás ahí. Ahora mismo te encuentras en el Mundo de las Hadas, pero puedo ayudarte a volver a casa.

Mercy frunció los labios, desaprobadora, pero no dijo nada. Seguramente pensó que deberían convencer a Lucy para que siguiera adelante, no de que volviera a casa. Pero Abigail sabía que la promesa de regresar a su hogar significaría más para Lucy que un rostro conocido pero desagradable.

Un poco después, Mercy se agitó en su lugar.

—Viene hacia aquí —dijo—. Es tal y como la describiste.

Mercy hizo un gesto de dolor y levantó las manos.

—Oh, por favor, más despacio —exhortó al espacio vacío que tenían delante—. Abigail no puede oírte, tengo que decírselo yo todo.

Acostumbrada como estaba a repetirle a la gente lo que decía Hugh, a Abigail le resultó muy extraño encontrarse de pronto al otro lado de la situación. Se obligó a esperar pacientemente mientras Mercy se giraba hacia ella para repetir las palabras de Lucy.

—Lucy dice que lleva un tiempo dando vueltas por aquí. Somos las primeras personas que ha visto desde que se perdió. —Hizo una pausa y suspiró—. Dice que tenemos que llevarla a casa de inmediato.

A juzgar por la expresión de Mercy, Abigail sospechaba que Lucy no había escogido palabras tan cordiales. Cogió aliento.

—Estamos esperando a mi madre —dijo Abigail, poniendo cuidado en su pronunciación—. Si esperas un rato con nosotras, vendrá y nos llevará de vuelta a Inglaterra. Mientras tanto, sería de gran ayuda si nos contaras lo que recuerdas de cómo has llegado hasta aquí.

Mercy frunció el ceño.

—Por mucho que lo repitas no servirá de nada —advirtió—. No podemos irnos hasta que aparezca la madre de Abigail. Y debo añadir que eres bastante

impertinente para ser una persona que necesita nuestra ayuda. ¿Te suele funcionar esa actitud?

—Déjame adivinar —dijo Abigail secamente—. No le gusta tu acento. Ni tu pelo. Ni tu vestido. Ni nada tuyo.

Mercy puso los ojos en blanco.

—Lucy cree que soy tu sirvienta. Lo que no le gusta es mi actitud.

Abigail no pudo evitar un pequeño resoplido.

—Serías una sirvienta horrible —le dijo a Mercy—. Al principio pensé que eras una lavandera, pero no soy capaz de imaginarte lavándole la ropa a nadie. ¿Lavas ropa para los sluagh? Pero, oh, imagino que en realidad solo llevan plumas.

Mercy se encogió de hombros.

—Puedo hacer que hables con Abigail —le dijo al aire—, pero ella ya te ha dicho lo mismo. —Le echó un vistazo a Abigail—. ¿Te importa si te lanzo un hechizo? A lo mejor eso facilita las cosas.

Abigail la miró con sorpresa.

—¿Puedes ayudarme a ver a Lucy? Bueno… sí, si no te importa… Me gustaría.

Mercy asintió.

—Tendrás que quitarte los guantes —indicó.

Abigail no necesitaba que la convencieran demasiado de eso, si no hubiera sido por la visita formal a lady Pinckney, nunca se habría puesto un vestido para entrar en el mundo feérico. Retiró los guantes con cuidado y los guardó en el bolso, pegados al señor Heno. El muñeco de paja se retorció con todas sus fuerzas en un intento por reptar hacia la libertad, pero Abigail cerró el bolso justo a tiempo.

Mercy alargó una mano enrojecida y entrelazó sus dedos con los de Abigail. Su piel era fresca y agradable a pesar de las quemaduras, y de nuevo Abigail se descubrió pensando en lo largos y delicados que eran sus dedos. No debería haber nada inapropiado en tocar la mano de otra mujer, pero, de alguna forma, Abigail sabía que de haber alguna carabina por allí, la habría regañado por cogerle la mano a Mercy.

En ese instante, sintió el cosquilleo de la magia sobre su piel. Mientras escrutaba el paisaje, las sombras del bosque se separaron como cortinas. El color se coló en su visión, reemplazando el baño de la luz de luna ambiental con manchas de un crepúsculo vibrante. Como pintados en un lienzo, los árboles resplandecieron en tonos azules, rosas y amarillos.

Atrapada entre esos colores del ocaso había una mujer joven, de edad parecida a la de Abigail. Lucy Kendall era un par de centímetros más alta que ella, de pómulos angulosos y ojos azul claro; llevaba el cabello rubio suelto sobre los hombros, cayéndole casi hasta la mitad de la espalda. El fino camisón blanco no debía protegerla demasiado de la temperatura nocturna.

Cada poco, la silueta de Lucy temblaba con el atardecer, como si fuera parte de él, pero volvía a estabilizarse con insistencia, aferrándose a su solidez. Abigail se preguntó si era a eso a lo que Mercy se refería cuando le hablaba a Hugh de quedarse atrapado a mitad de camino. Resultaba extraño estar ante una prueba visual del concepto.

—Quiero irme a casa —informó Lucy a Abigail en un tono altivo y cortante—. O eso, o si no debéis llevarme ante lord Luengasombra de inmediato.

Lucy dijo ambas cosas como si fueran órdenes que esperaba que obedecieran.

Abigail frunció el ceño al escuchar la segunda opción.

—¿Por qué quieres ver a lord Luengasombra? —preguntó.

Lucy se enderezó con aire soberbio.

—No debería estar muerta —dijo con un resoplido—. El caballero vestido de negro, creo que se llamaba Sinfulgor, dijo que podría presentarle mi caso a lord Luengasombra, y que quizás este podría devolverme a la vida.

Abigail alzó ambas cejas al escucharla. Estaba a punto de explicar que era muy poco probable que lord Luengasombra pudiera devolverle la vida a Lucy, pero Mercy la interrumpió.

—¿Sinfulgor? ¿Estás segura de que se llamaba así? ¿Llevaba un abrigo viejo y raído y estrellas en los ojos?

Lucy le echó un vistazo rápido a Mercy.

—Así es. ¿Sabes a dónde se ha ido? Sinfulgor dijo que me llevaría de la mano todo el camino, que no me soltaría… pero en cuanto entramos en el bosque, de repente me soltó, y me mareé y me desmayé. No recuerdo mucho más.

A Abigail le sorprendió escuchar un deje de preocupación en la voz de Lucy cuando se refería a Sinfulgor. Eran muy escasas las ocasiones en que Lucy había mostrado ningún indicio de preocupación por alguien que no fuera ella misma o su familia en presencia de Abigail. Quizás, pensó, el miedo de que la hubieran dejado sola había liberado algo en su interior, aunque fuera un efecto momentáneo.

—No sé a dónde ha ido Sinfulgor —dijo Mercy en tono sombrío—, pero estoy segura de que no te dejaría sola a propósito. Sinfulgor es un sluagh… te llevaba de la mano para anclarte a él mientras atravesabas el Mundo de las Hadas. Sigues conectada a tu hogar, y estás demasiado lejos para que esa conexión te mantenga entera sin ayuda. —Hizo una pausa—. A lo mejor el hierro le sobresaltó, pero si el hierro ya estaba aquí cuando llegó… ¿Por qué no está Sinfulgor atrapado con nosotras?

—Yo de eso no sé nada —comentó Lucy obcecada—. Lo único que sé es que no debería estar muerta. Solo me encontraba un poco mal cuando me acosté. ¡Soy demasiado joven para haberme muerto sin más! Y además este año era cuando iba a encontrar marido. Tenía muchísimas opciones.

Abigail levantó un brazo.

—Espera —interrumpió—. ¿Te encontrabas mal antes de dormir? ¿Antes de ver al hombre con los ojos llenos de estrellas?

Lucy puso los ojos en blanco.

—Solo estaba un poco mareada, no tenía ninguna enfermedad mortal.

Abigail miró de reojo a Mercy. Cada vez estaba más convencida de que Mercy tenía razón, y de que el sluagh no había matado a Lucy.

—Creía que los sluagh parecían cuervos —comentó Abigail.

—A veces lo parecen —explicó Mercy—. Los sluagh son cambiaformas. Cuando los fantasmas pasan al otro lado, les regalan a los sluagh su sonrisa, sus carcajadas, su reverencia… en agradecimiento. Los sluagh reúnen todas estas cosas y crean nuevos rostros para sí mismos.

—Bueno, quien quiera que le diera su sonrisa a Sinfulgor tenía una sonrisa muy atractiva —dijo Lucy distraída—. Estoy muy enfadada con él por dejarme aquí, pero a lo mejor vuelve y se disculpa. —Su silueta se estremeció de nuevo en el ocaso, y Lucy se aferró a un árbol cercano—. ¡Ay, no! Me estoy mareando otra vez.

Mercy alargó la otra mano para coger la de Lucy. Al hacerlo, los temblores se detuvieron de golpe, y Lucy se enderezó, cogiendo aire.

—¿De verdad no recuerdas nada de lo que le ocurrió a Sinfulgor? —preguntó Mercy muy seria—. Supongo que todo se mezcló cuando te soltó la mano.

Lucy observó sus manos entrelazadas con una mueca de disgusto.

—Tienes las manos sucias —comentó con grosería.

—No están sucias —dijo Abigail tensa—. Las tiene heridas, y por algún motivo sigue intentando ayudarte.

Abigail se dio cuenta demasiado tarde de que se le había escapado su verdadero acento, y enrojeció de vergüenza.

Lucy liberó su mano de un tirón. Su silueta se había fortalecido mucho, pero volvió a temblar en los bordes, y cayó de rodillas.

—Este es un asunto muy serio —gruñó Lucy, y apoyó el hombro en el árbol—. No tengo la menor intención de poner mi vida en manos de un par de desharrapadas. Si tienes la menor intención de ayudarme, deberías ir a buscar a tu padre, Abigail. Imagino que el sorcier real tendrá algún interés en esto… si es que de verdad realiza sus funciones alguna vez, claro.

La ira atravesó el cuerpo de Abigail como un rayo.

—Mi padre está ocupado intentando evitar que mueran otras personas. Además, empiezo a pensar que nadie debería ayudarte en absoluto. A lo mejor, cuando llegue mi madre, te concedo tu deseo y te dejo aquí sola vagando por el Mundo de las Hadas.

Lucy apretó los puños.

—Ojalá os vayáis. Por lo menos antes de que llegarais esto estaba tranquilo.

Mercy dejó escapar un pequeño siseo de dolor, y Abigail se dio cuenta de que le había apretado la mano. La soltó rápidamente con una mirada de

disculpa, y al hacerlo el atardecer se convirtió en luz de luna de nuevo, y la silueta de Lucy desapareció de repente.

—Lo siento —dijo Abigail compungida—-. No quería hacerte daño.

Mercy sacudió la cabeza, sosteniendo la mano contra el pecho.

—No pasa nada. Tampoco parece que fuéramos a conseguir nada. —Se giró hacia el tronco del árbol que tenían al lado—. Como quieras —le dijo al aire—. Cuando te apetezca hablar, aquí estaremos. Estoy segura de que la espera se te hará aburridísima.

Abigail ayudó a Mercy a acercarse a otro árbol, y las dos se acomodaron allí juntas de nuevo.

Capítulo siete



Lucy está de paseo otra vez —informó Mercy a Abigail un rato después —. Aunque viene de vez en cuando a comprobar que seguimos aquí.

Abigail apoyó la cabeza en el tronco del árbol, seguía estando furiosa.

—No pareces disgustada —observó—. Lucy también te dijo unas cuantas cosas horribles a ti.

—Es difícil enfadarse con una persona muerta —dijo Mercy, y reposó la cabeza en su hombro despreocupadamente—. Además, ya cambiará de opinión. Siempre lo hacen.

—Has ayudado a muchos fantasmas ¿no? —preguntó Abigail llena de curiosidad.

Mercy asintió levemente.

—Siempre están alterados. La gente no suele dejar fantasmas atrás a no ser que hayan muerto de repente, o con demasiados asuntos pendientes. —Hizo una pausa—. Los poderosos son los que más tardan en entenderlo todo, están tan acostumbrados a salirse con la suya en vida, que no saben qué hacer cuando ya nadie les hace caso.

Abigail meditó sobre aquello.

—¿Pero acaban por aceptarlo? ¿siempre?

—Bueno… casi siempre. Pero no puedes ser demasiado amable con ellos al principio. Eso lo aprendí pronto, es imposible que alguien te preste atención mientras siga creyéndose poderoso. Cuando les respondes y les dejas irse y

tropezar, empiezan a comprender que ya no están al mando. Una vez que eso ha calado, ya puedes comenzar a ser amable.

Abigail se permitió una pequeña sonrisa.

—Ya veo. Me preguntaba por qué te lo tomabas con tanta paciencia.

Mercy miró a Abigail, sopesándola.

—Lucy dijo que tu padre es el sorcier real. ¿Es verdad?

La sonrisa de Abigail se esfumó, y esta apartó la mirada.

—Sí. Pero no te diré nada sobre su trabajo.

—He oído que es terrible —suspiró Mercy—. Eres demasiado buena para ser su hija.

—¿Terrible? —repitió Abigail incrédula—. ¡Es extraordinario! No habría podido soñar con un padre mejor.

Mercy enarcó las cejas.

—¡Pero si es un abusón! Siempre está diciéndoles a las hadas qué hacer, y amenazándolas si no le dejan salirse con la suya. He oído que mató a dos lores feéricos.

—Pues claro que les dice a las hadas lo que tienen que hacer —respondió Abigail a la defensiva—, sobre todo cuando han estado haciendo daño a la gente. A lo mejor los sluagh se han portado bien contigo, pero en Inglaterra las hadas se inmiscuyen en las vidas de las personas todo el tiempo, y no les importa lo más mínimo cómo se sientan esas personas ante sus intromisiones —entrecerró los ojos antes de continuar—. Lord Vallebaldío me compró al patrón de un asilo como si fuera una esclava, y me tuvo secuestrada en el Mundo de las Hadas haciéndome trabajar durante todo el día, sin dejarme ni dormir. Decía que me estaba haciendo un favor y se negaba a escuchar nada más.

Mercy dio un respingo.

—Bueno, a lo mejor lord Vallebaldío se lo merecía, en ese caso —concedió.

—Aunque mi padre no mató a lord Vallebaldío —añadió Abigail—. Fue mi madre la que lo apuñaló con sus tijeritas de bordar. Ojalá pudiera llevar conmigo unas tijeras de hierro —deseó con una sonrisa maléfica—, pero me hacen sentir mal.

Mercy supo ocultar rápido la sorpresa que le supuso aquella revelación, y estudió el rostro de Abigail con detenimiento.

—Lord Luengasombra no es como lord Vallebaldío. Está claro que piensas que son iguales, pero no lo son. No todas las hadas son iguales.

Abigail apretó los labios.

—En ciertos aspectos, sí. Son todas tan poderosas que pueden hacer casi cualquier cosa. Incluso cuando quieren portarse bien con la gente, no saben cómo. Cuando lo consiguen es casi más por accidente. —Hizo un gesto vago hacia el árbol en el que había estado Lucy—. Las hadas son como Lucy, resulta imposible convencerlas de que se equivocan sobre nada la mayor parte de los días. Mi padre sabe que no puedes ser demasiado amable con ellas al principio, como tú dijiste.

Mercy abrió la boca para responder… pero se detuvo con una repentina expresión consternada mientras analizaba la comparación.

—Tú también eres así a veces —continuó Abigail—. Los sluagh te dijeron que los fantasmas deben seguir adelante, así que decidiste asegurarte de que lo hacían. Ni siquiera valoraste otra opción hasta que te encontraste en problemas y necesitaste la ayuda de un fantasma.

Un relámpago de irritación brilló en los ojos de Mercy.

—Me importa lo que les ocurra a los fantasmas. No les aguarda nada más que dolor cuando se quedan aquí después de que haya pasado su momento. Antes o después, todos lo acaban comprendiendo.

Abigail sacudió la cabeza.

—Que te preocupe lo que le ocurra a alguien no te da derecho a tomar decisiones en nombre de esa persona. A veces elegimos nuestro dolor porque es el resultado de algo en lo que creemos. Si nadie eligiera nunca el dolor, sería muy difícil conseguir hacer nada ¿no crees?

Mercy tenía cara de haberse tragado un limón.

—Lo natural para los fantasmas es seguir adelante —insistió con cabezonería.

Abigail bufó.

—Los seres humanos tienden a ir contra natura. La naturaleza es cruel, y nosotros hemos decidido corregirla. Por eso tenemos ropa, casas y medicinas.

Lo natural no siempre es bueno. Y en cuanto a mí… Creo que me gusta más lo que es bueno, justo y amable que lo natural.

Mercy apretó los labios.

—¿Y qué pasa con las consecuencias? ¿Sabes lo que ocurre si un fantasma se queda demasiado tiempo?

—No lo sé. Estaría dispuesta a cambiar de opinión si supiera que es algo malo… pero nadie me ha dicho nunca nada por el estilo, de momento. —Buscó la mirada de Mercy—. A lo mejor los sluagh saben algo más que el resto de nosotros. Pero, si ese es el caso, tendrán que decírmelo a la cara.

Mercy dejó escapar un suspiro, principalmente de frustración, pero también, en una pequeña parte, de confusión. En la pausa durante la que buscaba una respuesta adecuada, se escuchó una voz tras ellas.

—¿Eso es una herradura?

Lady Theodora Wilder se asomaba por la ventana que daba al invernadero. Dora se había puesto a toda prisa la pelliza y unos botines; apenas se había recogido el pelo cobrizo, y tenía las mejillas sonrojadas por el esfuerzo. Sujetaba en alto un espejo de mano.

Hugh entró justo detrás de Dora, muy pálido y con la silueta deshilachada; su cuerpo ondeaba como si estuviera a punto de deshacerse. En cuanto puso un pie en el mundo feérico, el medallón de plata que descansaba sobre el pecho de Abigail se enfrío al reconocerlo y su imagen se asentó.

—¡Mamá! —exclamó Abigail—. ¡Lo conseguiste!

—Por supuesto — respondió Dora con parsimonia—. Nunca habrías dejado que Hugh se alejara de ti si la situación no fuera muy seria.

Hugh sonrió agotado.

—¡Tendríais que haberla visto! Llegamos a la valla de los jardines y no había nadie, ¡y mamá simplemente la saltó!

Abigail sonrió aliviada.

—Me alegro de que estés bien, Hugh. Encontraré la manera de compensarte, te lo prometo.

Dora empujó la herradura del suelo con la punta del botín.

—¿Debería mover esto? —preguntó—. Parece que está en medio.

—Sí, por favor —respondió Abigail—. Me siento como si lleváramos media vida aprisionadas en esta trampa.

Dora se sentó en el suelo y estudió la herradura.

—La han clavado, pero la tierra está blanda. Debería ser capaz de arrancarla.

Se arremangó y buscó un palo corto y grueso que metió por debajo del borde de la herradura.

—Estás con una amiga —comentó Dora con voz distraída mientras se esforzaba por levantar la herradura—. Me parece que no nos conocemos.

Abigail le echó un vistazo a Mercy, que seguía agotada y con las manos enrojecidas, apoyada contra el tronco.

—Mercy, esta es mi madre. Mamá, esta es…

—Oh, no hace falta que nos presentes —la interrumpió Dora—. Casi mejor esperar a que se nos una tu padre. La valla de los jardines es de hierro, obviamente, así que no pudo trepar igual que yo.

—¿Papá ha venido contigo? —gimió Abigail.

Dora levantó la cabeza para mirarla.

—Pues claro, creíamos que estabas en peligro. Está muy nervioso. Lo mejor será que no le hagamos esperar demasiado.

Mercy miró a Dora con escepticismo.

—¿Mataste a un señor de las hadas? —preguntó.

Dora se apoyó una última vez en el palo y la herradura salió disparada del suelo, después se puso en pie y se sacudió el polvo de la pelliza.

—Sí. Qué curioso que lo menciones.

Se agachó para coger la herradura y la apartó del camino. Al hacerlo, Abigail sintió que parte de la tensión en su espalda se desvanecía, y suspiró de alivio.

—¡Sí, silencio! —murmuró Mercy, y Abigail vio que le hablaba a un punto específico de vacío—. No te dejaremos aquí por muy maleducada que hayas sido.

Hugh miró con rapidez más allá de Mercy.

—Oh. Sí que encontrasteis a Lucy. ¿Tenemos que llevárnosla con nosotros? —dijo con expresión avinagrada.

—Sí, tenemos —contestó Abigail con un suspiro—. No estaría bien dejarla aquí. Además, querremos hacerle más preguntas.

Mientras tanto, Dora se había acercado a inspeccionar otra de las herraduras clavada en un árbol con interés.

—Estas herraduras también están bastante flojas —comentó—. Creo que alguien las ha quitado y vuelto a colocar unas cuantas veces. ¿Debería quitarlas?

—No creo —dijo Abigail—. Deberíamos volver a los Jardines de Kensington antes de que salga el sol y se cierre el camino. Por lo menos cualquier otra hada que entre por aquí podrá regresar por donde ha venido.

Se incorporó y le ofreció el brazo con delicadeza a Mercy para ayudarla a ponerse en pie.

—Cógeme de la mano —murmuró Mercy, hablando con el fantasma a su lado—, parece que lo necesitas.

Abigail ya no podía ver a Lucy, pero detectó en la voz de Mercy un deje de compasión, y supuso que la joven por fin había adoptado un tono más conciliatorio.

Cruzaron todos juntos la ventana hacia el invernadero en penumbra. De repente, en el cielo había una luna de verdad que brillaba a través del cristal. Una parte de Abigail se relajó al encontrarse de nuevo en Inglaterra, aunque otra echaba de menos la extraña efervescencia del Mundo de las Hadas.

Se cruzaron con muy pocas hadas vestidas de flores de vuelta a la verja, solo quedaban una somnolienta pareja de malvarrosas y varias dedaleras que charlaban amigablemente entre ellas mientras volvían al mundo feérico. Una de las dedaleras asintió y sonrió en dirección a Abigail, que en ese momento se dio cuenta de que seguía yendo del brazo de Mercy, y por tanto era digna de ser saludada.

Una figura alta caminaba agitada de arriba abajo frente a la puerta de hierro. Lord Elias Wilder seguía igual de desaliñado que la última vez que Abigail lo había visto, en el salón de baile de su casa; su pelo seguía hecho un desastre y el pañuelo del cuello continuaba ausente. Abigail sintió una punzada de culpabilidad al comprender que Dora y él habían echado a correr en su auxilio sin perder un minuto.

En cuanto los vio aparecer en el horizonte, Elias los examinó con la mirada y dio un paso más hacia la puerta, estremeciéndose por la cercanía del hierro.

—¿Estás bien, Abigail? —preguntó—. ¿Qué demonios está pasando?

—Estoy bien —dijo ella avergonzada—. Mercy se ha quemado las manos. Lo demás es una historia muy larga. —Observó la puerta ante ellos y comentó —: Supongo que mamá podría volver a trepar, pero yo no podré tocarla.

—Mandé traer la llave —repuso Elias con un mohín—. Les dije que era asunto de las hadas y que eso era todo lo que necesitaban saber. —Su mirada dorada se posó en Mercy, a la que estudió con interés—. No me parece que haya ninguna señorita llamada Mercy en ninguno de los orfanatos.

Abigail sacudió la cabeza.

—Conocí a Mercy hoy; tiene una pieza de Luengasombra en su interior, igual que yo tengo una de Vallebaldío. Creo que te interesará escuchar lo que tiene que decir. —Abigail se volvió hacia Mercy—. Este es mi padre, lord Elias Wilder. Como puedes ver por ti misma es muy comprensivo, y no tiene nada de terrible.

La mención de Luengasombra despertó un indicio de sospecha en los ojos de Elias, pero parpadeó ante las palabras de Abigail.

—¿Terrible? —repitió—. Bueno, me gusta creer que a veces sí que soy terrible.

Lo dijo a la defensiva, lo que hizo comprender a Abigail que Elias se sentía avergonzado por su actual estado tan poco aterrador.

—Por lo general no sueles ser terrible con jovencitas que tienen las manos heridas —comentó Dora con paciencia—, y eso es todo lo que los presentes necesitan saber de momento.

Dora intentó dedicarle una sonrisa tranquilizadora a Mercy, aunque su expresión, como siempre, era un poco ausente.

Mercy, por su parte, estudiaba a Elias con gran desconfianza. Las palabras de Abigail y Dora la habían tranquilizado más bien poco.

—No soy un peligro para nadie que le importe ahora mismo, lord sorcier —dijo Mercy con cautela—. Ya sé que no está en buenos términos con Luengasombra, pero solo intento comprender qué es lo que está ocurriendo.

Elias frunció el ceño mientras observaba a Mercy desde el otro lado de la valla.

—No tengo por costumbre aterrorizar jovencitas. Si fueras una dama, o un hada, por supuesto, las cosas serían diferentes. Pero mientras no tengas nada que ver con asuntos problemáticos, como asesinatos, estoy seguro de que lograremos entendernos.

Esto no apaciguó por completo la desazón de Mercy, pero asintió con cierta reticencia de todas formas.

Por fin, apareció uno de los jardineros para abrir la puerta. A esas alturas ya empezaba a amanecer. El jardinero miró con extrañeza al grupito, pero se limitó a preguntarle a Elias si los jardines volvían a ser seguros y a estar libres de hadas. Elias le aseguró que así era, y esto pareció resolver el asunto de forma abrupta.

El paseo desde los Jardines de Kensington hasta su casa era lo bastante corto como para hacerlo sin carruaje, aunque la caminata les resultó fatigosa, teniendo en cuenta que todos llevaban la noche entera en vela.

El comedor estaba todavía vacío, a excepción de una única criada que suspiró ante su aspecto desaliñado. Elias se la llevó en un aparte y esta pronto desapareció en la planta de abajo.

—Imagino que necesitaremos un té para esta conversación —dijo Elias con pesar.

Abigail ahogó un bostezo. No estaba especialmente deseosa de admitirlo todo ante su padre, pero parecía que no le iba a quedar más remedio si quería contarle algo útil sobre las chicas asesinadas. Antes de nada, miró de reojo a Mercy.

—¿Estará bien Lucy durante un rato? —le preguntó cansada—. No creo que sea agradable cogerle la mano todo este tiempo con las quemaduras que tienes.

—Ahora que estamos de vuelta en Inglaterra, Lucy estará bien —murmuró Mercy—. La llevaba de la mano porque está asustada, pero estamos lo bastante cerca de su casa como para que no se desintegre.

Abigail asintió. La sirvienta regresó pronto con una bandeja de té y un cuenco de agua fría que colocó frente a Mercy, que sumergió las manos en

agua con un agradecido suspiro de alivio mientras Abigail le daba varios sorbos al té y comenzaba a relatar su historia.

Como era de esperar, Elias se enfadó al descubrir que Abigail le había mentido vilmente sobre su regreso a Vallebaldío, pero no la interrumpió, y ella procedió a hablarles de su visita a lady Pinckney, su encuentro con Mercy, y la investigación en los Jardines de Kensington.

—En resumen —terminó Abigail despacio—, estoy empezando a creer que no son lord Luengasombra y los sluagh los que están asesinando a las chicas. Lucy dijo que ya se sentía mal cuando se fue a dormir, y no me imagino ni a los sluagh ni a ti colocando esas herraduras.

Elias frunció el ceño con expresión preocupada.

—No sé de dónde han salido las herraduras, y me siento tentado a darte la razón en todo lo demás. Me pareció captar un indicio de magia negra cuando inspeccioné el dormitorio de la señorita Kendall, pero ya había estado allí un sacerdote para administrar sus bendiciones, así que no podía estar seguro.

Abigail se removió en la silla, incómoda.

—Entonces ¿no deberías levantar los vetos que le impusiste a lord Luengasombra? Si no es el responsable de todo esto, ¿no estamos malgastando tu magia?

En vez de responder, Elias apartó la mirada.

—Sigues ocultándome algo —dijo Abigail entrecerrando los ojos— y, ahora que lo pienso, Hugh también me oculta algo. —Se volvió hacia Hugh, que se había sentado al otro lado de Mercy, suponía que enfrente de Lucy—. A ti también te preocupaba acercarte demasiado a Luengasombra, Hugh. Creo que a estas alturas alguien debería contarme la verdad.

Hugh se miró las manos, que reposaban sobre la mesa.

—Cuando me diste el medallón por primera vez —explicó—, la otra mamá me dijo que debía tener cuidado de no acercarme a Luengasombra. No es que te lo ocultara a propósito, Abby. Solo que hasta ahora no había salido el tema.

Abigail se cruzó de brazos y miró a su padre enfurruñada.

Elias suspiró profundamente.

—Lord Luengasombra y yo nos conocemos desde hace tiempo —empezó. Al hablar, le echó un vistazo a Mercy, y Abigail tuvo la sensación de que no

quería discutir aquel asunto delante de ella. Pero se obligó a continuar—. Lord Raudallama fue quien me crio en el Mundo de las Hadas. Sin embargo, cuando crecí, lord Raudallama se volvió en mi contra e intentó asesinarme. En aquel momento no entendí el motivo, pero desde que he visto la manera en que Vallebaldío te ha tratado, Abigail, pienso que el motivo fue que Raudallama, el reino, me cogió cariño, y lord Raudallama lo consideró un insulto. —Elias siguió cavilando sin tocar el té—. Me vi obligado a matar a lord Raudallama. Sospecho que solo lo conseguí porque el reino estaba enfadado con él. Yo sabía que Raudallama quería que ocupara el lugar de mi padre, pero estaba… de alguna manera, en duelo. Me había convencido a mí mismo de que le quería, aunque hubiese sido horriblemente cruel. Solo quería irme, encontrar algún lugar más amable que el mundo feérico. —Elias se reclinó en la silla, presa del cansancio—. Las otras hadas me temían, pero lord Luengasombra se ofreció a llevarme de vuelta a Inglaterra. Me dijo que yo pertenecía a Inglaterra. Estaba equivocado, por supuesto, con el tiempo he comprendido que no pertenezco del todo a ninguna parte.

Abigail frunció el ceño.

—Nada de eso parece tan espantoso —dijo despacio—. ¿Por qué te peleaste con lord Luengasombra si te ayudó?

Mercy parecía tan incómoda como el propio Elias, y Abigail empezó a sospechar que ella también conocía la respuesta a su pregunta.

—Lord Luengasombra me hizo una nueva visita poco después de la muerte de lord Vallebaldío, y me dijo que tenía una deuda con él y que había venido a cobrársela — apretó la mandíbula—. Exigió que le entregase a los niños que habían muerto en Vallebaldío para que pudiera enviarlos al otro lado. Acompañar a los fantasmas al más allá es su propósito, sea cual sea su inhumano motivo, y no pude aplacarlo ni con lógica ni con sentimientos. Por supuesto, me negué a entregarle a los niños. Pero no ha cejado en su empeño ni por un momento. Por ese motivo, lady Vallebaldío debe permanecer en Vallebaldío, vigilando a los niños, para que los sluagh no los rapten.

Hugh miró hacia Mercy.

—¿Sabías todo esto? —preguntó con una suave vocecita.

Mercy se encogió en su asiento, sacando las manos del cuenco de agua.

—Son… los niños han agotado su tiempo —murmuró—. No está bien obligarlos a perdurar de esa forma.

Los ojos de Hugh se encendieron de ira.

—Nadie nos obliga a perdurar. Nunca tuve padres antes de morir ¿sabes? La otra mamá es la primera madre que tengo, y la quiero. Y también quiero a mamá y a papá, y a Abby. Lo que no está bien es que yo no haya tenido una familia hasta que ya no puedo formar parte de ella de verdad. Tus sluagh y tú no pensáis en esa parte, os creéis que no importa.

Mercy apretó los labios, visiblemente afectada por el enfado de Hugh.

Elias no oyó la respuesta de Hugh. Al principio, observó a Mercy con una expresión oscura, pero la culpabilidad y el cansancio acabaron por hacer mella en él y apartó la mirada.

—Invoqué a lord Luengasombra para preguntarle por las chicas asesinadas —admitió Elias—, pero evitó todas mis preguntas y discutimos sobre los niños de Vallebaldío una vez más. Por eso le impuse tres vetos: no hacerle daño a nadie con su magia, no secuestrar a nadie en contra de su voluntad, y no hablar con sus sluagh. —El añadido final iba dirigido a Mercy, aunque Abigail se dio cuenta de que no había mencionado la asociación de los tres vetos con las plumas de lord Luengasombra—. Ahora que por fin he conseguido atarlo, no sé si me atrevo a devolverle su poder. —Elias se frotó el rostro con las manos—. Creo que no quería contaros nada de esto porque me preocupaba que lord Luengasombra tuviera razón, aunque sus motivos fueran intolerables. Que de verdad estuviera siendo un egoísta y estuviera impidiendo a los niños avanzar hacia algo mejor…

Los secretos de su padre habían indignado a Abigail, pero, cuando todo quedó explicado, la ira pareció derretirse en su interior dando paso a la tristeza. Ella misma había pensado cosas parecidas más de una vez. ¿No había estado evitando hablar con Hugh sobre seguir adelante por ese mismo motivo?

—Es con Hugh con quien debes disculparte —dijo Abigail con suavidad—. Sé que solo querías protegerlo, pero todos nosotros hemos tenido más que suficiente de que los demás tomen decisiones en nuestro nombre por nuestro propio bien. Así fue como lord Vallebaldío destrozó nuestras vidas.

Elias se mesó el pelo con los dedos.

—Que Dios me salve de mi propia arrogancia —murmuró. La comparación le había impactado de verdad—. Tienes razón… y lo siento, Hugh. Es tu alma la que está más en peligro.

Abigail le dedicó una mirada funesta a Mercy, que estudiaba cabizbaja sus manos enrojecidas.

—Lo siento —dijo la joven en voz baja—. De verdad que sí. Sé que lord Luengasombra tenía buenas intenciones, pero supongo que eso no ayuda demasiado.

Hugh paseó la mirada entre los dos. Las disculpas parecieron sorprenderle, en realidad, parecía avergonzado.

—Bueno… todavía no sabemos qué ha pasado con las chicas asesinadas —murmuró, cambiando de tema a toda prisa—. No creo que esto cambie nada hasta que estemos seguros de que los sluagh no están matando a nadie. —Le echó una mirada de disculpa a Mercy—. Ya sé que piensas que no lo harían, pero nos vendría bien alguna prueba.

Abigail repitió sus palabras con exactitud por una vez, y Elias frunció el ceño.

—Pareces conocer a lord Luengasombra mejor que yo —le dijo a Mercy—. No me veo capaz de aceptar tu palabra sin pruebas, pero me gustaría escuchar tu opinión. ¿Qué opinas de estas muertes?

Mercy se removió en su lugar, incómoda.

—Me gustaría decir que ningún sluagh haría algo así jamás —respondió—. Todo lo que sé, y todos mis instintos, me indican que no lo harían, y quiero encontrar pruebas de ello. En cualquier caso, Sinfulgor es un sluagh bondadoso, y estoy más preocupada por lo que le haya podido pasar que por lo que haya podido hacer. A lo mejor… —dudó, y miró a Abigail—. No estoy en condiciones de invocar a Sinfulgor, pero tú podrías hacerlo si te diera su nombre.

Abigail parpadeó.

—¿Te refieres a su nombre completo? No sabía que lo conocías. ¿Estás segura de que quieres entregarme algo tan importante?

Mercy hizo una mueca.

—No es que la idea me fascine, pero confío más en ti que en el sorcier real —miró de reojo a Elias—. Sin ánimo de ofender, señor.

Elias la tranquilizó con un movimiento de la mano, y se centró en Abigail.

—Mi magia sigue siendo débil —dijo despacio—, pero puedo dibujar un círculo de invocación para ti si te sientes preparada.

Abigail se enderezó en su silla. Era la primera vez que su padre le pedía de forma explícita ayuda con su trabajo.

—Estoy un poco cansada, pero debería poder hacerlo.

Mercy echó un vistazo a la silla vacía a su lado.

—No, no puedes quedarte —le dijo a Lucy—. Solo le diré su nombre completo a Abigail. No quiero que haya nadie más en la habitación cuando lo use.

Hugh puso los ojos en blanco.

—Le haré compañía a Lucy un rato —dijo con voz de mártir.

Dora dedicó una leve sonrisa a la zona en la que se encontraba Lucy.

—Siento no poder ofrecerte un té ni unas galletas, Lucy, pero quiero que sepas que aquí eres bienvenida. Te prometo que haremos todo lo posible por ayudarte.

Hugh miró entre Dora y la silla vacía.

—Lucy te da las gracias —informó a Dora.

—Mamá tampoco puede oírte, Hugh —le recordó Abigail apenada.

Hugh parpadeó al darse cuenta, y Mercy dejó escapar una risita.

—Lucy te da las gracias —repitió Mercy.

Abigail se preguntó por un momento si las palabras exactas habrían sido esas. Ella nunca había oído un «gracias» salir de los labios de Lucy.

Cansado, Elias se levantó.

—Supongo que al final sí que vas a quedarte a ayudarme con la investigación —murmuró—. No me gusta. Tenía la esperanza de que, bueno, tenía la esperanza de que tu vida sería más tranquila que la mía.

Abigail le dedicó una sonrisa pesarosa.

—Tú no elegiste una vida tranquila. ¿Qué te hizo pensar que mi decisión sería diferente?

—Solo puedo culparme a mí mismo —musitó él con una mueca. Acto seguido, sacudió la cabeza y rodeó la mesa para apartarle la silla a Abigail. La cogió de las manos y la miró con seriedad—. No me gusta la idea de ponerte en peligro, pero estoy orgulloso de ti. Parece ser que puedo sentir ambas cosas a la vez.

Abigail se sonrojó, sorprendida y feliz. Aunque nunca había dudado del amor de su padre, nunca antes le había dicho que estuviera orgulloso de ella.

Le sonrió con cariño y le dio un rápido apretón de manos.

—Bueno —respondió con aire travieso—, yo también estoy orgullosa de ti.

Capítulo ocho



Para cuando Elias terminó de trazar el nuevo círculo de invocación en el salón de baile de la planta de arriba, la mañana estaba ya muy avanzada. Les llegaban los ruidos de los niños levantándose del desayuno en el piso de abajo, y el estómago de Abigail rugió quejoso.

—Chitón —se dijo Abigail a sí misma—. Comeremos cuando hayamos terminado.

—Estaré fuera por si algo se tuerce —dijo Elias receloso, y miró a Mercy con suspicacia, que arrugó la nariz en respuesta.

—No estoy en condiciones de hacerle daño a nadie —advirtió Mercy, levantando las manos que Dora le había vendado cuidadosamente.

—Aun así —murmuró Elias—, estaré justo detrás de la puerta.

—Estaré bien —lo tranquilizó Abigail—. Si algo sale mal, siempre puedo acudir al señor Heno.

Le dio una palmadita al bolso, en el suelo junto a ella, pero Elias la miró confuso.

—¿Quién es el señor Heno?

—No te preocupes por él, nada importante —dijo Abigail con un resoplido.

Le hizo un gesto para que se fuera, y Elias cruzó la puerta a regañadientes, cerrándola tras de sí.

Abigail se recolocó, cruzó las piernas y se centró en el círculo. Había dejado una taza de leche y miel en el centro para atraer al sluagh. Mercy se había mofado de ella y le había dicho que era una superstición estúpida, pero

todos los hechizos que había leído requerían leche y miel, y no era tan tonta como para inventarse su propio hechizo.

—Sinfulgor no te morderá —dijo Mercy—. Es un auténtico caballero. Es decir… bueno… un auténtico caballero le regaló a Sinfulgor sus modales, y él les tiene mucho cariño.

Abigail asintió, tratando de aparentar mayor confianza de la que sentía en realidad. Nunca había intentado una invocación.

—¿Sigues dispuesta a entregarme su nombre? Creo que sin él tendré problemas para conseguir nada.

Mercy se sentó a su lado, parecía reticente.

—Dije que lo haría —susurró—. Pero ¿me prometes que no le entregarás su nombre a nadie más? ¿y que no lo utilizarás para hacerle daño?

Las promesas eran un asunto serio tanto para las hadas como para los magos… la magia tendía a descontrolarse cuando uno empezaba a acumular promesas rotas. Abigail asintió con solemnidad.

—Prometo que no le entregaré su nombre a nadie más —repitió—, y que no lo usaré para hacerle daño a no ser que intente hacer daño a alguien primero.

Mercy cogió aliento.

—Su nombre completo es Luna Sinfulgor. Tiene otros nombres y otros títulos, pero ese es el que más aprecia. Si lo invocas con ese nombre acudirá seguro. —Hizo una pausa—. Lo mejor será que lo llames tres veces.

Abigail volvió a concentrarse en el círculo. Reunió la magia que la rodeaba y la enlazó con los símbolos dibujados con tiza ante ella y con la leche y la miel.

—¡Luna Sinfulgor! —exclamó con voz firme—. ¡Luna Sinfulgor, Luna Sinfulgor! Estoy aquí con Mercy, y requerimos tu presencia.

El nombre atravesó el aire como una campana clara, produciendo extraños ecos. La magia del círculo aumentó mientras buscaba al dueño del nombre… pero no ocurrió nada.

La magia del círculo se escapó del agarre de Abigail y se apagó despacio.

—¿He hecho algo mal? —murmuró la joven.

Mercy tenía la mirada clavada en el círculo y la cara muy pálida.

—No. Lo hiciste bien. Pero él no… no ha respondido.

Abigail la miró preocupada y vio que un dolor terrible inundaba sus ojos oscuros.

—¿A lo mejor está ocupado? —sugirió.

Mercy sacudió la cabeza despacio.

—El único motivo por el que Sinfulgor no acudiría es porque no puede —dijo con voz temblorosa.

—No nos pongamos en lo peor tan pronto —la animó Abigail—. Solo sabemos que no puede responder. ¿No hay otros motivos por los que no podría hacerlo?

Mercy se cruzó de brazos con un escalofrío.

—Quizás… por culpa del hierro —mencionó esperanzada—. Y acabamos de escapar de una trampa de hierro. —Frunció el ceño, frustrada—. ¡Ojalá supiera algo más de lo que está ocurriendo! Estoy segura de que Sinfulgor podría habernos dicho algo que nos ayudara.

Abigail estudió a Mercy con atención.

—Podríamos probar con otro sluagh —dijo despacio—, si conocieras algún otro nombre.

Mercy cerró los ojos con un gemido.

—Conozco unos cuantos, pero hay pocos que se acerquen a Londres. —Abigail esperó con paciencia, y Mercy acabó por abrir los ojos con una mueca —. Puedes probar a llamar a Catástrofe Oscura. Pero vas a tener que hablar tú, no le caigo nada bien.

Catástrofe Oscura sonaba mucho más siniestro que Luna Sinfulgor, ya solo por el nombre, pero Abigail asintió de todas formas.

—Necesitamos información. Seré todo lo amable que pueda… ¿A lo mejor te puedes retirar un poquito?

Mercy se puso en pie a duras penas, acercándose a la pared, y se envolvió débilmente con las sombras oscureciendo su contorno.

—Buena suerte —murmuró con un deje amargo.

Abigail volvió a concentrarse en el círculo y a reunir su magia.

—¡Catástrofe Oscura! —llamó, con mayor cautela esta vez—. ¡Catástrofe Oscura, Catástrofe Oscura! ¡Necesito tu consejo, y solicito que te muestres ante mí!

Esta vez, el nombre del sluagh se agitó por el aire como una nube negra y hosca, y la magia de Abigail se enganchó en una presencia distante y tiró de ella con fuerza.

Las sombras se arracimaron en el círculo y cubrieron el sol de la mañana, fundiéndose poco a poco en una mujer delgadísima con la piel color añil. La ropa oscura le colgaba del cuerpo como harapos ligeros como plumas; tenía los ojos negros por completo y su mirada era de odio.

—¿Quién te ha dado mi nombre, pequeña hechicera? —siseó Catástrofe Oscura. Su tono duro recordaba al trino de los pájaros.

Abigail ocultó el respingo que le había provocado y se obligó a mirar a la sluagh a los ojos.

—Eso no importa. Puedes llamarme Abby. En Londres han muerto varias chicas, Catástrofe Oscura, y ahora un sluagh ha desaparecido. ¿Sabes algo de alguna de estas cosas?

Catástrofe Oscura la miró con soberbia y recorrió el círculo despacio, probando sus límites. Efectivamente, la leche y la miel no parecían interesarle lo más mínimo.

—Tengo información sobre ambos sucesos. No tengo intención de hablarte demasiado de ninguno.

Abigail observó el movimiento de la sluagh. Como hechicera, Abigail podía darle órdenes a Catástrofe Oscura gracias a poseer su nombre, pero al hacerlo lo más seguro era que se ganara a una enemiga de por vida.

Se preguntó por un momento si habría sido así como Mercy había molestado a Catástrofe Oscura en su día.

—No tengo intención de retenerte aquí, si eso te hace sentir mejor —dijo Abigail despacio—. Solo quiero ayudar. Ahora mismo, todo el mundo piensa que los sluagh son responsables de esas muertes, se ha culpado a lord Luengasombra. Si pudieras limpiar su nombre…

—¿Y qué me importa a mí lord Luengasombra? —escupió Catástrofe Oscura—. Solo es el primero entre los sluagh porque Luengasombra lo quiere ahora, pero ya se cansará de él… y entonces a lo mejor seré yo lord Luengasombra.

Abigail frunció los labios. No se le había ocurrido que algunos de los sluagh podrían no serle tan leales a su señor.

—Lord Luengasombra no ha declarado de forma definitiva que los sluagh no hubiesen matado a las chicas —comentó—. A lo mejor no lo dijo porque sabía que alguno de vosotros podría hacerlo.

Catástrofe Oscura se precipitó sobre ella, pero no la alcanzó, con los dedos arañó el muro invisible que el círculo alzaba entre ellas. Tenía las uñas largas y puntiagudas como garras.

—¿Qué motivo podríamos tener para asesinaros? —bufó el sluagh—. Ya os morís solos bien rápido, mosquita. Llevo siglos transportándoos de un lado a otro, y nunca un mortal me ha dedicado una palabra de agradecimiento. Seguiré haciéndolo sin necesidad de ella.

Abigail enarcó las cejas muy despacio.

«Me pregunto cómo es que nadie te ha agradecido tu compañía, con lo encantadora que eres» pensó sarcástica. Pero reprimió la frase y pensó en cambio «lo que quiere Catástrofe Oscura es gratitud, ella misma me lo ha dicho».

—Soy consciente de lo importante que es vuestro trabajo, Catástrofe Oscura —dijo entonces, y se obligó a hablar en un tono de falso respeto—. Por eso me resulta odioso escuchar cómo se difama a los sluagh. No son más que habladurías crueles, la gente no es capaz de apreciaros hasta que ya es demasiado tarde.

Catástrofe Oscura inclinó la cabeza para mirarla, y por un momento se asemejó más a un cuervo.

—A los humanos les encanta vilipendiar todo aquello que no comprenden —afirmó la sluagh. Su voz áspera contenía una nota de aceptación reticente.

Abigail ocultó una sonrisa.

—Sería muy afortunada si fueras tú quien acudiera a buscar mi alma, si alguna vez me encuentro en peligro —le dijo a Catástrofe Oscura—. Debe ser mucho trabajo el transportar todas las almas de Londres hasta donde se supone que deben estar.

Catástrofe Oscura comenzó a relajarse.

—No todas las almas necesitan nuestra ayuda —explicó—. Pero quienes sufren muertes dolorosas o inesperadas son quienes suelen quedarse atrás, y Londres tiene cierta tendencia a matar de esa forma.

Un recuerdo breve y horrible acudió a la mente de Abigail: el del último suspiro trabajoso de su madre, cuando languidecía en la cama sucia del asilo.

—Por lo menos las almas de Londres tienen a alguien que les haga compañía —dijo Abigail con suavidad.

Catástrofe Oscura relajó su pose. Observaba a Abigail con cierta placidez, menos hostil.

—No tenemos ningún motivo para asesinaros —repitió—. Lo que deberías preguntar en cambio es por qué han desaparecido tantos sluagh.

Abigail la observó con un parpadeo.

—¿Tantos sluagh? Solo había oído hablar de uno desaparecido.

Catástrofe Oscura sacudió la cabeza despacio.

—Yo sé de tres a los que no se les han visto las plumas en los últimos tiempos. Sinfulgor ha desaparecido… pero Silencioso y Nunca se habían esfumado antes que él. No puedo evitar preguntarme si seré la siguiente. —Frunció el ceño y su expresión se oscureció—. Lord Luengasombra podría ser otro más.

Abigail sintió un escalofrío que le bajaba por la espalda ante esa conjetura. Elias había impedido a lord Luengasombra hacerle daño a nadie con su magia, entre otras cosas. Si alguien estaba secuestrando sluagh, entonces el sorcier real les había puesto al primero de ellos en bandeja de plata.

Abigail se obligó a apartar el pensamiento de momento, pero se le quedó en el fondo de la mente, se sentía tensa y preocupada.

—Encontré una trampa hecha con herraduras de hierro en el camino que lleva de los Jardines de Kensington a Luengasombra —le dijo Abigail a la sluagh—. Debes advertir a los demás que se mantengan alejados de ahí —se detuvo, pensando con intensidad—. ¿Supongo que no sabrás quién podría querer secuestrar a los sluagh?

Catástrofe Oscura frunció el ceño.

—Cualquiera que no nos comprenda podría querer hacernos daño. Aparte de eso… He oído que el sorcier real le guarda rencor a lord Luengasombra. A

lo mejor él es el culpable.

«Tú sí que sabes cómo hacer amigos, papá» pensó Abigail pesarosa. Entonces decidió que debía hacer lo contrario de lo que su padre haría en su lugar, y asegurarse de que Catástrofe Oscura la recordara con cariño.

—Aprecio tu consejo —le dijo a la sluagh. Dudó un momento—. He oído que es costumbre entregarle algo a un sluagh cuando se despiden de ti. Ya sé que no me has llevado a ninguna parte… pero, si te agrada, podrías llevarte el azul de mis ojos. Creo que te sentaría bien.

Catástrofe Oscura parpadeó. La oferta pareció sorprenderla y complacerla a la vez.

—Es… un azul muy bonito. Sí que me gusta.

—En ese caso, es tuyo. Espero que lo disfrutes.

Mientras la miraba, el negro brillante de los ojos de la sluagh se derritió, y fue reemplazado por un azul celeste. Catástrofe Oscura seguía sin tener irises, pero sus nuevos ojos del color de los huevos del petirrojo la hacían parecer un poco menos aterradora.

«Oh —pensó Abigail—, sí que es muy bonito». Le sorprendió descubrir que, aun así, no echaba de menos sus ojos azules. Rara vez podía verlos, y sospechaba que el regalo significaba más para Catástrofe Oscura de lo que aquel azul podría significar nunca para ella.

—Eres muy amable, pequeña hechicera —dijo Catástrofe Oscura y apretó los labios reflexionando—. Si alguna vez te estás muriendo, llámame. Me encargaré de acompañarte al otro lado.

Abigail le sonrió a la sluagh.

—No tengo planeado morirme, pero si lo hago serás la primera a la que llame. —Bajó la vista hasta el círculo de tiza—. Debo dejarte marchar, seguro que estás muy ocupada. Quiero que sepas que haré lo posible por limpiar vuestro nombre y detener a quien sea que está secuestrando a los sluagh. —Se agachó a borrar la línea de tiza junto a sus pies con mucho cuidado—. Eso es… deja que te abra la ventana del oeste.

Abigail se acercó despacio a la ventana y abrió las hojas de par en par. Al hacerlo, escuchó el susurro de unas alas detrás de ellas.

Un enorme cuervo añil pasó por su lado y se precipitó por la ventana hacia la ciudad. Abigail observó su marcha mientras meditaba y unía las piezas en su cabeza.

—¿Le diste tus ojos? —preguntó Mercy tras ella.

Parecía horrorizada.

Abigail se giró para mirarla.

—Bueno, no… Le di el azul de mis ojos. Dudo que lo eche demasiado de menos, y a ella le hizo mucha ilusión. Creo que en realidad solo quería que alguien le hiciera algún regalo.

Mercy observó con atención los ojos de Abigail.

—A mí me gustaba el azul de tus ojos —dijo quejumbrosa.

Abigail se sonrojó al escucharla. Era muy raro que alguien le hiciera un cumplido, y Mercy había sonado sincera.

—Es decir… —balbuceó la joven, avergonzada—. Oh, es solo que me llevé una sorpresa. Me gustan tus ojos en general. Ahora son de un tono gris precioso, como la niebla de algunas zonas del Mundo de las Hadas.

Abigail bajó la vista al suelo, de repente le costaba mirar a Mercy de frente.

—Gracias —murmuró—. Supongo que ahora hacen juego con la mitad de los ojos de mi madre. Eso me gusta.

Mercy se mordió el labio.

—Lo que dijo Catástrofe Oscura… No tenía ni idea de que hubieran desaparecido tantos sluagh en Londres.

—Tres sluagh —dijo Abigail, y se obligó a sí misma a enderezarse—. Tres chicas muertas y tres sluagh desaparecidos… sin contar a lord Luengasombra, quiero decir. No puede ser coincidencia.

Mercy la estudió preocupada.

—¿Qué quieres decir?

—Que creo que lo estábamos entendiendo todo al revés —respondió Abigail con voz sombría—. Las chicas no son las víctimas… son el anzuelo. Hay alguien a la caza de los sluagh en Londres.

Capítulo nueve



Tiene que ser un hechicero que practica magia negra —dijo Elias cuando Mercy y Abigail le hubieron contado sus descubrimientos mientras desayunaba—. Hago lo que puedo por librar a Londres de ellos, pero por desgracia proliferan como setas. Para usar magia negra lo único que hace falta es estar interesado y algunos conocimientos de supersticiones y folclore.

—Magia externa —murmuró Abigail cansada—. Alguien con cierto talento mágico solo necesita encontrar algo en lo que suficiente gente crea a la vez, y utilizarlo a su favor.

Tras haber despachado la mitad del plato que tenía delante, los párpados le pesaban cada vez más.

—¿Magia externa? —preguntó Elias—. Nunca había escuchado ese término.

—Bueno, ya me imagino que no aparecerá en los libros de los hechiceros —dijo Mercy con un bostezo—. Pero Abigail tiene razón… así es como siempre he visto que funciona la magia externa. Además, no habrás creído de verdad que la magia está en los libros, las plantas y las varitas ¿no?

Elias consideró con interés la explicación.

—Supongo que no —musitó—. Pero qué teoría tan peculiar. No puedo evitar preguntarme cómo se te ha ocurrido.

Mercy se encogió de hombros.

—Detesto la magia externa. A veces de lo que más sabemos es de lo que menos nos gusta.

Abigail le sonrió adormilada.

—A veces aprendes tanto de algo que acabas por odiarlo.

Antes vivíamos encima de una perfumería. Ahora no soporto el perfume, pero puedo decirte a qué estúpida flor huele cada persona en cualquier momento. —Se frotó los ojos y añadió—: Tú tienes aroma a lirios. Sobre todo a sosa cáustica, pero un poco a lirios también.

Mercy enarcó las cejas.

—En Luengasombra hay muchos lirios. Y no son estúpidos.

Abigail sonrió mirando al plato.

—Supongo que los lirios no son estúpidos, no —admitió—. Además, en ti huelen bien.

—Tendré que hablar con los comerciantes que abastecen a los magos de la ciudad —razonó Elias—. Uno se puede convertir en hechicero sin acceder a los materiales oficiales, pero la mayoría de los interesados suelen dejarse ver por las tiendas. Si algún desconocido ha empezado a gastar dinero recientemente en objetos mágicos, los comerciantes lo sabrán.

—Podríamos vigilar el camino hasta Luengasombra por si alguien vuelve a revisar la trampa —propuso Abigail.

Mercy apretó los labios.

—Si las chicas son el cebo, nadie irá a revisar la trampa hasta que muera una más. Tengo la esperanza de que resolvamos esto antes de que ocurra.

Elias, cansado, arrugó la frente.

—Lo que nos devuelve al asunto de lord Luengasombra. Si lord Luengasombra está atrapado, poco puedo hacer. Pero si no lo han atrapado todavía, entonces nos he perjudicado a los dos al mismo tiempo. —Cerró los ojos—. Lord Luengasombra cree de verdad que estaría haciendo una buena acción si capturase a los niños de Vallebaldío… intentó convencerme de ello, incluso en esta situación tan complicada. Si le devuelvo su poder, el hecho de que haya sluagh desaparecidos no lo detendrá… Pero no sé lo que ocurriría si secuestrasen a lord Luengasombra.

Mercy no dejaba de toquetearse las vendas de las manos, visiblemente incómoda. Al final, con una vocecita suave, dijo:

—No deberías deshacer los vetos.

Elias la miró con curiosidad.

—Lord Luengasombra es responsable de tu desconfianza —dijo Mercy—. Y tenías razón al preocuparte por los niños de Vallebaldío. —En su voz pesaba el cansancio—. Impediste a lord Luengasombra usar su magia para hacerle daño a nadie, pero no dijiste nada de que la utilice para protegerse. Eso debería ser suficiente para mantener a salvo a un hada poderosa.

El rostro pálido de Mercy reflejaba tristeza y arrepentimiento, pero su razonamiento sorprendió a Abigail.

—Pensaba que te gustaba lord Luengasombra —comentó.

—En estos momentos —dijo Mercy tragando saliva— no estoy tan segura. Hay algo que creo que debes saber, por más de un motivo. La razón por la que no deberíais levantar los vetos —cogió aliento con determinación—. Sinfulgor no mentía cuando le dijo a Lucy que lord Luengasombra podía devolverle la vida.

Abigail la observó anonadada.

—Sí que… me había llamado la atención porque las hadas no pueden mentir. Pero Sinfulgor solo dijo eso para convencer a Lucy de que se fuera con él ¿no? A lo mejor lord Luengasombra sí que puede devolverle la vida a alguien… pero nunca lo haría.

Mercy se mordió el labio.

—En Luengasombra… en la frontera entre el Mundo de las Hadas y el otro lado… hay un gran árbol plateado. Cada cien años, en ese árbol crece una manzana que puede devolverle la vida a una persona. Lord Luengasombra nunca ha dejado a nadie tomarse la manzana. Pero podríais levantar los vetos a cambio de la manzana y devolverle la vida… a quien quisierais. Podríais traer de vuelta a Hugh, o a Lucy, o a alguna de las otras chicas.

A Abigail le dio un vuelco el corazón. Esa revelación abría tantas posibilidades nuevas que no estaba segura ni de por dónde empezar. Intentó imaginarse cómo sería tener de regreso a Hugh de carne y hueso… capaz de hablar con quien quisiera, abrazar a quien quisiera, hornear todos los pastelillos de manzana que le apeteciera. Le faltaba imaginación para tantas posibilidades… pero eso no importaba. Aunque fuera incapaz de concebirlo, supo que era algo que tenía que intentar.

—Estoy segura de que lord Luengasombra no estará contento de que nos hayas contado esto —comentó con suavidad.

—No me parece que eso tenga importancia —dijo Mercy con una mueca—. Lord Luengasombra lleva años causándoos problemas. Merecéis saberlo —se centró en Elias de nuevo—. Mantén los vetos. Cuando todo esto acabe, puedes levantarlos a cambio de esa manzana.

Elias consideró seriamente la propuesta. En lugar de responder la pregunta implícita, echó una mirada a Abigail.

—Te vas a quedar dormida encima del plato —observó.

Abigail se había ido derrumbando sobre la mesa, y ya casi tocaba el plato con la barbilla. La joven parpadeó muy rápido y se obligó a enderezarse.

—Estoy bien —respondió.

Elias sacudió la cabeza.

—Las dos tenéis que dormir. Esto no se va a resolver en un día —frunció el ceño al mirar a Mercy—. No me agrada demasiado que te quedes aquí, pero no tienes familia ¿verdad?

Mercy se cruzó de brazos, incómoda.

—Los sluagh son lo más parecido que tengo a una familia. Supongo que podría quedarme en Luengasombra pero…

—El camino está cortado —terminó por ella Elias. Su mirada desprendía compasión, Abigail sabía que le recordaba a él mismo cuando era más joven.

—A estas alturas, dudo que Mercy vaya a secuestrar a Hugh —intervino Abigail—. Confío en que es buena persona, por muy recelosa que sea. —Hizo una pausa y se dirigió a ella—: Puedes quedarte en mi habitación.

Mercy miró a uno y a otra con expresión sorprendida; Abigail se preguntó con cierta indignación si de verdad esperaba que la echasen a la calle.

—Gracias —dijo Mercy. Resultaba difícil saber con quién hablaba, tenía la mirada clavada en su propio regazo—. Intentaré no ser una molestia.

Comparada con la de Lucy, la habitación de Abigail era bastante pequeña… claro que en comparación con el asilo constituía un lujo sin precedentes. La cama estrecha tenía sábanas limpias y gruesas mantas y, hasta ese día, Abigail la había disfrutado ella sola.

En condiciones normales, Abigail era muy posesiva con su cama. Estaba dispuesta a compartir a sus padres, su comida y su tiempo con todo los demás niños, siempre y cuando tuviera su propia cama. Por tanto, le sorprendió no sentir ninguna reticencia ante la idea de compartirla con Mercy. De hecho, le resultaba extrañamente reconfortante. Mercy se deshizo del vestido y del delantal y se quedó en camisola. La prenda fina de algodón enfatizaba sus extremidades largas y su delgadez. Abigail estaba acostumbrada a ver a gente más o menos vestida, durante sus primeros años no había dispuesto de demasiada privacidad, pero algo en la forma en que la camisa de Mercy se le pegaba al cuerpo la hizo apartar la vista avergonzada. A lo mejor, razonó, era porque siempre había considerado al resto de los niños como si fueran sus hermanos.

Pero algo en las sonrisas pícaras de Mercy y en su magia extraña le impedían pensar en ella de esa manera.

Mercy se acurrucó entre las sábanas, en el lado contrario a ella. Las pesadas cortinas bloqueaban la luz de la mañana, así que se encontraban en una semioscuridad somnolienta.

Teniendo en cuenta el tiempo que llevaban despiertas Abigail había estado segura de que se quedarían dormidas de inmediato, pero, solo unos pocos minutos después, Mercy habló muy bajito.

—Me preocupan mis amigos.

Abigail se giró para mirarla. En los ojos oscuros de Mercy se podía ver el miedo y la preocupación. Parecía muy pequeña y frágil, su presencia extrañamente expansiva había desaparecido por completo.

Despacio —antes de pensarlo mejor— alargó los brazos y la abrazó.

Mercy enterró el rostro en su hombro y Abigail notó que temblaba. Un puñado de lágrimas le mojaron la camisola, y la abrazó con más fuerza.

—Sinfulgor, Silencioso y Nunca podrían estar muertos —susurró la joven con voz entrecortada—. Puede que nunca vuelva a verlos.

Abigail vaciló, y luego le acarició el pelo.

—Lo siento —murmuró—. Ojalá pudiera arreglarlo.

Sus palabras hicieron que Mercy hipara más fuerte.

—Se supone que no debería darme miedo la muerte. Se supone que yo no debería querer arreglarlo.

—A todo el mundo le da miedo la muerte —dijo Abigail con el ceño fruncido—. Si hay alguien a quien no se lo da, me imagino que es porque ya está al otro lado. Es todo muy injusto, Mercy. Tienes derecho a estar asustada… y triste, y enfadada.

Mercy tragó saliva.

—Tenías razón sobre mí. He sido horrible, Abigail. Me creía que lo sabía todo, le decía a la gente que tenía que aceptar la muerte… pero nunca me imaginé que ninguna de las personas a las que quiero moriría. Ahora que puede que se hayan ido, estoy tan triste como todos los demás. Soy yo la que ha sido una estúpida, la que se ha quedado atrapada.

Abigail le pasó los dedos por el pelo. Era más suave de lo que parecía, y en ese momento se dio cuenta de que llevaba tiempo deseando acariciarlo. Descartó ese insólito pensamiento para mirar a Mercy.

—No eres estúpida. Solo has sido un poco engreída. Igual que yo. Y que mi padre. Todos lo hacemos lo mejor que podemos. —Le frotó la espalda en círculos para consolarla—. Te agradezco que nos contaras lo de la manzana. No sé si podremos lograr que lord Luengasombra nos la de, ni aunque tengamos esos tres vetos con los que negociar, pero por lo menos ahora tenemos la oportunidad de intentarlo.

Mercy dudó.

—Lord Luengasombra es como yo. Un poco engreído, supongo. Pero creo de verdad que sí podréis llegar a un acuerdo.

Abigail la estudió con curiosidad.

—¿Cómo acabaste en Luengasombra? No pueden haberte secuestrado como a mí, tú les tienes cariño a todos. ¿Recuerdas algo de tu familia original?

Mercy cogió aliento, temblorosa. Ya no lloraba, pero siguió aferrada a Abigail en busca de apoyo.

—No lo sé. No creo que haya tenido una familia nunca. Durante mucho tiempo, Luengasombra era lo único que conocía. Pero también sabía que había personas perdidas por allí que debían atravesar Luengasombra para llegar al otro lado y no lo habían hecho. Luengasombra quería que los llevase hasta allí.

Abigail se sorprendió.

—Así que siempre has estado en Luengasombra. Pero ¿no eres lavandera?

Mercy se agitó en sus brazos, avergonzada de repente.

—Yo… eh… llevé a una lavandera al otro lado. Hablamos durante mucho tiempo… me lo contó todo sobre su vida, sus amigos, sus sueños… Me pareció encantadora. Cuando cruzó, me dio su cofia y la guardé. Creo que debió darme algo más que eso, porque ahora huelo igual que ella. Es… agradable.

—Nunca había conocido a nadie que dijera que la sosa cáustica tiene un olor agradable —comentó sorprendida. El asilo de la calle Cleveland siempre olía así, y Abigail había aborrecido el aroma desde entonces.

Mercy se sonrojó en la oscuridad.

—A mí me gusta, pero es porque me recuerda a ella. Me hace sentir que todavía tengo un pedacito suyo conmigo aunque se haya ido.

Abigail presionó la mejilla en la coronilla de Mercy. La idea la reconfortó un poco, y pensó de nuevo en los sluagh, que recibían con frecuencia regalos parecidos de los muertos.

—Es bonito —dijo con voz queda—. Sabes… Creo que ya entiendo por qué muchos de los fantasmas hacen regalos a los sluagh. También es bonito saber que dejas algo detrás, que alguien te recordará de vez en cuando. Seguro que la lavandera se alegra, esté donde esté, cada vez que te acuerdas de ella.

De alguna forma, al pensarlo, Abigail sintió que se encariñaba con el olor a sosa cáustica también. Inspiró con suavidad y esa vez, cuando el aroma acre la golpeó, le recordó menos al asilo de la calle Cleveland y más a la sonrisa de Mercy.

—No son regalos —murmuró Mercy. Sonaba más tranquila y somnolienta —. En realidad, no. Las hadas no pueden dar nada sin recibir algo a cambio, y tampoco pueden aceptar nada sin un pago. Pero con los fantasmas no pasa nada, porque los sluagh ya les prestaron un servicio antes.

Abigail dibujó un amago de sonrisa.

—Pero los fantasmas no tienen que pagar para cruzar. Los sluagh consideran que es su labor llevarlos al otro lado. Quizás sí que es un pago, pero sigue siendo algo que los fantasmas eligen entregar.

Mercy sopesó la idea en silencio un rato, Abigail pensó que se había quedado dormida, pero entonces dijo:

—Catástrofe Oscura pensará en ti con frecuencia.

—Sí que lo hará —murmuró Abigail—. Eso también me gusta. Le dije que no tengo intención de morirme, y hablaba en serio, pero me parece bien darle algún pedacito de mí a los demás, aunque siga viva.

Mercy la abrazó con más fuerza.

—Yo tampoco quiero que mueras, Abigail —suspiró—. No quiero tener que llevarte nunca al otro lado. Sería horrible.

Abigail no estaba segura de dónde había salido el gesto, pero se descubrió inclinándose para rozar con los labios el pelo de Mercy.

—No me iría ni aunque lo intentaras —le aseguró—. Tengo demasiada gente a la que perseguir.

Mercy cerró los ojos con una pequeña sonrisa.

Abigail se quedó dormida todavía abrazándola. De hecho, seguramente nunca había conciliado el sueño con tanta facilidad.

Capítulo diez



Para cuando Abigail y Mercy se despertaron, Elias ya se había ido a interrogar a los comerciantes, pero había dejado una nota en la que le daba acceso completo a su hija al salón de baile y a todos sus apuntes sobre el caso. Así que Abigail subió al tercer piso, se acomodó en la gran silla delante del escritorio y comenzó a descifrar la letra enmarañada de su padre. Mercy se sentó en un taburete cercano mientras Hugh —y en teoría Lucy— esperaba de pie tras ella.

—Nadie se dio cuenta de que había un patrón hasta que murió Lucy —comentó Abigail pensativa—, así que papá no tuvo ocasión de investigar las dos muertes previas. Aun así, hizo preguntas en las tres casas, y en todas vieron a los cuervos entrar y salir, eso fue lo que lo puso sobre la pista de los sluagh. ¿Te acuerdas de que papá mencionó que podría haber restos de magia negra en el dormitorio de Lucy? Pero que su madre hizo que fuera un sacerdote después de que ella muriera, y sus bendiciones podían haberlo embarullado todo.

Hugh frunció el ceño.

—¿Crees que alguien mató a Lucy con magia?

Abigail apoyó la barbilla en una mano, con el codo sobre el escritorio.

—Sí, eso creo. Sobre todo porque Catástrofe… —Abigail se interrumpió antes de decir el nombre completo en voz alta—. Sobre todo por lo que dijo el sluagh. No todas las personas dejan un fantasma tras de sí al morir, pero han ocurrido tres muertes y hay tres sluagh desaparecidos, eso significa que

alguien se aseguró de que las chicas dejaran fantasmas. Tiene que haber algún tipo de magia negra que haga algo así, pero llevará su tiempo descubrir el hechizo. —Se giró hacia Mercy—. ¿Te importaría permitirme hablar con Lucy otra vez?

Mercy asintió y le tendió una mano vendada. Abigail la aceptó con cuidado de no presionar las quemaduras ocultas bajo las vendas.

El crepúsculo lo inundó todo y salpicó el suelo del salón de baile con vívidas manchas de color. La silueta de Lucy se manifestó justo detrás de Mercy. Seguía en camisón, le caía la melena rubia por los hombros y tenía los brazos cruzados en una postura incómoda.

—¿Qué hiciste el día antes de morir? —le preguntó Abigail—. ¿Recuerdas si alguien se comportó de forma rara a tu alrededor? ¿Alguien que te rociara con algo, o que dijera algunas palabras chocantes mientras te miraba?

Lucy apartó la vista.

—Estuve en el baile de lady Lessing.

Abigail levantó una ceja.

—No sabía que lady Lessing hubiera celebrado un baile.

Lucy apretó los labios.

—Es evidente que no estabas invitada. —Su tono era más directo que ofensivo, una pequeña mejora respecto a la manera en que Lucy se había dirigido a Abigail estando viva—. No recuerdo que nadie se comportara de forma extraña a mi alrededor, pero hay tal muchedumbre en los bailes de Londres que seguramente no me habría dado cuenta.

Abigail asintió despacio.

—¿Y no habías tenido ningún síntoma hasta esa noche? ¿No es que estuvieras enferma durante semanas y te hubieras puesto peor?

—No —respondió Lucy con sencillez—. Antes del baile estaba perfectamente. Cuando volví a casa esa noche me encontré un poco mal, pero era muy tarde y me había pasado la noche bailando, así que pensé que después de descansar me encontraría bien.

Abigail dio un largo suspiro.

—Parece que eso limita las opciones. Tuvo que ser alguien en el baile, otro aristócrata o a lo mejor el sirviente de alguien. Eso explicaría por qué todas las

víctimas han sido debutantes de nuestra edad. Son las que van a todas las fiestas en busca de marido.

A Lucy le tembló el labio, y Abigail se sintió mal por haber sacado el tema.

—Bailé con el señor Rojo —gimoteó Lucy—. Me dijo que lo hacía muy bien y que le encantaría volver a bailar conmigo otra vez.

—¿El señor Rojo?

Lucy soltó un resoplido de frustración.

—Su verdadero nombre es James Ruell, es el segundo hijo de lord Belwether. Lo llamamos señor Rojo porque siempre lleva al cuello ese pañuelo rojo tan espectacular.

—No recuerdo haberlo conocido —admitió Abigail encogiéndose de hombros—. ¿Supongo que el cumplido del señor Rojo fue la guinda del pastel?

Lucy dio un pisotón.

—¡Lo era todo! Me convertí en la envidia de todas las demás. Estaba valorando casarme con el señor Rojo ¿sabes? Podría haberlo conseguido para el final de la temporada si hubiera querido. ¡Y ahora no voy a poder bailar con él nunca más!

Abigail cerró los ojos y rechinó los dientes.

«Tus únicos motivos para vivir son poseer a la gente y que te tengan envidia —quiso decir—. ¿Te has escuchado a ti misma?»

Pero necesitaba la cooperación de Lucy, así que no le quedó más remedio que responder:

—Siento mucho lo que te ha pasado, vamos a asegurarnos de que quien sea que te haya hecho esto reciba lo que se merece.

Lucy se tranquilizó. Seguía muy abatida, pero le dedicó un asentimiento rígido a Abigail.

—Y vamos a encontrar a lord Luengasombra —añadió Lucy— para que pueda devolverme la vida como dijo Sinfulgor.

Abigail apretó los labios. Le costó un triunfo no recordarle a Lucy que Sinfulgor no había dicho nada por el estilo, y que lord Luengasombra podría devolverle la vida, pero lo más seguro era que no lo hiciera.

«Menos mal que Lucy no escuchó lo de la manzana. Si la conseguimos de alguna manera, no cabe duda de que será para Hugh».

—Necesitamos descubrir a dónde habían ido las otras dos chicas en el día antes de su muerte. Si tenemos razón, habrían estado en un baile... o en alguna otra reunión más pequeña, con un poco de suerte. Cualquiera de las personas que acudió a esos eventos podría ser el asesino, o uno de sus sirvientes.

—¿Y eso cómo vamos a conseguirlo? —preguntó Hugh escéptico—. Nadie te va a dar la lista de invitados, Abby.

Abigail lo meditó largo y tendido.

—Necesitamos que la solicite alguien bien relacionado— dijo despacio—. Alguien a quien mucha gente aprecie.

—¿La tía Vanessa, a lo mejor? —preguntó Hugh.

Abigail sacudió la cabeza.

—La gente aprecia a la tía Vanessa, pero ahora mismo siempre la están evitando por lo de la organización de caridad.

Al parecer, el peor crimen que se podía cometer en sociedad era permitir que el interés de una en las causas humanitarias fuera más allá de lo superficial.

Lucy se enderezó con cara de haber tenido una gran idea.

—¡Mi madre podría conseguir esas listas! Todo el mundo la aprecia mucho.

Abigail asintió e intentó parecer impresionada, como si se le hubiera ocurrido a ella solita la idea en vez de haber sido dirigida paso a paso hacia ella.

—Es verdad, tu madre sería la persona perfecta. —Miró a Mercy, dudando de pronto—. Estoy casi segura de que lady Pinckney nos ayudaría si fuera Lucy quien se lo pidiera, pero para eso tendría que ser capaz de escucharla.

Mercy suspiró profundamente, pero aun así asintió.

—No me parece recomendable conversar con los fantasmas de tus seres queridos —farfulló—. Pero hay gente en peligro… y ya me he equivocado en otras cosas.

Abigail le dedicó una sonrisa y a punto estuvo de apretarle la mano, pero recordó que no sería muy buena idea y terminó soltándosela.

El crepúsculo se desvaneció, dando paso a la luz del día, y Abigail se incorporó mirando de reojo a su hermano.

—Pero antes necesito hablar contigo, Hugh. A solas, quiero decir.

—¿Es algo malo? —preguntó él receloso.

—Nada malo —prometió Abigail—, son solo asuntos de familia.

Hugh la siguió fuera del salón de baile. La joven se sentó en las escaleras y él la imitó, mirándola con curiosidad.

—Mercy nos contó a papá y a mí algo importante anoche —comenzó Abigail—. Lord Luengasombra puede devolverle la vida a la gente, Hugh. Tiene una manzana con la que es posible, pero solo una. —Abigail apoyó los brazos en las rodillas e inspiró con fuerza—. No quiero que te hagas ilusiones, pero pensé que merecías saberlo. Vamos a pedirle a lord Luengasombra que nos cambie la manzana por sus plumas cuando hayamos resuelto los asesinatos.

Hugh miró hacia atrás, a la puerta cerrada que llevaba al salón de baile.

—¿No querías que Lucy lo supiera? —preguntó despacio.

—Lucy está más interesada en encontrar a lord Luengasombra y volver a la vida que en salvar a las otras chicas —dijo Abigail en tono sombrío—. Si le cuento lo de la manzana, estoy segura de que dejará de ayudarnos hasta que le prometamos que se la vamos a dar a ella, aunque eso implique que muera más gente.

—Y… no quieres darle la manzana a Lucy —añadió Hugh.

Abigail enarcó las cejas.

—No quiero, no —contestó—. Siento que esté muerta, y si pudiera devolverle la vida a toda la gente que quisiera, se la devolvería a ella también. Pero si solo hay una manzana, entonces me parece que debería tenerla uno de los niños de Vallebaldío. Lucy ha vivido una vida cómoda, con una madre que la quería y gente que le daba todo lo que podía desear. Todos los niños de Vallebaldío habéis muerto jóvenes en un asilo. Si la muerte de Lucy es injusta, la vuestra lo fue mucho más.

Hugh apartó la mirada.

—Es que se me hace raro no decírselo —farfulló incómodo.

—Pensé que te entusiasmarías —dijo su hermana extrañada—. Ya sé que todavía tenemos que hablar con los otros niños de Vallebaldío, pero tú eres el más joven, y hay bastantes posibilidades de que estén todos de acuerdo en darte a ti la manzana. Pensaba que tenías pastelillos que hornear, Hugh.

Por algún motivo, Hugh parecía abatido ante esa perspectiva, y hundió los hombros.

—No sé por qué no estoy emocionado —admitió—. Supongo que no quiero hacerme demasiadas ilusiones. Hay muchísima gente muerta, y yo soy solo uno más. Seguro que casi todos los otros son más importantes que yo.

Abigail apretó los dientes y deseó con todas su fuerzas poder abrazar a su hermano.

—Sí que eres importante —respondió—. Hubo quien dijo que no lo eras y te metieron en un asilo… pero no tenían derecho a hacerte eso.

—¿Cómo voy a ser importante? —se burló Hugh incrédulo—. No viví lo suficiente para hacer nada. Lo único que sé es trabajar el cáñamo.

Abigail volvió a respirar profundamente. Comprendía a la perfección el motivo de que Hugh estuviera siendo tan obtuso: le costaba imaginar que le podía suceder algo bueno a él, igual que a Abigail le costaba usar la imaginación en general.

—La gente considera que Lucy es importante —dijo Abigail—, pero ni en un millón de años le haría un pastel a otra persona. Lo único que hará será comerse los pasteles de todos los demás. ¿Entiendes lo que te digo?

Hugh asintió con apatía, pero Abigail estaba segura de que no lo entendía. Por mucho que le frustrara, sabía que había dejado de escucharla, y que tendría que buscar otra estrategia para llegar a él.

—Lo primero es lo primero, tenemos unos asesinatos que resolver antes de preguntarse para quién será la manzana —suspiró Abigail, y se incorporó—. Vamos a por esas listas de invitados.

Capítulo once



Hacía mucho que había finalizado la hora de las visitas, pero Abigail no podía arruinar una buena reputación de la que carecía, así que mientras el sol se ponía tras los edificios londinenses los condujo a todos a casa de lord Pinckney.

Al señor Swinton no le hizo ni pizca de gracia volver a verla.

—Ya sé que es tarde —dijo la joven con su mejor dicción—, pero necesito ver a lady Pinckney urgentemente. Si no le gusta lo que tengo que decirle, prometo que me iré de inmediato.

El mayordomo condujo a Abigail y a Mercy al vestíbulo, donde las esperaba una solitaria banqueta de madera.

—Quédate la banqueta —susurró Abigail.

—No la quiero —respondió Mercy enarcando una ceja—. Quédatela tú.

Abigail entrecerró los ojos.

—Estás herida. Insisto.

—Os estáis comportando las dos como tontas —gimió Hugh—. Me voy con Lucy a espiar a lady Pinckney.

Abigail le lanzó una mirada cortante.

—Es de mala educación… —empezó, pero Hugh ya se había esfumado atravesando una de las paredes.

El silencio se alargó entre las dos.

—No puedo estar sentada mientras una señorita se queda de pie —dijo Mercy.

Abigail sabía que solo lo decía para llevarle la contraria.

—En ese caso estás de suerte, yo no soy ninguna señorita.

—Vas vestida como una —señaló Mercy.

—Y tú vas vestida de lavandera —contraatacó Abigail—, pero ninguna de nosotras es lo que aparenta ¿verdad?

Mercy se cruzó de brazos e hizo una mueca.

—¿Nos vamos a quedar las dos en pie hasta que vuelva el mayordomo?

—Eso parece —respondió Abigail con terquedad.

Por suerte, el señor Swinton volvió mucho más rápido que en su primera visita.

—Lady Pinckney las recibirá en la sala de visitas —dijo tras dedicarles una última mirada fulminante.

La dama las esperaba sentada a la misma mesa. Seguía vestida de luto, pero la austera biblia familiar había desaparecido, con lo que el ambiente era un poco más relajado. Hugh se había sentado en un diván distante, y su mirada reposaba en un punto justo al lado de lady Pinckney.

—Tu madre sigue sin poder oírte —le dijo Hugh al aire vacío con voz de mártir—. Tienes que esperar a que Mercy haga su magia interior.

—Esta es una visita muy poco común —informó lady Pinckney a Abigail; su mirada se posó un segundo en Mercy, y en sus ojos apareció un amago de rechazo.

—Lo sé —dijo Abigail, haciendo un esfuerzo por ignorar el tono condescendiente de lady Pinckney. Resultaba un reflejo tan perfecto de los modales de su hija que no cabía duda sobre quién la había instruido—. He descubierto algunas cosas sobre Lucy. De hecho, bueno, he descubierto al fantasma de Lucy.

No esperaba sentirse tan incómoda al decirlo en voz alta, pero una serie de emociones intensas y tormentosas cruzaron el semblante de lady Pinckney al escucharla, y Abigail no pudo evitar avergonzarse.

—Me pareció… me pareció sentirla ahora mismo —susurró lady Pinckney —. ¿Está aquí? ¿Puedo hablar con ella?

Abigail cogió aliento.

—He traído a Lucy conmigo hasta aquí, ella puede oírla sin ningún problema, pero Mercy tendrá que utilizar la magia si usted quiere ver y escuchar a Lucy.

Lady Pinckney la miró asombrada.

—¿Mercy?

Buscó detrás de Abigail, como si esperase encontrar a una tercera persona allí escondida.

Abigail enarcó las cejas.

—Esta es Mercy, lady Pinckney —explicó, señalándola con un ademán. Lady Pinckney volvió a centrarse en Mercy con el ceño fruncido, como si intentara reconciliar dos ideas imposibles. Abigail comprendió entonces que la señora era incapaz de imaginar que una persona de aspecto tan humilde pudiera poseer una cualidad que ella necesitase. Mercy, por su parte, no parecía ofendida, sino levemente desconcertada. Por primera vez, Abigail comprendió el motivo: Mercy no era una lavandera de verdad, y le hacía gracia que la confundieran con una. Después de acompañar a ricos, pobres y poderosos al otro lado, supuso que le resultaba difícil concederles la importancia que ellos mismo se concedían. Al final, como la propia Mercy le había dicho, todos tendrían que pasar por lo mismo cuando se vieran despojados de todas sus posesiones.

—Puedo ayudarla a ver a Lucy si lo desea, lady Pinckney —dijo Mercy—. Hablar con ella podría resultarle más doloroso de lo que imagina, pero he estado reflexionando y he comprendido que no puedo tomar esa decisión por usted.

Mercy habló con su acento de clase trabajadora habitual, y Abigail envidió su confianza en sí misma.

La oferta abrumó de tal forma a lady Pinckney que la dama pareció olvidar que hablaba con una mujer vestida de lavandera.

—¡Por supuesto que quiero volver a ver a mi hija! —respondió con desesperación—. ¡Ni siquiera pude despedirme de ella!

Las lágrimas temblaban en su voz, y Abigail apartó la vista, incómoda.

Mercy asintió con gravedad.

—Si está segura. —Miró de reojo a Abigail—. Puedo cogerte la mano a ti también si quieres.

Abigail asintió. Por mucho que había intentado resistirse, y por mucho que le desagradara Lucy, el dolor de lady Pinckney se había abierto paso en su interior. Se sentó junto a la señora y cogió la mano de Mercy con delicadeza. Lady Pinckney no dudó en tomar la otra mano de Mercy, aunque las vendas empezaban a estar deshilachadas y sucias.

La luz del crepúsculo que se filtró en la sala era suave y tenue. Resultaba especialmente extraña porque apenas había entrado luz por las ventanas un momento antes.

Cuando la silueta de Lucy apareció ante ella de nuevo, Abigail vio que estaba llorando.

—¡Estoy aquí, mamá! —dijo Lucy—. ¡Siento tanto haberte dejado sola! Por favor, no estés tan triste.

Lady Pinckney miraba a su hija de hito en hito. Despacio, se llevó la otra mano a la boca. Temblaba, las lágrimas resbalaban por sus mejillas y emitió un gemido. Después se puso en pie de un salto y alargó el brazo para tocar a Lucy, pero Mercy tiró de ella con una ligera mueca de dolor.

—No puede tocarla —advirtió Mercy en tono de disculpa—. No funciona así, lo siento.

A Lucy le temblaba el labio.

—He intentado abrazarte mil veces, mamá.

Abigail vio por el rabillo del ojo a Hugh encogerse en el diván con expresión apenada.

—Debería haber cuidado mejor de ti, Lucy —sollozó lady Pinckney—. Antes iba siempre a comprobar cómo estabas por la noche. ¿Por qué dejé de comprobarlo, cariño?

—No es culpa tuya, mamá —le aseguró Lucy llorosa—. ¿Cómo ibas a imaginar que alguien me había lanzado una maldición? No hiciste nada mal, te lo prometo.

Lady Pinckney sacudió la cabeza, confundida.

—¿Alguien te maldijo? Pero las hadas…

—Oh, no —la interrumpió Lucy—. Las hadas no me mataron, mamá. Apareció un caballero muy atractivo con estrellas en los ojos, pero solo vino a cogerme de la mano y a hacerme compañía. Me dijo que podía llevarme hasta lord Luengasombra y…

Abigail supo que Lucy estaba a punto de contarle a su madre cómo supuestamente lord Luengasombra iba a devolverle la vida, y la interrumpió de inmediato.

—Lucy, no hagas promesas que no puedes cumplir. Ni siquiera sabemos si lord Luengasombra sigue con vida.

Lucy abrió la boca para protestar, pero su mirada se desvió hacia su madre y se tragó las palabras que había estado a punto de pronunciar. Debió comprender que aquello podría hacerle mucho daño y bajó la vista, mucho más calmada de pronto.

—Bueno, es cierto —dijo en voz baja—. Puede que no llegue a conocer a lord Luengasombra. Pero Abigail y su padre parecen muy seguros de que fue un hechicero que practica magia negra quien me maldijo, así que les estoy ayudando a encontrar al responsable. Es evidente que no podrán lograrlo si mí.

Abigail cerró los ojos y trató de aplacar su mal humor. Incluso en medio de su dolor, Lucy había encontrado la manera de alimentar su propio ego… Aunque, de momento, eso ayudaba a su causa, así que guardó silencio.

Lady Pinckney se giró bruscamente hacia Abigail.

—¿Magia negra? —se enfureció—. ¡Se supone que el sorcier real protege a Inglaterra de la magia negra! ¿Me estás diciendo que hay tres chicas que han muerto a manos de un mago oscuro delante de sus narices?

Abigail abrió los ojos de nuevo, haciendo un gran esfuerzo por no estrujar la mano de Mercy y obligándose a mantener la calma.

—Nadie estaba al tanto de este asunto hasta lo que le ocurrió a Lucy. Trabajamos lo más rápido que podemos para asegurarnos de que algo así no vuelva a ocurrir, y ya sé que no es un gran consuelo para usted, pero mi padre no puede adivinar el futuro.

Esa afirmación era correcta en su mayor parte… en realidad, su madre sí que podía adivinar el futuro o ver el pasado en los espejos algunas veces, pero

la adivinación era una habilidad muy impredecible y nunca se podía estar seguro de lo que se iba a ver. Hasta donde Abigail sabía, predecir la presencia de practicantes de magia oscura estaba más allá de las habilidades del mejor adivino.

Lucy suspiró.

—Bueno, tanto si el sorcier real es competente como si no, seguimos necesitando encontrar a mi asesino. El día de mi muerte acudí al baile de lady Lessing, Abigail cree que fue allí donde me maldijeron. Eres buena amiga de lady Lessing ¿no, mamá? Seguro que puedes pedirle la lista de invitados ¿verdad?

Lady Pinckney seguía mirando con indignación a Abigail, pero cuando se volvió hacia el fantasma de su hija consiguió apaciguarse un poco.

—Sí, por supuesto. Lady Lessing me ofreció sus condolencias el otro día y me dijo que si necesitaba algo solo tenía que pedírselo. Dudo que estuviera pensando en una lista de invitados, pero, si crees que puede ser de ayuda, se la pediré.

Lucy asintió satisfecha.

—Luego están las otras dos chicas ¿te acuerdas de ellas? La señorita Edwards, que estaba a punto de prometerse, y la señorita Hancock, la de la nariz desafortunada. No recuerdo si alguna de ellas había asistido a algún baile justo antes de morir, pero el asesino debió encontrarlas en algún evento. —Lucy hablaba con gran aplomo, como si ella sola lo hubiera deducido todo—. Ya sé que han pasado algunas semanas, pero seguro que tus otras amigas pueden averiguar dónde habían ido las chicas y quién más estuvo en esos eventos.

Lady Pinckney se secó los ojos con un pañuelo.

—Descubriré todo lo que pueda —prometió—. Quien quiera que te haya esto lo lamentará muy pronto.

Abigail miró a lady Pinckney de reojo.

—Debe tener cuidado con quien habla —le advirtió—. Si el asesino de Lucy descubre que lo busca, podría intentar maldecirla a usted. No estamos seguros aun de cuál es la maldición que utiliza, así que no podré protegerla hasta que tengamos más información.

Lady Pinckney desestimó la advertencia con un gesto.

—No me importa. De verdad que no. Podría morir esta noche y seguiría sin importarme.

Lucy dejó escapar un gemido de dolor.

—¡No! —exclamó—. ¡No digas eso, mamá, por favor! No quiero que mueras. Tienes que tener cuidado y vivir mucho más tiempo.

Lady Pinckney le dedicó una sonrisa cansada a su hija que no resultó demasiado convincente.

—Lo intentaré. —Entonces lady Pinckney se centró en Mercy, observándola con los ojos entrecerrados—. Deseo contratar tus servicios. Te pagaré lo que sea a cambio de ver a mi hija todos los días.

Mercy suspiró pesadamente, como si hubiera estado esperando la oferta.

—No debe hacer ofertas así —le advirtió—. Soy amiga de las hadas, podría arrebatarle la sonrisa, la felicidad, incluso el alma —se detuvo—. Pero no lo haré… mis servicios no están en venta. Últimamente he dudado de algunas cosas, pero si hay algo de lo que estoy segura es de que siempre habrá fantasmas asustados y confusos que necesiten a alguien que los guie al otro lado. No puedo ayudar a esos fantasmas si estoy aquí utilizando mi magia con una sola persona.

Resultaba evidente que esa no era la respuesta que lady Pinckney deseaba escuchar. La dama frunció el ceño, muy afectada.

—Estoy segura de que podemos llegar a un acuerdo. Encontraré algo que desees…

—No lo hará —respondió Mercy con suavidad—. No es la primera persona que lo intenta. Algunas cosas no están en venta, señora Pinckney. Lo siento. —Su semblante pálido se suavizó entonces, y preguntó—: ¿Querrá su marido ver a su hija mientras estoy aquí?

Lady Pinckney seguía con la vista fija en Mercy, intentando digerir su negativa.

—No —dijo Lucy con voz queda—. Mi padre no querrá verme, y yo tampoco quiero verle a él. Solo quería ver a mi madre… Y ya lo he hecho. —Lucy se volvió hacia ella—. Volverás a ser feliz algún día. Por favor, no estés

triste por mi culpa. Voy a ir en busca del hada con los ojos de estrellas… no estaré sola, mamá. Es un acompañante excelente, estaré muy bien.

Lady Pinckney paseó la mirada entre Mercy y el fantasma de su hija. A Abigail le parecía que la dama seguía intentando encontrar alguna manera de obligar a Mercy a quedarse, pero al final apartó la vista.

—Te quiero mucho, Lucy —dijo lady Pinckney—. Siento no habértelo dicho lo suficiente.

—Yo también te quiero, mamá —respondió Lucy con suavidad.

Mercy liberó sus manos. La luz del ocaso se difuminó pero no desapareció del todo… Abigail tardó un momento en comprender que el verdadero crepúsculo se filtraba en ese momento por la ventana de la estancia.

El rostro de lady Pinckney seguía reflejando emociones intensas y dolorosas mientras observaba con evidente anhelo el lugar en el que había visto a Lucy.

—Ya casi es de noche —dijo Abigail con voz suave—. Creo que debemos irnos. Gracias por recibirme de nuevo, lady Pinckney.

Colocó el brazo de Mercy con delicadeza bajo el suyo y empezó a caminar hacia la puerta. Lady Pinckney apretó los labios. Ya no lloraba, pero le brillaban los ojos.

—Seguro que volverás ¿no? —preguntó—. ¿Por lo menos una última vez?

—No lo sé, de verdad que no —dijo Mercy sin detenerse—. Yo no contaría con ello.

Hablaba en tono era firme, aunque no duro.

Hugh se levantó del diván y salió tras ellas. Seguía encorvado, como si alguien hubiera drenado toda su energía.

Cuando se fueron, lady Pinckney se quedó sentada a la mesa, enmarcada por la luz rosada del atardecer londinense.

Capítulo doce



No hay nada de malo en estar enfadada —dijo Mercy mientras subían los peldaños de entrada a casa—. Ocurrió algo terrible, y mucha gente sufrió por ello, pero eso no es culpa mía, Lucy… yo no te maté. Lo que me pides no es justo, ni para mí ni para nadie más. Servirte no es el motivo de mi existencia.

Lucy y Mercy llevaban hablando casi todo el camino de vuelta, aunque Abigail solo podía oír una parte de la conversación. Hasta ese momento Mercy había conseguido mantener la paciencia, pero ya estaba harta.

—¿Lucy sigue intentando convencer a Mercy de que trabaje para lady Pinckney? —musitó Abigail.

—Sí —respondió Hugh en susurros—. Lo entiendo, su madre estaba destrozada. Fue horrible.

Abigail suspiró hondo.

—Ahora entiendo por qué Mercy no quiere que la gente pueda hablar con sus muertos, es como perder a alguien por segunda vez. Pero no me había dado cuenta del peligro que representa para ella. Lady Pinckney está desesperada, cree que puede conseguir todo lo que se propone. No creo que intente secuestrar a Mercy pero…

Abigail se detuvo en seco con un pie en alto ante la mirada interrogante de Hugh.

—Creo que ya sé por qué están secuestrando a los sluagh. Mercy se giró justo delante de la puerta que daba al salón de baile.

—¿Tienes una teoría?

Abigail retomó la marcha, apresurándose para darle alcance.

—Imagínate que lady Pinckney pudiera atrapar a su propio sluagh. Creo que no lo dudaría. —Abigail dio un respingo al recordar que Lucy estaba a su lado, y añadió—: Lo siento, Lucy, pero sabes que tu madre está muy disgustada y seguramente no piensa con claridad.

Mercy frunció el ceño.

—Pero ¿por qué iban a querer capturar a tres sluagh?

Abigail sacudió la cabeza.

—Eso no lo sé —admitió—, pero todo apunta en esa dirección. Encaja. Los sluagh hablan con los muertos… y supongo que también pueden tocarlos, si su magia se parece a la tuya. Hay alguien que intenta cruzar esa brecha y sabe que los sluagh pueden ayudar.

—Se puede usar magia externa para algunas de esas cosas —dijo Mercy con una mueca.

—Sí que se puede, pero es difícil y no demasiado fiable. Cuando hice el medallón de Hugh no le pedí ayuda a mi padre, sino a mi otra madre. Imagínate que eres un mago con pocos recursos. ¿Por qué no tomar un atajo y secuestrar a un experto?

Abigail abrió la puerta al salón de baile y los dejó pasar. El cielo ya se había oscurecido mucho, y pensó que tenía que bajar corriendo al piso principal con una de las lámparas para encenderla, pero, en cuanto cogió una, se encendió sola con una llama dorada e intensa.

—Ya veo que todos hemos aprovechado bien el día —dijo Elias desde la puerta de la calle. Debía haber entrado justo detrás de ellos sin hacer ningún ruido. Tenía ojeras pronunciadas, Abigail supuso que había dormido mucho menos que Mercy y ella.

—Pensaba que habías usado toda tu magia para los tres vetos —comentó Abigail mirando de reojo la lámpara.

Elias cerró la puerta y manoseó el pañuelo que llevaba al cuello, que ya estaba medio deshecho.

—Muy mal tendría que estar para no ser capaz ni de encender una lámpara.

Abigail no podía hacerlo ni en sus mejores días. Claro que Vallebaldío adoraba la humedad y el frío, y suponía que Raudallama debía ser todo lo contrario.

—Gracias por la luz —dijo con un asentimiento—. Llevamos todo el día fuera. ¿Has descubierto algo útil?

Elias se acercó a una de las estanterías y empezó a ojear los tomos.

—Sí y no. ¿Me acercas la lámpara, por favor?

Al dársela, Abigail vio que buscaba un libro en concreto.

—Tengo una lista de personas que han comprado libros llamativos en los últimos meses —comentó Elias mientras seguía buscando—. Y todavía más interesante: le pedí a John, de la tienda de magia de la plaza Berkeley, que revisara su stock, y descubrió que habían desaparecido dos libros. Por lo que sabe no los ha comprado nadie, así que lo más probable es que los robaran. Me parece muy posible que los haya robado el mago al que buscamos.

Elias sacó un libro de la estantería y se lo tendió a Abigail, que al bajar la vista lo identificó como *Nobleza feérica* de Debrett.

—Nuestra edición es anterior a la robada —dijo Elias—, pero podría ayudarnos a entender qué es lo que buscaba el ladrón.

Abigail se guardó el tomo bajo el brazo.

—¿Y el otro libro? Dijiste que faltaban dos.

—Un ingenioso grimorio de plantas —respondió Elias—. Por desgracia, no lo tengo y no he sido capaz de encontrar un ejemplar hoy.

Abigail frunció el ceño.

—Tenemos un montón de libros sobre plantas y magia, los revisaré a ver si aparece algo de interés. Estamos a la espera de que lady Pinckney nos consiga varias listas de invitados, me vendrá bien tener algo útil que hacer mientras tanto.

Elias asintió con cansancio.

—Necesito dormir —admitió—. Pero, antes de que me vaya, cuéntame lo que habéis descubierto hoy.

Abigail relató los acontecimientos del día lo mejor que pudo, intentando no olvidarse de nada. Mientras hablaba, Elias se sentó en el escritorio, cogió

una pluma y comenzó a tomar notas, para orgullo de Abigail. Resultaba muy satisfactorio que su trabajo ocupara su lugar en el papel junto al de su padre.

—Me parece que vais por buen camino con lo de las listas de invitados —comentó Elias cuando Abigail terminó su relato—. De hecho, iría un paso más allá y sugeriría que consideremos solo a los aristócratas y a los sirvientes de mayor rango. Es muy raro que un sirviente raso entre en la tienda de magia de John, llamaría mucho la atención.

Abigail asintió despacio.

—¿Tienes idea de cómo se asegura el mago de que haya fantasmas? —preguntó—. Dudo que haya muchos hechizos capaces de conseguir algo así.

Elias sacudió la cabeza.

—Todavía no lo sé, pero para eso tengo una biblioteca. A lo mejor mientras lees sobre nobleza feérica y brujería botánica, puedes buscar también alguna mención sobre maldiciones y fantasmas.

—Magia externa —farfulló Mercy con un gemido—. Odio la magia externa.

Abigail la miró sorprendida.

—No hace falta que me ayudes, pero iríamos más rápido si lo hicieras.

Elias se incorporó vacilante.

—En esos libros encontrarás bastantes extractos en francés —comentó—, y me parece que nunca llegaste a aprenderlo, Abigail. Dora siempre está dispuesta a ayudarme en mis investigaciones, sobre todo con el francés, pero no creo que esté disponible hasta mañana.

—Lucy debe saber francés —se le ocurrió a Abigail—. Podría leer por encima del hombro de Mercy si le pareciera bien.

Mercy miró hacia atrás y asintió.

—Lucy nos ayudará con el francés.

Abigail volvió a centrarse en su padre.

—Solucionado. Vete a descansar, papá. Seguro que seguimos con ello por la mañana.

—Creo que no tengo elección, me siento como un sonámbulo.

Elias ocultó un bostezo con la mano y, de camino a la puerta, posó un beso distraído en la cabeza de Abigail, haciéndola sonrojarse.

—Supongo que deberíamos hacer una pila de libros —dijo Abigail cuando su padre se fue—. ¿Sabes leer, Mercy?

Le parecía una pregunta muy relevante dado que ella solo había aprendido después de dejar los asilos atrás.

—Sí que sé —refunfuñó Mercy como si en ese momento hubiera preferido ser analfabeta.

—Yo casi no sé —admitió Hugh—. Supongo que tampoco podría pasar las páginas.

—En ese caso, serás el encargado de animarnos —le dijo Abigail y, concentrándose de nuevo en las estanterías, saco uno a uno los libros más prometedores. Para cuando terminó, se encontró con una montaña considerable delante.

—Supongo que empezaré con *Nobleza feérica* de Debrett.

Mercy parpadeó.

—¿No sería mejor que ese lo leyera yo? Seguro que sé más de hadas que tú.

—Justamente por eso debería leerlo yo —razonó Abigail—. Nuestro mago buscaba en el libro algo que no sabía, y con todo lo que sabes de hadas no vas a poder adivinar el qué.

—Entonces me pongo con los libros de botánica —respondió Mercy con apatía.

Solo había una lámpara y tenían muchos libros que revisar, así que se sentaron las dos juntas en el suelo, apoyadas contra una de las estanterías, cada una inmersa en su lectura. Según avanzó la noche, Abigail se descubrió apoyándose más y más en Mercy para absorber el leve calor que desprendía. Para su sorpresa, el olor a sosa cáustica y lirios adherido a su ropa le resultaba reconfortante; cada vez que lo respiraba, su cuerpo se relajaba un poco más a pesar de lo acuciante de la situación.

Para cuando había ardido la mitad del aceite de la lámpara, Abigail se enderezó un poco con la mirada fija en la página que acababa de abrir de *Nobleza feérica*.

—Escucha esto —exclamó Abigail. Y acto seguido leyó:

«LORD LUENGASOMBRA, conde de LUENGASOMBRA.

Nombre verdadero: desconocido.
Títulos: Último Suspiro, Escolta Final, Primero entre los sluagh, Guardián de la Vida y la Muerte, Cuervo de Mil Rostros.
Heredero esperado: se especula entre varios, entre ellos, el sluagh conocido como Sinfulgor».

Mercy la escuchó con atención, pero, como Abigail esperaba, no pareció sorprendida en absoluto por la información.

—¿No ibas a mencionar nada de esto? —preguntó ella exasperada.

Mercy parpadeó.

—¿El qué? nada me parece relevante. ¿Qué es lo que te llama la atención?

Abigail se frotó el puente de la nariz.

—Pues muchas cosas. ¿Por qué no empezamos por «Guardián de la Vida y la Muerte»? Eso parece referirse a… bueno, a lo que Sinfulgor le dijo a Lucy, lo de que lord Luengasombra puede devolverle la vida a alguien si así lo decide.

Abigail estuvo a punto de referirse a la manzana de Luengasombra, pero recordó justo a tiempo que Lucy debía estar sentada junto a Mercy.

Mercy asintió despacio.

—Pero eso ya lo sabíamos. No es nada nuevo.

—No es nuevo para nosotros —resopló Abigail—. ¡Pero está aquí escrito donde cualquiera puede encontrarlo! Imagínate que el asesino lo haya visto. Te digo una cosa: hay algo que ningún mago ha conseguido nunca con magia externa, y eso es devolverle la vida a otra persona. De hecho, no creo que nadie más que lord Luengasombra pueda hacerlo.

Mercy posó su libro y relajó los hombros. La preocupación se extendió poco a poco por su semblante.

—¿Por qué iba a secuestrar a todos los demás sluagh si el asesino al que quiere es a lord Luengasombra?

—Supongo que el asesino podría haber invocado a lord Luengasombra directamente —razonó Abigail pensativa—. Pero incluso mi padre tiene dificultades para contener a lord Luengasombra, y es el mago más poderoso que conozco. —Volvió a mirar a la página, pensando para sí—. Tengo una teoría, o algo parecido. Aunque no estoy segura.

Mercy, inclinada sobre el libro junto a Abigail, leía muy concentrada las mismas palabras una y otra vez. Un mechón de su larga melena negra rozó la mejilla de Abigail, que se descubrió recordando de nuevo su suavidad cuando lo había acariciado la noche anterior.

—¿Abigail? —repitió Mercy—. ¿Cuál es tu teoría?

Abigail se quitó esos pensamientos de la cabeza al darse cuenta de que Mercy ya le había repetido la pregunta más de una vez.

—Creo que el asesino atrapa a cualquier sluagh que se cruza en su camino con la esperanza de que alguno de ellos conozca los puntos débiles de lord Luengasombra y poder utilizarlos en su contra.

Mercy seguía con la vista fija en el libro, cada vez más tensa.

—Oh —murmuró—. Eso es… horrible.

Abigail dio unos golpecitos en el espacio en blanco después de «heredero».

—El problema es este. Si de verdad Sinfulgor es quien va a heredar, eso significa que debe ser muy cercano a lord Luengasombra, y a lo mejor también tiene un poder parecido ¿no? ¿Crees que Sinfulgor podría derrotar a lord Luengasombra si lo obligaran a pelear contra él?

Mercy se mordió el labio.

—Esa idea es todavía más horrible. Pero no, Sinfulgor no es especialmente poderoso, es solo que el reino de Luengasombra lo aprecia mucho, así que todo el mundo supone que sería el siguiente si le ocurriera algo al actual lord Luengasombra. Sinfulgor y lord Luengasombra conocen el nombre verdadero del otro, pero lord Luengasombra es más fuerte, así que aunque tuvieran que pelear…

—¿Qué? —preguntó Abigail horrorizada, y Mercy la miró sorprendida.

—Algunas hadas utilizan sus nombres verdaderos para hablar entre sí, si tienen confianza, así pueden llamarse fácilmente unas a otras.

Abigail escondió el rostro entre las manos.

—Mi padre dijo que podría haber controlado a lord Luengasombra si conociera su verdadero nombre. Si el asesino ha atrapado a Sinfulgor, entonces solo necesita convencerlo de que le entregue el nombre de lord Luengasombra, ¡y podría hacer todo tipo de cosas espantosas!

Mercy ya estaba bastante pálida bajo la luz de la lámpara, pero al escucharla se puso aún más blanca.

—Eso no se me había ocurrido —susurró. Un momento después, miró de golpe hacia su derecha—. ¿De verdad es eso lo que más te preocupa ahora mismo?

Abigail gimió bajito.

—¿Qué dice Lucy? —preguntó, aunque sabía que seguramente se arrepentiría de hacer aquella pregunta.

—Que Sinfulgor es todavía mejor que el señor Rojo, porque es prácticamente un conde feérico —respondió Mercy entre dientes. Miró hacia el espacio vacío en el que se encontraba Lucy con los ojos entrecerrados—. ¿Alguna vez piensas en los demás solo como personas, en vez de en su estatus y lo que pueden hacer por ti?

La paciencia de Mercy, que en condiciones normales era infinita, parecía estar esfumándose a medida que crecía su angustia, Abigail nunca la había visto tan enfadada. Los ojos crepusculares de Mercy se opacaron hasta teñirse de una oscuridad furiosa y fantasmal, y se puso de pie de un salto.

—¡Lord Luengasombra no va a devolverte la vida, Lucy Kendall! —siseó—. ¡Es increíble que te creas más especial que absolutamente todas las personas que han muerto antes que tú! ¡He conocido a cientos y cientos de señoritas igualitas que tú, todas ellas parloteando sin cesar sobre sí mismas y todo lo que merecen, y todas pensando que son el ser más único e importante sobre la faz de la tierra! ¡Cada una de los centenares de muchachas! Te camuflas entre todas ellas, Lucy Kendall, tienes su misma arrogancia y el mismo tono de voz exacto. Eres tan absolutamente corriente y tan inconsciente de ello que, en menos de un año, ningún sluagh será capaz de recordar ni tu nombre.

Mientras hablaba, las largas sombras titilantes que salían de la luz de la lámpara se arremolinaron en torno a Mercy hasta que su silueta se elevó de forma amenazante por la pared. Se expresaba con una certeza fría y terrible, como si alguien hubiera hecho sonar una gran campana de iglesia y la hubiera dejado reverberar en el aire.

Abigail se apretó contra la estantería con la mirada clavada en ella. En ese momento captó un retazo de la pieza de Luengasombra que Mercy llevaba en

su interior, que asomaba a través del velo de mortalidad de la joven. Antes, Luengasombra le había parecido extraño y amable, caprichoso, a veces compasivo… pero entonces comprendió que también era oscuro, definitivo y terrible de una forma en que pocas cosas podían serlo.

Abigail ni siquiera era el objeto de la ira de Mercy, y aun así se descubrió incapaz de moverse.

Hugh, que había estado descansando en la silla que había junto al escritorio, se incorporó de un salto.

—¡Para! —exclamó—. ¡Estás asustando a todo el mundo!

Cruzó la distancia que lo separaba de Mercy a grandes zancadas y la agarró del brazo.

Al girarse, la negrura de los ojos de Mercy se retiró un poco… y, muy despacio, la aterradora silueta dibujada en la pared se disolvió en su propia sombra y se redujo hasta recuperar un tamaño más natural.

—¡Y ahora has hecho llorar a Lucy! —dijo Hugh furioso—. ¡Solo estás siendo cruel porque tienes miedo!

Mercy cogió aliento, temblorosa. El filo oscuro y afilado de Luengasombra todavía no había desaparecido del todo.

—Sí que tengo miedo, pero no he dicho nada de eso porque lo tuviera. Lo dije porque estaba enfadada, y porque es la verdad. Apuesto a que nadie le dijo la verdad a Lucy ni una sola vez en su vida, así que lo he hecho ahora, antes de que sea demasiado tarde. Todos sabemos que tengo razón, y no retiraré ni una coma… ni una coma.

Hugh miró más allá de Mercy, hacia un punto en el que Abigail no veía nada. Parecía preocupado, y Mercy se giró para darle la espalda.

—Ve a buscarla y consuélala si es lo que quieres —dijo Mercy—, pero Lucy no haría lo mismo por ti, Hugh, y no voy a fingir que lo merezca.

Hugh se soltó del brazo de Mercy con un resoplido huraño, y desapareció a toda velocidad tras la puerta que llevaba a las escaleras.

Capítulo trece



Un minuto después de la partida de Hugh, Mercy seguía intentando calmarse. Abigail, por su parte, trataba de recuperar la voz; los últimos retazos del miedo le pesaban en la garganta y ahogaban sus palabras.

Por fin, Mercy le dedicó una mirada apagada. En sus ojos volvían a brillar los rosas y los azules del atardecer en lugar de la oscuridad. Su piel pálida tenía una tonalidad descarnada contra las sombras de la habitación, casi parecía un fantasma ella misma. Mercy debió haber visto algo del miedo de Abigail en sus ojos, porque una sombra de vergüenza cruzó su rostro y los últimos rescoldos de la ira de Luengasombra se apagaron.

—Lo siento —dijo Mercy en voz baja—. No pretendía asustarte.

Abigail tragó saliva.

—Ni yo pretendía asustarme.

Mercy se acercó despacio a Abigail como si fuera un animal acorralado. Se sentó a su lado y encogió los hombros, como si pudiera reducirse a sí misma hasta convertirse en algo menos aterrador con solo cambiar de postura.

—No quiero que me tengas miedo —dijo Mercy con suavidad—. No me gusta nada.

Abigail respiró hondo, serenándose. Alargó el brazo y posó su mano sobre la de Mercy. Una vez más, le sorprendió lo largos y finos que tenía los dedos, y cuánto disfrutaba al sostenerle la mano. Resultaba un recordatorio muy útil de

que Mercy era muchas cosas a un tiempo, podía ser aterradora, pero también amable y cariñosa si así lo decidía.

Mercy observó la mano de Abigail y, poco a poco, entrelazó sus dedos con los de ella, rozándolos con las vendas hechas jirones.

—Me das miedo —dijo Abigail en voz baja—. Eres poderosa, y creo que no siempre te das cuenta de ello.

Mercy apretó los labios con expresión triste.

—No puedo evitar ser poderosa. Es lo que soy. Intento no hacer nada malo con ese poder, pero supongo que a veces no me sale. —Mercy tenía la cabeza gacha—. Me parecía que Lucy tenía que escuchar la verdad, pero ya no estoy tan segura. ¿Crees que Hugh tiene razón?

Abigail volvió a apoyarse en ella, igual que antes, y suspiró.

—Hugh sigue siendo un niño. Los niños creen que ser desagradable es siempre algo malo, y que si te portas bien con la gente, ellos también se portarán bien contigo.

Mercy soltó la mano de Abigail para pasarle el brazo por la espalda. Resultaba una presencia cálida y cómoda a su lado, y aunque el aroma a lirios que desprendía era dulce, era el olor a sosa cáustica lo que le recordaba a Abigail su humanidad.

—Eso no es exactamente una respuesta —protestó Mercy.

Abigail se arriesgó a apoyar la cabeza en su hombro. Por algún motivo, era más sencillo hablar de asuntos complicados mientras Mercy la sostenía.

—Hasta que conociste a Hugh, y después a Lucy, nunca habías necesitado algo de un fantasma. Te habías limitado a aceptarlos tal y como son porque sabías que pronto seguirían su camino. En realidad, yo siempre traté así a Lucy, hasta cuando estaba viva. Nunca cambiará porque no quiere ser una buena persona, solo quiere que la adulen, la admiren y le hagan regalos. Fingirá ser buena de vez en cuando si le ofreces esas cosas, pero no deja de ser una pantomima.

Mercy bufó con suavidad.

—Eso lo dices porque no tienes imaginación. Como no eres capaz de imaginarte a Lucy convertida en una persona mejor ¿no le das ni la oportunidad de serlo?

Abigail hizo una mueca.

—Creo que es más fácil imaginarse cosas cuando no vives en el mundo real con personas de verdad. Ya he comprendido por qué no tengo imaginación, Mercy… es porque tengo que asumir las cosas tal y como son, no como me gustaría que fueran. No creo que las cosas vayan a cambiar nunca de verdad porque lo normal es que no lo hagan. Eso no significa que no intente cambiarlas de vez en cuando de todas formas, pero no me parece que sea malo el estar preparada para lo difícil que sería lograrlo. —Abigail estiró el cuello para mirar a Mercy, poniéndose seria—. Hay un momento y un lugar para ignorar todas tus experiencias pasadas con una persona y apostar a que, a pesar de todo, cambiarán, pero no creo que sea cuando estamos inmersas en tratar de salvarle la vida a otros.

Mercy la observó un buen rato. La luz del atardecer brillaba en sus ojos, extraña y confusa.

—Así que crees que no debería haberle dicho a Lucy lo que pensamos de ella —murmuró Mercy—, aunque sea la verdad.

Abigail sacudió la cabeza.

—No lo sé —suspiró—. Lo único que sé es que yo no se lo habría dicho. Para mí, Lucy no merece que le diga la verdad, pero a lo mejor para ti sí.

Mercy la sujetó con más fuerza.

—Lucy no se portó bien contigo cuando estaba viva —comentó. Parecía dolida y ofendida.

Abigail cerró los ojos.

—Tampoco merece la pena pensar en eso más. Prefiero gastar la poca imaginación que tengo en algo más agradable.

Abigail deslizó sus brazos alrededor de Mercy, abrazándola a su vez.

Desde que había bailado con Mercy en el lago central, varios pensamientos habían estado flotando en su cabeza. Había tardado mucho más tiempo de lo normal en encontrarles sentido, pero en ese momento descubrió que estaba casi segura de que la forma en que se había sentido mientras bailaba con Mercy era la forma en que se suponía que debía sentirse al bailar con un caballero atractivo.

Era un despertar casi tan molesto como tranquilizador. Por una parte, Abigail estaba realmente irritada porque nadie le hubiera explicado que podía encontrar a una mujer tan hermosa, interesante y merecedora de miraditas coquetas como un caballero. Pero, por otra parte, al comprender que se sentía atraída por Mercy, se había liberado de una ansiedad confusa y vaga que la había perseguido durante años… la sensación de que a lo mejor había algo que no funcionaba bien en su interior, y que nunca iba a ser capaz de entender al resto de mujeres con sus cursis poemas de amor y sus hondos suspiros.

Abigail no sentía ninguna necesidad de escribir una poesía romántica, pero sí que dejó escapar un hondo suspiro al apoyar la mejilla en el hombro de Mercy. Una nueva frustración reemplazó a la antigua cuando se le ocurrió algo nuevo: lo más probable era que Mercy la considerara una posible amiga, nada más. Abigail sabía que las amigas íntimas bailaban juntas, a veces dormían en la misma cama, y hasta se besaban y se declaraban amor y amistad eternas.

¿Cómo podía una mujer hacerle saber a otra que le interesaba en un sentido romántico?

—Ahora mismo estoy imaginando algo —murmuró Abigail.

—¿El qué? —preguntó Mercy distraída. Le acarició con suavidad el pelo, y Abigail se olvidó casi por completo de lo que pensaba. Se sonrojó y notó que el corazón le palpitaba en el pecho.

—Me imagino… —comenzó, dudando entre lo que quería decir y lo que debería decir realmente.

«Me imagino que tu corazón tiembla cuando me ves sonreír, me miras a los ojos o las manos, igual que tiembla el mío cuando te miro».

Lo descartó y probó otra frase: «Me imagino que, si te besara, a lo mejor me devolverías el beso, sería tan maravilloso que no sé ni lo que haría».

Al final, no dijo nada de eso, sino:

—Me imagino que a lo mejor dos mujeres pueden enamorarse igual que un hombre y una mujer. ¿No sería increíble? Dos mujeres que se comprometen, que se casan y viven juntas toda su vida como si fuera lo más normal del mundo.

La mano de Mercy era suave como una pluma sobre el pelo de Abigail. Las vendas se habían deshilachado, pero la sola idea del roce de sus dedos era lo

bastante deliciosa como para que no le importara.

—Bueno… no me parece demasiado imaginativo —susurró Mercy en tono de disculpa—. Por norma, cuando intentas ejercitar la imaginación, la idea es que se te ocurran cosas que no han ocurrido.

Abigail parpadeó.

—¿Perdona?

En ese momento, Mercy enredó los dedos en el pelo de Abigail.

—He conocido a mujeres que estaban casadas —dijo Mercy—. ¡Oh! Supongo que no podías saberlo. Los fantasmas son mucho más sinceros cuando ya no tienen nada que perder. He conocido a mujeres que simplemente vivían juntas diciéndole a todo el mundo que eran amigas íntimas. Mujeres que se vestían de hombre para casarse con sus novias. Una vez conocí a una aventurera que recorrió el continente seduciendo a otras mujeres. Era muy interesante, aunque no fuera muy buena persona.

Abigail necesitó bastante tiempo para procesar esta información. Mercy se lo había revelado de una forma tan directa y prosaica que no estaba segura de poder tomárselo como una señal esperanzadora. Estaba claro que ella sí sabía que las mujeres podían interesarse por otras mujeres de esa manera… pero, en ese caso, seguro que Mercy habría mencionado sus propios sentimientos.

—¿Te imaginas si en los árboles creciera algo que no fuera fruta? —musitó Mercy, ajena a la agonía interna que vivía Abigail—. Un árbol lleno de libros no nos vendría nada mal.

Abigail bufó exasperada.

—No te enteras de nada —masculló entre dientes.

—Estás balbuceando, Abigail, ¿qué dices? —respondió Mercy solícita.

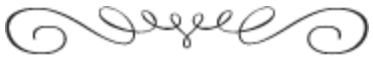
Abigail se reacomodó en el hombro de Mercy.

—Desprendes mucho calor —dijo en voz más alta—. Y estoy cansada. Lo siento.

Mercy le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Bueno, puedes dormir un poco. Hugh y Lucy volverán antes o después, y tengo un montón de libros horribles sobre magia externa para entretenerme mientras tanto.

Abigail sonrió fugazmente. Aunque no lo había admitido en voz alta, era agradable saber que el brinco en el corazón que notaba era de afecto.



—Pst. Abigail.

Mercy susurraba algo, pero Abigail estaba muy cómoda y calentita y no tenía ningún interés en despertarse. Le dolía un poco la espalda de estar tumbada en el suelo, pero Mercy le había colocado la cabeza en su regazo y tenía la mano apoyada sobre ella. Era muy cómodo y muy incómodo al mismo tiempo.

—Abigail —insistió Mercy en voz baja—, despierta, tienes que ver esto.

Abigail gimió con suavidad, pero se reacomodó en el regazo de Mercy y se obligó a enderezarse, pestañeando ante la luz de la mañana.

Mercy tenía un librito sobre la rodilla, al lado de donde había estado su cabeza, y observaba una ilustración de una flor con cinco pétalos puntiagudos y un oscuro racimo de bayas. Su sonrisa pícara tenía un leve matiz de orgullo poco habitual.

—Lo encontré. Ya sé cómo está creando fantasmas el mago.

Abigail se frotó los ojos y miró hacia el libro.

—¿Eso es belladona?

Mercy asintió y leyó en voz alta: «La belladona se puede utilizar para despertar a los muertos durmientes. Un mago decidido puede utilizarla para invocar espíritus y solicitar su sabiduría».

Abigail frunció el ceño.

—Vaya, eso es… inteligente, hay que reconocerlo —murmuró—. Lo único que está haciendo es invocar a los muertos justo después de su muerte. —Se enderezó con una idea repentina—. La belladona… es venenosa. La perfumería que estaba debajo de nuestra antigua casa vendía perfume de belladona, y mi padre siempre decía que iba a acabar matando a alguien.

—¿Por qué iba la gente a ponerse algo venenoso en la piel? —se sorprendió Mercy—. Es una auténtica estupidez.

Abigail bufó.

—No se lo ponen solo en la piel. Algunas señoras se lo ponen en los ojos para oscurecérselos y parecer misteriosas. No creo que sea bueno para la salud, pero la belladona solo es mortal si la ingieres.

Mercy sacudió la cabeza con incredulidad.

—Tiene que ser la forma más ridícula que he oído nunca de morir. Imagínate estar matándote poco a poco para que se te oscurezcan los ojos.

Abigail le dedicó a Mercy una mirada desconcertada.

—Eso no me parece demasiado imaginativo. Por norma, cuando intentas ejercitar la imaginación, la idea es que se te ocurran cosas que no han ocurrido.

Mercy dio un respingo.

—Debo admitir que nunca conocí a ningún fantasma que se hubiese envenenado con gotas para los ojos. Aunque supongo que no lo habría sabido si lo hubiese conocido ¿no? Seguro que murieron igual que Lucy, sin saber por qué se habían quedado dormidas para no despertar nunca más.

Abigail la miró con expresión pensativa.

—Ahora que la mencionas… ¿dónde están Hugh y Lucy?

Mercy suspiró con pesar.

—En el piso de abajo. Lucy se niega a hablar directamente conmigo. Tengo que hablar con Hugh, que luego habla con ella por mí.

Abigail se encogió de hombros.

—Supongo que podría ser peor, podría haberse ido del todo. Nos las apañaremos con su rabieta de momento.

Abigail se había quedado rígida tras dormir en el suelo, pero se obligó a levantarse con una mueca de dolor y le tendió la mano a Mercy.

En la planta de abajo, Dora, sentada a la mesa en el comedor, alzaba el espejito de mano frente a ella con Hugh a su lado. Abigail imaginó que Lucy también estaría allí, aunque no podía verla.

—Tengo buenas y malas noticias —anunció Abigail cuando entraron en el comedor—. La buena noticia es que Mercy podría haber descubierto cómo asesina el mago a sus víctimas y retiene a sus fantasmas. Si estamos en lo cierto, alguien ha realizado un conjuro utilizando belladona y lo ha usado para envenenar a las chicas. —Miró de reojo a Hugh—. Eso significa que alguien le

tuvo que haber dado belladona a Lucy en el baile… seguramente hacia el final, ya que no murió en la pista de baile.

Mercy miró hacia la silla que estaba junto a la de Hugh.

—¿Recuerdas si alguien te dio algo de comer, o…? —comenzó, pero estaba claro que Lucy le había puesto muy mala cara, porque Mercy se interrumpió con un suspiro y se dirigió a Hugh—. ¿Podrías por favor preguntarle a Lucy si alguien le dio algo de comer o beber en el baile? —rogó.

Hugh le echó a Mercy una mirada ligeramente reprobadora, pero se giró para repetirle la pregunta a Lucy. Un momento después, contestó:

—Había canapés y ponche, pero Lucy no se acuerda de si alguien le dio algo.

Abigail se mordió el interior de la mejilla.

—Creo que alguien debió envenenarle el ponche. Es más fácil que envenenar un sándwich, y el sabor no habría cambiado demasiado. Seguro que se puede echar veneno en el ponche de alguien en un periquete.

Dora miró a Abigail con su parsimonia habitual.

—Mencionaste que había buenas y malas noticias. ¿Cuáles son las malas?

—Que no sé cómo podemos protegernos de la belladona —admitió con un suspiro—. Creo que podría encontrar un hechizo de protección contra la parte relacionada con la necromancia (convertir a alguien en un fantasma), pero eso no detendría el envenenamiento. Los únicos antídotos mágicos que conozco son cosas como la triaca o el bezoar, pero no son nada fáciles de conseguir.

Dora valoró la información durante un buen rato.

—Me parece que lady Vallebaldío podría ayudarnos —declaró.

—¿La otra mamá? —preguntó Abigail sorprendida.

Dora inclinó levemente la cabeza.

—Lady Vallebaldío sigue poseyendo la mitad de mi alma. A veces sueño con ella, ya lo sabes, y estoy segura de que ella también sueña conmigo. Cuanto más se ha ido alargando todo este asunto de las debutantes asesinadas, más me he convencido de que quiere verte, Abigail.

Abigail se movió en su lugar, incómoda. Se le había ocurrido más de una vez que su otra madre podría darle información importante en la situación en

la que se encontraban… pero Vallebaldío estaba algo lejos para ir siempre que le apeteciera.

—Tardaría varios días en llegar —respondió Abigail—. No sé si tenemos tanto tiempo.

Dora asintió con serenidad.

—Eso mismo pensé yo, y lady Vallebaldío parece ser de la misma opinión. Por eso se ha arriesgado a salir de Vallebaldío. Creo que se unirá a las otras hadas en los Jardines de Kensington esta noche.

Abigail se alarmó al oír aquello.

—¿Quieres decir que ha dejado a los niños solos en Vallebaldío?

Dora frunció el ceño con aire distraído.

—No sabría decir lo que ha hecho exactamente —admitió—, pero estoy segura de que, si está aquí, debe ser por un asunto lo bastante importante como para abandonarlos.

Abigail quería pedir más explicaciones, pero estaba claro que Dora no tenía ninguna, así que se limitó a suspirar.

—En ese caso, supongo que esta noche volveré a los Jardines de Kensington.

Capítulo catorce



Abigail pasó el resto de la tarde leyendo en la biblioteca de su padre en busca de algún otro antídoto mágico, pero para cuando empezó a ponerse el sol aún no había descubierto nada útil. Al final, apartó a un lado los libros y se centró en prepararse para visitar los jardines de nuevo.

Mercy se había unido a la investigación después de pasar durmiendo parte de la tarde. Abigail apartó el libro en el que estaba inmersa y Mercy lo cogió para ponerlo en su regazo.

—¿Vas a venir conmigo a los jardines? —preguntó Abigail.

Una sombra de duda atravesó el rostro de Mercy.

—No era mi intención. Supongo que lady Vallebaldío no se alegrará demasiado de verme, ya que llevo un pedazo de Luengasombra en mi interior.

Abigail entrelazó las manos detrás de la espalda.

—Pero has sido de mucha ayuda, te prometo que se lo diré. Es que creo que deberías conocerla.

Mercy parpadeó.

—¿Por qué?

La pregunta era sincera, Mercy parecía desconcertada.

Abigail se retorció las manos. Para ella era muy importante que Mercy conociera a su otra madre, e igual de importante que lady Vallebaldío conociera a Mercy.

—Es solo que… me gustaría seguir viéndote cuando todo esto se acabe —explicó Abigail—. Y creo que será más fácil si toda mi familia te conoce.

Supongo que entras y sales del mundo feérico con mucha frecuencia. A lo mejor, la próxima vez que vaya a Vallebaldío podemos ir juntas.

Para horror de Abigail, Mercy abrió mucho los ojos, alarmada ante la sugerencia.

—No importa —dijo automáticamente—.

No es necesario… —No quería incomodarte —la interrumpió Mercy—. Es solo que… Estoy segura de que no nos llevaríamos bien, Abigail. Lady Vallebaldío es famosa por lo poco que le gustan los sluagh y todo lo que tenga que ver con Luengasombra. Me parece imposible que me permita ir de visita.

Abigail agachó la cabeza.

—¿Pero seguiremos viéndonos cuando esto termine? —preguntó con voz titubeante.

Una gran cantidad de emociones contrapuestas cruzaron el rostro de Mercy, tan rápido que Abigail no fue capaz de identificarlas.

—Sí que me gustaría verte —respondió Mercy por fin—. Pero yo… bueno, dependiendo de cómo acabe todo, no sé si será posible. No sé en qué quedarán las cosas al final con lo de los vetos entre lord Luengasombra y el resto de tu familia.

Abigail se mordió el labio.

—¿Crees que… Lord Luengasombra te impedirá venir a verme? —preguntó preocupada.

Mercy sacudió la cabeza.

—No. No es eso lo que creo. Yo solo… —suspiró—. Es muy complicado. Ya he pensado más de una vez que debía intentar explicarlo, pero… dijiste que había un momento y un lugar para las conversaciones difíciles y supongo que tenías razón. Tenemos tantas otras cosas en las que concentrarnos, y ya lo he complicado todo con Lucy. No quiero volver a hacer algo así sin querer, parece mucho más lógico rescatar a la gente que lo necesita primero.

A Abigail se le hizo un nudo en la garganta.

—Eso es que tienes algo malo de lo que hablar —dijo bajito.

Mercy parecía avergonzada.

—No estoy segura de que sea malo. Supongo que podría serlo, pero es un problema mío, no tuyo, y no quiero que nos distraiga.

Abigail no quería parecer desesperada, pero se sentía abrumada ante la idea de no volver a ver a Mercy cuando aquello terminara. Ella que acababa de comprender que le gustaría besarla algún día… y que en algún rincón de su cerebro había empezado a buscar la forma de propiciar ese beso. Pero, tal y como Mercy hablaba, parecía que ni siquiera iban a poder seguir siendo amigas. Mercy pareció intuir el disgusto de Abigail reflejado en su rostro, porque la culpabilidad se agolpó en las comisuras de sus labios y apartó el libro que tenía en el regazo.

—Supongo que sí podría ir contigo a los jardines, si de verdad estás segura de que quieres que te acompañe.

Un lazo de alivio ondeó en el pecho de Abigail. Seguía preocupada por las palabras de Mercy sobre conversaciones futuras, pero estaba convencida de que si a su otra madre le gustaba Mercy, sería mucho más sencillo que al final todo se arreglara.

—Sí que quiero que me acompañes —le aseguró Abigail con suavidad—. Creo que eres… bueno, eres… me gustas mucho, eso es todo. Y me gustaría que fuéramos amigas.

Mercy entreabrió la boca por la sorpresa. La idea la había pillado desprevenida por completo.

—¿Quieres que seamos amigas? —repitió.

Abigail frunció el ceño.

—¿Tiene algo de malo?

Le salió un tono un poco ofendido, y Mercy levantó las manos con rapidez.

—¡Nada malo! —le aseguró Mercy. De hecho, parecía conmovida. Tenía las mejillas sonrojadas, y apartó la vista avergonzada—. Tú también me gustas mucho. Es solo que nunca pensé que… bueno, tu familia y tú os habéis portado increíblemente bien conmigo, a pesar de todo. —Mercy dudó, en busca de las palabras adecuadas, y tras un titubeo añadió—: Me gustaría ser tu amiga, Abigail. Lo seré, aunque las cosas se tuerzan mucho. Y si quieres ir a verme, siempre puedes visitarme en Luengasombra. Me encantaría enseñarte los lirios plateados que crecen allí, y la colina desde la que se ve el otro lado.

Abigail sonrió.

—Iré a visitarte. Ahora que me has invitado, no puedes echarte atrás.

Le ofreció la mano a Mercy para ayudarla a levantarse, y se descubrió a sí misma saboreando la forma en que los largos dedos de Mercy rodeaban su mano. Se atrevió a soñar, por un solo momento, que llegaría el día en que la besaría. A lo mejor entre los lirios de Luengasombra, relucientes bajo la luz de luna de las hadas.

«¡Oh! —pensó Abigail de pronto—. ¡Acabo de imaginarme algo!».

Mercy no le soltó la mano. Estaban muy cerca, y cuando levantó la vista y le sonrió con su picardía de siempre, el efecto fue más devastador de lo normal.

—Parece como si alguien te hubiera dado un porrazo en la cabeza —comentó Mercy divertida.

Abigail escrutó sus ojos crepusculares.

—Acabo de imaginarme algo. Algo bueno. Lo vi en mi cabeza por un segundo, claro como el agua. Es rarísimo que me pase eso.

La sonrisa de Mercy se suavizó al escucharla, y le apretó la mano.

—¿Me lo cuentas? —preguntó.

Abigail sintió que se sonrojaba, y tuvo que apartar la mirada de esos ojos oscuros y brillantes.

—Ahora no —susurró cohibida—. Quizás… otro día.

Abigail se imaginó cogiendo ese sueño delicado, doblándolo por las esquinas con cuidado, y escondiéndolo en su interior para preservarlo. Por algún motivo, no le parecía seguro mirarlo durante demasiado tiempo. Pero sabía que podía volver a sacar el sueño de su interior, seguramente más de una vez, siempre que anhelara pensar en algo bueno.



Abigail esperaba que Hugh la acompañase a ver a su otra madre, ya que llevaba el medallón, pero fue toda una sorpresa ver aparecer también a Dora con el sombrero y la pelliza puestos y dispuesta a acompañarlos.

—No es que necesite hablar de nada en concreto con mi otra mitad —explicó Dora—, pero me gustaría estar allí por si os topáis con algo más de hierro. Supongo que también tendré que convencer al encargado de que os deje salir antes del amanecer.

Lucy debió mencionar algo sobre unirse ella también, pero Mercy y Hugh se giraron hacia ella al unísono y respondieron con un enfático y categórico: «¡No!».

Exactamente la misma reacción que habría tenido Abigail de ser capaz de escuchar a Lucy. Lady Vallebaldío bien podía poseer media alma inglesa, pero había crecido en el Mundo de las Hadas, y era capaz de alcanzar una considerable malicia cuando le apetecía. El hecho de que lady Vallebaldío dirigiera de forma habitual sus maldades hacia personas crueles no suponía alivio alguno; el comportamiento de Lucy era exactamente la clase de actitud que despertaría su ira.

Hugh se sonrojó e intentó explicarle el asunto a Lucy con cierta delicadeza.

—Nuestra otra madre no es… es buena con nosotros porque es nuestra otra madre. Pero no tiene obligación de portarse bien contigo, y no creo que lo haga.

Abigail se acercó a Mercy, y sonrió con una chispa divertida al mirarla.

—Ni siquiera conoces a nuestra otra madre —murmuró— y aun así estás tan decidida como Hugh a que no trate con Lucy.

—He conocido a muchas hadas —susurró Mercy—. Los sluagh son muy pacientes, es su obligación, pero tal y como habla Lucy, la maldecirían o la descuartizarían a los cinco segundos de encontrarse casi con cualquier hada.

—Casi me tienta verlo —suspiró Abigail. Se volvió hacia Hugh y Lucy y levantó la voz, dirigiéndose al aire—. Nuestra otra madre es impredecible, y puede hacerte daño aunque seas un fantasma, Lucy. Si quieres tener la menor oportunidad de volver a la vida, debes esperarnos aquí. Nuestra casa es uno de los lugares más seguros de Londres, siempre que seas nuestra invitada.

Abigail no podía ver ni oír a Lucy en ese momento, pero sabía que sus palabras funcionarían. Lucy podía ser mezquina e insensata hasta en sus mejores momentos, pero estaba comprensiblemente obsesionada con dejar de estar muerta.

En efecto, Hugh se relajó con gesto de alivio y alargó la mano para palmear el punto en el que debía estar el hombro de Lucy.

—No tardaremos —la reconfortó.

Los cuatro salieron de casa, desandando el camino que habían recorrido hacía tan solo unos días. El mejor vestido de Abigail estaba ya un poco raído para un nuevo paseo por los Jardines de Kensington, y Mercy todavía vestía con su uniforme de lavandera, pero al acercarse a las puertas Mercy se colgó de su brazo y las sombras alargadas del atardecer las envolvieron, ocultándolas. La oscuridad de Luengasombra era fresca y agradable contra su piel… aunque una parte de Abigail recordaba a la perfección la semilla tenebrosa que acechaba en ella, y tembló ligeramente.

—No me extraña que siempre te encontrara donde no debías estar —murmuró mientras se colaban por la puerta de los jardines—. No creo que nadie sea capaz de impedirte ir a donde quieras.

Mercy le respondió con una de sus sonrisas traviesas. Bajo la sombra que las cubría, el filo oscuro y peligroso que prometía su sonrisa seguía resultando magnético, y hacía que el corazón de Abigail brincase de excitación. Una vez más, pensó que el mundo y todo lo que contenía había sido creado nada más que para inclinarse ante Mercy en ese estado… tan oscura y deliciosamente altiva. Ella misma habría dado mucho a cambio de la oportunidad de recompensar esa sonrisa arrogante con un beso.

Pero el hechizo de la sonrisa oscura de Mercy creció y pasó como una ola, y Abigail recuperó el control sobre sí misma antes de cometer ninguna estupidez.

Hugh caminaba tras ellas, el medallón tiraba de él, aunque ella apenas lo percibía en la sombra de la presencia de Mercy. Dora, sin embargo, se detuvo en la puerta y empezó a hablar con calma con un hombre. Su postura era la de una mujer que iba a quedarse exactamente dónde se encontraba.

—Me pregunto si la otra mamá habrá dejado a alguien encargado de cuidar de los niños en Vallebaldío —musitó Hugh preocupado.

Las sombras se replegaron, liberando a Abigail y a Mercy, después de cruzar la puerta, y Abigail le respondió.

—La otra mamá es un poco veleidosa, pero no me la imagino poniendo a los otros niños en peligro.

Hugh asintió, todavía dudoso.

Abigail los guio lentamente hasta el lago central, pensando en que a su otra madre le gustaba bailar de vez en cuando. Se encontró de nuevo con otras parejas humanas en el sendero principal, todas correteando hacia las salidas con urgencia, Abigail, en cambio, no podía evitar sonreír para sí al sentir a Mercy aferrada a su brazo.

Finalmente, el cielo se tiñó de negro y los humanos se esfumaron de los jardines por completo, entonces Abigail se dio cuenta de cuánto y cómo de rápido se habían oscurecido los Jardines de Kensington. De hecho, una niebla pegajosa y familiar empezó a arremolinarse alrededor de sus tobillos a medida que se acercaban al lago central.

—¡Oh! —dijo Abigail.

—¡Oh, no! —murmuró Mercy con desagrado.

Hugh las observó receloso.

—¿Qué pasa?

Abigail apartó un retazo de niebla húmeda de su rostro. La niebla se enrolló en su mano, como saludándola, y sintió el tirón que respondía desde el interior de su alma.

—Nuestra otra madre no se fue de Vallebaldío ¡se lo trajo consigo!

—Los reinos feéricos no pertenecen a Inglaterra —murmuró Mercy disgustada—. Esto podría ser un completo desastre.

Abigail sacudió la cabeza.

—Lo mejor será que descubramos lo que tiene que decir. Estoy segura de que se irá y volverá a colocar Vallebaldío en su lugar en cuanto haya hablado conmigo.

La neblina pronto se volvió tan espesa que Abigail estuvo a punto de caerse dentro del lago cuando lo alcanzaron. Mercy la sujetó por la cintura justo antes de que se precipitase en él, provocando que Abigail alzara el rostro presa de la confusión.

La música aguda de las flautas sonaba de nuevo, pero no había rastro de las hadas floreadas que habían bailado en el lago días atrás. En cambio, una niña

con un vestido blanco lleno de volantes y un pañuelo de encaje tapándole los ojos perseguía a dos hadas vestidas de margaritas sobre la superficie del agua.

—¡Os voy a pillar! —aullaba la niña—. ¡No tenéis escapatoria!

Una de las margaritas dejó escapar una risita, y la niña se lanzó hacia delante con los brazos abiertos, agarrando al hada de un brazo con un grito de triunfo.

—¡Una margarita! —vociferó—. He atrapado a una margarita ¿no?

—¡Me has atrapado! —confirmó la margarita—. ¡Me toca ser la flor ciega!

La niña se quitó la venda de los ojos, y al hacerlo vio a Abigail.

—¡Abby! —exclamó con una gran sonrisa que dejaba al descubierto los dientes que le faltaban—. ¡Y Hugh también! ¡Habéis venido a vernos!

—Fanny… —dijo Abigail estupefacta—. Estás… aquí. Y puedo verte y todo.

Abigail miró hacia el lago. Esa vez no le costó demasiado imaginar que pisaba el agua como si fuera tierra firme, Vallebaldío le daba la bienvenida con cada paso y le aseguraba que la sostendría. Un hilillo de poder frío inundó las venas de Abigail, y se soltó del brazo de Mercy para caminar con prisa sobre el agua.

Con trece años, Fanny era uno de los fantasmas más antiguos de Vallebaldío, y no permitía que nadie lo olvidase. Llevaba el pelo castaño casi rapado, acababa de sobrevivir a duras penas a unas fiebres en el asilo justo antes de que un hada la matase. Igual que Abigail, Fanny estaba demasiado delgada, y el impacto físico de las casas de caridad se reflejaba en su piel marcada, pero las hadas de Vallebaldío habían disfrutado enormemente de consentirla desde que su otra madre se convirtiera en señora del reino, así que Fanny siempre se engalanaba con los vestidos más hermosos.

—¡Ah, más humanos ciegos! —comentó con alegría la margarita cuando vio a Abigail acercarse—. ¿Os uniréis a nosotros esta noche? Justo ahora es mi turno.

Abigail parpadeó varias veces tratando de orientarse.

—Supongo que podría unirme después —dijo precavida—, pero estoy aquí para ver a mi otra madre… es decir, a lady Vallebaldío. Supongo que, ya que todo Vallebaldío está aquí, ella andará cerca.

—Ah, sí, mamá está por aquí —dijo Fanny—. Nos trajo a todos a conocer los jardines… ¿a que son geniales? Cuando estaba viva nadie me habría dejado entrar en Kensington ni en sueños. Y también están todas las otras hadas. No tienen ni idea de jugar a la gallinita ciega, pero les estoy enseñando.

Le tendió la venda de encaje a la margarita sin dejar de parlotear, que se la colocó con aire atolondrado.

En ese momento, Mercy y Hugh le dieron alcance, y a Hugh se le iluminó la cara al ver la venda.

—¡Oh! ¡Yo quiero jugar! Se puede ¿no?

—Está jugando todo el lago —explicó la margarita muy menesterosa—. Pero si te unes no puedes usar magia… le quita toda la gracia.

—Por supuesto —respondió Hugh muy serio—. Prometo no usar magia.

Con una sonrisa, Fanny lo cogió del brazo, pero antes de que pudieran escaparse, una voz de hombre atravesó la niebla.

—¡Fanny! —Era una voz aguda, refinada y… bastante familiar—. ¡Espero que no te estés alejando demasiado! ¡Recuerda que no puedes salir de la niebla!

Rápidamente, un hombre alto de pelo oscuro ataviado con una chaqueta de terciopelo negro apareció entre la niebla. En un primer momento se le podría haber confundido con un humano, pero en cuanto se miraba con más atención, la impresión desaparecía. Tenía los ojos de un verde sobrenatural, las mejillas demasiado afiladas y las orejas puntiagudas.

El elfo de ojos verdes se detuvo al ver a Abigail. Ambos se estudiaron con estupor y en silencio.

—¿Lord Negraespina? —se sorprendió Abigail—. Creía que estos días eras mayordomo.

—Oh, ahora soy el señor Jubilee —le recordó el elfo con alegría—. Dejé de ser un lord hace un montón de años. Pero qué amable por tu parte recordarlo, ¡sí que estuve trabajando de mayordomo! Me lo estaba pasando en grande, pero llegó un momento en que la señora de la casa se cansó de que la maldijeran y me rogó que me marchara… bueno, quizás esa sea una historia para otro momento. En resumidas cuentas: me he ofrecido para hacer de aya esta noche. Espero estar haciéndolo bien.

—Estás haciendo un buen trabajo, señor Jubilee —le dijo Fanny al elfo con seriedad.

El señor Jubilee se mostraba radiante de orgullo, Abigail sacudió la cabeza.

—Me sorprende que tu mujer te haya permitido alejarte. ¿Está Effie por aquí?

—Sí —respondió el señor Jubilee—. Se encuentra tomando el té con lady Vallebaldío en estos momentos…

Pero el elfo se detuvo de pronto, y Abigail vio que se había puesto muy pálido y que tenía la mirada fija en algo junto a su hombro. Se giró y vio que era a Mercy a quien observaba.

—No deberías estar aquí —dijo el señor Jubilee en tono preocupado—. A lady Vallebaldío no le gustará nada.

Mercy se encogió muy levemente.

—No tenía intención de entrar en Vallebaldío —respondió—.

Se suponía que venía a los Jardines de Kensington. ¿Cómo me iba a imaginar que había cogido todo Vallebaldío y lo había transportado hasta aquí?

Abigail los miró a los dos por turnos.

—¿Conoces al señor Jubilee?

Mercy asintió de forma imperceptible.

—He ido a Negraespina más de una vez. El señor Jubilee siempre ha sido un elfo estupendo.

Abigail volvió a fijarse en el señor Jubilee, que apretaba los labios con firmeza.

—Fui yo quien invité a Mercy a venir conmigo —explicó—. Ya sé que mi otra madre no quiere que venga nadie de Luengasombra aquí, pero es culpa mía, no de Mercy. Y no va a secuestrar a nadie.

El señor Jubilee seguía con la vista clavada en Mercy, aún muy angustiado.

—Oh —murmuró—. Y le has entregado a Abigail tu verdadero nombre de pila. Pensé que no debía compartirlo con nadie, pero ahora seguro que lady Vallebaldío lo descubre. En cualquier caso, no puedo evitar creer que… Bueno, sería mejor si tú…

—Ya estoy aquí —dijo Mercy con un suspiro—. Prometí que vendría, y aquí estoy. Si lady Vallebaldío quiere que me vaya, lo haré en cuanto me lo diga.

El señor Jubilee respiró profundamente.

—Si estás segura… En ese caso, supongo que os llevaré hasta la Residencia Baldía.

Hugh miró a Mercy de reojo.

—¿Debería acompañarte? Puedo decirle a la otra mamá lo bien que te has portado con nosotros.

Mercy sacudió la cabeza.

—Disfruta del juego, puedo cuidar de mí misma.

—No dejaré que la otra mamá le haga daño —lo tranquilizó Abigail, y volvió a coger a Mercy del brazo, quizás con una pizca de posesividad—. Guíanos, señor Jubilee. Supongo que a todos nos vendrá bien un poco de té.

Capítulo quince



El lago central no debería haber sido lo bastante grande como para contener la Residencia Baldía, pero, de alguna forma, al atravesar la niebla hasta el centro del lago, la antigua mansión feérica se alzaba sobre la bruma.

La Residencia Baldía era tal y como Abigail la recordaba: una enorme casona al estilo de las casas de campo inglesas. La hiedra cubría gran parte de sus paredes, aunque, ahora que la mansión se asentaba sobre la superficie de un lago, no quedaba del todo claro desde dónde nacía la hiedra.

En condiciones normales, las nieblas eternas de Vallebaldío se disipaban en la puerta de entrada de la casa, pero aquel día la bruma invadía los pasillos, y los suelos de mármol se habían vuelto traicioneros y resbaladizos. El pedazo de Vallebaldío que Abigail albergaba en su interior se alborozó, alegre y confuso, y la joven se preguntó si el propio Vallebaldío sería consciente de que lo habían recolocado en Inglaterra de forma un tanto chapucera.

Aunque había varias salitas dentro de los laberínticos corredores de la Residencia Baldía, a Abigail no le sorprendió que el señor Jubilee guiase a su pequeño grupo al salón de baile que se encontraba en el centro de la mansión. Lady Vallebaldío, que frecuentaba el salón, esperaba que sus invitados acudieran en su busca donde quiera que se encontrase en el momento de su visita.

Las grandes puertas de la estancia estaban abiertas de par en par, de hecho, rara vez se cerraban. Tras ellas, emergía una estancia de dimensiones

descomunales con suelo de mármol a cuadros negros y blancos. Los últimos retazos del crepúsculo se difuminaban a través de la niebla de Vallebaldío y se asomaban por las ventanas más altas: la luz no era suficiente para iluminar la estancia, así que cientos de velas azules mágicas flotaban por todas partes. La luz azul y parpadeante se reflejaba en los suelos pulidos como si fueran un espejo, y brindaba todo el protagonismo al gran pianoforte en el centro del salón.

Lady Vallebaldío estaba sentada sobre la cola del piano, muy recta y distinguida, con una taza de té en la mano. Incluso a distancia, se parecía mucho a Dora, pero su pelo cobrizo era mucho más largo y le caía por la espalda recogido en una trenza, además, su ojo gris era el izquierdo en lugar del derecho. Aun así, nadie habría podido confundir jamás a lady Vallebaldío con lady Theodora Wilder: El semblante de lady Vallebaldío estaba siempre animado por alguna emoción intensa, y aunque el deshilachado vestido gris que llevaba poseía una extraña dignidad, habría sido inaceptable en cualquier acto social auténtico. Además, en todo lo que lady Vallebaldío hacía había un cierto aire salvaje y rapaz. En resumen, era todo lo que cabría esperar de una aterradora dama feérica.

La señora Euphemia Jubilee sostenía su propia taza de té sentada en el banco del piano. Euphemia era tan sencilla y ordinaria como lady Vallebaldío salvaje y peligrosa: se recogía el pelo castaño en un moño simple y su atuendo era solo ligeramente superior al de Mercy, llevaba un vestido de segunda mano desgastado, aunque adornado con bordados brillantes y delicados aquí y allá. Sin embargo, Euphemia poseía una cálida sonrisa, y Abigail escuchó el profundo suspiro de amor del señor Jubilee al verla. Cuando entraron en el salón de baile, lady Vallebaldío se giró para mirarlos. Una enorme sonrisa de alegría iluminó sus rasgos, y saltó de un brinco del piano, lanzando por los aires la taza de té, que se estrelló contra el suelo de mármol. Echó a correr hacia la puerta, apartando las velas de su camino con gestos apresurados, y cuando alcanzó a Abigail la envolvió en un abrazo emocionado.

—¡Mi niña encantadora! —exclamó lady Vallebaldío—. Te he echado tanto de menos… ¡y aquí estás otra vez! Los otros niños también te han echado

muchísimo de menos. ¡Tenemos que celebrar un banquete ahora que has venido!

Su voz tendría que haber sido idéntica a la de Dora, pero la emoción frenética que desprendía cambiaba tanto el timbre que bien podría haber pertenecido a otra mujer.

Abigail abrazó a su otra madre con una sonrisa divertida.

—No creo que nos haga falta un banquete, mamá. Con el té nos arreglaremos.

Euphemia posó su propia taza con mucha más calma y pasó por encima de la porcelana rota para unirse a ellos.

—Cuidado con lo que dices delante de todas esas hadas de ahí fuera —le advirtió a lady Vallebaldío—. Al mencionar los banquetes, a una de ellas se le puede ocurrir que hay que organizar un torneo, y entonces no tendrías ni cinco minutos para hablar con tu hija.

Los ojos verdes del señor Jubilee brillaron de emoción.

—¡Un torneo! Qué idea tan maravillosa, querida. Los delfinios son duelistas excepcionales, puedo ir a hablar con ellos…

—Esta noche eres un aya, señor Jubilee —le recordó Euphemia con paciencia—. Las ayas no organizan torneos.

La emoción del señor Jubilee se evaporó.

—Eh… ¿ni siquiera torneos para niños? —preguntó esperanzado.

—Especialmente nada de torneos para niños —confirmó Euphemia. Se acercó a él y, poniéndose de puntillas, le plantó un beso cariñoso en la mejilla —. Pero tenemos el té en el piano. ¿Por qué no nos sentamos todos a disfrutarlo juntos?

En ese momento, lady Vallebaldío liberó a Abigail de su abrazo, y cuando la dama posó su insólita mirada en Mercy, una furia gélida y repentina apagó su alegría como una nube negra que tapa el sol.

—Tú.

La palabra resultaba oscura y fría en más de un sentido. Unas llamas azules titilaron con frenesí, dibujando sombras furiosas en el suelo de mármol. Bajo lady Vallebaldío el suelo se cubrió de escarcha, que avanzó en espiral desde sus pies hasta las paredes circundantes.

—Tienes prohibida la entrada a mi reino —siseó lady Vallebaldío. Una ira extraña bailaba en sus ojos disparejos—. ¿Cómo te atreves a venir donde no eres bienvenida?

Por instinto, Abigail se interpuso entre Mercy y su otra madre con las manos en alto. Cualquier otra persona se habría amedrentado ante la mirada de lady Vallebaldío, pero el pedazo de Vallebaldío que Abigail guardaba en su interior le aseguró que ningún poder nacido de ese reino podía dañarla jamás.

—Y yo pensando que tendría que presentaros —dijo Abigail con suavidad. Su aliento se convirtió en vaho ante el frío repentino del lugar.

—Ah —murmuró el señor Jubilee a su derecha—. No, las presentaciones no son necesarias. Se me olvida que los humanos no ven las almas igual que nosotros.

—Luengasombra ocupa toda mi alma —confirmó Mercy en tono quedo—. Por mucho que lady Vallebaldío posea media alma inglesa, ya es más hada que humana, puede ver Luengasombra en mi interior perfectamente.

De alguna forma, Mercy no se había hundido bajo el peso de aquella furia sobrecogedora, pero sí que tenía expresión de disculpa.

—¿Sabes lo que es? —le preguntó lady Vallebaldío a Abigail con incredulidad—. ¿Y aun así la has traído a Vallebaldío?

—Invité a Mercy a venir conmigo a los Jardines de Kensington, mamá —suspiró Abigail—. No sabíamos que te habías traído a Vallebaldío al completo contigo. No nos habría puesto a todos en esta situación tan horrible si lo hubiera sabido.

Mercy apretó los labios.

—Soy consciente de que he entrado en su propiedad sin permiso, lady Vallebaldío, y le pido disculpas. Pero le doy mi palabra de que no estoy aquí para crear problemas.

Lady Vallebaldío abría y cerraba los dedos, muy agitada, mientras miraba a Abigail y a Mercy por turnos. Resultaba evidente que luchaba contra la dificultad de atacar a su enemiga eficazmente cuando su propia hija se interponía entre ellas. A Abigail le pilló desprevenida el odio puro que destilaba la mirada de su otra madre. Debería haberlo supuesto, ya que la mitad del alma que le correspondía a lady Vallebaldío no poseía apenas

paciencia ni moderación, esos atributos pertenecían en su mayoría a Dora, pero Abigail había visto a su otra madre enfadada de verdad en muy escasas ocasiones.

—Soñé que Luengasombra le había tendido una trampa a mi hija —le dijo lady Vallebaldío a Mercy con un deje de amenaza en la voz—, y la vi caminando en tu sombra ¿o no? No te la quedarás. Debiste creer que no podía abandonar Vallebaldío para protegerla, pero he sido más lista que tú.

Abigail se removió en su sitio, incómoda.

—¿Has venido hasta aquí para protegerme de Luengasombra? No necesito que me protejan de Mercy, mamá. No me ha tendido ninguna trampa, me está ayudando.

—Eso es lo que crees, por supuesto —dijo lady Vallebaldío entrecerrando los ojos—. Lord Luengasombra ayudó a tu padre una vez… pero luego resultó que había un pago, Abigail. Y lo habrá de nuevo.

Mercy se pellizcó el puente de la nariz, y la vergüenza se reflejó en su rostro.

—Eso es… bueno, por desgracia, casi todo es verdad —murmuró—. Pero la última parte no lo es, lady Vallebaldío. Esta vez no habrá ningún pago… porque por mucho que esté ayudando a Abigail, ella también me está ayudando a mí. El sorcier real tiene la obligación de resolver este problema, y yo también. Son mis amigos los que han desaparecido. Por ese motivo, ninguna de las partes contraerá una deuda con la otra.

El enfado y la sospecha de lady Vallebaldío no se enfriaron, pero el señor Jubilee carraspeó con delicadeza.

—Yo… aprecio mucho a todos los presentes —comenzó en tono de disculpa—. Ya sé que hoy mi trabajo es ser aya, pero ¿a lo mejor podría ayudar a encontrar una solución? —Se sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y lo estudió con una expresión de profunda concentración—. Tienes todo el derecho a estar enfadada con Luengasombra, lady Vallebaldío, pero debemos pensar en cómo nuestras decisiones de hoy afectarán a lo que ocurrirá mañana ¿verdad?

El señor Jubilee levantó la vista hacia lady Vallebaldío con expresión interrogante, como si buscase su aprobación. Lady Vallebaldío le devolvió la

mirada y, de repente, suspiró profundamente y hundió los hombros.

—Ojalá algunas veces olvidases mi consejo, señor Jubilee —masculló lady Vallebaldío—. Al fin y al cabo, olvidas prácticamente todo lo que digo.

El señor Jubilee no parecía en absoluto ofendido por sus declaraciones, todo lo contrario, levantó el pañuelo en alto por toda respuesta para que lady Vallebaldío pudiera inspeccionarlo. En él se leía un mensaje bordado: «Piensa en mañana».

—Estaba seguro de que olvidaría el consejo —explicó el elfo—, por eso lo llevo siempre conmigo guardado en el bolsillo.

—Ah —respondió la dama con sencillez—. Ya veo. Qué inteligente por tu parte, señor Jubilee. —Se cruzó de brazos y, aunque la escarcha de las paredes no se había desvanecido, el frío en el aire se volvió un poco menos opresivo—. Bueno, di lo que tengas que decir, señor Jubilee. Te escucho.

El hado observó a su tensa audiencia. Sus ademanes traslucían una nueva sensación de preocupación al comprender que se le había ofrecido la oportunidad de ayudar a resolver el asunto. El señor Jubilee tenía un espantoso historial de empeorar todo tipo de problemas cada vez que intentaba resolverlos, y era muy consciente de ello.

—Bueno, yo… —el señor Jubilee cogió aliento y se volvió hacia su mujer. Euphemia le dedicó una sonrisa y asintió para animarlo, y el elfo se enderezó —. Si lo que te preocupan son las deudas potenciales, lady Vallebaldío, en ese caso Mercy puede simplemente jurar ante todos nosotros que Abigail no le deberá nada por su ayuda hasta que acaben su trabajo juntas.

—Lo juraré si eso la hace sentir mejor, lady Vallebaldío —aseguró Mercy.

Era una sugerencia sensata; de hecho, lady Vallebaldío parecía disgustada por lo sensata que era, ya que no le encontraba ninguna falta. Dio unos golpecitos con el pie sobre el suelo de mármol, luchando contra su odio evidente hacia Luengasombra.

—Sé todo lo que ocurrió con Luengasombra hasta ahora, mamá —dijo Abigail con suavidad—, pero me gusta Mercy, y a Hugh también. Somos amigos, y quiero pensar que por lo menos a partir de ahora podremos solucionar las cosas hablando. —Abigail necesitó toda su fuerza de voluntad para sostenerle la mirada a su otra madre pero, de alguna manera, lo logró—.

Me gustaría que encontrarais la manera de llevaros bien, aunque ya sé que eso es mucho pedir.

Lady Vallebaldío frunció el ceño, resultaba evidente que estaba angustiada. Abigail sospechaba que su otra madre seguía creyendo que les estaban tendiendo una trampa, pero Mercy salió despacio de la sombra de Abigail y le puso una mano en el hombro.

—Es la parte perjudicada en todo este asunto —le dijo Mercy a lady Vallebaldío con suavidad—, y a mí me corresponde arreglar las cosas, así que hago este juramento: Abigail no contraerá ninguna deuda conmigo hasta que hayamos rescatado a mis amigos. Y también le juro esto, lady Vallebaldío: Nunca intentaré arrebatarle ningún fantasma, ni siquiera aunque la pieza de Luengasombra en mi interior esté en desacuerdo. Esto es lo que quería decirle ahora que estoy aquí.

Lady Vallebaldío miraba a Mercy de hito en hito, resistiéndose a creer lo que oía.

—¿Le llevarías la contraria a Luengasombra? —preguntó despacio.

Mercy se encogió de hombros.

—Por lo que he oído, tú tampoco haces siempre lo que te dice Vallebaldío —señaló.

—Bueno, eso es verdad —reconoció lady Vallebaldío—. Pero es que yo me enorgullezco de ser especialmente obstinada.

Mercy dejó escapar una risita.

—Bueno, puede que Luengasombra acabe por hartarse de mí. Conozco por lo menos a un sluagh que se llevaría una gran alegría de ser así. —Apartó la vista—. Conmigo, por lo menos, no tendrás ningún problema. Por desgracia, no puedo prometer más que eso. Sé que hay otros sluagh que piensan de forma distinta.

Lady Vallebaldío sonrió y, de inmediato, el peso ominoso que les oprimía se desvaneció. Su estado de ánimo había cambiado de forma brusca, y volvía a ser la anfitriona alegre y amable del principio.

—¡En ese caso, considérate mi invitada! —exclamó—. ¡Maravilloso! Tenemos que tomar el té todos juntos.

Euphemia carraspeó divertida.

—Me temo que solo nos queda una taza —comentó—, la otra la rompiste.

—Oh —comentó la anfitriona distraída—, sí, es verdad. ¿Te importa que compartamos todos tu taza, querida?

—Estaba a punto de ofrecérosla —accedió Euphemia. Cuando se acercaban todos hacia el piano, Euphemia se dirigió a Mercy—: El señor Jubilee te conoce, pero no acabo de situarte. ¿Nos conocemos?

Mercy dejó escapar un hondo suspiro. Resultaba evidente que había estado mucho más ansiosa de lo que aparentaba mientras se enfrentaba a la furia de lady Vallebaldío. Se apoyó en el brazo de Abigail, aliviada, y miró a Euphemia.

—Acudí a vuestra boda en Negraespina, señora Jubilee, pero eso fue hace años, antes de que tuviera ningún rasgo de lavandera, así que podría no reconocerme por eso.

—La cofia te sienta de maravilla —la alabó el señor Jubilee con amabilidad.

Mercy sonrió con timidez.

—Le tengo mucho cariño. ¿Has notado que incluso huelo a sosa cáustica?

El señor Jubilee parecía muy impresionado.

—¡Qué maravilla! —declaró—. Todavía no he sido lavandera nunca. ¿Has hecho alguna colada de verdad?

—Lo intenté, pero creo que lo hice mal.

Abigail la miró desconcertada.

—¿Quieres aprender a hacer la colada? Seguro que puedes ayudar el próximo día de colada en casa, si de verdad te interesa.

Mercy se sonrojó.

—Pues sí que me gustaría —susurró—. Me pareció mucho más difícil de lo que esperaba.

Les llevó un buen rato y no pocas maniobras colocarse todos alrededor del piano para tomar el té, no había sitio para que se sentaran cuatro personas ni por asomo. Lady Vallebaldío cogió a Abigail por la cintura y la sentó encima del piano, y Euphemia recuperó su sitio en el banco. Abigail ayudó a Mercy a colocarse a su lado en el piano, y el señor Jubilee insistió en quedarse de pie, ya que ese día era un aya.

Lady Vallebaldío cogió la tetera de la parte trasera del pianoforte y rellenó la taza de Euphemia, para después pasársela a Mercy.

—Cielos —comentó lady Vallebaldío al ver las vendas raídas en los dedos de Mercy—. ¡Tus manos! ¿Qué te pasó?

Mercy le dio un buen trago al té.

—Intenté hacer magia sobre un trozo de hierro —respondió—. No lo recomiendo.

Tanto lady Vallebaldío como el señor Jubilee se estremecieron ante la idea. Mercy le pasó la taza a Abigail, que se demoró un poco con ella en la mano.

—Mamá —dijo Abigail despacio—, quería preguntarte algo aprovechando que estoy aquí, supongo que no sabrás cómo proteger a alguien para que no lo envenenen con belladona ¿no?

Lady Vallebaldío frunció el ceño.

—Me temo que no lo sé. Pero, aunque el señor Jubilee ya no sea lord Negraespina, creo que el reino de Negraespina sigue siendo su dueño, y allí crecen flores de todo tipo y condición. ¿Algún consejo con respecto a la belladona, señor Jubilee?

Al hado parecía ofenderle ligeramente el tema de conversación.

—¡Belladona! —exclamó—. Qué flor tan espantosa y temperamental. Negraespina no permite que la belladona crezca dentro de sus dominios.

Euphemia observó a su marido con aire pensativo.

—Pero Negraespina es muy hábil, estoy segura de que podría cultivar un antídoto para la belladona si quisiera ¿no?

El señor Jubilee valoró la pregunta.

—Sí —respondió despacio—. Seguro que Negraespina sería capaz de cultivar un antídoto. Podría pedirle al reino un remedio contra la belladona… pero no ofrecerá el antídoto sin recibir un pago a cambio.

Abigail abrió la boca para responder que, por supuesto, encontraría la forma de pagar, pero, para su sorpresa, Mercy se le adelantó.

—Yo pagaré por el antídoto, señor Jubilee —respondió Mercy—. Puedes decirle a Negraespina que le llevaré algunos de los lirios plateados de Luengasombra en cuanto hayamos rescatado a mis amigos. Los lirios crecerán muy bien en Negraespina siempre que reciban suficiente luz de las estrellas.

El señor Jubilee se animó.

—¡Eso es perfecto! Se lo preguntaré a Negraespina en cuanto sea libre de regresar hasta allí. Solo tengo que ser aya esta noche, así que para mañana debería conseguirlo.

Por supuesto, el señor Jubilee tenía tendencia a olvidar incluso los asuntos más importantes, pero Euphemia miró a Abigail silabeando: «ya se lo recuerdo yo».

Abigail no podía hacer una reverencia sentada encima de un piano, pero inclinó la cabeza hacia la pareja.

—Muchísimas gracias, señor Jubilee, te lo agradezco de corazón.

—Me pregunto qué clase de flores crecerán en el otro lado —musitó Mercy con aire ausente—. A lo mejor allí también se dan los lirios plateados. O a lo mejor hay flores especiales que los vivos no pueden ver nunca.

Al parecer, este era un tema de conversación idóneo para las hadas presentes, pues tanto el señor Jubilee como lady Vallebaldío pronto empezaron a imaginar todo tipo de flores.

—Seguro que hay flores que huelen como los recuerdos agradables —propuso el señor Jubilee.

—Podría haber flores que cantasen cuando el viento soplase sobre ellas —añadió lady Vallebaldío soñadora.

Abigail le pasó la taza a Euphemia, que le dio un sorbo con placidez.

—No sé nada de todas esas cosas raras —intervino Euphemia—, pero en el otro lado tiene que haber rosas ¿qué clase de sitio en el que retirarse iba a ser si no?

Abigail intentó imaginarse una flor extraña que se pudiera encontrar en el otro lado, o, incluso, cualquier idea del otro lado, pero una vez más le falló la imaginación. Descubrió que no tenía ningún interés en especular sobre el otro lado teniendo tantas cosas por ver en este, pero no quería estropearle la diversión a los demás, así que se quedó callada escuchando su conversación.

Al final acabaron con la tetera y las voces se fueron apagando. El señor Jubilee insistió en que tenía que ir a vigilar a los niños, y Euphemia se fue con él para jugar a la gallinita ciega. Lady Vallebaldío los acompañó a todos a la entrada de la Residencia Baldía, pero le pidió a Abigail que se quedase un momento atrás.

—Me alegro de que hayas venido —dijo lady Vallebaldío—. Estaba preocupada por Luengasombra, pero sé que te enfrentas a otros peligros, y quería ofrecerte la ayuda que puedo darte.

Abigail estudió a su otra madre.

—Dijiste que no podías protegerme de la belladona.

—Es cierto, aunque me alegró escuchar que Negraespina podría darte un remedio. Lo que puedo ofrecerte es mi amor. Con un poco de suerte, te será útil.

Mientras hablaba, arrancó un jirón de su viejo vestido gris. Antes de que Abigail fuera capaz de reaccionar, lady Vallebaldío se mordió el dedo pulgar hasta hacerse sangre, e hizo caer tres gotas en el trozo de tela, que después dobló cuatro veces y entregó a su hija.

Abigail cogió el retal.

—Me temo que sigo sin entenderlo —admitió confundida.

Lady Vallebaldío se apretó el dedo ensangrentado contra el pecho.

—Mantén mi amor cerca de ti. No puedo protegerte de todos los peligros, pero, como mínimo, puedo avisarte cuando algo peligroso se acerque. Pensé que lo mejor sería entregártelo cuando nadie más pudiera oírnos.

Abigail cerró la mano alrededor del pañuelo improvisado, que era sorprendentemente liviano hasta para ser un trozo de tela… algo en él la ayudó a recordar a su primera madre con gran detalle y claridad. Abigail casi había olvidado todos los recuerdos antiguos que tenía de su primera madre a excepción de los últimos momentos, tan dolorosos… Incluso había olvidado su nombre, ya que siempre la había llamado mamá.

Pero, en ese momento, mientras sostenía el amor de su otra madre, descubrió que recordaba con gran claridad su sonrisa de su madre por primera vez desde hacía muchísimo tiempo. El recuerdo le pellizcó el corazón con un sentimiento tanto de felicidad como de añoranza.

Abigail se llevó al pecho el trozo de tela y lo apretó con fuerza, mirando a su otra madre.

—¿De verdad es este amor para mí? —preguntó Abigail con suavidad—. Ni siquiera soy tu hija de verdad.

—¡Qué tontería! —rio lady Vallebaldío—. Pues claro que eres mi hija de verdad, si te tengo aquí delante y estoy segurísima de no haberte soñado.

Abigail le sonrió.

—No, no me has soñado —dijo dándole la razón, aunque no era a eso a lo que se refería—. Gracias, mamá. Te prometo que lo llevaré siempre conmigo.

Lady Vallebaldío la abrazó una vez más, y Abigail salió de la Residencia Baldía, aunque la niebla seguía adherida a ella como una buena amiga.

Capítulo dieciséis



Aunque había caído la noche, no brillaba ninguna estrella sobre los Jardines de Kensington. Las nieblas de Vallebaldío envolvían el lago central, atravesadas por haces de luz de luna sin origen aparente.

Era fácil identificar la silueta oscura de Mercy caminando más adelante. Incluso en aquella niebla espesa, su figura parecía beber la luz de la luna, drenándola del mundo a su alrededor. Era una sombra mística en la niebla, reconfortante e inquietante a partes iguales.

Abigail se guardó el pañuelo raído en el escote a toda prisa y aceleró el paso para darle alcance. El pelo negro le caía sobre los hombros, y sus ojos brillaban más que nunca con la luz del atardecer. Sonrió al ver a Abigail, y aminoró el paso para esperarla.

—Me alegro de que vinieras —dijo Abigail—. Sé que no fue fácil.

Mercy bajó la mirada. De nuevo, los pasos de Abigail producían ondas por donde pisaba, pero los de Mercy no dejaban ninguna huella, como un fantasma que camina sin dejar rastro en el mundo.

—Yo también me alegro de haber venido. Tenía cosas que decir, y el té resultó muy agradable. El señor Jubilee siempre había deseado que pudiera acompañarlo de visita, y por fin lo he hecho.

Abigail se mordió el labio.

—En ese caso, podrías volver a tomar el té en otra ocasión. Si te apeteciera, claro. Parece lógico, ya que yo iré a Luengasombra a ver los lirios.

Mercy se detuvo, y Abigail con ella. Por un momento, les pareció que estaban totalmente solas, envueltas en la bruma tranquila. Cuando Mercy se giró para mirarla, una esperanza suave brillaba tras el ocaso de sus ojos.

—Me gustaría volver para tomar el té. Aquí en Vallebaldío, y a lo mejor en vuestra casa en Londres. Tengo una casita en Luengasombra, allí también podría poner una tetera al fuego.

Abigail apenas había utilizado su imaginación durante el tiempo que pasaron en Vallebaldío, pero esa sugerencia inspiró una serie de imágenes maravillosas en su cabeza. Se imaginó a Mercy sentada con todos en casa, arrugando la nariz mientras ella y su padre debatían sobre magia externa. Y, aunque nunca hubiera visto Luengasombra, ni la casita de la que hablaba Mercy, se lo imaginó de todas formas. Seguro que la casita era muy pequeña, con cortinas de encaje y las ventanas abiertas, seguro que tenía una hoguera de carbón y olía siempre a lirios y a ropa recién lavada.

—No sé cómo lo haces —dijo Abigail en voz baja—. A veces, cuando dices esas cosas, casi puedo verlas en mi cabeza. ¿Me estás prestando tu imaginación de alguna forma, como la primera vez que me ayudaste a caminar sobre el lago?

Mercy inclinó la cabeza.

—No te estoy prestando nada, debes estar imaginándotelo todo tú sola. —Estudió el rostro de Abigail como si buscase algo específico—. Dijiste que tenías que lidiar con la realidad tal y como es y sé que te resulta difícil imaginarte lo que te parece poco probable, así que estoy tratando de descubrir cómo hacer que las cosas buenas te parezcan más reales. Se me ocurrió que si venía a Vallebaldío y arreglaba la situación con tu otra madre, podría ayudar. ¿A lo mejor sí que ha ayudado?

A Abigail se le inundaron los ojos de lágrimas de repente, pero eran lágrimas cálidas y para nada tristes.

—Sí que ha ayudado. Ahora mismo me estoy imaginando todo tipo de maravillas. He usado más mi imaginación desde que te conozco que en toda mi vida.

Mercy le tendió la mano. Sus dedos largos y delicados seguían cubiertos de vendas, pero Abigail imaginó que acabarían por curarse y que por fin podrían

darse la mano de una forma que una carabina consideraría totalmente inapropiada.

—Quiero que más cosas buenas se hagan realidad para ti, Abigail. Últimamente no paro de imaginarme maneras de conseguirlo. Es un bonito entretenimiento cuando estoy triste.

Al principio, Abigail no supo cómo responder. Que Mercy pensara en su felicidad era sorprendente y maravilloso al mismo tiempo, se sentía muy agradecida, pero también le dolía pensar que quizás sus apasionados sentimientos podrían no ser del todo bienvenidos.

La joven se secó las lágrimas.

—Yo… te tengo muchísimo cariño —logró decir—. Creo que debes saberlo.

Mercy le soltó la mano, y un instante después se lanzó a abrazarla y apoyó la mejilla en su hombro.

—Yo también te tengo mucho cariño —susurró—. Viviremos todo tipo de aventuras juntas cuando esto haya terminado, estoy segura. Lo estoy deseando ¿tú no?

Abigail la estrechó en sus brazos a modo de respuesta, y no pudo evitar darse cuenta de lo bien que encajaban la una con la otra. El abrazo se alargó bastante, mientras Abigail intentaba reunir valor para hablar de las otras cosas que se imaginaba. Pero, justo cuando había calmado las mariposas en su estómago y se había armado de valor, una pequeña silueta apareció dando tumbos entre la niebla y chocó contra ellas.

Las tres se precipitaron sobre el agua. Abigail se arrodilló a duras penas, con una palabra totalmente impropia para una dama en los labios, y vio que había sido Fanny quien las había derribado. La niña volvía a llevar la venda de encaje, aunque en ese momento se la arrancó confundida.

—¿Pillé a dos personas? ¡Oh! ¡Abby, eres tú otra vez! Pero no jugabas, me toca seguir pillando.

Abigail se incorporó, limpiándose la falda y reuniendo los últimos retazos de su dignidad.

—Me quedaría a jugar, pero de verdad que me tengo que ir —dijo mientras se giraba para ayudar a Mercy a levantarse—. ¿Sabes dónde está Hugh?

—Volvió a la orilla —dijo Fanny con el ceño fruncido—. Se quedó muy serio después de lo que hablamos entre todos.

Abigail se detuvo.

—¿Lo que hablasteis entre todos?

Fanny retorció la venda entre las manos con aspecto ansioso.

—Hugh nos contó a todos lo de la manzana en Luengasombra. Creo que esperaba que le dijéramos que la trajera a Vallebaldío para que nos la quedáramos uno de nosotros, pero… —Fanny apartó la vista antes de continuar—. Todos estuvimos de acuerdo en que, si la conseguía, tenía que quedársela él. Le dijimos que ninguno de nosotros la aceptaría ni aunque nos la ofreciera.

Abigail dejó escapar un largo suspiro.

—Oh.

Mercy se cruzó de brazos. La dulzura se había desvanecido de su mirada, reemplazada por un aire pensativo.

—Me parece que Hugh tiene el mismo problema que tú, Abigail —dijo Mercy—. Creo que no va a creer en la manzana hasta que se la tires a la cabeza.

Abigail respondió con una sonrisa triste. Por un segundo, se le apareció la expresión sorprendida de Hugh al recibir el impacto de la manzana mágica en la cabeza. Cuantas más cosas buenas le sucedían, más fácil le resultaba imaginarse algo nuevo.

—Yo cuidaré de él, Fanny —prometió Abigail.

Fanny torció el gesto.

—Lo necesita, sigue siendo un niño, ya lo sabes.

Abigail intentó sin éxito ocultar su sonrisa, pero se abstuvo de comentar que la propia Fanny no era mucho mayor que él.

—Ven a darme otro abrazo antes de ponerte la venda —dijo en cambio.

Fanny no era lo bastante madura todavía como para rechazar un abrazo, y estrujó a Abigail por la cintura con todas sus fuerzas. A estar en Vallebaldío, su figura era casi sólida.

—¿Volverás pronto? —preguntó la niña.

—En cuanto pueda —le aseguró Abigail—. Mercy y yo vendremos a tomar el té cuando Vallebaldío vuelva a estar donde pertenece.

A Fanny le brillaron los ojos con aire travieso.

—Cuando Hugh vuelva a estar vivo, dile que nos tiene que cocinar todos los pasteles para que nos los traigas.

—No volveré sin los pasteles de Hugh —prometió Abigail con solemnidad.

Dejaron a Fanny atrás, todavía peleándose con la venda. En efecto, cuando la niebla se retiró y dejó la orilla del lago a la vista, Abigail descubrió a Hugh allí sentado con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Atrapaste alguna flor esta noche, Hugh? —le preguntó Abigail con ligereza.

Hugh levantó la vista y se obligó a sonreír.

—Ninguna flor, pero pillé a Fanny y a Robert por lo menos una vez a cada uno.

Abigail le tendió una mano. Tenía la piel demasiado fría y resultaba difusa y etérea al tacto, pero era agradable poder tocarlo aunque fuera por un momento.

Abigail siguió dándole la mano mientras se alejaban del lago. Para cuando llegaron al límite de las nieblas de Vallebaldío, la luna reapareció en el cielo sobre ellos y el tacto de Hugh se esfumó.

Dora había cumplido su promesa de retener al encargado para que Mercy, Abigail y Hugh pudieran salir de los jardines. Cuando regresaban a casa, Abigail se percató de que el cielo estaba mucho más oscuro de lo que debería teniendo en cuenta el tiempo que habían pasado tomando el té… pero no le resultó una completa sorpresa, el tiempo se comportaba de forma extraña en el mundo feérico.

La joven se llevó una pequeña decepción al descubrir que una de las sirvientas había preparado una cama para Mercy mientras estaban fuera, pero al menos así le resultó más fácil guardar el pañuelo de su otra madre debajo de la almohada sin despertar sospechas.

Igual que no solía imaginarse nada, Abigail tampoco solía soñar, pero esa noche soñó con una casita en Luengasombra, una tetera humeante sobre la mesa y una hermosa vista de lirios plateados desde la ventana.



Abigail se despertó tarde a la mañana siguiente con alguien sacudiéndole el hombro con delicadeza. Al abrir los ojos se encontró con la luz del sol y con Mercy mirándola desde las alturas, y a juzgar por la expresión divertida y sorprendida en su rostro, su aspecto mientras dormía no era precisamente elegante.

—Abigail —murmuró Mercy—, lady Pinckney ha venido de visita. Ha pedido verme a mí, pero supongo que querrás estar presente.

Abigail se estiró con un bostezo, obligándose a despertar.

—Sí que quiero. Espero que no haya venido solo a presionarte para que la dejes hablar con Lucy otra vez.

—No creo que ese sea el único motivo —respondió Mercy con una mueca —, pero ¿qué te apuestas a que lo menciona por lo menos una vez?

Abigail sacudió la cabeza.

—Nada de nada —respondió con pesar. Salió de la cama dando tumbos en busca de su vestido de muselina color crema. Lo había usado demasiado en los últimos días… le encantaría que desapareciera de su vista unas cuantas semanas cuando todo aquello terminase.

Mercy se sonrojó cuando Abigail empezó a vestirse y apartó la mirada.

—Te veo abajo —musitó.

Abigail se apresuró todo lo que pudo y con las prisas estuvo a punto de irse sin el pañuelo que había escondido debajo de la almohada… pero se acordó en el último momento y se lo guardó en el escote antes de bajar. La casa solo tenía una pequeña salita para las visitas que se utilizaba sobre todo para recibir a los dignatarios a los que Elias no lograba esquivar. Como casi todo en ella, la salita estaba decorada de forma adecuada para la eminente figura del mago de la corte de Inglaterra… pero todos los muebles y adornos estaban ya anticuados y desgastados. La única ventana de la estancia dejaba entrar la tenue luz blanquecina del sol y todo el ruido de la calle. En resumen, era una salita atestada de objetos y bastante incómoda.

Por suerte, eso conllevaba que las visitas formales rara vez se alargaban demasiado.

Lady Pinckney, toda vestida de negro, se había instalado en la mesa principal. Dora estaba sentada con ella bebiendo el té en silencio, y Hugh, invisible, ocupaba una tercera silla. Al principio Mercy no aparecía por ninguna parte, pero cuando Abigail entró en la habitación las sombras de una de las esquinas de la estancia se disiparon y revelaron su presencia, y Abigail comprendió que se había estado escondiendo de lady Pinckney.

Lady Pinckney observó la entrada de Abigail y frunció el ceño.

—Ese no puede ser el único vestido que tengas ¿no?

«Esa no es manera de saludar a alguien en su propia casa ¿no?» se vio tentada a responder Abigail.

Pero ahogó la respuesta tras una sonrisa crispada, y respondió en cambio:

—Estoy en mi casa y es un vestido sencillo y cómodo de poner. No quería hacerla esperar, lady Pinckney.

Abigail tuvo cuidado de hablar con su acento más refinado, deteniéndose en cada sílaba.

Lady Pinckney dejó escapar un resoplido de irritación.

—Al baile de esta noche no puedes ir así vestida bajo ningún concepto. Espero que tengas alguna otra opción.

Abigail se detuvo justo detrás de la silla en la que se sentaba Hugh.

—¿El… baile? —preguntó cautelosa.

—El baile —repitió Hugh con rabia—. Lucy lleva disgustada desde que lo ha mencionado porque no podrá ir ni bailar.

Dora había estado mirando a lady Pinckney con la expresión vacía que usaba habitualmente cuando intentaba escoger una respuesta adecuada, pero imitó a Abigail y abandonó la réplica ingeniosa que tenía en la punta de la lengua.

—Lady Pinckney ha conseguido las tres listas de invitados que buscabais —explicó—. Esta noche hay un nuevo baile, y la mayoría de los invitados de los anteriores asistirán a él.

Abigail luchó por ocultar el espanto instintivo que le provocaba el anuncio. A duras penas había sobrevivido a su única temporada londinense, la

mera idea de acudir a un baile más le daba retortijones.

—¿Y ha pensado que debo asistir a este evento? —le preguntó a lady Pinckney.

La expresión de la dama se oscureció.

—Alguna otra chica podría morir esta noche. Había entendido que serías capaz de impedir que algo así ocurriera.

A Abigail se le cayó el alma a los pies. Por un momento breve y horrible, pensó «podría dejarlas morir y ya está». Era un pensamiento espantoso y pusilánime, y lo sabía, pero también sabía que en el fondo nadie quería que asistiese al baile, y que todos los presentes se lo pondrían lo más difícil posible por mucho que estuviera intentando ayudarlos.

—Estoy segura de que no me han invitado a ese baile —comentó despacio —. Rara vez me invitan a nada.

Lady Pinckney sacó un sobre pequeño de su bolso, y Abigail suprimió un suspiro de derrota.

—La hermana de lord Breckart celebrará un baile esta noche —respondió la dama—. He solicitado que te invitara como un favor personal. De hecho, es el mayor favor que he pedido nunca. —Entrecerró los ojos—. Pero no puedes ir así vestida.

Hugh suspiró profundamente.

—Siempre supe que los ricachones son de lo que no hay, pero es que literalmente preferirían morirse antes de que los vieran con alguien mal vestido.

Abigail se mordió el labio. No tenía ningún otro vestido bueno, y no iba a ser capaz de encontrar uno a tiempo para el baile. Pero, antes de que encontrara una forma educada de decirlo, Mercy intervino.

—Los vestidos no serán ningún impedimento, nos vestiremos de medianoche.

Lady Pinckney dio un respingo y estuvo a punto de dejar caer su taza. Giró la cabeza rápidamente hacia Mercy, descubriendo su presencia por primera vez.

—¿Nos vestiremos? —preguntó.

Mercy se encogió de hombros.

—También es mi problema, así que es evidente que acompañaré a Abigail.

Lady Pinckney se abstuvo de hacer un mohín, pero su disgusto era palpable.

—La invitación es para el sorcier real y su familia. No es extensible a…

Lady Pinckney se detuvo al comprender que no sabía qué era Mercy exactamente.

Mercy sonrió con frialdad.

—¿A qué, lady Pinckney, qué cree que soy?

De pronto, su voz tenía un tono frío y refinado que no podía ser impostado. La sombra de Mercy se alargó con sutileza tras ella, entrelazándose con el sol de la mañana.

Abigail la observó anonadada.

—No importa —continuó Mercy recuperando su acento habitual—. Yo no necesito invitación, voy allí donde quiero, y no tengo dificultad en conseguir un par de vestidos. No soy una modista experta, pero la medianoche oculta todo tipo de pecados.

Lady Pinckney seguía con la vista fija en Mercy, y un anhelo desesperado tiñó su mirada. Abigail supo exactamente lo que iba a decir antes de que abriese la boca.

—He hecho un gran esfuerzo por ayudarte. Quiero ver a mi hija ahora.

Abigail no se sorprendió en absoluto por la petición. Una parte de ella siempre había sabido que lady Pinckney no aceptaría nunca una decisión de otra persona contraria a sus propios deseos, era incapaz de ello. Como Lucy, sentía que su privilegio era tal que todo se plegaría a él: ni la cortesía, ni la realidad, ni sus propias promesas pasadas impedirían que exigiese obtener lo que quería una y otra vez.

Mercy sacudió la cabeza.

—La última vez no prestó la menor atención. Le dije que mis servicios no estaban en venta, y no lo están. No le ofrecí usar mi magia de nuevo si conseguía algo útil… de hecho, le dije todo lo contrario. Su gran esfuerzo es para poder encontrar al asesino de Lucy… o al menos eso fue lo que nos contó.

Hugh se hundió en la silla, agotado de pronto.

—¡Pero si ni siquiera hablas con Mercy! —exclamó mirando a su lado—. ¿Por qué crees que iba a esforzarse por ayudarte?

Abigail supuso que tanto Lucy como su madre habían decidido asediar a Mercy a la vez.

Lady Pinckney se enderezó en la silla con frialdad.

—Si eso es lo que sientes en realidad —declaró—, siempre puedo volver a hablar con la hermana de lord Breckart para que retire la invitación.

—Lo ha entendido todo la revés —respondió Mercy—. Estoy ayudando a gente que me importa… pero no necesito su invitación para nada. Es Abigail quien la necesita para ir a arriesgar su vida mientras intenta protegerlos a usted y a los de su clase. Yo estaría encantada de que se quedara en casa, a salvo.

Abigail se llevó la mano a la frente. Todo lo que había dicho Mercy era verdad, por supuesto. De hecho, Abigail se sentía tentada de dejar que lady Pinckney cumpliera su amenaza… así no tendría permitido ir al baile, y a lo mejor calmaría su conciencia.

Claro que, por supuesto, su conciencia no se había calmado en absoluto. Si moría otra chica aquella noche, sabía que nunca podría perdonárselo.

—Mercy —dijo Abigail con suavidad—, creo que deberías permitir que lady Pinckney hablase con Lucy.

Mercy giró la cabeza hacia ella con brusquedad, la sugerencia le había parecido una ofensa mortal. Su mirada crepuscular se había oscurecido de nuevo, anegada de sombras negras, y hervía de indignación. Pero Mercy debió percibir algo en el agotamiento de Abigail, pues cogió aliento y se cruzó de brazos.

—¿Por qué? —preguntó.

Abigail se centró en lady Pinckney.

—Entiendo que esté dolida y que piense que esto la ayudará. Yo no creo que vaya a ser así… y me parece que no lo está enfocando de la manera adecuada dando órdenes a todo el mundo. Pero, si otra chica muere esta noche, se arrepentirá. Quiero salvarnos a las dos de ello. —Abigail apretó los labios y se volvió hacia Mercy—. Nadie podría pagarte nunca lo suficiente por hacer esto, así que no te estoy ofreciendo ningún pago. Te lo pido porque

somos amigas: permite que lady Pinckney vea a su hija por última vez. Ella, por su parte, debe jurar no volver a pedírtelo jamás. —Abigail miró a Mercy a los ojos—. Hay un momento y un lugar para esto.

Lo que no se atrevió a decir fue: «Ya te enemistaste con Lucy al decirle la verdad. Por favor, no hagas lo mismo con su madre, o nos quedaremos sin aliados».

Por supuesto, la promesa de lady Pinckney no significaría nada, pero tampoco necesitarían su ayuda eternamente.

Mercy consideró sus palabras con sumo cuidado. Las sombras de sus ojos no se retiraron, pero su expresión se volvió un poco menos dura, y Abigail creyó que había entendido su mensaje.

Mercy inclinó la cabeza despacio.

—Una vez más, lady Pinckney. Intercambiaré mis servicios solo por esta vez, en nombre de la amistad, que no tiene precio, y es un regalo que no estoy segura de que sepa entregar. —La sombra de Mercy se estremeció de nuevo y ella entrecerró los ojos—. Esta será la última vez que me lo pida. Júremelo, lady Pinckney. Como sabe, tras hacer el juramento, algo espantoso le sucederá si lo rompe. Si vuelve a discutir conmigo, aunque sea una vez, no recibirá nada de nada.

Abigail observó la sombra de Mercy con una vaga sorpresa. Se acordó entonces de que las promesas tenían mucho más peso para las hadas y sus asociados. Por una vez, tanto si quería como si no, lady Pinckney se vería obligada a cumplir su palabra.

Lady Pinckney miraba a Mercy anonadada, y resultaba evidente que deseaba discutir. Pero la pieza de Luengasombra del interior de Mercy hacía sentir su peso en la estancia, alargaba sus siluetas y oscurecía sus silencios. Era como captar un destello de un destino frío e imparcial.

En ese momento, incluso lady Pinckney tuvo el sentido común de asustarse.

—Lo juro —susurró la dama—. No volveré a pedirlo.

Mercy asintió con brusquedad.

—Entonces recibirá por segunda vez aquello que no se le ofrece nunca a nadie. Verá a su hija una vez más… pero solo gracias a que Abigail lo ha

pedido, y muy a pesar de su comportamiento.

Abigail apartó el rostro. Debería haberse sentido aliviada ante esa resolución, pero solo se sentía exhausta y drenada. En muchas ocasiones le había ocurrido lo mismo después de una velada en sociedad. Comprendió que era porque, igual que Lucy, lo único que sabían hacer todos ellos era coger aquello que deseaban. Resultaba agotador ser siempre la que daba, incluso cuando dar parecía la única opción razonable.

Dora había asistido en silencio al intercambio con la taza de té en las manos, pero en ese momento se levantó y miró a Mercy.

—Me siento débil —anunció—. Necesitaré que Abigail me ayude a retirarme. Esta es mi casa, y tú mi invitada, así que confío en que no le harás daño a nadie en mi ausencia.

Mercy la miró con el ceño fruncido.

—No lo haré —respondió despacio.

Dora sonrió débilmente y se volvió hacia Abigail.

—¿Me ayudas a subir a la planta de arriba?

Hugh giró la cabeza muy rápido, mirando a Dora con preocupación.

—¿Te encuentras mal, mamá? —preguntó mientras se levantaba de un salto de la silla.

Dora no podía oírlo, por supuesto, pero Abigail se acercó y le ofreció el brazo, y su madre se apoyó ligeramente en él al salir de la habitación. Hugh las siguió, preocupado.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Dora volvió a enderezarse.

—¿Mamá? —preguntó Abigail con suavidad—. ¿Qué pasa?

Dora le dedicó una sonrisa de disculpa.

—No tengo por costumbre recibir visitas de gente como lady Pinckney. Le habría pedido que se retirase casi de inmediato, pero sabía que la necesitabas —suspiró—. Me preocupaba decir lo que no debía y desbaratar lo que sea que necesitas, pero mi capacidad para guardar silencio ha llegado a su límite, y no estaba segura de cuánto más podría soportar que te hablara de esa manera. Pensé que lo mejor sería sacarnos a las dos de la habitación, ya que tu asunto parecía finalizado.

Abigail se relajó, aliviada, y vio por el rabillo del ojo que Hugh también.

—Gracias, mamá. Por no decir nada y también por ayudarme a salir.

Dora le pasó el brazo por encima de los hombros.

—Me parece que podría ser el momento adecuado para decirte lo extraordinaria que eres —respondió Dora muy seria.

Abigail la miró sorprendida.

—¿Sí? ¿Por qué?

—A mí siempre me parece todo muy evidente, pero a ti se te da mucho mejor que a mí identificar las cosas que en realidad son complicadas. Con el tiempo, me he vuelto bastante buena en lo de guardar silencio… pero a ti se te da bien pensar en qué decir cuando el silencio se acaba. Eres una mentirosa excelente, Abigail. Lo has sido siempre, desde el día en que te conocí.

Abigail enarcó las cejas.

—Sé que se supone que es un piropo, pero estoy bastante segura de que la mayoría de las madres no se enorgullecen de que sus hijos sean unos mentirosos.

Dora le sonrió con dulzura.

—Pero yo sí que estoy orgullosa. Mentiste para salvarme de lord Vallebaldío… y ahora estás mintiendo para salvar a otras chicas de morir.

Hugh paseó la mirada entre su madre y su hermana con el ceño fruncido.

—¿Sobre qué mentías hace un momento? —preguntó.

Abigail parpadeó.

—No soy consciente de que estuviera mintiendo ahora mismo —admitió. Se dirigía tanto a Dora como a Hugh con su respuesta.

Dora inclinó la cabeza.

—Dijiste que pensabas lo mejor de lady Pinckney, que se arrepentiría si otra chica moría esta noche por culpa de su necedad. Me pareció que era mentira, lo más seguro es que lady Pinckney no se sienta culpable demasiado tiempo, si es que tiene algún remordimiento. Al parecer, ya ha adaptado sus recuerdos a lo que le conviene.

Abigail consideró seriamente lo que le decía su madre. En dos ocasiones diferentes había dado a entender que lady Pinckney tenía buenas intenciones sin pararse a pensarlo, pero en realidad las dos veces había estado mintiendo.

En su interior no creía ni por un momento que lady Pinckney fuera capaz de ir más allá de su naturaleza egoísta. Le resultaba imposible imaginárselo.

—He estado halagándola —observó en voz alta—. Lady Pinckney quiere creer que es una buena persona, y no escuchara a nadie que le diga lo contrario, así que más me vale fingir que es buena cuando le pido algo.

Dora asintió dándole la razón.

—¿Lo ves? A mí nunca se me hubiera ocurrido enfocarlo así. Pero ahora me acuerdo… hace años también fingiste creer que lord Vallebaldío era una buena persona. Fue en parte por eso por lo que te creyó cuando le mentiste para protegernos.

Hugh pasó su peso de un pie a otro, incómodo. Abigail sabía que no le gustaba aquel tema de conversación.

—Hay muchos cuentos de hadas plagados de hábiles mentirosos que hacen cosas buenas —continuó Dora—. Las hadas son malvadas, lady Vallebaldío es la primera en admitirlo, y el señor Jubilee una vez me dijo que los engaños son un arma casi tan eficaz como el hierro contra ellas. Pero a mí me parece que las personas pueden ser aún más malvadas que las hadas, así que me alegro de que se te dé mejor mentirles que a mí, Abigail. Y también me alegra que parezcas saber cuándo mentir y cuándo no, por lo menos la mayoría de las veces.

Abigail caviló sobre esta última parte.

—Os mentí a papá y a ti sobre lo de volver a Vallebaldío —mencionó—. ¿Eso no te molesta?

Dora lo pensó un poco.

—La verdad es que no —sonaba muy sorprendida—. Me parece que tu padre se equivocó al enviarte lejos, aunque sus intenciones fueran buenas. Y me alegro de que hayas estado aquí para ayudarlo. —Le dio un apretón cariñoso a Abigail en el hombro—. No querría que se convirtiera en un hábito, pero estoy decidida a que no vuelvas a sentir la necesidad de mentirnos nunca más.

Abigail agachó la cabeza. Le resultaba muy raro que la admirasen por algo tan vergonzoso, pero también sabía que su madre no era ni de lejos lo bastante

buena mentirosa como para engañarla; Dora debía creer de verdad en todo lo que le había dicho.

—Me siento orgullosa porque eres una buena mentirosa y también una buena persona —añadió Dora con suavidad—. No me puedo olvidar de mencionar la segunda parte.

Abigail sonrió con mordacidad.

—Supongo que confío en tu juicio sobre este asunto —respondió.

Dora desvió la mirada hacia las escaleras.

—Oh —murmuró—. Tengo que contarle a Elias que vamos a asistir a un baile esta noche.

Hugh soltó una carcajada por primera vez desde que habían salido al pasillo.

—Oh, a papá le va a encantar descubrirlo —dijo entre risas.

Abigail ocultó una pequeña sonrisa.

—Dejaré que le des tú la noticia —le dijo a su madre—. Yo… esperaré aquí fuera hasta que Mercy y lady Pinckney hayan terminado.

Dora la miró con astucia.

—Dejaré que te escondas aquí, ya has sufrido suficiente por hoy. Así te demuestro lo que te quiero.

Abigail sonrió satisfecha, recordando el pañuelo que llevaba oculto bajo el vestido.

—Ya lo sé, mamá. Yo también te quiero.

Capítulo diecisiete



Por fin, Mercy y lady Pinckney abandonaron la salita. Abigail acompañó a lady Pinckney hasta la entrada, le pareció que Mercy se había quedado atrás, pero, al girarse para subir por las escaleras, se materializó en el centro de un pequeño charco de sombras, justo detrás de ella.

—Se te da muy bien tomar a la gente por sorpresa —comentó Abigail—, ¡menudos sustos me das!

Mercy sonrió cansada.

—Solo estaba siendo mezquina. He detestado cada minuto que tuve que pasar con Lucy y lady Pinckney. —Dejó caer los hombros al recordarlo—. En cualquier caso… por lo menos ya se ha acabado. Y Lucy vuelve a dirigirme la palabra, algo es algo.

Abigail asintió dudosa.

—No me gustó ponerte contra las cuerdas —admitió—, pero si lo de esta noche no sale bien, podríamos necesitar la ayuda de Lucy y de su madre de nuevo.

Mercy hizo una mueca.

—Me sigue escociendo —masculló—. Odio recompensar el mal comportamiento.

—Lo sé, a mí me pasa lo mismo —dijo Abigail con un suspiro—. Pero por lo menos no volverá a ocurrir. O bien lady Pinckney cumple su promesa o… ¿Qué pasará si la rompe?

Mercy se encogió de hombros.

—Luengasombra responderá. No estoy muy segura de qué podría hacer… Pero lo que sí sé es que no será bonito. En ese caso tendrá que lidiar con las consecuencias de sus actos. Se lo advertí con toda la claridad de la que fui capaz.

Abigail asintió con gravedad.

—Ella misma eligió hacer la promesa, no te lo echaré en cara si la rompe y le ocurre algo malo como resultado.

Mercy se tranquilizó un poco al escucharla.

—Bueno… pues dejemos de hablar de ella. Vamos a tu habitación para que pueda vestirte para el baile, lo estoy deseando. —Mercy le ofreció el brazo, Abigail lo aceptó, y subieron las escaleras así cogidas—. Creo que vas a estar muy guapa vestida de medianoche.

Abigail la miró de reojo.

—Nunca he visto un vestido hecho de medianoche, pero supongo que recibirá una acogida mejor que el que llevo ahora mismo.

—Yo no tengo ningún problema con el vestido que llevas ahora —dijo Mercy poniendo los ojos en blanco—, pero es verdad que para mí estás guapa con cualquier cosa. De todas formas, es más por la forma en que te tratará la gente. Casi todo el mundo cree que la medianoche es escalofriante, misteriosa y bella, así que a lo mejor dejan todos de hablarte con desprecio cuando la vistas.

Abigail sonrió al escucharla.

—Gracias por pensar en ello, la verdad es que no me apetece nada volver a un baile. Todos los demás acabaron fatal. Aunque si vamos juntas vestidas de medianoche, y si tengo ocasión de bailar contigo aunque sea solo una vez, te prometo que iré de buena gana.

Mercy apartó la vista con timidez.

—Me gustaría volver a bailar contigo. Lo pasamos muy bien en el lago ¿a que sí? Pero supongo que esta vez no podemos jugar con nuestras sombras. Ninguno de esos imbéciles tiene una pizca de imaginación ni de sentido del humor.

Llegaron rápido a la habitación de Abigail, y Mercy cerró la puerta tras ellas. Se volvió para estudiar a su modelo con calma, recorriendo su cuerpo

con la mirada de arriba abajo de una forma que provocó que Abigail se sonrojara.

—Tendrás que quitarte lo que llevas —dijo Mercy. Una sonrisita pícara iluminó su rostro al decirlo, y Abigail se sonrojó aún más.

Inquieta, tardó un momento en reaccionar, pero acabó por alargar el brazo para desabrocharse los botones de la espalda con dificultad.

Mercy se plantó tras ella y, un momento después, sus hábiles dedos trabajaban en los botones de su vestido.

Abigail estaba petrificada, le ardía el rostro y sabía que no podría disimular si Mercy la miraba. Como siempre, era muy consciente del tacto de esos dedos encantadores, y de cómo desabrochaban los botones de su vestido uno a uno.

—Hoy ya no llevas vendas en las manos —comentó Abigail sin aliento. Tenía la mirada clavada en el suelo y rogaba por que Mercy siguiera concentrada en su ropa y no en su rostro ni en su voz.

—Estoy casi como nueva —anunció Mercy. Desabrochó otro botón, y Abigail sintió un escalofrío—. Es agradable volver a sentir las cosas cuando las toco. Aunque supongo que esta noche las dos llevaremos guantes.

Abigail ahogó una tímida decepción. «Tus manos son muy bonitas» quiso decir. Era una afirmación extraña, por otra parte, así que se la guardó para sí misma.

Pero Mercy le desabrochó un nuevo botón, y por algún motivo eso le dio el valor para decirlo de todas maneras.

—Tus manos son tan bonitas —musitó— que es una pena que tengas que cubrirlas.

Mercy se detuvo. Al principio Abigail sintió pavor solo de pensar que había ido demasiado lejos al decir en voz alta algo que no podía retirar. Pero, muy despacio, Mercy recorrió su espalda desnuda con uno de sus largos dedos.

—Tu… todo en ti es bonito —murmuró—. Es una pena que lo tengas que cubrir.

Abigail casi dio un brinco al escucharla de lo nerviosa que se puso. Si un hombre le hubiera dicho eso, no le habría cabido la menor duda sobre sus intenciones, pero seguía habiendo suficiente duda, suficiente miedo en su interior como para no asumir que esas eran las intenciones de Mercy. Notaba

la garganta seca, pero buscó con desesperación algo que responder. Por fin, un poco ronca, dijo:

—Estaba preocupada porque a ti también te trataran mal… pero tu dicción de antes fue perfecta. Si te vistes de medianoche, estoy segura de que todo el mundo creerá que eres una dama.

Mercy dejó escapar un suave «hm».

—Bueno… No he ayudado solo a lavanderas a cruzar al otro lado. También ayudé a una dama noble de aquí de Londres hará unos seis meses. Me preguntó si quería algo, y supuse que un buen acento podría venirme bien algún día.

Algo en la frase alertó a Abigail, pero los dedos de Mercy la tenían muy distraída, trabajando como estaban en los botones de la base de su espalda.

—¿Pero prefieres ser lavandera? —musitó.

—Lo prefiero sin la menor duda —le confirmó Mercy—. Y… no me mientas… tú también me prefieres como lavandera ¿no?

Abigail sonrió con la vista fija en sus pies.

—Le he cogido cariño a la cofia —admitió—. Pero tampoco iba a despreciarte si de repente parecieras una dama o un abogado.

Por algún motivo, sus palabras afectaron a Mercy de una forma extraña. Se quedó callada un buen rato, con la mano posada en la base de la espalda de Abigail.

—¿Y si…?

Mercy forcejeó con alguna idea, pero al final guardó silencio con aire preocupado en vez de terminar la frase.

Abigail la miró intrigada.

—¿Y si?

Era el turno de Mercy de apartar la vista. La joven tragó saliva, incapaz de mirarla a la cara.

—¿Y si la guardabosques de la luna estuviera criando estrellas como si fueran peces? Aparecerían estrellas nuevas cada noche ¿no? ¿Crees que alguien se daría cuenta?

Abigail estaba segura de que Mercy había estado a punto de decir algo muy distinto. Alargó el brazo para cogerla de la mano, y entrelazaron los dedos. Era

especialmente agradable sentir la piel de Mercy contra la suya, y saboreó la sensación.

—Puedes contármelo si quieres —dijo Abigail con suavidad—, o puedes no contármelo. No te voy a obligar.

Mercy alzó la mirada hacia ella, las sombras se habían esfumado de sus ojos, lavadas por un ocaso melancólico.

—Quiero contártelo… —susurró— Lo haré.

Algún día. Abigail asintió pero no le soltó la mano, sino que se la apretó para reconfortarla.

—Esperaré. Está bien.

Mercy le devolvió el apretón de manos, y pronto se soltó, dio un paso atrás y carraspeó.

—Quítate el vestido —dijo en tono autoritario—. Voy a hacerte uno mejor. Todas esas señoritas se van a poner verdes de envidia al verte.

Abigail le regaló una media sonrisa y se dio la vuelta para sacarse el pañuelo de su escondite antes de obedecer y dejar caer el vestido al suelo.

—Suenas igual que Lucy. No tengo ningún interés en que la gente me envidie, solo quiero que superemos la noche sin ningún asesinato.

—Lucy quiere que todo el mundo la envidie porque es una avariciosa —respondió Mercy con un bufido—, pero yo quiero que te envidien todos como venganza por la forma tan horrible en la que te han tratado. No me vas a convencer de que renuncie a mi venganza, así que ni lo intentes.

Las sombras de los rincones de la habitación se oscurecieron de nuevo mientras hablaba. Abigail se estremeció a la espera de notar esa horrible y fría sensación de destino funesto, pero, en su lugar, solo percibió una calma suave y agradable. Las partes más negras de las sombras se unieron despacio en una espiral que flotó con suavidad hacia ella, movida por una brisa invisible. Se fundieron con su piel como hebras de una tela de araña, fijándose donde la tocaban.

El vestido que se moldeó lentamente alrededor de Abigail era tan oscuro que absorbía la luz a su alrededor. No era negro como el vestido de luto de lady Pinckney, más bien, el negro del vestido era una ausencia completa de luz y color. Por supuesto, había adornos en el corpiño y las mangas cortas… pero

ninguno se veía con suficiente claridad para apreciar exactamente lo que eran. En cambio, la sensación general era la de una falda de gran envergadura y una majestuosidad oscura que se filtró en el corazón de Abigail, susurrándole que era mucho más bella y misteriosa de lo que nunca había creído.

Ese sentimiento deslumbró a Abigail durante un momento, pero cuando Mercy dio vueltas a su alrededor para inspeccionar su trabajo, se acordó de guardarse el pañuelo de su otra madre en el nuevo vestido.

—¡Mi mejor trabajo hasta la fecha! —declaró Mercy admirando el vestido. Acarició satisfecha la falda: el material de sombras ondulaba bajo sus dedos como si se acicalara cuando lo tocaba.

Abigail sonrió avergonzada.

—Muchas gracias. No sé de dónde habría sacado un vestido a la altura de las expectativas de lady Pinckney de no ser por ti.

—Si lady Pinckney no está satisfecha con un vestido de medianoche, es que no tiene el más mínimo gusto —dijo Mercy poniendo morritos—. Hay otras telas que se pasan de moda en el Mundo de las Hadas, pero la medianoche es un clásico que nunca falla.

—Pero ¿de dónde sacaste la tela de medianoche? —preguntó Abigail pensativa—. Es casi mediodía, no creo que haya mucha medianoche disponible ahora mismo.

Mercy miró a Abigail con un destello de duda en el rostro. Pareció pensarse mucho la respuesta, pero al final dijo:

—La medianoche siempre me acompaña. Es… el nombre que elegí. Soy Mercy Medianoche.

Abigail parpadeó. La actitud recelosa de Mercy sugería que se trataba de su verdadero nombre, y algo de él perduraba en el aire, oscuro, pesado y excitante.

Un nombre era algo terrible que ofrecer, en especial a un mago. Al principio, Abigail no se imaginaba qué era lo que había empujado a Mercy a confiarle algo tan personal y peligroso, pero recordó que antes había querido contarle otra cosa, algo todavía más peligroso, al parecer. Le pareció ver un rastro de culpabilidad en el rostro de Mercy, y pensó que a lo mejor esa era su manera de demostrarle que confiaba en ella.

—Es un nombre precioso —dijo con delicadeza—. ¿Y lo elegiste tú misma? Encaja contigo.

Mercy tenía la cabeza gacha, parecía incapaz de mirarla a los ojos y se sonrojó ligeramente.

—Es muy triste guardar mi nombre en secreto —dijo en voz baja—. Me gusta mucho, y me gusta decírselo a la gente. Si no fuera tan peligroso se lo diría al mundo entero.

Abigail alargó el brazo para volver a cogerla de la mano.

—Pero me lo has dicho a mí. Ya sé que no soy el mundo entero, pero creo que es un nombre maravilloso y lo atesoraré para compensar a todos los que no lo conocen.

Mercy le apretó la mano.

—Eso es importante. Espero que sepas cuánto me importa.

Abigail asintió despacio.

—Yo soy Abigail Wilder. También tengo algunos otros nombres por en medio, pero es el apellido lo que significa muchísimo para mí. Yo elegí ser una Wilder, y ellos también me eligieron a mí. Los nombres son importantes. Creo que por eso son tan poderosos.

Mercy le dedicó una sonrisa dulce, bajó la vista a la mano de Abigail y se aclaró la garganta.

—Bueno —dijo—. Mírame, cantando victoria antes de haber terminado. Todavía faltan los guantes y los zapatos… y también quiero recogerte el pelo.

Mercy hablaba con verdadero entusiasmo, como si fuera a vestir a su muñeca favorita. Abigail se sintió tan reconfortada que se olvidó de los peores recelos que tenía sobre asistir de nuevo a un baile. Los nobles insufribles y los asesinos ocultos desaparecieron de sus pensamientos por un momento, reemplazados por el placer sencillo de estar junto a Mercy y por saber cuánto disfrutaba esta de la compañía de Abigail a su vez.

—Tienes mi permiso para convertirme en una princesa de medianoche.

La venganza de Mercy resultaba muy placentera, al menos para Abigail. Pasó un buen rato jugando con las sombras del vestido, alargándolas y acortándolas, y sacando guantes y zapatos de la nada. Añadió incluso hebras de medianoche a su pelo rubio, matizando su melena desigual. Había algo en esa

medianoche que parecía suavizar todas las imperfecciones de las que Abigail siempre había sido tan consciente, como si la oscuridad hubiese limpiado los detalles y dejado tras de sí solo una idea general de Abigail tal y como aparecería ante alguien en mitad de la noche.

Llegó un momento en el que Abigail tuvo que insistir para que Mercy elaborara su propio vestido, a lo que Mercy accedió con reticencia, aunque su vestido era claramente una nota al pie comparado con la obra maestra que había creado para Abigail.

De todas formas, eso tampoco importó, porque Mercy había nacido para vestirse de medianoche, Abigail lo sintió en el fondo de su alma en cuanto la vio. La autoridad oscura y bella de Mercy se enfatizó con las sombras que la rodeaban. La medianoche la adoraba, resultaba evidente en la forma en que se adhería a su silueta y en que se movía con sus pasos.

Más que nunca, Abigail quería pedirle a Mercy… algo. Era un sentimiento extraño, como si necesitara su presencia a pesar de que ya estaba allí con ella.

—Tienes que prometerme que bailarás conmigo esta noche —suspiró Abigail sin aliento—. ¿No se te olvidará?

Mercy le sonrió con timidez, y a Abigail le dio un vuelco el corazón.

—¿Cómo se me va a olvidar? Es lo primero en mi lista de cosas por hacer.

Abigail comprendió entonces la naturaleza de la sensación extraña que la poseía en presencia de Mercy. Deseaba su atención, sí, pero, lo que era más importante, deseaba pertenecerle, el privilegio de ser suya.

Por sí solo, habría sido un sentimiento peligroso, pero Abigail había descubierto otro sentimiento terco junto al primero: también deseaba que Mercy le perteneciera. Ser la una para la otra, pensó, sería perfecto.

Capítulo dieciocho



Elias Wilder había tenido que vestirse de gala y no le hacía ninguna gracia.

—A lo mejor podemos prohibir los bailes en general —refunfuñó cuando el carruaje alcanzaba la casa de lord Breckart. Incómodo, dio varios tirones al pañuelo plateado que llevaba al cuello—. No van a envenenar a nadie en un baile si no se celebra ninguno.

Su mujer le sonrió con indulgencia, preparada para volver a recolocarle el pañuelo por enésima vez. Esa noche, Dora se había puesto un vestido verde de seda muy pasado de moda, pero el color hacía juego con uno de sus ojos, y algo en el vestido la hacía parecer un poco más cálida y cercana de lo normal.

—Es verdad, pero entonces el envenenamiento ocurriría en algún otro lugar. Debes admitir que, por una vez, tenemos suerte de que se celebre un baile y todas las personas relacionadas con el asunto estén juntas en un mismo lugar y dispuestas a socializar.

Abigail resopló.

—Como si alguno de ellos fuera a renunciar a una fiesta ni aunque se lo pidieran de rodillas. No importa… nuestro objetivo es descubrir quién ha estado jugando con magia últimamente. Yo me ocuparé de las señoritas casaderas y sus pretendientes, que son más o menos de mi edad. Los mayores son cosa vuestra, papá.

Hugh iba sentado en el regazo de Mercy, justo al lado de Abigail, en el carruaje no cabía ni un alfiler.

—Lucy, Mercy y yo estaremos atentos a las conversaciones —dijo el niño —. Mi plan era ir a ver a los cocineros, y los sirvientes siempre hablan mientras trabajan.

—¡Ah! —exclamó Dora de pronto rebuscando en su bolso—. Tuve cuidado de traerme el espejito, Hugh. Lo miraré cada poco por si necesitas algo.

Un momento después, sacó el espejo y se lo enseñó a Abigail.

—Hugh está ahí —dijo Abigail, indicando con la cabeza hacia Mercy.

Dora sonrió hacia esa zona.

—Por supuesto —respondió, como si el error fuera suyo y de nadie más—. Mis disculpas, Hugh. Qué despistada soy a veces.

Hugh le devolvió la sonrisa aunque Dora no pudiera verla.

—Gracias por intentarlo, mamá —dijo con suavidad. Quizás fue su imaginación, pero a Abigail le pareció que Mercy le apretaba la mano en silencio.

El carruaje se detuvo delante de la casa y la familia descendió de él. La residencia londinense de lord Breckart tenía un aspecto muy desmejorado: el prominente edificio debía haber sido blanco en algún momento, pero el aire de Londres lo había ido ensuciando hasta teñirlo de un gris lleno de hollín. Mientras un lacayo los acompañaba por las escaleras hasta el salón de baile, Abigail observó que el interior de la casa se parecía mucho al exterior; aunque la habían limpiado hacía poco, había señales de un abandono lúgubre y deprimente. Abigail, con razón o sin ella, siempre suponía que las casas descuidadas indicaban sirvientes descontentos, los sirvientes que se encontraban a gusto eran capaces de que incluso un hogar humilde resultara acogedor, y su opinión de lord Breckart se modificó ante este nuevo dato.

Resultaba evidente que los intentos de limpieza más recientes se habían centrado en el salón de baile, iluminado por velas en todos los rincones. Una música titubeante flotaba en el aire, como si el primo inútil de alguien tocara una flauta solitaria. La cantidad de gente que ya se encontraba en el salón resultaba agobiante y…

Y Abigail se dio cuenta de que estaba buscando sin parar motivos por los que molestarse. Con cada paso que había dado hacia el salón de baile se sentía más amedrentada, su cuerpo se había ido encogiendo y apretujaba con más y

más fuerza contra su pecho el bolsito donde guardaba los instrumentos de magia.

«No quiero estar aquí —pensó mareada—. Pero aquí estoy. Fui yo la que decidió venir, así que más me vale asumirlo».

Mercy le dio un apretón en el brazo, Abigail vio de reojo su sonrisa comprensiva y valiente y, al menos por un instante, se abstrajo de su malestar. Los colores del crepúsculo que bailaban en sus ojos eran aún más vívidos en la oscuridad de la escalera, y su melena negra, recogida en un moño alto, hacía que su cuello pareciera más largo que nunca. El vestido de medianoche se entrelazaba con las sombras titilantes que las rodeaban.

—Te has enfrentado a cosas peores que esto —murmuró Mercy—. Eres hechicera y amiga de las hadas. ¿Qué puede hacerte una panda de ricachones cabeza de chorlito?

Abigail sonrió con ironía.

—Ya sé que no debería tener miedo —dijo en voz baja—, pero no puedo evitarlo. No pertenezco a este lugar. Colarte allí donde no perteneces siempre es doloroso.

Abigail no quería que nadie más que Mercy la oyera, pero Elias se detuvo en ese momento y se dio la vuelta, mirándola con una expresión tormentosa.

—¡Sabía que no habías disfrutado de tu temporada! —la acusó—. Te pregunté si debía convertir a alguien en rana y me dijiste que no.

—¡Por eso no te dije nada! —contestó Abigail con una mueca. Y pensó para sí que era una suerte que Elias hubiera usado casi toda su magia en los vetos contra lord Luengasombra, la investigación se iría al traste si alguna dama maleducada acababa croando en mitad del baile.

Mercy sacudió la cabeza sorprendida.

—Esta vez te he prestado mi medianoche, así que nadie se atreverá a ser desagradable contigo. —En ese momento se soltó de su brazo y desvió la mirada hacia el principio de la fila que esperaba para entrar al salón de baile, donde un lacayo se encargaba de las presentaciones—. Todo saldrá bien, ya lo verás. Te veo dentro.

Abigail asintió, tensa. Un instante después, Mercy se había fundido con las sombras.

No pasó mucho tiempo hasta que la familia de Abigail alcanzó al lacayo. La expresión del pobre hombre se volvió recelosa en cuanto los vio; entre los modales insólitos de Elias, los ojos disparejos de Dora y el resplandeciente vestido de medianoche de Abigail, era imposible ignorar su naturaleza sobrenatural. El lacayo aceptó su invitación con cierta turbación y habló con Elias en un aparte. Después, se giró y los anunció al salón:

—Lord Elias Wilder, lady Theodora Wilder y su hija, la señorita Abigail Wilder.

Abigail tuvo que ocultar una sonrisa al escucharlo. Técnicamente, en sociedad se la consideraba la protegida del sorcier real, no su hija, pero era evidente que Elias se había tomado muy en serio su preocupación, insistiendo para que la presentaran así. Pocos se atreverían a insultar a la hija del sorcier real con él presente en la misma estancia y siendo por tanto plenamente capaz de demostrar su desagrado.

De todas formas, al entrar en el salón, Abigail percibió cómo la gente evitaba mirar a su madre y a su padre antes de fijarse en ella. Al principio, los cuchicheos le revolvieron el estómago… pero los invitados inclinaban la cabeza ante ella cuando pasaba, y poco a poco se fue dando cuenta de que, en esa ocasión, sus miradas transmitían una mezcla de asombro y miedo.

«Hay peligro, cariño» le susurró la voz de lady Vallebaldío al oído.

Abigail dio un brinco y observó el salón a su alrededor. Se llevó la mano al pecho, donde guardaba el pañuelo, pero la voz de su otra madre se difuminó, ahogada por el furor del salón de baile. Resultaba difícil identificar lo que había provocado aquel aviso.

Abigail sacó la petaca plateada del bolsito y le dio un sorbo al té alumbrador. La luz de las velas adquirió un extraño tono neblinoso y demasiado brillante… pero nada oculto apareció ante ella, así que volvió a guardar la petaca en el bolso con el ceño fruncido.

Un hombre canoso de chaleco azul se disculpó de su conversación y echó a andar en dirección a Elias. Su padre apretó la mandíbula como si estuviera a punto de enfrentarse a algo muy desagradable.

—Maldición —murmuró, distrayendo a Abigail de sus pensamientos—. Lord Breckart viene hacia aquí a darnos la bienvenida en persona. No hace

falta que lo suframos todos.

—Veo a lady Mulgrew desde aquí —comentó Dora con calma—. Estoy segura de que se pasará la noche entera cotilleando, voy a acercarme a darle un poco de coba.

Abigail pensó en mencionar el susurro de lady Vallebaldío… pero en realidad no sabía muy bien qué decir. Ellos ya sospechaban que había alguien peligroso presente, y todavía no podía ofrecer ninguna información más sobre el sujeto en cuestión.

Los padres de Abigail se perdieron entre la multitud, y Hugh miró a su alrededor arrugando la nariz.

—Hay muchísima gente —masculló—. Voy a tener que atravesarlos. Siempre es una sensación muy rara.

Abigail se sacudió de encima las dudas y lo miró con compasión.

—También puedes quedarte en los recodos. Me parece que casi todos los cotilleos desagradables salen de ahí.

Hugh asintió.

—Lucy dice que sabe exactamente a quién tiene que espiar. Creo que está bastante emocionada con la idea.

Abigail ahogó una respuesta irritada (por supuesto, cómo no iba a estar Lucy encantada de poder escuchar a escondidas a todo el mundo) y se limitó a asentir.

—Te agradecería mucho si pudieras darle alguna indicación a Hugh, Lucy —dijo en cambio—. Bueno. Todos sabemos a dónde voy yo. Supongo que ya es hora de que finja unirme a la caza de marido.

Hugh rio para sí mismo mientras se alejaba con las manos en los bolsillos, y Abigail estudió la estancia en busca de sus objetivos. Pronto las encontró, las jovencitas casaderas siempre se reunían como si fueran un rebaño. Aquella noche, estaban todas apiñadas con su ponche y los abanicos a la espera de que la anfitriona inaugurara oficialmente la pista de baile.

Abigail se sujetó la falda, poniendo mucho cuidado en no dejar a la vista ningún resquicio de sus tobillos, y se dirigió hacia aquel rincón. Sus experiencias anteriores le hicieron suponer que se vería obligada a abrirse paso a codazos entre los invitados; pero en esta ocasión los invitados se

apartaban al instante de su camino y se la quedaban mirando mucho rato después.

La señorita Bridget Gillingham fue la primera en evaluar su llegada. Abigail no era experta en detalles de sociedad, pero creía recordar que la apariencia y la dote de la señorita Gillingham eran más bien mediocres. La señorita Gillingham había intentado compensar ambas carencias pegándose a Lucy y adulándola constantemente como ella habría querido que la halagaran. Abigail no veía nada malo en su aspecto, siempre elegía vestidos sencillos y favorecedores que hacían juego con su pelo y sus ojos castaños. Lo que sí le molestaba era su personalidad mercenaria y despiadada.

Probablemente era la joven dama que más la despreciara y alentase a las demás a hacer lo mismo. Sin embargo, esa noche la señorita Gillingham se obligó a sonreír con amabilidad cuando la vio y le hizo un gesto para que se uniera al grupo.

Eran increíbles los milagros que un poco de medianoche era capaz de lograr en el estatus social de una, Abigail se anotó que debía darle las gracias a Mercy más tarde.

—¡Ya pensaba que no íbamos a volver a verte nunca más! —declaró la señorita Gillingham cuando estuvo lo bastante cerca—. Hace demasiado tiempo que no coincidimos, Abigail. ¿Espero que tus padres y tú os encontréis bien?

Abigail tuvo que hacer un esfuerzo para no crisparse al escuchar su nombre de pila. Lucy y las demás siempre se habían dirigido a ella como «Abigail» para faltarle al respeto, y la señorita Gillingham lo hacía en ese momento como si siempre hubiese sido una señal del cariño y la cercanía que compartían en vez de una grosería. Pero no servía de nada corregirla, decidió. En realidad, esta repentina acogida tan calurosa suponía una ventaja.

—Estamos bien —respondió Abigail, poniendo especial cuidado en su dicción—. Hemos estado muy ocupados, por supuesto, y nuestros compromisos sociales se han visto perjudicados como consecuencia.

—Por supuesto, es natural —le dio la razón la señorita Gillingham—. El servicio al país debe ser lo primero. Todos le estamos muy agradecidos al sorcier real por su diligente protección.

La señorita Phoebe Haddington, una joven rubia a la que le avergonzaban sus dientes torcidos, le dedicó a Abigail una sonrisa con los labios firmemente cerrados.

—A lo mejor has asistido a bailes en el Mundo de las Hadas ¿no? —sugirió la señorita Haddington—. Siempre he mantenido que debías ser una princesa feérica disfrazada. ¡Y por fin se me da la razón! Por favor, cuéntanos, Abigail… ¿hay algún lord feérico anhelando tu regreso mientras hablamos?

Abigail parpadeó lentamente. La adulación era tan exagerada que casi resultaba insultante. De hecho, le recordaba a la forma en que las demás le hablaban a Lucy. Esa idea le dejó un sabor tan amargo en la boca que le costó mantener una expresión neutra.

«Es exactamente el tipo de adulación ridícula que funcionaría con Lucy. Solo están recurriendo a lo que saben hacer mejor».

—Hasta donde yo sé, no hay ningún lord feérico que anhele mi regreso —respondió Abigail con cautela. Se preguntó si debía informarlas de que sí había ido a bailes de hadas en el pasado (lady Vallebaldío organizaba fiestas de lo más bizarras para los niños y las otras hadas cada cierto tiempo), pero estaba segura de que si lo admitía la conversación se iría por otro derroteros.

—Nos falta la señorita Lucy Kendall —dijo en cambio—. A punto he estado de olvidarme de esa tragedia.

La señorita Gillingham y la señorita Haddington intercambiaron miradas de recelo. Las demás se removieron en su sitio, incómodas.

—Sí, eh… una tragedia terrible —dijo la señorita Haddington.

—Realmente espantosa —corroboró la señorita Gillingham—. Es imposible no pensar que no debería haber ocurrido jamás. Pero…

—Pero —enfatizó la señorita Haddington con una mueca.

La señorita Gillingham se inclinó hacia delante con aire conspiratorio, hablando por detrás del abanico.

—Debo admitir que las cosas han sido un poco más agradables sin Lucy, que Dios la tenga en su gloria. Nos trataba a todas de una forma deleznable. Y la manera en que hablaba de ti, en particular… oh, perdóname, pero tiene que haber límites a lo que se perdona a un fallecido. Lucy era una auténtica abusona.

Abigail se quedó sin palabras por un momento. La evidente insensibilidad del comentario no le molestaba, al fin y al cabo, ella misma había compartido el mismo sentimiento con Hugh. Pero la insinuación de que cada comentario repugnante que se había hecho de ella había sido culpa de Lucy, descubrir que las demás jóvenes habían atribuido todo su despreciable comportamiento a la fallecida, le parecía tan inaceptable que no fue capaz de encontrar una respuesta de inmediato.

—Pues yo me acuerdo de aquella vez en que dijiste que la señorita Wilder era una bruja con la cara picada —dijo una voz suave—. Seguro que ella también se acuerda.

Abigail se giró bruscamente hacia la voz en cuestión. La señorita Esther Fernside era de corta estatura y aspecto inofensivo, su pelo castaño apagado y su mirada baja la habían convertido en alguien completamente olvidable entre el resto de damas. El vestido de baile amarillo pálido que se había puesto aquella noche parecía llevar demasiado tiempo guardado en un armario.

La señorita Gillingham se sonrojó con violencia.

—No me acuerdo de nada en absoluto —respondió—. Su memoria le ha jugado una mala pasada, señorita Fernside. Ya sé que su padre es nuestro anfitrión, pero eso no le da permiso a calumniar a sus propios invitados.

Abigail ahogó una mueca. No era su intención perder el tiempo en defenderse, pero no podía permitir que increparan a la señorita Fernside por acudir en su ayuda.

—Recuerdo a la perfección escuchar ese comentario de sus labios, señorita Gillingham, pero comprendo la difícil posición en la que se encontraba en esos momentos. Estoy segura de que fue Lucy quien la alentó a hablar de esa manera.

La señorita Fernside la miró con suspicacia, tanto ella como la propia Abigail sabían que esta mentía. Abigail era incapaz de comprender la mentalidad necesaria para insultar a alguien con semejante crueldad y, a pesar de las implicaciones de sus palabras, en absoluto había perdonado a la señorita Gillingham por su comportamiento pasado.

Aun así, la señorita Gillingham se relajó y se mostró tan solo un poco avergonzada.

—De verdad que no recuerdo haber dicho algo así, pero… si alguna vez lo hice, por supuesto, te ofrezco mis más sentidas disculpas. En efecto, no siempre era yo misma cuando estaba con Lucy.

Ahora que había descubierto que le atraían las mujeres, Abigail no pudo evitar pensar: «Por eso nunca me enamoré en un baile. La mayoría de las aristócratas son personas espantosas». Acto seguido, le dedicó una sonrisa agradecida a la señorita Fernside. «Si me hubiera fijado en ella antes, podríamos haber sido buenas amigas».

—Seguro que vio a Lucy la noche del baile de lady Lessing —observó Abigail dirigiéndose a la señorita Gillingham—. He oído que Lucy estuvo bailando con el señor Rojo ¿no?

La señorita Gillingham hizo un gesto de desprecio con la mano.

—Oh, Lucy prácticamente se lanzó en sus brazos, no le quedó más remedio. El señor Rojo es todo un caballero, seguro que se sintió obligado.

Abigail se tragó un comentario frustrado. Había tenido la esperanza de, como mínimo, descubrir quién había estado rondando a Lucy la noche en que murió, pero de momento todas las señoritas presentes habían estado tan concentradas en minimizar su amistad con Lucy que no le habían ofrecido ninguna información de interés.

—Pero tú no estás interesada en el señor Rojo ¿verdad? —intervino rápidamente la señorita Haddington—. Es demasiado corriente para ti. Seguro que la hija del sorcier real busca, por lo menos, a un mago como novio ¿verdad?

«No me interesan los hombres en absoluto —pensó Abigail con acidez—. Sus maquinaciones sobre el señor Rojo están a salvo conmigo, señorita Haddington». Pero aprovechó al vuelo el último comentario.

—Me imagino que sí deberé casarme con un hechicero —respondió—. O por lo menos con alguien que se haya aventurado en la materia lo suficiente como para mantener una conversación sobre el tema. ¿Supongo que no conocéis a nadie que esté aquí esta noche y encaje con esa descripción?

La señorita Haddington parecía estar deseando ofrecer varios nombres, pero fue la señorita Fernside la que sonrió con ironía y dijo:

—Espero que no tenga intención de cortejar a mi padre, señorita Wilder. Es demasiado viejo para usted, y no puedo elogiar su personalidad.

Abigail hizo grandes esfuerzos por ocultar su sorpresa. Al pensar en el resto de la conversación, se dio cuenta de que lord Breckart, el anfitrión, era el padre de la señorita Fernside.

—No… eh… no puedo decir que se me haya ocurrido —le aseguró Abigail a la señorita Fernside—. No sabía que su padre fuera hechicero.

—Le gusta hacerse llamar hechicero —murmuró la señorita Fernside con un suspiro—. Lo más probable es que haya arrinconado a su padre en algún sitio para discutir sobre asuntos mágicos con él con gran pompa.

Varias de las damas se rieron nerviosas ante un comentario tan directo. «La señorita Fernside —pensó Abigail— parece haber abandonado todo rastro de tacto esta noche». Había en su actitud una especie de desesperación rebelde que Abigail no era capaz de comprender.

—Señorita Wilder.

La voz sonó a espaldas de Abigail. Le llevó un segundo reconocerla por culpa del acento distinguido, pero al girarse vio que era Mercy quien se acercaba a ella. Su propio vestido de medianoche resplandecía bajo la luz de las velas y vacilaba contra la oscuridad como un suspiro. Estaba tan hermosa, tan imponente y devastadora, que Abigail no pudo evitar pensar: «Quedaos con vuestro señor Rojo. Yo me he enamorado casi por completo de la señorita Medianoche».

—Que vestido tan maravilloso —comentó Mercy sin rastro de ironía en la voz—. Espero que me concedas el honor de bailar conmigo pronto, antes de que se abra la pista y te veas asediada por una docena de caballeros.

Abigail se sonrojó ligeramente. Las damas bailaban muchas veces juntas antes de que abrieran la pista, pero no se invitaban unas a otras con un lenguaje tan florido.

La señorita Fernside tenía la vista clavada en Mercy.

—No… —se detuvo desconcertada—. Tengo la sensación de que debo conocerla, señorita, pero no soy capaz de recordar su nombre. ¿Está en la lista de invitados?

Abigail se puso rígida. Era imposible que Mercy supiera que acababa de presentarse ante la hija del anfitrión.

—Mercy y yo somos conocidas —intervino con rapidez—. Estoy segura de que su presencia era esperada. Debe tratarse de algún extraño descuido. —Abigail cogió a Mercy de la mano con rapidez y añadió—: Quizás deberíamos bailar ahora.

—Yo te sujeto el bolso —se ofreció la señorita Gillingham. Parecía deseosa de congraciarse con ella después de que salieran a la luz sus antiguos comentarios.

Abigail se mordió el labio. No le parecía la mejor idea del mundo entregarle todos sus instrumentos mágicos a la señorita Gillingham, pero la dama en cuestión tenía una expresión de lo más obstinada, y la señorita Fernside seguía mirando a Mercy como si fuera un puzle que debía resolver, con lo que Abigail le arrojó el bolso a la señorita Gillingham.

—Tenga cuidado —le advirtió—. Mi padre le ha echado una maldición para protegerlo de los ladrones, y si se abriera ocurrirían cosas espantosas.

La señorita Gillingham abrió los ojos de par en par al mismo tiempo que la señorita Fernside abría la boca para volver a decirles algo, pero Abigail echó a andar a toda prisa con Mercy hacia la pista de baile.

—La conversación fue sorprendentemente esclarecedora —murmuró Abigail—. Nuestro anfitrión, lord Breckart, se considera un hechicero. A estas alturas ya se lo habrá dicho a mi padre.

Mercy frunció el ceño.

—Bueno, pues ya tenemos un sospechoso como mínimo —susurró en respuesta—. ¿Deberíamos contárselo a tu padre?

Abigail inspeccionó la estancia en su busca, pero ya no estaba hablando con lord Breckart. La multitud era excesiva para el tamaño del salón de baile, Abigail dejó escapar un quedo bufido de frustración.

—No sé dónde se habrá metido, pero ya debería estar enterado del interés de lord Breckart a estas alturas, teniendo en cuenta que antes lo acorraló para hablar con él.

Mercy sopesó la información.

—¿Se atrevería a discutir teorías mágicas con el sorcier real un mago oscuro? —caviló.

Abigail le dirigió una mirada cortante.

—No les atribuiría a los hechiceros de magia negra un exceso de inteligencia ni de cautela. Imagínate esto, en vez de ese cielo lleno de peces-estrella: ¿cómo sería Lucy si hubiera aprendido magia negra? Sentiría la necesidad irrefrenable de presumir de ello, por muy imprudente que fuera. —El mediocre flautista tocó una nota estridente, y Abigail dio un respingo—. Lo siento, me temo que esta noche no podremos bailar en condiciones. De verdad quería que bailáramos, pero todo esto es demasiado.

Mercy sonrió comprensiva.

—Es una pena que no pueda reclamar tus deudas ahora mismo, Abigail Wilder, si pudiera te diría que me debes un baile más tarde.

Abigail, cansada, le devolvió la sonrisa.

—Tendrás que conformarte con creerme cuando te digo que querré bailar después.

La hermana de lord Breckart las interrumpió en ese momento al llamar la atención de todos, y Abigail suspiró profundamente. De hecho, estaba a punto de escapar de la pista de baile cuando la voz de su otra madre volvió a susurrarle al oído.

«Hay peligro, cariño».

Un momento después, alguien le puso una mano vacilante en el codo.

—¿Señorita Wilder? —dijo un joven—. Por favor, disculpe mi atrevimiento, es muy difícil conseguir que nadie te preste atención en este lugar. ¿Tenía la esperanza de que aceptara concederme el primer baile?

Abigail se giró con el ceño fruncido. El hombre que acababa de tocarle el codo le sacaba una cabeza holgada, tenía el pelo oscuro y una mandíbula cuadrada y fuerte, además de una sonrisa atractiva. Llevaba un pañuelo en el cuello de color rojo profundo.

—El señor Rojo ¿verdad? —El joven miró a Abigail sorprendido, y esta enmendó su error con rapidez—. El señor James Ruell. Mis disculpas. Todas las damas le llaman señor Rojo, y parece que se me ha quedado en la cabeza.

«Hay peligro, cariño» insistió lady Vallebaldío.

—Oh —respondió el señor Ruell en tono avergonzado—. Supongo que le tengo demasiado cariño a mi pañuelo. Siempre pienso en ponerme otro, pero este es mi favorito.

Abigail entrecerró los ojos. Por una parte, se sentía tentada de rechazar al señor Ruell lo más rápido posible para volver a concentrarse en buscar a su padre. Pero la advertencia de lady Vallebaldío había tenido el efecto contrario al deseado: Abigail estaba totalmente convencida de que si bailaba con el señor Ruell descubriría algo interesante.

—Me encantaría bailar con usted, señor Ruell —dijo Abigail en el tono más amable del que fue capaz.

Mercy la miró dolida, pero Abigail le guiñó un ojo con disimulo.

—Estaba buscando a mi padre ¿verdad? —le dijo Abigail a Mercy—. Espero que lo encuentre pronto. Yo me quedaré aquí con el señor Ruell de cualquier modo.

Mercy arrugó la frente… pero Abigail debía haber sido capaz de transmitirle algo útil, porque finalmente asintió despacio.

—Creo que sí seguiré buscándolo. Disfrute del baile, señorita Wilder.

Abigail se volvió para aceptar la mano del señor Ruell. Por el rabillo del ojo, se percató de que todas las jovencitas casaderas le prestaban la mayor atención.

«Hay peligro, cariño» repitió de nuevo lady Vallebaldío, esta vez con más urgencia que antes.

«Ajá —pensó Abigail—. Sí que lo hay».

Capítulo diecinueve



El primer baile fue una cuadrilla, que no era ideal para mantener una conversación privada. A pesar de todo, Abigail se las arregló para introducir algunas palabras entre movimientos, muy consciente durante todo el tiempo de la voz de su otra madre, que le advertía del peligro en el oído.

—Es usted un excelente bailarín, señor Ruell —dijo Abigail en tono sosegado—. Estoy segura de que está muy solicitado.

—Disfruto mucho de bailar —contestó el señor Ruell, sonriendo ante el cumplido—. Ya sé que está de moda hablar de lo aburridos que son todos estos bailes, pero si pudiera bailaría todas las noches desde el atardecer hasta que saliera el sol.

Abigail lo estudió con cuidado.

—Tenga cuidado con lo que dice, señor Ruell. Uno nunca sabe quién puede estar escuchando. Las hadas de Lagosusurro celebran bailes que duran varias semanas, y he escuchado que algunos de sus invitados mortales han muerto de agotamiento.

El señor Ruell parpadeó ante el lúgubre comentario.

—Oh —respondió—. Qué… Qué espantoso.

Abigail ya había empezado a sospechar que el señor Rojo no tenía la menor idea de su papel en el centro de los asesinatos. Pero tampoco estaba convencida de que fuera exactamente lo que parecía: un noble atractivo e inconsciente que apenas sabía nada de magia ni de hadas.

—He oído que bailó con la señorita Lucy Kendall la noche que murió. Me preguntaba si también habría bailado con la señorita Edwards y la señorita Hancock recientemente.

El tema de conversación no era apropiado en absoluto, y Abigail sabía que, si estuviera interesada en un matrimonio, habría arruinado cualquier posibilidad con el hombre que tenía enfrente.

De pronto, el señor Ruell pareció dividido. El vestido de medianoche que Abigail llevaba había desperado su interés, pero su insistencia en ese tema de conversación tan macabro hacía que se arrepintiese cada vez más de ello.

—Yo… Es probable que sí, eso creo —dijo incómodo—. He bailado mucho, señorita Wilder.

«Hay peligro, cariño».

Esta vez, el final del susurro de lady Vallebaldío quedó ahogado por un grito.

Abigail se giró, pero era difícil identificar el origen del grito entre la multitud. Peor que eso, todo el mundo parecía haber entrado en pánico y la pista de baile pronto se convirtió en un caos mientras las parejas se alejaban corriendo a ciegas. Hay que admitir que el señor Ruell cogió a Abigail de la cintura y la apartó de un tirón justo antes de que una oleada de invitados en estampida se precipitaran sobre ellos. El suelo quedó inundado de joyas pisoteadas, plumas y chales. Uno de los chales descartados, un trocito de tela rosa claro, avanzaba por la pista de baile con determinación, como si persiguiera a la multitud.

—Oh, no —gimió Abigail.

—¿Qué demonios está pasando? —gritó el señor Ruell.

El pañuelo rosa quedó atrás poco a poco, dejando al descubierto un muñequito de paja que marchaba como un soldado.

Abigail vio las ondas de un retazo de medianoche por el rabillo del ojo. El señor Heno se dirigió hacia allí, entrecerrando unos ojos de los que carecía. En ese momento, Abigail estuvo segura de que, si hubiera bebido un trago de té alumbrador, vería la silueta de Mercy ocultándose en las sombras.

«¿Por qué persigue el señor Heno a Mercy? Se supone que solo tiene que asustar a los pájaros».

Al señor Heno no le intimidaba en absoluto la oscuridad de Mercy. Avanzó hacia ella con precisión infalible, y un montón de nobles aterrorizados se apartaron a su paso.

—¡Magia negra! —gritó alguien.

—¿Dónde está el sorcier real? —reclamó un hombre.

Abigail se liberó del señor Ruell y se abrió paso entre la muchedumbre.

—¡Señor Heno! —siseó—. ¡Detente, señor Heno!

Pero la gente hacía demasiado ruido y el hombrecito de paja no la oyó. Continuó con su persecución, impasible y decidido a dar caza a su enemigo invisible.

Abigail decidió que ya era suficiente y adelantó a codazos a una dama que no dejaba de proferir alaridos, alzando la falda de su vestido de medianoche a una altura indecente. Después, se lanzó en plancha para detener al muñeco de paja.

—¡Detente, señor Heno! —masculló Abigail.

El señor Heno volvió la cabeza hacia ella como para darle explicaciones, pero, un momento después, dejó escapar un gran suspiro de paja y se quedó inerme en sus manos.

Abigail se levantó con el muñeco en la mano y expresión sombría. Varios invitados se habían quedado congelados en su sitio y la miraban de hito en hito.

—Es un muñeco. ¡Un muñeco! No supone ningún peligro.

Abigail miró a su alrededor en busca de su bolso, y lo encontró abierto encima de una silla. Se acercó a grandes zancadas hacia él y, agitada y furiosa, devolvió al señor Heno a su lugar.

Después, revisó el bolso con rapidez y contó sus instrumentos, pero aunque lo repasó varias veces, no le faltaba nada.

—¿Te escapaste tú solo? —rezongó Abigail.

El muñeco, por supuesto, no respondió.

«Ya hablaremos sobre lo de abandonar mi bolso más tarde, señorita Gillingham» pensó Abigail con un hondo suspiro. De momento, sacó la petaca plateada y le dio otro sorbo al té alumbrador. Una niebla brillante envolvió el

salón de baile de nuevo. Le costó un poco, pero acabó por encontrar una figura pequeña y borrosa que temblaba en el balcón.

La conmoción había dado paso a la resignación. Al fin y al cabo, solo había un motivo por el que el señor Heno perseguiría a Mercy.

Abigail se guardó la petaca en el bolso y se lo colgó del hombro, dirigiéndose hacia el balcón con tanta determinación que hasta los invitados que obviamente se habían ido acercando para cotillear la dejaron pasar.

Mercy se había envuelto en las sombras de la noche, todavía cubierta por algunos retazos de su vestido de medianoche, aunque la tela había empezado a disolverse en una bruma escasa. También el vestido de Abigail empezaba a deshacerse… pero no era esa su principal preocupación.

Llegó dando zancadas al balcón y Mercy la miró con intensidad. Sus ojos se habían vuelto negros del todo una vez más, y en esa ocasión Abigail no pudo evitar percatarse de cuánto se parecían a los de un cuervo.

—No lo entiendo —dijo Mercy con voz temblorosa—. ¿Por qué me da tanto miedo un muñeco?

Abigail se abrazó a sí misma para protegerse del frío nocturno. Su vestido estaba hecho trizas, aunque aún conservaba una apariencia sólida.

—Porque los espantapájaros fueron creados para asustar a los pájaros —dijo Abigail en voz baja—. Y, al menos en un sentido, eres un pájaro. Eres un sluagh, Mercy… ¿verdad?

Mercy apretó los labios y Abigail supo que estaba en lo cierto.

—Nunca me dijiste que fueras una protegida de las hadas, lo asumí yo misma, y me dejaste creerlo.

Mercy apartó la vista y su vestido se descompuso un poco más, dejando entrever su piel demasiado pálida, desnuda en la noche.

—Cuando nos conocimos —explicó Mercy acongojada—, lo único que sabía de ti era que eras hechicera. Me convertí en la persona más inofensiva que se me ocurrió para que me dejaras marchar. Pero no parabas de seguirme. Después de un tiempo, sí que quería contártelo, pero me daba miedo que te enfadaras conmigo y que ya no me permitieras ayudarte más.

Abigail suspiró.

—No estoy enfadada. Lo hiciste por una buena razón, y después de todas las mentiras que he dicho estos últimos días, no puedo culpar a nadie por mentir un par de veces.

Mercy cerró sus ojos de cuervo. Tenía una expresión dolorida y tensa.

—Tengo tanto que contarte, pero me temo que no me queda tiempo.

La medianoche tembló a su alrededor de nuevo, y Abigail comprendió que Mercy estaba herida.

—He cometido un error terrible —suspiró Mercy—. Lo siento, Abigail. Por todo.

Solo hizo falta un parpadeo. De alguna forma, cuando Abigail abrió los ojos de nuevo, Mercy había desaparecido. La medianoche se había ido con ella, y Abigail se encontró sola en el balcón en camisola.

—¡Maldición! —siseó. Rebuscó la petaca en el bolso y le dio otro trago, pero Mercy no estaba mágicamente oculta. El balcón estaba vacío de verdad.

—¡Abby! —exclamó Hugh. Al volverse, Abigail vio que había cruzado corriendo la pared al balcón. El pañuelo de seda se le había escurrido del ojo, y se lo recolocó apresuradamente mientras hablaba—. ¿Qué haces en ropa interior? ¡Espera, no importa! Oí a una de las criadas decir algo sobre la madre de la señorita Fernside. ¡Murió en su habitación hace medio año, Abby, con la ventana del oeste abierta!

—Entonces la señorita Fernside acaba de salir del luto. Por eso solo ha venido a los últimos tés de la tía Vanessa. Y… —se le ocurrió un pensamiento horrible—. Las muertes de las chicas solo han ocurrido en las últimas semanas, desde que la señorita Fernside empezó a asistir a los bailes de nuevo.

Hugh asintió con vigor.

—¿Qué te apuestas a que Lucy fue tan espantosa con la señorita Fernside como contigo? —exclamó—. Y atenta a esto: las criadas no tienen permiso para limpiar la habitación de la señorita Fernside. Cuando no está dentro la tiene siempre cerrada con llave.

Abigail siseó frustrada.

—¡Su padre se cree hechicero! Seguro que lo ha escuchado hablar de magia mil veces. ¿Y no dijo que siempre había tenido mucho interés en los cuentos de hadas? ¿Por qué no sospeché de ella?

Incluso mientras hablaba, Abigail conocía la respuesta. Lo cierto era que no había querido sospechar; la señorita Fernside odiaba a la misma gente que ella, y Abigail se había imaginado que podían ser aliadas.

—Qué estúpida —musitó—. El enemigo de mi enemigo no siempre es amigo mío. A veces son igual de espantosos pero de otra manera.

Se agachó para levantarse las faldas… y recordó que no llevaba falda.

Hugh la miró de arriba abajo.

—No puedes volver a entrar de esa guisa. Te echarán a la calle.

Abigail tensó la mandíbula.

—¿Crees que podrías llamar la atención de mamá para que venga hasta aquí?

Hugh asintió muy serio.

—Sigue teniendo el espejito en la mano. Haré lo que pueda. No… no cojas un resfriado ni nada.

En cuanto acabó de hablar, Hugh desapareció al galope por la pared.

Abigail esperó expectante, consciente de cada minuto que pasaba. Casi se había decidido a volver a entrar en el salón tal y como estaba cuando la puerta del balcón se abrió y Dora apareció ante ella con Hugh pisándole los talones.

—Oh —dijo Dora con un parpadeo—. ¿Has decidido lavar tu vestido?

Abigail temblaba como una hoja.

—No, mamá… No sé cómo se lava la medianoche. No importa. A Mercy le ha pasado algo muy malo, y estoy casi segura de que la señorita Fernside es la hechicera oscura. ¿Dónde está papá?

Dora estudió a Abigail con calma. Después, con la misma calma, se giró y le señaló los botones de su vestido.

—No llego a desabrocharlos yo ¿te importa ayudarme?

Hugh se giró con una tosecita, sonrojado.

Abigail frunció el ceño, pero un momento después lo entendió y empezó a desabrochar los botones del vestido de su madre a toda prisa.

—Lord Breckart tiene cierto interés en la magia —continuó Dora como si estuvieran compartiendo una conversación de lo más normal—. Elias se ha escabullido para investigar su biblioteca mientras yo le cubro. Tiene la esperanza de encontrar alguno de los libros robados y confirmar así la

participación de lord Breckart en los asesinatos. Pero, si estás en lo cierto, puede que encuentre los libros de todas formas, al fin y al cabo, la señorita Fernside también tendrá acceso a la biblioteca.

Dora se sacó el vestido por los brazos y, en camisola, se lo ofreció a Abigail.

—No se puede comparar con un vestido de medianoche —dijo en tono de disculpa—, y no sé cómo de bien te quedará, pero deberías estar lo bastante presentable como para cruzar el salón de baile hasta encontrar a tu padre.

Abigail se puso el vestido y se giró para que su madre se lo abrochara.

—Desde luego, no voy a quejarme encima de que te quitas el vestido para dármelo, mamá. ¿Qué vas a hacer tú aquí fuera en ropa interior?

Dora se encogió de hombros.

—Supongo que bajaré del balcón y me pondré la pelliza que tengo en el carruaje. Ese árbol parece muy resistente y no creo que el descenso sea difícil.

Abigail sacudió la cabeza. «Gracias al cielo que no tengo una madre normal» pensó para sí misma.

—Gracias mamá, buena suerte con el árbol.

Dora le sonrió con dulzura.

—Buena suerte con la hechicera oscura.

—¿Estáis presentables? —preguntó Hugh, todavía dándoles la espalda.

—Yo sí —dijo Abigail secamente—. Mamá no… pero eso nunca la ha detenido.

Tras esas palabras, adelantó a Hugh, abrió la puerta y volvió a entrar en el salón.

Varias cabezas se giraron al verla, y pronto se sintió incómoda con el vestido enorme que llevaba. Era varios centímetros más largo de lo que estaba acostumbrada y lo arrastraba al caminar. Esa extrañeza evidente levantó murmullos a su alrededor, pero Abigail tenía cosas muchas más importantes de las que preocuparse que su ya dudosa reputación.

—¿Sabes dónde está la biblioteca? —le preguntó a Hugh. Seguía frotándose los hombros, incómoda. El calor de la multitud había dispersado un poco el frío del exterior, pero parecía incapaz de dejar de temblar. Y encima en ese momento le entraron náuseas.

—Solo he estado en el piso del servicio —dijo Hugh—. Lucy dice que lo más probable es que esté en el segundo piso, justo debajo de nosotros.

—Ah —murmuró Abigail—. ¿Lucy también está aquí?

—Sí, ella, er… está muy enfadada con la señorita Fernside ahora mismo —respondió Hugh. Aunque seguía siendo un niño de ocho años, lo dijo con un sorprendente tono diplomático.

—¿Y dónde está la señorita Fernside? —preguntó Abigail con gravedad. La buscó por todo el salón, pero, si estaba presente, se había ocultado muy bien entre la multitud.

«Tengo que encontrar a papá. Ya me ocuparé de la señorita Fernside cuando haya conseguido su ayuda».

Abigail cruzó el salón todo lo rápido que pudo, empujando a los invitados para llegar a las escaleras. Aunque había esperado que alguien intentara detenerla, la voz que la llamó la sorprendió lo suficiente como para que volviese la cabeza en vez de seguir adelante ciegamente.

—¡Señorita Wilder! —la llamó el señor Ruell sin aliento—. ¡Por favor, espere!

Abigail vio un destello del pañuelo escarlata del señor Ruell antes de que la alcanzara. Agitaba algo en una mano… un trozo de tela gris desgastado que le resultaba familiar.

La joven abrió mucho los ojos al reconocer el pañuelo de su otra madre.

—Señorita Wilder —exclamó el señor Ruell de nuevo, e hizo una pausa para recuperar el aliento cuando le dio alcance—. Esto se le cayó antes, cuando estaba… eh… ¿con todo el asunto del muñeco?

Abigail respondió con una sonrisa tensa.

—Muchas gracias, señor Ruell. No me había dado cuenta.

Acto seguido, alargó el brazo para coger el pañuelo aunque, por algún extraño motivo, le resultó muy difícil, habían empezado a temblarle las manos.

Cuando tocó el pañuelo, la voz de su otra madre volvió a susurrarle al oído, pero la urgencia del murmullo había cambiado.

«Ay, cariño —se lamentó lady Vallebaldío—. Ay, ya es demasiado tarde para advertencias».

Capítulo veinte



Abigail se quedó mirando fijamente al señor Ruell. No identificó astucia en sus ojos, de hecho, parecía tan avergonzado e incómodo que supuso que había adivinado dónde guardaba el pañuelo.

«Ay —suspiró de nuevo lady Vallebaldío—. Ay».

—Gracias por devolverme mi pañuelo —dijo Abigail con una inclinación de cabeza—. Por desgracia, no me encuentro demasiado bien. Debo regresar a mi carruaje.

Abigail se giró de nuevo hacia las escaleras, evitando así cualquier respuesta. Al hacerlo, se dio cuenta de que no había mentido: no se encontraba nada bien. Empezaron a temblarle las piernas. Tenía el corazón acelerado y la boca seca. De pronto, le sobrevino un dolor de cabeza espantoso.

Llegó hasta las escaleras dando tumbos. «Me han envenenado —comprendió horrorizada—. ¿Pero cómo? No bebí nada…»

Oh, pero sí que lo había hecho. Había bebido varios sorbos de té alumbrador. Por lo menos dos, de hecho, desde que había encontrado su bolso abierto y abandonado en una silla.

—¿Abby? —dijo Hugh preocupado—. No tienes buen aspecto.

—Creo que la señorita Fernside le echó mano a mi bolso —respondió Abigail con voz ronca—. El té alumbrador estaba envenenado.

Hugh se enderezó del susto.

—¿Cuánto bebiste? No puede haber sido suficiente para matarte ¿no?

A Abigail cada vez le temblaban más las manos. Se metió el pañuelo raído en el escote del vestido prestado, intentando ignorar los lamentos de su otra madre.

—No lo sé. Ojalá lo supiera. Sea como sea, tengo que encontrar a papá. En el baile no hay nadie que pueda ayudarme, eso seguro.

Dicho esto, se concentró en las escaleras con aire sombrío. Si hubiera estado sana, le habría resultado sencillo bajar un piso y encontrar la biblioteca, pero se sentía enferma y mareada, y cada vez tenía el corazón más acelerado.

Bajó a trompicones las escaleras, rechinando los dientes y luchando contra su propia debilidad. «Bailé con el señor Rojo —pensó Abigail—. Ese fue mi crimen ¿verdad? Es posible que la señorita Fernside esté intentando devolverle la vida a alguien, pero por el camino sacrifica a quien no le importa».

Casi había llegado al segundo piso cuando resbaló, se derrumbó en los últimos escalones y se golpeó contra el suelo. Se le ocurrió que le saldrían unos moratones horribles, pero después se dio cuenta de que ese era el menor de sus problemas.

Se levantó con grandes dificultades y falta de aliento. De repente empezó a verlo todo torcido, como si el mundo se hubiera inclinado para un lado. Por suerte, la puerta que daba al segundo piso no estaba cerrada con llave y se abrió con facilidad, dando paso a una salita vacía y oscura.

—Solo tengo que encontrar a papá —musitó Abigail—. Él sabrá qué hacer.

Hugh merodeaba a su alrededor, más preocupado cada segundo que pasaba.

—¿Dónde está Mercy? —preguntó su hermano—. ¿Por qué no está aquí ayudándote?

Abigail apretó los dientes y se sujetó en el respaldo de una silla.

—En realidad Mercy es un sluagh. Su magia empezó a comportarse de forma extraña, y después desapareció.

Entonces se le ocurrió que conocía el nombre de Mercy, en teoría podía invocarla igual que a cualquier otro sluagh. No tenía ningún círculo en el que contenerla, ni leche ni miel, pero sospechaba que Mercy no le guardaría rencor por la ausencia de comida.

—Mercy Medianoche —dijo Abigail todo lo bajito que pudo—. Mercy Medianoche, Mercy Medianoche. Te necesito, por favor.

El silencio hizo eco en la salita, roto tan solo por los ruidos distantes del baile en el piso de arriba.

—¿Qué andas murmurando? —preguntó Hugh preocupado.

Abigail dejó escapar un suspiro de desesperación.

—Mercy no puede venir. Está atrapada, Hugh… igual que los otros sluagh. No sé cómo, pero la señorita Fernside la ha capturado.

Hugh tragó saliva.

—Esto no me gusta. Párate a descansar un segundo, Abby. Voy a adelantarme para encontrar a papá y así no pierdes tiempo buscando dónde está la biblioteca.

Abigail asintió. Ese sencillo movimiento le requirió mucha más energía de lo que esperaba, y se derrumbó en la silla que tenía enfrente jadeando. El mundo seguía dando vueltas a su alrededor por muy quieta que se quedara. Seguía temblando con violencia, y estaba ardiendo y enrojecida.

Hugh se fue revoloteando por el pasillo, cruzando una puerta detrás de otra. Cuando atravesó una en concreto, Abigail escuchó el gran escándalo de varios pájaros que graznaban al unísono.

Hugh salió marcha atrás por donde había entrado, aterrorizado.

—¡He encontrado a los sluagh! —dijo sorprendido, y un rayo de luz prendió en Abigail. De alguna forma, aquello le dio fuerzas para ponerse en pie. El mareo y las náuseas habían pasado, y descubrió que le resultaba mucho más fácil seguir a Hugh.

—Me parece que esta debe ser la habitación de la señorita Fernside —dijo Hugh—. Está cerrada con llave ¿no?

—¿Por qué demonios iba a estar el dormitorio de la señorita Fernside en esta planta? —protestó Lucy—. Debería estar encima del salón de baile, no debajo.

Abigail se quedó mirando a Lucy sin entender nada. La veía a la perfección, detrás de Hugh con el fino camisón blanco y los brazos cruzados frente al pecho.

—¿Por qué puedo verte, Lucy? —preguntó Abigail—. ¿Por qué puedo oírte?

Entonces se le ocurrió algo horrible. Se dio la vuelta… y se vio a sí misma todavía sentada en la silla, desplomada sobre la mesa.

«Oh —pensó Abigail agotada—. Vaya. Se acabó».

Quizás debería haberse disgustado más al descubrir que estaba muerta. Después de todo, había dicho la verdad cuando había declarado que no tenía intención de morirse nunca. Pero siempre había sido bastante pesimista, así que no le sorprendió demasiado haberse muerto de todas formas.

Hugh la miraba horrorizado.

—Pero… ¡No! No, no pasa nada, Abby. Conseguiremos… Conseguiremos la manzana de lord Luengasombra y te traeremos a ti de vuelta. No pasa nada, no te preocupes.

Lucy se giró sobre sus talones y vociferó furiosa:

—¡No haremos nada por el estilo! ¡Me prometiste que me darías la manzana a mí!

Abigail apretó la mandíbula.

—¿Que le prometiste qué? —lo regañó. Pero, tras pensarlo un momento, descubrió que eso tampoco le sorprendía demasiado—. Da igual, no importa. No podemos perder tiempo discutiendo sobre esto. Mercy está en peligro, y quién sabe quién más estará en peligro con ella, y ni siquiera hemos conseguido la manzana de momento.

Abigail encaró la puerta de la habitación de la señorita Fernside y la atravesó. Sintió un hormigueo por todo el cuerpo al atravesar la puerta sólida.

La habitación que había al otro lado resultó ser sorprendentemente grande, tanto que debía tratarse del segundo dormitorio principal. A lo mejor había pertenecido a la madre de la señorita Fernside. La luz de la luna se colaba a través de la ventana del oeste e iluminaba débilmente toda la estancia.

En el centro de la habitación se encontraba una cama con dosel deshecha y con las sábanas muy revueltas. Abigail se fijó en el tocador que ocupaba un rincón; la mayoría de los peines y cosméticos habían desaparecido, o los habían apartado para dejar espacio a un montón de libros. Una botella de cristal vacía que parecía haber contenido gotas para los ojos se había derramado sobre uno de los libros. Y ahí, justo al lado del tocador, había una gigantesca jaula de hierro.

Tres cuervos enormes giraron la cabeza hacia Abigail cuando entró en el dormitorio.

—¡Cuántos fantasmas! —murmuró uno de los cuervos con una voz profunda y vibrante. Abigail notó que tenía cuatro alas en vez de dos.

—Estamos indefensos —suspiró otro cuervo—, igual que ellos.

El segundo era un cuervo de un blanco inmaculado y ojos rojizos.

El último cuervo miró a Abigail, en sus ojos oscuros brillaban miles de pequeñas estrellas.

—¿Por qué has venido, espíritu? —preguntó. Tenía una voz suave y agradable que a Abigail le pareció vagamente masculina—. Debes tener cuidado, nuestra captora puede ver a los fantasmas. Usa esas gotas de ahí. Es una nigromante, te atará si te descubre aquí.

Abigail se guardó la información para después, pero no hizo ningún comentario al respecto; en ese momento tenía problemas más acuciantes.

—¿Sinfulgor? —adivinó—. ¿Eres tú?

Los otros dos cuervos arrastraron las patas y cuchichearon entre sí, y Abigail supo que había acertado.

—Es parte de mi nombre, sí —dijo Sinfulgor. Inclinó la cabeza hacia ella con rigidez—. ¿Cómo lo supiste?

—¡Oh, Sinfulgor! —Lucy y Hugh habían entrado detrás de Abigail, y en ese momento Lucy se llevó las manos al pecho, emocionada—. Estaba preocupadísima ¿sabes? ¡Pero aquí estás, sano y salvo! ¡En cuanto te liberemos, podremos irnos para que me presentes a lord Luengasombra!

Sinfulgor paseó la mirada de Abigail a los otros dos, y ladeó la cabeza igual que un cuervo corriente.

—Me parece que te conozco —le dijo a Lucy.

Lucy se quedó boquiabierta.

—¡Por supuesto que me conoces! —bufó—. ¡Soy la señorita Lucy Kendall! ¡Me encontraste hace varias noches, y me llevaste de la mano hasta el Mundo de las Hadas para que pudiera hablar con tu señor!

—¿Ah, sí? —murmuró Sinfulgor—. Sí, suena como algo que yo haría. Mis disculpas, señorita Lucy Kendall. Llevo encerrado en esta jaula demasiado tiempo, y el hierro me agota en extremo.

Abigail apretó los labios.

—Esperaba ver a Mercy aquí —comentó—. ¿Por qué no está en la jaula con vosotros?

—¿Mercy? —repitió el cuervo de cuatro alas—. ¡Oh, no! Ahora sí que la has liado, Sinfulgor. Te dije que no le dieras a la chica lo que quería.

Abigail frunció el ceño.

—¿Qué significa eso? —preguntó—. Fue la señorita Esther Fernside la que os encerró aquí ¿no? ¿Qué fue lo que te pidió?

Sinfulgor suspiró apesadumbrado.

—Nuestra captora conoció a lord Luengasombra por casualidad hace varios meses, cuando vino a recoger el alma de su madre —explicó el cuervo—. Le rogó que no se llevase a su madre, pero… ¿qué otra cosa iba a hacer él? Desde entonces, nos ha ido dando caza, uno a uno, para que le entregáramos el verdadero nombre de lord Luengasombra. Cree que puede obligarlo a devolverle a su madre.

Abigail tragó saliva despacio.

—¿Qué tiene eso que ver con Mercy? Ella no es…

Las estrellas en los ojos de Sinfulgor se apagaron.

—Le entregué a nuestra captora la segunda parte del nombre de lord Luengasombra a cambio de que nos dejara marchar —explicó—. Pero fui un estúpido… nunca especificó en qué momento nos iba a liberar. De alguna forma que desconozco, has descubierto la primera parte del nombre de lord Luengasombra. ¿Lo ha descubierto nuestra captora también?

Abigail cerró los ojos, con un peso cada vez más grande en el estómago.

«El Cuervo de Mil Rostros —pensó—. Ese era uno de los nombres de lord Luengasombra ¿no? ¡Qué tonta soy! ¿Por qué no se me ocurrió que algunos de esos rostros pertenecerían a mujeres?»

—Yo le di a la señorita Fernside el primer nombre de Mercy —dijo con suavidad—. No sabía que Mercy era lord Luengasombra. Y no sabía… En ese momento tampoco sabía que la señorita Fernside era vuestra captora. Fui yo quien le entregó lo que necesitaba.

Pero ¿cómo había reconocido ella a lord Luengasombra? Ni siquiera Elias, que le había impuesto varios vetos, había reconocido a Mercy en absoluto.

La respuesta acudió a ella demasiado rápido, y Abigail gimió al comprenderlo.

«Ayudé a una aristócrata aquí en Londres, hará medio año más o menos», esas habían sido las palabras de Mercy. «Me preguntó si quería algo, y supuse que un acento refinado podría serme útil en algún momento».

Cualquier hija reconocería la voz de su propia madre, no era extraño que la señorita Fernside hubiese mirado a Mercy tan sorprendida.

—Eso es horrible —musitó Abigail espantada—. ¡Qué estúpida soy! Mercy también lo ha sido, pero tengo que reconocer mi parte de culpa. —Se frotó la cara—. Pero si la señorita Fernside posee su nombre completo, y Mercy no está aquí… ¿dónde está?

Sinfulgor la miró con intensidad. Hasta siendo un pájaro, consiguió transmitir su desazón.

—Supongo que nuestra captora habrá invocado a lord Luengasombra. Si ninguno de los dos está aquí, lo más probable es que hayan ido a mundo feérico por un sendero que solo conoce lord Luengasombra. Verás, hay un árbol en la frontera entre Luengasombra y el otro lado…

—Sí, por supuesto —suspiró Abigail—. Maldita sea. Qué momento más inoportuno para estar muerta. Necesito darles alcance. No tengo la menor idea de lo que haré una vez llegue hasta allí, pero tengo que intentar algo…

Abigail se interrumpió de súbito.

—¿Abby? —preguntó Hugh—. ¿Qué pasa?

Abigail inspiró profundamente.

—Catástrofe Oscura —susurró—. Catástrofe Oscura, Catástrofe Oscura. Estoy muerta, y necesito que me lleves al otro lado lo más rápido que puedas.

No hubo ninguna ceremonia, anuncio ni transición. Primero había tres fantasmas y tres sluagh en la habitación, y un instante después había tres fantasmas y cuatro sluagh; Catástrofe Oscura se despegó de las sombras que había tras Abigail con su piel añil y la ropa hecha trizas.

—Vaya, vaya —dijo Catástrofe Oscura cuando posó sus ojos azul turquesa en la jaula de hierro—. ¿Qué tenemos aquí?

Abigail se giró para mirarla.

—Te dije que encontraría a los sluagh desaparecidos —dijo débilmente—. Por desgracia, me morí justo antes de encontrarlos, y ahora una hechicera de magia negra ha secuestrado a Mercy.

—Es un auténtico memo —escupió Catástrofe Negra despectiva—. Y encima siempre mirándonos a los demás por encima del hombro.

Abigail se tragó la protesta que le había venido a los labios. En cambio, dijo:

—Es ella. En estos momentos Mercy es una mujer.

—Pues muy bien. Es una auténtica mema —la sluagh miró de refilón la jaula de hierro otra vez—. Y en menudo aprieto os habéis metido vosotros tres ¿no? Os sacaría de esa jaula, pero yo tampoco puedo tocar el hierro.

Abigail agachó la cabeza.

—Alguien debe contarle todo esto a mi padre —le dijo a Catástrofe Oscura con voz suave—. Ahora mismo no puedo hablar con él, pero creo que tú sí podrías ¿verdad?

Catástrofe Oscura hizo un mohín.

—Puedo. Podría. Pero para eso antes tendría que matarte.

Abigail parpadeó.

—¿Qué? ¡Pero si ya estoy muerta!

Catástrofe Oscura enarcó las cejas.

—No lo estás —respondió—. Si lo sabré yo. Te estás muriendo, eso es verdad… pero algo ha liberado tu espíritu antes de tiempo.

—¡La belladona! —exclamó Abigail abriendo mucho los ojos—. La señorita Fernside le lanzó un hechizo para que creara fantasmas. Me convirtió en fantasma demasiado pronto ¿no? —Volvió la vista hacia el pasillo—. Entonces todavía no estoy muerta. Si mamá y papá me encuentran, a lo mejor pueden salvarme. Se supone que el señor Jubilee está a punto de traernos un antídoto contra la belladona, si no se ha olvidado, claro.

Catástrofe Oscura inclinó la cabeza casi igual que Sinfulgor un momento antes.

—¿Dónde está tu cuerpo? —preguntó. Abigail la miró temerosa, y la sluagh suspiró—. Si no lo deseas, no te mataré. Tengo mis principios.

—Aguantad un poco más —les dijo Abigail a los sluagh encerrados—. Iré en busca de ayuda.

Abigail inspiró profundamente… y cruzó la puerta de golpe.

Hugh y Lucy la siguieron con curiosidad hasta donde se encontraba su propio cuerpo, que seguía desplomado sobre la mesa. Catástrofe Oscura apareció entre las sombras un momento después, observando la figura durmiente de Abigail.

—Te estás muriendo, pero no estás muerta —confirmó la sluagh—. Aunque no te queda mucho tiempo. Uno o dos minutos a lo sumo. Lo más seguro es que pueda eliminar el veneno… pero no puedo ofrecer regalos sin nada a cambio, y esa es una magia muy poderosa, tendrías que entregarme algo igual de poderoso a cambio. No estoy segura de que puedas darme algo de ese calibre en estos momentos.

Abigail sintió una piedra en el estómago.

—Así que, al final, no hay esperanza. El señor Jubilee llegará demasiado tarde.

Catástrofe Oscura frunció el ceño. Los pensamientos se sucedieron veloces tras sus ojos azules prestados. Por fin, se volvió hacia Abigail con expresión enfurruñada.

—Te olvidaste de ofrecerme leche y miel —declaró.

—Yo… No tenía nada a mano —respondió Abigail anonadada—. Estaba muerta. O casi muerta. Además, pensaba que en realidad a las hadas no les gustan la leche ni la miel ¿no?

Catástrofe Oscura puso los ojos en blanco.

—Fue la invocación menos respetuosa que he visto nunca —insistió—. De hecho, estoy pensando que te mereces que te maldiga por ella. No puedo permitir que los magos se dediquen a invocarme cada vez que les da la gana. Las normas están para respetarlas ¿sabes?

Abigail frunció el ceño.

—Me dijiste que te llamara cuando… —pero al ver la mirada astuta de Catástrofe Oscura, se detuvo en mitad de la frase—. Oh. Bueno… quizás sí que deberías maldecirme. Así aprendería un par de cosas.

Catástrofe Oscura se enderezó con aire amenazante.

—Me parece que te maldeciré a dormir como los muertos durante… —hizo una pausa—. ¿Cien años?

—Oh —dijo Abigail alarmada—. Ah. Merezco un castigo, es evidente, pero… ¿a lo mejor eso es demasiado severo?

Catástrofe Oscura se aclaró la garganta.

—En ese caso un año y un día servirá. Para estar seguros. O más bien… porque me has insultado de forma imperdonable.

Abigail asintió despacio.

—Un castigo adecuado —confirmó—. La próxima vez me cercioraré de tener leche y miel, eso es seguro.

Catástrofe Oscura hizo una floritura con su garra añil. Las sombras que rodeaban el cuerpo de Abigail parpadearon frenéticamente y se posaron en ella. Se arremolinaron a su alrededor, trazando espirales, y se colaron entre sus labios abiertos.

Abigail no se había percatado antes de que su cuerpo seguía respirando, pero entonces sí que noto que dejaba de respirar por completo.

Por un solo instante, tuvo miedo de que la sluagh al final la hubiera matado. Pero las sombras que seguían aferradas a su cuerpo se estremecieron mientras observaba… y, poco a poco, Abigail comprendió que estaban respirando por ella.

—No suelo hacer cosas así ¿sabes? —dijo Catástrofe Oscura—. Las maldiciones poderosas son un verdadero incordio.

—Lo entiendo —respondió la joven mientras la invadía una enorme sensación de alivio—. Fue muy amable… es decir… horrible por tu parte. Aprecio mucho el gesto.

—¿Entonces Abby vivirá? —preguntó Hugh en voz baja.

—¡No es justo! —protestó Lucy—. ¿Se supone que Sinfulgor podría haberme hecho dormir en vez de llevarme al otro lado?

Abigail se presionó la frente con los dedos. «Me está volviendo a entrar dolor de cabeza, y ni siquiera estoy viva» pensó para sí. Pero a esas alturas estaba tan acostumbrada a que Lucy considerara que todo se refería a ella, que se limitó a suspirar e ignorarla.

—Vamos a buscar a tu padre, en ese caso —dijo Catástrofe Oscura—. ¿Dónde se encuentra?

—Creo que está en la biblioteca, en alguna parte de esta planta —respondió Abigail.

Antes de que hubiera acabado de hablar, una puerta se abrió en silencio un poco más adelante. Fue sencillo reconocer a Elias en cuanto se acercó a ellos; aunque estaba muy oscuro, Abigail lo identificó por su forma de moverse noble y elegante, que otros aristócratas solo podían soñar con poseer. Sus ojos dorados ardían de una forma peculiar entre las sombras, y a su hija le resultó especialmente desconcertante que su mirada de fuego se posara en Catástrofe Oscura.

—Oh —dijo la sluagh—. Vaya, qué curioso. Buenas noches, sorcier real. Su hija está en peligro. Qué suerte ha tenido de que sea mucho más amable que usted.

Elias vio de pronto la silueta dormida de Abigail, y sus ojos relampaguearon de furia.

—Deshaz tu maldición, sluagh —exclamó—. Si no lo haces, no te gustará lo que ocurrirá después.

—A ti sí que no te gustará lo que ocurre si accedo a tu petición —resopló Catástrofe Oscura—. En todo caso, han secuestrado a lord Luengasombra, como no podía ser de otra manera, así que debo ser breve. Estoy segura de que el espíritu de tu hija puede explicártelo todo si no te importa darme la mano.

Catástrofe Oscura le ofreció una de sus garras afiladas a Elias, que respondió clavándole una mirada fulminante, y Abigail llegó a temer que no la aceptase. Pero Elias observó el cuerpo dormido de Abigail de nuevo, y ella distinguió un miedo atroz en sus ojos que crecía cada vez más. Elias alargó la mano para aceptar la de la sluagh y entonces miró directamente hacia Abigail.

—Estáis todos aquí —dijo sorprendido, mirando por turnos a Lucy, a Abigail y a Hugh—. ¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué te ha maldecido este sluagh, Abigail?

Su hija cogió aliento.

—Yo… eh… por desgracia me han envenenado —admitió—. Se supone que el señor Jubilee nos traerá un remedio para la belladona en algún momento,

pero no estamos seguros de cuándo. En resumen, invoqué a este sluagh de la forma más maleducada, así que ha tenido que maldecirme para que duerma como los muertos. La maldición tendrá que cumplirse antes de que pueda acabar de morirme, por lo que tengo entendido.

—Fue muy amable por su parte —añadió Hugh solícito—. Y… bueno, ¡hola, papá! Solo puedo hablar así contigo cuando vienes de visita a Vallebaldío. Es genial —sonrió con melancolía—. Ojalá tuviéramos más tiempo, pero de verdad que tenemos que llegar a Luengasombra.

Abigail desvió la mirada hacia Hugh.

—¿Tenemos? —preguntó—. ¿Vienes conmigo?

Hugh puso los ojos en blanco.

—Por supuesto que voy —declaró—. ¿Es que no me escuchaste la primera vez, Abby? Si sigo aquí es porque tú estás aquí, a donde vayas, yo voy. Si te vas a Luengasombra, ya no estarás aquí… así que yo tampoco me quedo.

—Yo también voy —declaró acaloradamente Lucy—. Se me prometió una audiencia con lord Luengasombra, y tendré una audiencia con lord Luengasombra.

Nadie le había prometido a Lucy tal cosa, pensó Abigail. De hecho, comprendió, técnicamente Lucy ya había tenido su audiencia con lord Luengasombra. Pero de poco serviría debatir sobre el asunto.

—La señorita Fernside es la hechicera oscura —le dijo Abigail a su padre—. Quiere obligar a lord Luengasombra a que le devuelva la vida a su madre. Es decir… —se interrumpió de pronto, incómoda—. Mercy es lord Luengasombra. Lo ha sido todo el tiempo. Pero no lo entiendo… ¿por qué nos habló ella misma de la manzana? ¿y por qué nos dijo que no levantáramos los vetos que le habías impuesto?

Elias parpadeó sorprendido.

—Yo… Nada de lo que dices tiene el menor sentido. ¿Me estás diciendo que lord Luengasombra ha estado durmiendo en mi propia casa sin que yo me enterara?

Catástrofe Oscura se encogió de hombros.

—Al fin y al cabo, lord Luengasombra sí que tiene mil rostros —dijo con amargura—. A los fantasmas les encanta entregarle cosas suyas.

Abigail soltó un grito ahogado.

—¡Regalos! ¡Las hadas no pueden hacer regalos, papá! ¡Mercy nos pidió que mantuviéramos los vetos porque tiene que cambiarnos la manzana por algo igual de valioso!

—Con las hadas todo es siempre de lo más rocambolesco —farfulló Elias con el ceño fruncido—. Pero tampoco tenía la menor intención de destruir los vetos. Si la señorita Fernside conoce el verdadero nombre de lord Luengasombra, entonces puede ordenarle que cometa todo tipo de actos horribles. Los vetos impedirán lo más grave, por lo menos de momento.

Abigail volvió a mirar hacia la puerta cerrada del dormitorio.

—Hay tres sluagh encerrados en una jaula de hierro en la habitación de la señorita Fernside. Mamá podrá liberarlos en cuanto vuelva con la pelliza. Pero tendrás que decirle dónde están.

Elias entrecerró los ojos.

—No permitiré que entres en Luengasombra sola. Ni siquiera puedes usar tu magia en el estado en el que te encuentras.

—No tienes elección —dijo Catástrofe Oscura, clavando su mirada azul en él—. El camino de Kensington a Luengasombra está bloqueado, y de todas formas es demasiado largo. Mercy habrá llevado a su captora por un sendero que solo lord Luengasombra puede abrir. Hay otro camino que podemos tomar… uno que solo está abierto a los fantasmas y los sluagh. Ni siquiera los hechiceros pueden cruzarlo, a no ser que cabalguen sobre el filo de su propia muerte.

Elias abrió la boca y Abigail supo que estaba a punto de sugerir varios métodos con los que podía inducir un trance parecido a la muerte, pero lo interrumpió.

—Ahora mismo no posees demasiada magia —le dijo a su padre en voz baja —. No intentes montar un ritual medio improvisado en el último momento. No sé cómo voy a salvar a Mercy… pero lo haré. Confía en mí esta vez ¿de acuerdo?

Elias se quedó un rato más con la vista fija en ella y después suspiró profundamente.

—Confiaré en ti —respondió con suavidad—. En todo caso, tengo que encontrar al señor Jubilee si queremos salvarte. No te atrevas a cruzar al otro lado, Abigail. Si lo haces te perseguiré hasta allí.

Abigail le sonrió.

—Los sluagh tendrían que arrastrarme a la fuerza, y tengo entendido que no hacen esas cosas. —Se volvió hacia Catástrofe Oscura—. ¿Dónde está ese camino que tenemos que seguir?

—Lucy y yo también vamos —intervino con rapidez Hugh—. No os olvidéis de nosotros.

Catástrofe Oscura los miró a todos con aire sombrío.

—Recorreremos el camino de la noche oscura —les explicó—. Hay quien lo llama annnwfyn; otros utilizan nombres más extraños todavía. Es el camino que eligen los fantasmas que quieren comprender su propia mortalidad. Está muy cerca, pues se encuentra dentro de vuestra alma. Os llevaré si me lo pedís, pero sabed que podríais perderos en este camino para siempre.

Abigail apretó los labios.

—Yo voy. No me importa ir sola, pero no le impediré a nadie que me acompañe si es lo que desean de verdad.

—Yo… creo que lo mejor será que me quede aquí —declaró Lucy encogiéndose sobre sí misma.

Hugh se cruzó de brazos.

—Yo voy —repitió—. Llévame contigo.

—Como desees —dijo Catástrofe Oscura—. Es mi obligación llevarte si así lo deseas. No puedo negarme.

La sluagh soltó la mano de Elias, y sus ojos dorados dejaron de enfocar a Abigail, buscándola de nuevo.

—Tienes que volver —le advirtió Elias, aunque ya no podía verla—. Te estaremos esperando, Abigail — hizo una pausa, y después añadió con más suavidad—: Te quiero.

—Yo también te quiero —susurró Abigail. Después de eso, no pudo mirarlo más a la cara, así que se concentró en la piel añil de Catástrofe Oscura y en sus ojos azules—. Por favor, llévame a annwfyn. Estoy lista para partir.

Capítulo veintiuno



Antes de que Abigail acabase de hablar, las sombras de la habitación la rodearon y comenzaron a trepar por su cuerpo. Al principio fue consciente de que Hugh forcejeaba contra los tentáculos negros a su lado, pero después dejó de sentirlo, y de pronto se encontró sola en la oscuridad.

No estaba segura de qué esperar. El tono de Catástrofe Oscura cuando le había descrito annwfyn había sido gélido… pero no encontró nada especialmente aterrador en aquella oscuridad. Más bien le parecía cálida y tranquila, como sentirse arropada por una manta suave en mitad de la noche.

Cuanto más tiempo permanecía sin moverse, más tentadora le resultaba aquella suavidad… parecían arenas movedizas mentales que tiraban con delicadeza de sus pensamientos. Lo más sencillo habría sido tumbarse en la oscuridad y quedarse dormida ahí mismo, así que empezó a caminar a ciegas, poniendo cuidado en cada paso que daba.

Por suerte, al avanzar la oscuridad iba desvaneciéndose, y por el rabillo del ojo distinguió una suave luz plateada que empezó a definir lo que se encontraba a su alrededor.

Annwfyn se parecía mucho a un asilo.

La cualidad reconfortante y cálida de la oscuridad se había evaporado, reemplazada por una sensación claustrofóbica. Había camas de paja sucias apiladas contra las paredes, y en todas ellas se amontonaban demasiadas personas… todas enfermas, heridas o simplemente agotadas y desesperadas. El

aire resultaba denso por el hedor de los cuerpos sucios… y, por supuesto, el fuerte olor de la sosa cáustica.

Cualquier otro se habría quedado espantado ante una escena así, pero Abigail lo había vivido, así que, para ella, resultaba simplemente una visión fatigosa. En algún lugar, bajo los murmullos quedos, escuchó el llanto de una niña pequeña… y por algún motivo esto la obligó a detenerse.

Cerca de una cama, en un rincón de la habitación, una niña de pelo rubio con marcas de viruela en la cara lloraba tendida sobre su madre.

—Te pondrás bien, mamá —escuchó decir a su yo más joven—. Solo tienes que luchar contra ello. Te recuperarás.

La mujer acostada también era rubia, pero tenía el pelo pegado a la frente y apenas podía abrir los ojos. Si escuchaba los ruegos de su hija, su expresión no lo dejaba entrever.

—Bueno —dijo Abigail en tono cortante—, esto me parece un golpe bajo.

Le tembló la voz al hablar, y se descubrió con la vista clavada en su primera madre, impactada ante su evidente sufrimiento.

—Soy el Último Suspiro. —Las palabras sonaron detrás de ella, y Abigail se giró para mirar a la mujer que hablaba—. Soy la Última Escolta. Soy la Noche Oscura y Tranquila.

La figura que se encontraba detrás de Abigail se parecía a Mercy, tenía el pelo largo y negro y la piel demasiado pálida. Sin embargo, la oscuridad embargaba sus ojos, y no llevaba cofia… estaba cubierta por completo por pesadas capas de medianoche. Los ojos que posó en Abigail transmitían una bondad terrible e inhumana.

—Déjame llevármela, Abigail —dijo la mujer con suavidad—. La sacaré de aquí y le daré paz.

Abigail volvió a mirar a su madre. En ese momento le resultaba evidente, como no lo había sido cuando era niña, que su madre había aguantado demasiado, que sí que había escuchado los ruegos de su hija y había intentado sobrevivir a la enfermedad que había acabado por llevársela.

—No quiere irse contigo. A pesar de su sufrimiento, no quiere irse. ¿Es que no lo entiendes?

La falsa Mercy estudió a Abigail con seriedad.

—Tu madre se queda por ti. Tú tienes el poder de liberarla.

Abigail tragó saliva. Dio un paso titubeante hacia la cama de paja sucia, arrodillándose frente a ella.

—Por favor, no te mueras —suplicó la pequeña Abigail—. No me dejes aquí sola, mamá.

A Abigail se le llenaron los ojos de lágrimas. Despacio, alargó el brazo para cogerle la otra mano a su madre. Tenía la piel caliente y seca, ya había sudado casi toda el agua que tenía.

—No me dejarás sola —dijo Abigail con gran dificultad—. Habrá otras personas que cuidarán de mí. Si quieres vivir, entonces sí que debes luchar por ello, pero no deberías quedarte aquí solo por mí. ¿Lo entiendes? Tiene que ser tu decisión, mamá.

Por un momento, le pareció que la mirada distante de su madre se fijaba en ella. La mujer emitió un suspiro quedo… tan suave que apenas era audible.

Y la primera madre de Abigail murió.

—Tu madre no necesitó guía hacia el otro lado —dijo la falsa Mercy— porque le dijiste que no te esperase.

Abigail dejó caer la mano de su madre para secarse los ojos.

—¿Esto es real? —preguntó con voz ahogada—. ¿Estoy aquí de verdad?

—Sí —respondió la falsa Mercy— y no. Es complicado. —Hablaba sin ninguna inflexión, su voz no se parecía en nada a la que Abigail había llegado a amar—. No es tu momento de morir, Abigail Wilder, pero llegará el día en que te sentirás cansada, y cuando llegue ese día, yo aliviaré tu dolor.

Abigail sintió que la ira le cerraba la garganta. Se puso en pie de un salto, enfrentándose al espectro con el rostro de Mercy. De repente, comprendió exactamente con quién, o más bien con qué, hablaba. Era más grande que Mercy, más oscura, y mucho más implacable. Había visto atisbos terribles de ella a veces, en las ocasiones en que Mercy había utilizado su poder.

—No te quedarás con mi dolor, Luengasombra —dijo Abigail—. No te lo he ofrecido. No me tendrás, ni ahora ni nunca. —Apretó los puños con fuerza—. Miras a tu alrededor y lo único que ves aquí es dolor. Pero yo veo injusticia ¡demasiada injusticia! No aceptaré tu estúpida paz por muchas veces que me la ofrezcas.

Luengasombra arrugó ligeramente el gesto.

—Qué tontería. La muerte es inevitable. Aceptarlo te concede paz y virtud.

Abigail resopló.

—Respecto a la paz, eso te lo concedo. Pero tumbarse y dejarse morir no es ninguna virtud. Es lo que hay. ¿Por qué tendría que aceptarlo nadie si no lo desean? No permitiré que la muerte se me lleve en silencio. Me quedaré aquí como un fantasma si es necesario. Encontraré algún hechicero que quiera mi consejo, y les enseñaré a hacerme un medallón. Lucharé contigo por cada segundo de mi existencia.

Luengasombra le echó un vistazo a la mujer acostada en la cama, y Abigail alzó el mentón en respuesta.

—Mi madre tomó su decisión. No se la escatimaré, ni a ella ni a nadie que quiera seguir adelante. Pero no me arrebatarás mi decisión. Si la muerte es injusta, no cruzaré al otro lado. Me quedaré aquí con mi dolor, y detendré muertes injustas, las de la gente que moriría de hambre, y enferma, y los que han sido asesinados, como Lucy y Hugh. Y, si soy capaz, descubriré cómo traerlos de vuelta. Le daré a alguien la manzana, y después esperaré cien años y entregaré una nueva manzana, y así hasta que el árbol acabe por secarse y morir.

Luengasombra sacudió la cabeza.

—No lo entiendo. No puedes vivir para siempre, Abigail Wilder. Las cosas no se hacen así.

—Yo sí. Ya lo verás. —Clavó su mirada en los profundos ojos negros de la falsa Mercy—. Sé lo que eres. Crees que Mercy y tú sois iguales, pero no lo sois. Tú tan solo eres un pedazo de tierra en el Mundo de las Hadas. Ella es más. Ella tiene mil rostros, mil historias, y ha aprendido a preocuparse por todas ellas, tú no. Ha aprendido a darle la oportunidad de elegir a la gente. Ojalá tú también aprendas algún día. —Abigail inspiró profundamente, armándose de valor y de rabia—. Me has ofrecido un regalo, Luengasombra… pero en realidad no entiendes lo que es un regalo ¿verdad? No tengo por qué aceptar un regalo solo porque me lo hayas ofrecido. La próxima vez, ofréceme justicia en vez de paz, y lo valoraré.

En esa ocasión, Luengasombra no le contestó. Pero despacio, muy despacio, el asilo se desvaneció, fundiéndose con la oscuridad, y el crepúsculo iluminó el horizonte. Abigail se giró y vio la luz rosada que resplandecía tras una colina empinada cubierta por una alfombra de lirios plateados.

—¡Oh! —exclamó Hugh—. ¡Estás aquí!

Catástrofe Oscura y él acababan de aparecer detrás de Abigail. Hugh tenía aspecto cansado pero decidido mientras que Catástrofe Oscura parecía simplemente pensativa.

—¿Aprendiste algo de la noche oscura? —le preguntó la sluagh a Abigail.

—Sí que lo hice —respondió ella sorprendida tras pensarlo un poco—. Aunque no estoy segura de haber aprendido lo que la noche oscura quería, si soy sincera.

Catástrofe Oscura estudió con atención a Abigail, y después dijo:

—Te prometí que te llevaría al otro lado. Te llevaré hasta allí ahora. Es decisión tuya si cruzas o no.

Abigail asintió.

—La señorita Fernside habrá ido hasta el árbol que crece en la frontera. Yo también quiero ir allí, si es posible.

Catástrofe Oscura señaló con una de sus garras la colina en la distancia.

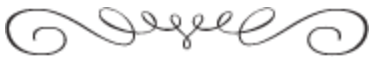
—Allí. Desde la cima de esa colina se ve el árbol y también el otro lado. No tardaremos mucho. Espero que estéis preparados.

Abigail miró a Hugh y le tendió la mano. Él entrelazó los dedos con los suyos y sonrió con sorna.

«Sigo sin tener ni la menor idea de lo que haré» pensó Abigail.

Pero era un pensamiento inútil, así que en voz alta dijo:

—Creo que estamos preparados.



La ascensión por la colina de los lirios plateados les llevó mucho más tiempo del que debería, aunque eso no fue ninguna sorpresa para Abigail tras sus muchos viajes por el mundo feérico.

No es que la colina pareciera crecer, ni el cielo acercarse, pero cuanto más caminaban por la pendiente, más se oscurecía el crepúsculo. No había luna ni estrellas en el Mundo de las Hadas… Así fue como supo Abigail que habían llegado a la cima.

Cuando por fin llegaron, vio miles de estrellas que salpicaban todo el cielo de medianoche, muy lejos, y le pareció que había una división clara entre el cielo feérico vacío y la brillante cascada de astros que coronaba el otro lado. De hecho, descubrió que el otro lado era literalmente el otro lado de la colina… una tierra bañada por la luz melancólica de las estrellas.

Un árbol plateado muy alto se alzaba en la cima de la colina, ocupándola casi por completo. Era exageradamente grande para ser un manzano; la mitad de sus ramas retorcidas se elevaban hacia el cielo de las hadas, y la otra mitad se alargaba hacia el otro lado… como si quisiera trenzar los dos reinos juntos.

Delante del árbol se encontraba la señorita Fernside con su vestido amarillo, y junto a ella había un hombre pálido de pelo blanco aún más bajo que la señorita Fernside… tenía un aura digna e iba vestido de medianoche, y el crepúsculo de Luengasombra brillaba en su mirada.

—¡La traerás de vuelta, Mercy Medianoche! —gritó la señorita Fernside con voz ahogada—. Después de todo lo que he hecho, de todo el sufrimiento que me has causado, me devolverás a mi madre. No tienes elección.

Abigail estudió al hombre que se encontraba junto a la señorita Fernside con una sensación hueca y extraña en el pecho. Había huellas de la Mercy que ella conocía en él; la piel y los ojos eran idénticos, aunque el pelo era muy distinto. Su majestuosidad lejana le resultaba familiar. Pero lord Luengasombra parecía muy incómodo de una forma en que Mercy no lo había estado, y tenía una actitud envarada y abatida. De alguna manera, ese hombre era una figura falsa, una especie de charada obligada… una máscara hueca.

«En realidad no eres un lord en absoluto, Mercy —pensó Abigail con empatía—. Estabas mucho más cómoda como lavandera ¿verdad?».

—No puedo darte lo que me pides —dijo el hombre con voz calmada—. Tu madre ha cruzado al otro lado. Nadie puede regresar de esas tierras… ni siquiera los sluagh.

La señorita Fernside, con las mejillas mojadas por las lágrimas, miraba con furia a lord Luengasombra

—Mientes —susurró—. Eres el Guardián de la Vida y la Muerte. Puedes devolverle la vida a la gente.

Lord Luengasombra hizo una mueca.

—Las hadas no pueden mentir, señorita Fernside. Lo juro: tu madre está más allá de mi poder.

Abigail inspiró profundamente y agarró la mano de Hugh con más fuerza.

«No puedo usar mi magia normal —pensó—. ¿Qué puedo hacer?»

—Los sluagh pueden matar a una persona —comentó, dirigiéndose a Catástrofe Oscura—. En teoría… ¿podrías matar a la señorita Fernside?

—Podría —respondió la sluagh con una mirada sombría—. Podría matarla con solo rozarla. Por supuesto, en condiciones normales no haría algo así. Pero ha secuestrado a mis amigos y ha deshonrado a lord Luengasombra. Como consecuencia, me corresponde vengarme.

Abigail enarcó una ceja.

—Creía que no te gustaba demasiado lord Luengasombra.

—Y no me gusta —respondió Catástrofe Oscura con una sonrisa afilada—. Pero, aunque yo pueda deshonrar a lord Luengasombra impunemente, un mero mortal no debe osar hacer lo mismo. —Hizo una pausa—. Por desgracia, la señorita Fernside posee el nombre de lord Luengasombra, y el Último Suspiro es más poderoso que yo. Mientras la señorita Fernside esté atenta, no conseguiré darle alcance, solo tiene que ordenarle a lord Luengasombra que me detenga.

Abigail asintió despacio mientras se devanaba los sesos. Sinfulgor había dicho que la señorita Fernside usaba un colirio para poder ver a los fantasmas; con un poco de suerte, se había puesto las gotas hacía poco tiempo.

—Espera tu oportunidad —le indicó a la sluagh—. Haré lo posible por conseguirte una.

Entonces se giró, dio un paso al frente, y alzó la voz para que la escuchara la señorita Fernside.

—Mercy no miente —dijo—. Tú misma has leído suficientes cuentos de hadas como para saberlo, señorita Fernside.

Lord Luengasombra giró la cabeza con brusquedad al escucharla, y una serie de emociones horribles se sucedieron en sus ojos familiares: vergüenza, le pareció a Abigail, y una enorme preocupación.

La señorita Fernside se volvió hacia ella secándose las lágrimas.

—Supuse que ya estarías muerta a estas alturas —comentó con cautela.

Abigail ocultó su alivio, intentando que su rostro no la traicionara. «La señorita Fernside me ve, pero todavía no ha comprendido que soy un fantasma».

—¿De verdad creías que me ibas a engañar tan fácilmente? —dijo Abigail con más bravuconería de la que sentía—. Un amuleto feérico me previno de tu veneno.

La mentira era creíble, dado que sí había poseído dicho amuleto feérico. Lo malo fue que lo perdió en el peor momento posible, de otra manera, le habría advertido de que había veneno en su petaca, estaba segura.

La señorita Fernside alzó el mentón, y Abigail añadió:

—No bailé con el señor Ruell porque quisiera casarme con él ¿sabes? Tan solo creía que era él quien se dedicaba a envenenar a las damas. Aunque temo que tu estratagema me confundió, le aseguré a mi padre que el señor Ruell era el responsable y pronto se le juzgará como practicante de magia negra.

La señorita Fernside abrió mucho los ojos.

—¿Qué? —exclamó—. ¡No! ¡El señor Ruell no mató a nadie! Hugh miró a la señorita Fernside con una expresión de inocencia absoluta.

—Escuché a Abby decírselo —confirmó—. En ese momento tenía todo el sentido del mundo.

Por el rabillo del ojo, Abigail vio que la sombra de Catástrofe Oscura se acercaba oscilante por el suelo.

—El señor Ruell bailó con todas las señoritas que murieron —continuó Abigail con un tono indiferente—. Ahora entiendo que las chicas murieron tan solo porque tú querías casarte con él…

—¡No quería! Es decir… ¡no quiero! —la señorita Fernside estaba enrojecida de angustia—. ¡El señor Ruell es mi amigo! Odiaba la forma en la que todas esas mujeres hablaban de él. ¡Lo llaman señor Rojo! Hasta tú lo

llamaste así… ¡como si no fuera una persona de verdad, sino un pañuelo atractivo!

Abigail sacudió la cabeza.

—¿Y por eso merecían morir? Un poco excesivo ¿no?

La señorita Fernside apretó con fuerza los labios.

—Nadie merece morir, pero tenía que elegir a alguien de todas formas, así que elegí personas horribles.

—Y a mí —añadió Abigail escéptica.

—Y a ti —corroboró la señorita Fernside con cierta preocupación—. Me pareció que me estabas investigando… y tenía razón. Pero no estás muerta, así que no importa. —Paseó la mirada rápidamente entre Abigail y lord Luengasombra—. Cuando concluya con mis asuntos aquí, me entregaré y salvaré al pobre señor Ruell. Mientras recupere a mi madre no me importa.

Abigail apartó la cara. Era duro ver la expresión en el rostro de la señorita Fernside… No porque se sintiera mal por ella, sino porque parecía terriblemente segura de la superioridad moral de su causa.

—Tú también habrías hecho lo que hiciera falta —continuó la señorita Fernside—. Sé que sí. Si hubiera sido tu madre.

Abigail recordaba con claridad la sensación de la mano de su madre en la suya.

«Al final sí que aprendí algo de Luengasombra» pensó.

—No lo habría hecho. Lo sé con certeza. —Volvió a levantar la mirada hacia su interlocutora—. Mucha gente muere, y les devolvería la vida si pudiera… si ellos quisieran volver. Pero no mataría a otra persona para conseguirlo.

Un graznido áspero y un repentino batir de alas la interrumpieron.

Catástrofe Oscura, transformada en un cuervo añil de aspecto feroz, se precipitó desde el cielo para clavar las garras en el rostro de la señorita Fernside, pero lord Luengasombra se giró como un torbellino y fijó su mirada crepuscular en la otra sluagh.

Las sombras se movieron como el agua, lanzándose contra Catástrofe Oscura, y el cuervo añil cayó dando tumbos a los pies del árbol plateado, todavía forcejeando por liberarse de sus ataduras.

La señorita Fernside se agarró el pecho, respirando con dificultad y dejó escapar una risita nerviosa.

—¡Muy lista, señorita Wilder! Casi me atrapas. Pero lord Luengasombra está obligado a protegerme, y ahora… creo que al final sí que le obligaré a acabar contigo. —Se giró para dirigirse a lord Luengasombra—. Mercy Medianoche, te lo ordeno: da muerte a la señorita Abigail Wilder.

Lord Luengasombra parpadeó muy despacio. Una sonrisa lenta y astuta se dibujó en sus labios.

—No puedo —dijo.

—¿Qué? —exclamó la señorita Fernside enarcando las cejas—. Eres el Guardián de la Vida y la Muerte…

—Estoy sometido a varios vetos —la informó lord Luengasombra—. No puedo hacerle daño a nadie con mi magia.

Abigail desvió la mirada hacia Catástrofe Oscura, todavía forcejeando en su trampa de sombras. Lord Luengasombra no le había hecho ningún daño… pero le había impedido herir a la señorita Fernside. Y supo que muy pronto la señorita Fernside descubriría que lord Luengasombra podía atraparla a ella también si se lo ordenaba de la manera adecuada.

Abigail cerró los ojos. La pieza de Vallebaldío que solía estar en su interior había desaparecido… pero todo Luengasombra se extendía bajo sus pies, silencioso y cauto. Era una tierra que podía tocar a los fantasmas, así que supuso que también podría usar su magia.

—Dame lo que necesito, Luengasombra —susurró Abigail—. Sé que puedes.

Un diminuto tentáculo de poder frío y negro se enroscó en sus pies. Abigail lo sostuvo en su mente, obligando a su imaginación a convertirlo en algo real.

Su imaginación escaseaba, como siempre. Resultaba evidente que nunca podría imaginarse algo tan fantástico como lo que creaba lord Luengasombra en su propio reino, pero tampoco necesitaba nada demasiado extravagante, solo algo pequeño.

Abigail imaginó que su cuerpo se volvía sólido, como Vallebaldío hacía con Hugh cuando el niño iba de visita. No era difícil de imaginar, Abigail lo

había visto antes.

Poco a poco, su cuerpo se fue solidificando, y volvió a abrir los ojos.

—Necesito que eches a correr hacia Oscura —le susurró a Hugh—. Que parezca que intentas liberarla.

Hugh frunció el ceño.

—Yo no tengo magia —respondió dudoso—. No podría hacerlo ni aunque estuviera vivo.

—Pero eso la señorita Fernside no lo sabe —siseó Abigail—. ¿Lo harás?

Hugh sonrió al entenderla.

—Será fácil. Ni siquiera tengo los ojos vendados. ¿A la de tres?

—A la de dos —respondió Abigail—. Uno. ¡Dos!

Hugh salió a toda velocidad hacia el árbol plateado donde Catástrofe Oscura seguía forcejeando.

—Mercy Medianoche… ¡Detenlo! —ordenó de inmediato la señorita Fernside. Su mirada delataba el miedo que sentía, y Abigail comprendió que estaba mucho menos segura de sus planes de lo que les había hecho creer.

Abigail también echó a correr aprovechando el instante en que la señorita Fernside mantenía su atención en Hugh. La señorita Fernside la miró asustada y abrió la boca… pero Abigail se le adelantó.

—¡Mercy Medianoche! —ordenó Abigail—. ¡Adopta tu verdadera forma!

Lord Luengasombra dio un traspiés, congelado a medio camino entre alcanzar a Hugh y escuchar la orden de Abigail.

Abigail conocía el verdadero nombre de Mercy, exactamente igual que la señorita Fernside. Y, lo que es más, estaba segura de haberle ordenado algo que la propia Mercy deseaba hacer de verdad. Abigail chocó con la señorita Fernside y las dos cayeron al suelo con un golpe seco. Acto seguido, descendieron rodando por la otra ladera de la colina… hacia la cortina de estrellas que conducía al otro lado.

La señorita Fernside forcejeaba mientras rodaban y rodaban… pero a lo largo de su vida Abigail se había enfrentado a cosas muchas peores que los forcejeos de una señorita bien educada, y continuó agarrada a ella mientras la arañaba en los brazos y en el rostro.

—¡Para! —aulló la señorita Fernside mareada—. ¡Desapareceremos las dos!

—Tú sí —respondió con ferocidad Abigail, y cerró los ojos con fuerza—. Pero yo no.

Las estrellas giraban, creciendo más y más. Pronto tuvieron el otro lado delante de ellas, brillaba a través de sus párpados cerrados con la luz de mil estrellas…

El descenso de Abigail se detuvo de golpe, y cuando abrió los ojos con cuidado vio cómo desaparecía el último retazo del vestido amarillo de la señorita Fernside, engullido por la cortina de luz de estrellas en la base de la colina.

Detrás de la cortina había una tierra… una tierra oscura, extraña y poblada de sombras. Abigail entrecerró los ojos para protegerse de la brillante luz de las estrellas, apenas era capaz de distinguir el mundo que había más allá. Aunque veía la silueta distante de montañas oscuras y lirios hermosos, no encontró ningún rastro de la señorita Fernside.

La dama y su vestido amarillo simplemente habían desaparecido.

—No tienes permiso para ir allí —dijo Mercy—. Dijiste que no irías ¿te acuerdas?

Mercy Medianoche, con su piel clara, su pelo negro, sus ojos de atardecer y su cofia de lavandera, sujetaba con fuerza a Abigail entre sus brazos. Las sombras todavía se aferraban a su piel, luchando para impedir que siguiera cayendo. El otro lado resplandecía, pacífico, a apenas unos centímetros de su nariz.

—Sabía que no lo permitirías —mintió Abigail con más confianza de la que sentía en realidad. Lo cierto era que no lo sabía en absoluto, solo había abrigado esa esperanza.

Mercy la ayudó a incorporarse con mucho cuidado. La preocupación y la vergüenza seguían poblando su mirada.

—Supongo que ahora lo sabes —dijo con voz suave.

Abigail inclinó la cabeza.

—¿Qué es lo que sé? —preguntó con curiosidad. Alargó el brazo para cogerle la mano y entrelazó los dedos con los suyos.

Mercy observó sus manos sorprendida.

—Bueno, que… que no soy una mujer. Ni tampoco un hombre, en realidad. Supongo que, si lo pienso, no soy nada.

Abigail sonrió despacio.

—No estoy de acuerdo, Mercy Medianoche. Te ordené que adoptaras tu verdadera forma, y esta fue la que elegiste.

Mercy observó a Abigail tras los mechones de su cabello mientras comenzaba el lento ascenso a la colina. Una expresión esperanzada se había asentado en su rostro.

—Su-supongo que tienes razón. La verdad es que… nunca había tenido una forma verdadera. No sabía que eso existía, me limitaba a convertirme en lo que pensaba que la gente esperaba de mí.

Abigail sonrió con cariño.

—Pero ahora tienes una. Y a mí me gusta mucho ¿sabes?

—Lo sé —respondió Mercy suavemente—. Me preocupaba tanto que dejara de gustarte si me convertía en otra persona... Pero no soy otra persona. Es maravilloso saberlo.

—Me habría gustado lo que fuera que hubieses elegido con un poco de tiempo —dijo Abigail con timidez—. Pero es que eres una lavandera irresistible.

Los lirios plateados de la colina brillaban bajo la luz de las estrellas del otro lado. Abigail miró a su alrededor y decidió que aquello era aún mejor que lo que se había imaginado.

Abrazó a Mercy y se inclinó para besarla.

Mercy parpadeó con sus ojos de atardecer, pero en el último momento se puso de puntillas para devolverle el beso.

Sus labios eran cálidos y suaves. Todo en ella era cálido y suave, pensó Abigail. De alguna manera era incluso más menuda que ella, y aunque Abigail era consciente de que en realidad debía ser al contrario, le gustaba la idea de poder protegerla entre sus brazos.

Acarició el pelo largo y negro de Mercy con calma, sacándole más y más mechones de la cofia. Mercy sonrió, dichosa, mientras la besaba, y a Abigail se le hinchó el corazón de amor y alivio.

Por fin, Abigail se apartó, aunque volvió a inclinarse para tocar con su nariz la punta de la nariz de Mercy.

—He decidido enamorarme de ti, Mercy Medianoche —anunció Abigail muy seria.

Mercy colocó la palma de su mano en la mejilla de Abigail con cariño.

—He decidido que eso suena estupendamente, Abigail Wilder —respondió Mercy—. ¿Por qué no te devuelvo el favor?

Capítulo veintidós



Mientras subía la colina con Mercy, Abigail le explicó lo mejor que pudo los acontecimientos que la habían conducido hasta Luengasombra. Caminaron mucho más de lo que debería haber sido necesario para llegar a la cima, y fueron todo el recorrido de la mano, observando cómo se mecían los lirios plateados con el viento invisible.

Hugh y Catástrofe Oscura las esperaban sentados junto al tronco del árbol plateado, con la vista fija en la ladera. Catástrofe Oscura volvía a ser un hada de color añil, aunque algunas de sus plumas seguían diseminadas por el suelo a su alrededor.

—Me sorprende ver a Oscura aquí —dijo Mercy—, pero estoy agradecida. Nunca pensé que vendría a ayudarme.

Catástrofe Oscura puso los ojos en blanco.

—¡Valiente manera de dar las gracias! ¿Ni siquiera me las vas a dar directamente?

Abigail sonrió avergonzada.

—Mercy está sometida a un veto que le impide hablar directamente con ningún sluagh —explicó—. Pero espero que lo solucionemos pronto.

Catástrofe Oscura hizo un ruidito mientras asimilaba la información. Inclinó la cabeza hacia Mercy.

—Eres una mema, pero seguimos siendo hermanas, o algo parecido. Siempre te ayudaré cuando tengas una verdadera necesidad.

Hugh le sonrió a Catástrofe Oscura.

—Eso fue lo que le dije a la noche oscura. Tuve que gritarlo un montón de veces, pero al final me dejó pasar.

—¿Le dijiste a la noche oscura que soy mema? —preguntó Abigail sorprendida.

—Algo parecido —respondió Hugh con un resoplido de risa—. A veces lo eres ¿sabes? Por eso tengo que quedarme y ayudarte todo el rato.

Mercy se volvió hacia el otro lado de la colina, y dirigió una mirada melancólica a las estrellas.

—Las vistas son preciosas ¿verdad? —le dijo a Abigail—. Aunque no tengas intención de cruzar.

—Sí que lo son. No me importa si tan solo las observamos.

Mercy respiró profundamente.

—Vaya —dijo—, parece que tenemos compañía. Si he aprendido algo de este tiempo fingiendo ser inglesa, es que tengo que poner una tetera al fuego.

—¿En qué fuego? —preguntó Catástrofe Oscura confundida.

Mercy sacudió la cabeza y le ofreció la otra mano a Catástrofe Oscura para ayudarla a levantarse. Aunque no tenía permitido responder directamente, la diversión se reflejaba en su semblante.

Mercy las guio ladera abajo por el lado feérico hasta que llegaron al atardecer rosa y azul de Luengasombra. Esta vez, descubrieron una cabaña de piedra que no había estado allí al principio. La cabaña estaba cubierta casi del todo de hiedra y glicinias, pero unas pocas ventanas cerradas asomaban entre el follaje. En conjunto era una casa muy acogedora y cálida.

—Supongo que pronto tendremos más visitas —les dijo Mercy al abrir la puerta para dejarles pasar—, mejor esperamos a que lleguen.

Abrió los postigos de todas las ventanas cerradas para que entrara la luz tenue del exterior. La cabaña consistía en una cocina pequeña, una mesa con sillas y una cama estrecha con una manta que parecía muy mullida. Sí que había un fogón en la cocina, y se parecía tanto a lo que Abigail se había imaginado que tuvo que dedicar un momento a maravillarse con ello.

Dos hadas y dos fantasmas se acomodaron en la mesa para tomar el té como si no hubiera ocurrido nada extraño en absoluto. Tal y como Mercy

había predicho, pronto se escuchó un golpe en la puerta de la cabaña, y se levantó para recibir a sus invitados.

El hombre que apareció en el umbral era alto y delgado, llevaba un abrigo raído y tenía una pose muy digna. Su piel era tan negra como la medianoche de Mercy, e infinitas estrellas brillaban en las profundidades de sus ojos oscuros.

Mercy le echó los brazos al cuello con un grito de alegría, aunque lo que querría haberle dicho se le quedó atascado en la garganta.

—¡Oh! —dijo Abigail—. ¿Es ese Sinfulgor, sano y salvo?

Sinfulgor le devolvió el abrazo a Mercy y miró a Abigail por encima de su hombro.

—Y en plena forma —respondió él, y Abigail reconoció la voz del cuervo enjaulado—. Aunque tengo una terrible confesión que hacer, lord Luengasombra, he divulgado la segunda parte de tu nombre…

—Aún no puede hablar contigo —dijo Abigail con una sonrisa de disculpa —, pero ya se lo he contado todo, y creo que simplemente se alegra de verte.

Mercy estrechó a Sinfulgor entre sus brazos con más fuerza a modo de respuesta. Después dio un paso atrás y se fijó en las personas que se encontraban detrás de Sinfulgor.

—¡Ya me parecía que tendría visitas! —exclamó—. Estáis todos invitados a tomar el té… aunque estaremos un poco apretados.

Una buena cantidad de gente desfiló por la cabaña de Mercy. El primero en entrar, por supuesto, fue Luna Sinfulgor, seguido de otros dos sluagh, uno era una figura pálida y fantasmal, sin género, y el otro una mujer que recordaba a una araña y tenía demasiados dedos en las manos. Lucy, con su sempiterno camisón, insistió en entrar justo después. Dora iba detrás de Lucy, con el bolso de Abigail debajo del hombro, y Abigail comprendió que su madre debía haber entrado en el Mundo de las Hadas directamente desde el baile, pues seguía llevando solo la camisola y la pelliza.

Cerraba la comitiva Elias Wilder con el cuerpo dormido de Abigail en brazos. La otra Abigail seguía llevando el vestido verde de seda de Dora, aunque después de atravesar las zarzas del mundo feérico el vestido había quedado bastante maltrecho.

—Así que esta es la pavorosa guarida de lord Luengasombra —comentó Elias con sequedad—. Debo admitir que no estaba preparado para semejante visión.

Cuando vio a Abigail sentada a la mesa sonrió claramente aliviado, y su expresión suavizó el filo de sus palabras.

Lucy observó perpleja el interior de la cabaña.

—¿Qué demonios es este lugar miserable? ¿Se supone que es la casa de un conde feérico?

Mercy suspiró profundamente.

—A lo mejor no debería haber invitado a pasar a todo el mundo —murmuró—. Eso me pasa por bocazas. —Miró de reojo a Elias—. Puedes tumbar a la otra Abigail en la cama si quieres.

Elias la colocó con gran cuidado sobre la colcha.

—He notado que la señorita Fernside no se encuentra entre nosotros —comentó Elias—, así que entiendo que no me la llevaré de vuelta a Inglaterra a enfrentarse a la justicia del rey ¿verdad?

Abigail posó la mirada en su taza.

—La señorita Fernside ha cruzado al otro lado —dijo en voz baja—. No regresará.

—Bien —resopló Lucy—. Es lo que se merecía.

Se había quedado inmóvil frente a la mesa, mirando hacia las sillas vacías. Abigail se preguntó a qué estaría esperando… hasta que Mercy, con un nuevo suspiro, hizo un gesto con la mano. Una de las sillas se retiró de la mesa para Lucy, que se sentó en ella con expresión satisfecha.

—Nos encontramos con el señor Jubilee por el camino —dijo Dora mientras observaba la cabaña con tranquilidad—. Aquí tengo su antídoto contra la belladona. Me sugirió que después hiciéramos una visita a Negraespina para llevar los lirios. Supuse que no te importaría, señorita Mercy.

—Me encantaría —respondió Mercy con una sonrisa.

Dora rebuscó en el bolso de Abigail, y al hacerlo un bracito de paja se agitó en busca de libertad.

Mercy se quedó congelada con la vista fija en la bolsa. Sinfulgor reculó de espaldas hacia la puerta, con los otros dos sluagh escondiéndose detrás de él. Catástrofe Oscura se convirtió en el cuervo añil, que voló hacia la ventana, encogido y lanzando graznidos de miedo.

Dora le dedicó una mirada reprobadora al dueño del brazo de paja… y este desapareció malhumorado en el bolso.

Los sluagh se fueron relajando poco a poco. Catástrofe Oscura revoloteó y se posó en el suelo de nuevo con un último graznido de sospecha dirigido al bolso. Se atusó las plumas, como para demostrar lo poco que la asustaba el muñequito de paja, y después volvió a convertirse en el hada color añil.

—¡Ajá! —exclamó Dora cuando encontró lo que buscaba. Cerró el bolso con firmeza y le ofreció algo a Mercy, que lo observó confusa.

—¿Una alubia? —se sorprendió.

—Eso parece —confirmó Dora—. El señor Jubilee nos indicó que había que triturarla y dársela a Abigail con una infusión. Por lo que veo, ya tenemos la mitad del trabajo hecho.

Mientras hablaban, Lucy había empezado a dar golpecitos en el suelo con el pie. Se le fue oscureciendo cada vez más la expresión, y al final estalló:

—¡Ya he esperado más que suficiente! Estoy aquí, en Luengasombra, exactamente donde me habían indicado que viniera. Deseo recibir mi audiencia formal ahora.

Mercy la miró anonadada.

—¿Que quieres qué? —preguntó incrédula.

Abigail se llevó la mano a la frente.

—¿Es que no has prestado atención a nada, Lucy? Mercy es lord Luengasombra. Has hablado con ella una docena de veces.

Lucy entrecerró los ojos.

—No he hecho mi solicitud formal —respondió—. Se me prometió que tendría la oportunidad de presentar mi caso ante lord Luengasombra.

Sinfulgor se volvió hacia Lucy con tal expresión paciente y serena que resultaba evidente que no podía ser humano.

—No te prometí nada por el estilo. Te dije que era posible que tuvieras una audiencia con lord Luengasombra, y que quizás tuvieras la oportunidad de

presentar tu caso.

Lucy se cruzó de brazos, furiosa.

—Pero insinuaste…

—Ah, sí, desde luego que insinué —le dio la razón Sinfulgor con calma—. Pero las insinuaciones no son contratos vinculantes.

—Siéntate, bébete el té y guarda silencio —le aconsejó Mercy a Lucy—. No escucharé ni una palabra de tus labios hasta que Abigail esté sana y salva.

Lucy abrió la boca indignada… pero, por mucho que movía los labios, no se escuchaba ningún sonido. Lucy parpadeó impactada.

—Uf, menos mal —suspiró Catástrofe Oscura—. Estaba a punto de arrancarle la lengua.

Lucy cerró la boca de golpe, aterrorizada.

Dora se acercó a la encimera con Mercy, y las dos charlaron amistosamente mientras molían la extraña alubia. Elias se sentó entre Hugh y Abigail y comenzó a comprobar que no estuvieran heridos. No podían estarlo, por supuesto, ya que eran fantasmas, pero Abigail se lo permitió de todas maneras.

Por fin, Mercy mezcló la alubia en polvo con una taza de té y la acercó a la cama. Abigail tuvo una sensación rarísima de calor en la garganta… seguida de un regusto como a tiza. Con una mueca, intentó quitarse el sabor de la boca con un sorbo del té que tenía delante… pero no consiguió eliminar el gusto de la lengua de su verdadero cuerpo.

—¿Funciona? —preguntó Dora.

Mercy inclinó la cabeza mientras estudiaba el cuerpo de Abigail.

—Creo que sí. Antes le quedaban minutos para morir, pero ahora parece que son más bien horas. ¡Oh! y ahora ya no está moribunda en absoluto. Debí imaginarlo, en materia botánica, Negraespina sabe lo que hace.

Abigail suspiró de alivio.

—Bueno, supongo que ahora ya solo estoy un poco maldita. No me voy a quejar por dormir durante un año en vez de morirme.

Mercy la miró desconcertada.

—Bah, de ninguna manera te vas a pasar un año entero durmiendo. Un beso de amor verdadero rompe casi todas las maldiciones de las hadas… y hay

un montón de gente que te quiere.

—Ah, es verdad —dijo Dora—. Casi se me olvida.

Mientras hablaba, Dora se inclinó para rozar con sus labios la frente de Abigail… y la despertó.

Abigail parpadeó varias veces, somnolienta. Le seguía doliendo la cabeza, y notaba un regusto en la lengua como si la tuviera cubierta de tiza, pero los temblores espantosos y las náuseas habían desaparecido por completo.

Mercy le tendió la mano para ayudarla a levantarse, ella la aceptó agradecida y se incorporó con esfuerzo.

—Qué alivio —dijo Dora. Como siempre, habló en un tono monocorde, pero Abigail sabía que lo decía de corazón.

—Te habría besado yo misma —explicó Mercy muy seria—, pero soy más poderosa que Oscura y puedo romper cualquier maldición que lance, así que tampoco demostraría demasiado.

Catástrofe Oscura se cruzó de brazos.

—De eso nada —respondió burlona—. Es evidente que te daba miedo intentarlo y por eso hiciste trampa.

Lucy dio un puñetazo en la mesa. Se había puesto muy roja de pura frustración.

Mercy sacudió la cabeza.

—Por molesta que sea —comentó—, la señorita Kendall me ha recordado…

Mercy metió la mano en el bolsillo de su delantal de lavandera; cuando volvió a sacarla sujetaba en la palma una pequeña manzana plateada. Los colores del crepúsculo de Luengasombra relucían en su superficie, alternando entre tonos rosas y azules. Abigail se quedó un momento con la mirada clavada en la manzana, incapaz de hablar.

—Esta es la manzana de la vida —declaró Mercy—. Soy una mujer de palabra. Te la entregaré a cambio de que levantes los vetos que me atan.

Elias la miró con una expresión recelosa y reservada, y Abigail se percató de que no había tocado el té.

—Después de todo este tiempo —dijo Elias con suavidad—, soy reacio a confiar en ti. Nunca me has dado demasiados motivos para ello.

Mercy apartó la vista.

—Lo sé. Yo… lo siento de verdad. Hay cosas que antes no entendía, cosas que tú mismo fuiste a descubrir cuando abandonaste el Mundo de las Hadas —dudó un momento—. Pero he guiado a mil almas perdidas hasta el otro lado. He escuchado todas sus historias, y he aceptado todos sus pagos. Y creo que… que el haber sido una lavandera, haber perdido a mis amigos y mis poderes, fueron todo cosas que necesité para comprender los detalles más importantes de ser humano. Al arrebatarme mis poderes, hechicero, me diste un regalo, tanto si lo pretendías como si no. Y ahora, a cambio, debo darte algo que tampoco tiene precio.

Elias estudió el rostro de Mercy mientras hablaba. Sus propios rasgos casi atemporales revelaron muy poco, pero, por fin, se giró hacia Abigail y Hugh.

Abigail inclinó la cabeza.

—Quiero mucho a Mercy —dijo con voz suave—, y me gustaría devolverle sus plumas.

Hugh también asintió, aunque su anterior actitud cansada y apagada había regresado. Abigail sabía que Hugh volvía a pensar en lo poco probable que era que se le concediera otra oportunidad de vivir, sin importar lo cercana que pareciera.

Elias sacó despacio la mano de la chaqueta con tres largas plumas negras.

—En ese caso, te libero de los vetos, lord Luengasombra, a cambio de la manzana de la vida.

Una llamarada de un dorado rojizo lamió las plumas en la mano de Elias. Poco a poco, las plumas se convirtieron en un fino polvo blanco que se diseminó por el suelo.

Mercy suspiró aliviada. Elias cerró los ojos, y Abigail notó un alivio similar en él cuando su magia por fin regresó.

Mercy le ofreció la manzana plateada a Elias… pero, cuando este abrió los ojos, sacudió la cabeza ligeramente.

—Es para Hugh —dijo en voz baja—. Estamos todos de acuerdo.

Mercy se volvió para ofrecerle la manzana a Hugh. Él la aceptó trémulamente, y le echó una mirada preocupada a Lucy. Entonces Abigail recordó, demasiado tarde, que Hugh le había prometido la manzana a Lucy.

—No —exclamó Abigail—. Ni se te ocurra, Hugh. Esa manzana es tuya.

—Ya lo sé —dijo Hugh en ese tono de voz agotado tan familiar, y dejó caer los hombros—. Es mía. Y se la voy a dar a Lucy para que su madre y ella no tengan que seguir estando tristes.

Al escucharlo, Dora fijó sus ojos disparejos en Hugh.

—Oh —dijo con suavidad—. Oh, cielos. Se me da tan mal ser madre… —y mientras hablaba un dolor distante anegaba sus ojos—. ¿Creías que yo no estaba triste, Hugh? Siento de corazón no habértelo demostrado antes, me cuesta mucho llorar como hacen las madres normales.

Hugh la miró como si lo hubiera golpeado.

—¿Qué? No, por supuesto que no, mamá. Siempre has sido estupenda. Y sí, ya sé que debes estar triste, pero por lo menos puedes verme algunas veces. La madre de Lucy no podrá volver a verla nunca. No te parece que eso es… bueno, ¿injusto?

Elias apartó la mirada.

—A mí también me encantaría poder verte siempre, Hugh —dijo en tono dolido—. Te mereces crecer con nosotros, igual que los otros niños.

Hugh titubeó, y al principio Abigail tuvo la esperanza de que sus padres lo hubieran convencido. Pero, un momento después, Hugh inspiró con fuerza y alzó el mentón, y dijo:

—Todos me habéis dicho que tengo derecho a tomar mis propias decisiones. ¿Es que no lo decíais en serio?

Abigail se estrujó las manos. No había mucho que pudiera decir. Aunque sí que había muchas cosas que quería decir: que Lucy se estaba aprovechando de la bondad de Hugh, que Lucy no habría hecho lo mismo por él ni en cien años si le hubieran dado la oportunidad… Pero en el fondo sabía que nada de eso lo convencería. Había tomado su decisión, por espantosa que fuera.

Lucy seguía sin poder hablar, pero le dedicó a Abigail una silenciosa mirada de triunfo. No había gratitud en su rostro, sus ojos brillaban de resentimiento y con la profunda satisfacción de haberse salido con la suya.

Hugh le ofreció la manzana a Lucy, que alargó la mano para cogerla… Pero, en cuanto la tocó, una sombra fría se interpuso.

Lucy dejó caer la manzana con un grito sordo y se llevó las manos al pecho. Tenía las puntas de los dedos azules de congelación.

Abigail se volvió hacia Mercy. Una sonrisa fría e inhumana había aparecido en sus labios.

—Señorita Lucy Kendall —dijo Mercy con suavidad—, ya tuviste tu audiencia, de hecho, tuviste más de una. Pero entonces pensabas que no era más que una lavandera, y me trataste como tal. Si hubieras leído un solo cuento de hadas, a lo mejor habrías actuado de otra forma. —La medianoche se acumuló en los ojos de Mercy y, por un momento, el atardecer en la cabaña se transformó en noche—. Ya emití mi veredicto sobre ti, aunque no lo percibieras. Dije que lord Luengasombra no te devolvería la vida y, como no puedo mentir, tampoco puedo permitir que recibas esa manzana.

Hugh, furioso, se volvió hacia Mercy.

—¡Dijiste que me dejarías tomar mis propias decisiones! —la acusó—. ¿Por qué te metes donde no te llaman?

El rostro pálido de Mercy tenía una expresión horrible y serena cuando se dirigió a Hugh.

—Tú has tomado tu decisión, Hugh Wilder —respondió con suavidad—, pero Lucy también tomó sus propias decisiones, y ahora debe enfrentarse a las consecuencias.

Hugh la miró impotente. Tras él, Lucy volvió a lanzarse hacia la manzana como si este segundo intento pudiera acabar de otra manera, pero, por mucho que lo intentara, era incapaz de coger la manzana. Las sombras treparon por sus brazos, dejando dolorosas ronchas azules a su paso.

Al final, dolorida y derrotada, Lucy se sentó en el suelo y se echó a llorar.

Hugh observó sus lágrimas con el corazón roto, pero Mercy se mantuvo impasible.

—Eso también es una consecuencia, señorita Kendall —dijo Mercy—. Ojalá algún día comprendas cómo funcionan las consecuencias, pero no estoy segura de que vayas a lograrlo nunca… y no tengo tiempo de enseñarte.

Acto seguido, se inclinó para recoger la manzana plateada, limpiándola con sus dedos largos y delicados y se la ofreció a Hugh una vez más, que la aceptó derrotado. Un momento después, el niño suspiró y se la metió en el bolsillo.

—No me la comeré —dijo con tozudez—. Estás haciendo esto para nada.

—Lo estoy haciendo por mis propios motivos —lo corrigió Mercy—. Puedes comértela o no, en cualquier caso, he cumplido con mi parte… excepto por el té, por supuesto.

Con esas palabras, Mercy Medianoche les sirvió a todos una nueva taza de té.

Epílogo



Abigail supo sin necesidad de preguntar que su reputación estaba arruinada, o por lo menos un poco más arruinada que antes. Poco importaba que hubiera puesto en riesgo su propia vida para atrapar a una hechicera maligna, a la luz de los terribles crímenes que había cometido: dejarse ver con un vestido de su madre que le quedaba grande y perseguir a un muñequito de paja en medio de un baile.

De cualquier manera, su reputación arruinada no le preocupaba lo más mínimo, pues a cambio había adquirido muy buena fama en el Mundo de las Hadas. Hadas de todas las formas, tamaños y títulos comentaban que la hija del sorcier real era una hechicera incluso más poderosa que su padre… y, además, mucho más amable. Los actos de Abigail no desacreditaron los rumores en absoluto, pues continuó siendo muy cuidadosa con las palabras, cuando no mentía descaradamente, y así convirtió peligrosos conocidos en nuevos amigos allá donde fue. Por supuesto, Abigail viajaba con frecuencia con su pareja y mejor amiga, la señorita Medianoche, que tenía la costumbre de lanzar miradas asesinas a cualquier hada a la que se le pasase por la cabeza intentar engañar a la señorita sorcière.

Abigail regresaba de vez en cuando a Inglaterra para ver a su familia, y aunque nunca consiguió disfrutar de los tés de su tía Vanessa, tampoco dejó nunca de asistir. Aunque a ella le resultaba difícil imaginarse un mundo mejor, siempre estaba deseosa de apoyar con su presencia a quienes sí lo hacían.

Quizás, querido lector, te sorprenda descubrir que un buen día se encontró en una de esas reuniones con lady Pinckney, vestida de luto y sentada a la derecha de la tía Vanesa, ocupada en poner orden entre las damas del té y regañarlas por sus cotilleos. Aunque nunca llegó a trabar amistad con lady Pinckney, le resultó reconfortante saber que algunas personas sí podían cambiar, aunque fuera un poco.

Por desgracia, la señorita Lucy Kendall no cambió en absoluto. Permaneció mucho tiempo bajo el árbol plateado de Luengasombra, esperando con terquedad a que creciera una nueva manzana. Mercy le comentó muchas veces a Abigail, cuando la visitaba en su casa, que Lucy acabaría por echar raíces y convertirse en árbol ella misma. Un día, cuando miró por la ventana de la casita de Mercy, Abigail descubrió que Lucy ya no estaba sentada junto al tronco del árbol. A lo mejor, como Mercy había supuesto, se había convertido en parte de él o, más probablemente, había decidido que resultaba intolerable ser ignorada de esa forma y había cruzado al otro lado en busca de alguien que le prestara la atención que merecía.

Hugh Wilder conservó la manzana de la vida, decidido a entregársela a uno de los otros niños de Vallebaldío. Pero, aunque había podido soportar la tristeza de sus padres en Londres, no fue capaz de resistirse a los llantos desesperados de su otra madre cuando esta supo que pretendía no volver a la vida. Así, después de muchas discusiones complicadas, Hugh Wilder dejó atrás el miedo y las dudas y se comió la manzana plateada que había recibido.

Hugh Wilder creció en un hogar lleno de amor, con unos padres maravillosos y rodeado de otros niños. Durante sus primeras semanas de vida, se dedicó a hornear pastelillos sin parar. Muchos los llevó a los asilos y los repartió entre los niños que vivían en ellos. En una de esas visitas, se encontró por casualidad con un médico caritativo, el señor Albert Lowe, y aunque Hugh creía que sería incapaz de abandonar su sueño de hornear pasteles, pronto quiso ser aprendiz del buen doctor. Años después, el señor Hugh Wilder se convirtió en médico. No cocinó demasiados pasteles después de eso, pero sí que curó muchas heridas y salvó muchas vidas que de otra forma se habrían perdido.

En cuanto a Abigail Wilder: a pesar de las declaraciones de la noche oscura, no murió nunca. Abigail sigue viajando entre el mundo feérico y el mortal, y lucha con su magia en contra de las injusticias grandes y pequeñas. Tras ella viaja siempre la muerte, incapaz de darle alcance, pues Abigail camina en la sombra de Mercy Medianoche, que nunca dejará de acompañarla.



Nota de la autora



No le tengo ningún cariño a la muerte. Se me hace raro hasta escribir estas palabras, pero al parecer debo hacerlo. Por algún motivo, estamos rodeados de historias que romantizan la muerte y sugieren que las personas que se niegan a aceptarla le están haciendo una especie de daño moral al mundo.

Como es evidente, no creo que aceptar la muerte sea una virtud. Más bien, considero que es simplemente una elección. Por eso decidí que, si iba a escribir un cuento de hadas sobre la muerte, quería que fuera una historia de fantasía de verdad… una que glorifica la vida, la tenacidad, y que intenta lograr lo imposible. La muerte, en la forma de Mercy Medianoche, no era una villana… pero sí que necesitaba aprender que la gente tiene permiso para luchar hasta el mismísimo final si así lo eligen.

Eso me lleva hasta una pequeña curiosidad histórica conocida como el código Hays.

Durante muchísimo tiempo, el cine estadounidense seguía un código informal relativo a los personajes queer: su presencia en pantalla estaba permitida solo si en algún momento de la historia recibían algún castigo. Los personajes queer no podían vivir felices para siempre; como mínimo, debían morir de forma trágica. Si se le preguntara a la mayoría de la gente en la actualidad, no sabrían lo que es el código Hays, pero ha perdurado bajo la superficie en nuestros medios de comunicación, hasta en historias que de otra forma incluyen una representación excelente.

Si hay algo que creo que debería sufrir una muerte espantosa y definitiva es el código Hays. Y por eso, queridos lectores, aunque la mayoría de los cuentos de hadas terminan con una especie de muerte eufemística y apoteósica

(«partieron juntos al Mundo de las Hadas y nunca se les volvió a ver»), o en un viaje hacia la leyenda («se unieron a todos los movimientos obreros de Inglaterra para siempre»), podéis estar tranquilos, los futuros viajes de Abigail Wilder no son ningún eufemismo. Al contrario, Abigail es literalmente una lesbiana obstinada e inmortal, y ella y su novia trans feérica vivirán felices para siempre, desafiando el código Hays.

Como siempre, hay muchas personas a las que debo agradecer su ayuda con este libro. Mi agradecimiento infinito a mi marido, el señor Atwater; sin su ayuda, este libro no existiría… y también tendría por lo menos un juego de palabras menos. Gracias a la doctora Heather Rose Jones por su detallado desglose de la historia queer de la Regencia. Gracias a mis lectoras alfa, Laura Elizabeth y Julie Golick, por su apoyo inquebrantable. Quiero dedicar un agradecimiento especial a Cullen McHael por responder las preguntas más rocambolescas sobre folclore británico a horas intempestivas. Gracias a Jacquelyn Benson, Rosalie Oaks y Suzannah Rowntree, autoras y colegas del *Gremio de Faroleras*, por su apoyo y sus sugerencias. Y, por supuesto, muchas gracias a Tamlin Thomas por las correcciones históricas y por creer que podría hacerle justicia a este libro; *Luengasombra* está dedicado a mucha gente, pero especialmente a ti.

La trilogía de
Cuentos de hadas de Regencia



Media alma
Diez mil puntadas
Luengasombra